# El juez ciego

Un caso del juez Fielding



Bruce Alexander

Inglaterra, 1765. Al morir su padre, el joven Jeremy Proctor viaja a Londres con el propósito de perfeccionarse en el oficio paterno, la impresión de libros. Sin embargo, no tarda en caer en la trampa de unos hampones bien conocidos por la justicia y debe comparecer ante el juez Fielding. Para evitar que caiga en las garras de la delincuencia, el juez lo toma a su servicio y se convierte así en su asesor en la investigación de un enigmático asesinato: la víctima apareció muerta en una estancia cerrada a cal y canto y se le encontró con un arma en la mano. Y se trata nada menos que de Lord Richard Goodhope, mujeriego, jugador y antiguo amigo de su majestad el rey Jorge III, un hombre con muchos enemigos.

Lectulandia

Bruce Alexander

# El juez ciego

## Juez Fielding - 1

**ePub r1.1**
**Ablewhite** 23.09.15

Título original: *Blind Justice*
Bruce Alexander, 1994
Traducción: Gemma Moral Bartolomé

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

*Para Judith*

# I

## En el que *sir* John Fielding demuestra ser el más justo de los magistrados

Habiéndoseme solicitado repetidas veces que diera a la imprenta estas memorias sobre mi relación con el difunto *sir* John Fielding, el célebre magistrado del tribunal de Bow Street, me dispongo ahora a escribirlas por primera vez, resuelto no solo a ilustrar sus asombrosos descubrimientos que tan justa fama le han ganado, sino también a poner de manifiesto las prodigiosas cualidades de carácter que le permitieron llevarlos a buen término. Era, ciertamente, un hombre de extraordinaria capacidad. Aun privado de la vista, que muchos considerarían el principal de los sentidos, *sir* John tuvo una vida ejemplar. Sus logros profesionales, sin duda, son bien recordados. Junto a su hermanastro Henry, el difunto y llorado literato y jurista, organizó y dirigió aquella banda de notables conocida desde entonces como los Vigilantes de Bow Street. Estos cazaladrones han funcionado como policía de Londres y han dado seguridad, incluso por las noches, a una urbe en la que «uño se veía forzado a viajar, incluso en pleno día, como si se dirigiera al campo de batalla», en palabras de uno de los más severos críticos de la banda.

Como magistrado, *sir* John ocupaba su estrado diariamente y juzgaba con toda justicia a los pobres desgraciados que desfilaban ante él, empeñando en cada caso todo su perspicaz intelecto, interrogando a testigos y acusados con pareja imparcialidad. Si hallaba motivo para ello, naturalmente, remitía la causa a juicio. Sin embargo, era tal su naturaleza que jamás la mera acusación de un crimen era motivo suficiente para condenar a un hombre a pasar por una dura prueba ante el juzgado de Old Bailey[1]. Al contrario que muchos de sus colegas, exigía pruebas. Requería testigos presenciales y valoraba por encima de todo lo que él no podría haber deducido por sí mismo. De presentarse alguien ante él y tener la temeridad de ofrecer como cierto lo que meramente había oído o supuesto, tan indigna persona era merecedora del rápido y penetrante latigazo de la lengua de *sir* John y era despedido con cajas destempladas. En realidad, liberaba a más inculpados de los que enviaba a prisión. Jamás se mostraba indulgente, pero siempre era exacto, y vigilaba en especial (si en verdad puede usarse tan imaginario concepto con respecto a quien carecía de visión) a los llamados cazaladrones independientes, maestros de los falsos testimonios y las trampas, que tenían por costumbre entregar a inocentes como culpables. De este siniestro legado de los días del tristemente famoso Jonathan Wild, tuve yo mismo experiencia directa, pues a decir verdad yo, lector, posé mis ojos por primera vez sobre el bueno de *sir* John cuando me vi conducido ante el tribunal de Bow Street acusado de robo.

Te lo ruego, no permitas que esta confesión te escandalice hasta el punto de sentirte tentado a abandonar este panegírico, pues como pronto se demostrará, aun siendo yo el acusado, mis propios acusadores eran los verdaderos ladrones, si bien lo que me arrebataron y pretendieron destruir fue mi buen nombre. En verdad puede decirse que yo, Jeremy Proctor, en esa ocasión vi por vez primera el interior de un tribunal de justicia como reo. Cómo llegué hasta esa situación lo expondré brevemente, pese a que el recuerdo de aquellas terribles circunstancias me produce aún dolor treinta años después. No obstante, doy comienzo a mi historia:

Nací en el año 1755 en la localidad de Lichfield, lugar de nacimiento asimismo del gran lexicógrafo Samuel Johnson. Allí mi padre, impresor de oficio, ganaba el sustento de manera honorable para sí mismo y para su pequeña familia con la ayuda de un maestro impresor, un tal John Berkeley. Nosotros los Proctor no éramos más que cuatro: mi padre, mi madre, mi hermano Matthew, dos años menor que yo, y yo mismo. Cuando una epidemia de tifus se asentó en Lichfield en el verano de 1765, se llevó a mi madre y a mi hermano. No teniendo entonces más que dos bocas que alimentar y siendo emprendedor por naturaleza, al año siguiente mi padre se puso en camino hacia el pueblo de Stoke Poges con sus ahorros y conmigo, resuelto a hacer fortuna con una imprenta propia. Debería haber elegido mejor emplazamiento.

Al principio prosperó gracias a los abundantes encargos de las parroquias de la zona, unos cuantos mercaderes y el señor de la villa. Su repertorio consistía en prospectos, programas y anuncios de uno u otro tipo. También me enseñó el oficio y aún hoy mis habilidades tipográficas son causa de asombro entre mis colegas, la mayoría de los cuales no posee conocimientos sobre ningún oficio. Mi padre me enseñó también las letras y los números, y cerca de mi decimotercer cumpleaños empezó a enseñarme algo de latín y lo que sabía de francés, que era considerable. Pese a ser autodidacta, sentía un profundo interés por la lengua y la literatura de nuestros vecinos del otro lado del Canal. Sin embargo, aquí, en Inglaterra, el interés por las cosas francesas ha comportado siempre cierto riesgo, y así fue también para él, pues acabó siendo su perdición y le condujo a la muerte.

Como librepensador, sentía un gran entusiasmo por la obra del filósofo y novelista que firmaba con el nombre de Voltaire. Mi padre había llegado a un punto en el que deseaba demostrar que en su oficio era capaz de algo más que los prospectos que producía diariamente, de modo que decidió imprimir un panfleto. Dado que no se consideraba escritor, y sin duda también porque deseaba difundir las ideas del señor Voltaire, mi padre se dispuso a traducir un panfleto del francés cuyo título se ha borrado de mi memoria. Esperaba vender el trabajo resultante, que él tituló «Una llamada a la reflexión», por unos peniques. Sin embargo, y puesto que lo consideraba fundamentalmente una muestra de su arte como impresor, lo distribuyó gratuitamente por la aldea, asegurándose en particular de que sus clientes habituales

recibían un ejemplar. Entre ellos se hallaban, como ya he mencionado, ciertos miembros del clero. El panfleto les desagradó, no por la impresión de mi padre, que poco sabían apreciar, ni por su traducción, que aún apreciaban menos, sino por las opiniones del señor Voltaire, al que condenaban como ateo y perturbador. Uno de ellos comentó agriamente el contenido del ensayo con mi padre, y él no tuvo la prudencia de callar.

Aquel hombre, el señor Pettigrew, que dirigía una congregación de hermanos de la Low Church[2], se sintió especialmente ofendido por el panfleto, y fue con él con quien mi padre discutió del modo más apasionado e imprudente, pues Pettigrew (me resulta imposible seguir usando el tratamiento formal) predicó un sermón un domingo contra el ateísmo en general, Voltaire en particular y mi padre en concreto. No sé qué dijo, pues no se me comunicó, ni entonces ni después, pero fue suficiente para provocar las iras de la congregación y lanzarla en turba de ángeles vengadores para causar estragos entre nosotros. Marcharon directamente hacia la imprenta y aporrearon la puerta exigiendo entrar. Mi padre me advirtió que permaneciera en nuestras habitaciones de arriba y bajó valientemente con la intención de calmar y dispersar a la turba. Sin embargo, tan pronto apareció ante ellos, se abalanzaron sobre él y lo golpearon sin piedad. Yo lo observé desde arriba, escondiéndome cobardemente, lo reconozco, mientras ellos le dejaban sin sentido a puñetazos y puntapiés, lo arrojaban a un lado y entraban en nuestro taller. Una vez dentro, destrozaron la imprenta y esparcieron los tipos. Todo ello lo oí y adiviné mientras permanecía escondido en los cuartos de arriba. Completada la destrucción, la ira de la turba se apaciguó un poco. Las buenas gentes de Stoke Poges se retiraron, llevándose a rastras el cuerpo inerte de mi desvanecido padre.

Cuando volví a verlo, lo habían puesto en el cepo. Llevado ante el juez local bajo la acusación de blasfemia y condenado sin más, lo habían sentenciado a una semana en el cepo. Debía ser liberado el domingo siguiente, para poder ir a la iglesia y pedir perdón a Dios, a la congregación y a Pettigrew, por supuesto. Sin embargo, mi padre no pasó del martes. ¿Qué sabes tú, lector, de ese castigo cruel y humillante que se practica aún en ciertos rincones del reino donde impera la ignorancia? No es una broma, como algunos parecen pensar, tener la cabeza y las manos entre dos bloques de madera y que tu rostro sea el blanco de toda suerte de porquerías que a los brutos de la aldea se les antoje arrojarte.

Fui a visitarle una sola vez en aquel estado. Limpié con cuidado su rostro de inmundicias y barro con el faldón de mi casaca. Él me miró agradecido y expresó su pesar porque tuviera que verle en semejante condición. Una vez limpio, su rostro apareció lleno de magulladuras de la paliza propinada por la turba. También tenía cortes y verdugones recientes por las piedras que le arrojaban. Pese a estar apenas consciente, me conminó gravemente a que me marchara. «Aquí no hay nada para ti, Jeremy —me dijo—. Cierra la casa y el taller. Ve a Lichfield, a casa de John Berkeley. Yo me reuniré allí contigo».

Yo asentí y susurré la promesa de hacer lo que me pedía, y salí corriendo hecho un mar de lágrimas cuando un grupo de mozos de la aldea se acercaba. Me detuve a cierta distancia y al darme la vuelta para mirar, los vi mofándose soezmente, arrojando piedras y fango a la pobre figura atrapada en el cepo. Fue la última vez que vi a mi padre con vida. Antes de terminar los preparativos para el viaje a Lichfield, me comunicaron que mi padre había muerto apedreado. El mensajero fue el gordo diácono, de nombre Kercheval. Con una mirada maliciosa, me dijo que era huérfano y que iba a ser llevado ante el juez para que este decidiera sobre mi futuro. Recuerdo que por mi joven cabeza pasó la loca idea de que debía ocupar el sitio de mi padre en el cepo. Sin embargo, al partir tuve la previsión de coger el hatillo de mis escasas pertenencias con las monedas ocultas entre las ropas. Kercheval me sujetó sin compasión y me hizo caminar delante. Al abrir la puerta, cometió la imprudencia de aflojar la mano, lo que me permitió desa*sir*me y poner pies en polvorosa. Corrí en dirección a los campos como si me persiguieran todos los diablos en lugar de un diácono gordo y palurdo que parecía a punto de sufrir una apoplejía en la persecución. Puse tierra de por medio en menos que canta un gallo y me dirigí a un bosquecillo donde esperaba ocultarme. Cuando llegué a él, no pensé en quedarme, pues desde allí vi el cruce de caminos donde se hallaba el cepo y comprobé que lo que decía Kercheval era cierto. Habían sacado el cadáver de mi padre para dejarlo en el suelo junto al demoníaco artefacto, con la camisa subida para cubrirle la cara. Alrededor había un grupo de aldeanos hablando y meneando la cabeza. Si su muerte la causó una piedra afilada o si había muerto asfixiado por un puñado de lodo o estiércol no podría decirlo, pero era evidente que estaba muerto. De modo que seguí corriendo, caminando, ocultándome de cuantos pasaban. Esa noche dormí en un campo. No me enteré hasta el día siguiente de que la carretera que había tomado no conducía a Lichfield sino a Londres.

De cómo llegué a la gran metrópoli, lector, no voy a dar aquí más detalles. Diré tan solo que el viaje me llevó menos de una semana y que cumplí los trece años por el camino. Llegué a Londres prácticamente exhausto de cuerpo y espíritu, y solo unos chelines me separaban de la más absoluta miseria. ¿Qué iba a hacer? Tenía la vaga idea de buscar empleo en una imprenta, pero no sabía cómo ni a dónde dirigirme. Aunque lo hubiera sabido, sin duda la visión de tan grande ciudad con sus multitudes hormigueando en las calles, lo hubiera borrado de mi mente. Pasé mi primer día en Londres vagando por entre la gente con el hatillo firmemente sujeto con ambas manos. Recuerdo que pregunté educadamente a un hombre dónde podía hallar una imprenta y que me respondió con una ristra tal de insultos como no había conocido en mi corta vida. ¿Cuál era mi ofensa?, ¿haberle detenido? Pensando aún en ello, abordé a otro para hacerle la misma pregunta. El hombre me respondió de buena gana, pero hablando de una manera que no comprendí en absoluto. Aquel individuo hablaba el más llano Whitechapel, pero me resulta tan incomprensible como si fuese en otro idioma. ¡Qué digo, en francés le hubiera entendido mejor! Lo único que saqué en

limpio fue «vuela todo recto», y me pregunté cómo se suponía que podía volar, recto o torcido. Tal vez quería decir que debía continuar recto.

Puedes imaginar mi alivio cuando, mientras me hallaba en una esquina sumido en la perplejidad, fui abordado a mi vez por un hombre. No tenía muy buena catadura, pero parecía amigable y no dejaba de sonreír.

—Pareces un muchacho espabilado —me dijo.

—Eso espero —contesté.

—¿Te gustaría ganarte un chelín?

—Oh, desde luego, señor —respondí con entusiasmo, recordando que mi provisión de dinero había menguado hasta una suma no mucho mayor que esa.

Me explicó que debía realizar un encargo para un conocido suyo, un hombre que precisaba unos pies veloces.

—¿Sabes correr, chico?

—Oh sí, señor —dije—. Como el viento.

Él rio de buena gana y me condujo un corto trecho calle abajo. No pude por menos que fijarme en el grueso bastón que llevaba en una mano y que usaba para golpear con fuerza el empedrado de la calle a cada paso. Me pareció extraño, pues llevaba un buen calzado y no mostraba signos de cojera. Mientras caminábamos, me explicó que no tenía más que llevar un paquete a toda prisa a la dirección que me darían. Le expliqué que era forastero y que aún no conocía bien Londres, pero me dijo que me darían indicaciones para llegar hasta el sitio.

—¿Me llevará cerca de una imprenta, señor? —pregunté—. Busco trabajo como aprendiz.

—Tienes suerte, chico, pues hay una a dos puertas. —Entonces me detuvo de repente y me indicó que continuara por una oscura calleja—. Por ahí —dijo—, sigue hasta el final de ese callejón y encontrarás a un hombre llamado Slade esperándote en la puerta de El Gallo y el Toro. Solo tienes que decirle que te envía Bledsoe.

—¿No me acompaña? —pregunté, asintiendo.

—No; tengo asuntos propios que resolver. —Y se dio la vuelta y se alejó por donde habíamos venido.

Yo me quedé mirándole y pensando que ciertamente todo aquello era muy raro. No obstante, era nuevo en Londres y estaba ansioso por ganarme un chelín, de modo que enfilé el callejón y busqué El Gallo y el Toro. Fue tal como me había dicho. Una figura se apoyaba contra la puerta con aire indiferente. ¿Era aquel el tal Slade que tan impaciente estaba por conseguir una entrega rápida que estaba dispuesto a pagar un chelín? Su actitud era en verdad de lo más peculiar.

Sin embargo, cuando me acerqué a él, se incorporó y asintió con aparente interés cuando me oyó repetirle la fórmula de introducción que me había dado Bledsoe. Sacó un paquete grande de debajo de su casaca en una especie de bolsa de lana, que me tendió con estas palabras:

—Toma, rapaz. Llévaselo sin tardanza a William de Threadneedle Street, un

agente de corretaje. Está a kilómetro y medio de aquí, a la izquierda al llegar a Shoreditch, de donde vienes ahora. ¿Puedes correr un kilómetro y medio?

—Sí, señor.

—Entonces en marcha.

Vacilé.

—Pero ¿y el chelín, señor? El señor Bledsoe me dijo que me darían un chelín.

Slade rio, con cierto malhumor, me pareció.

—Te pagarán al entregar el paquete. ¡Ahora, date prisa!

Pensando en mi estupidez (¿pues cómo si no iban a asegurarse de que la entrega se efectuaba?), di media vuelta y salí a todo correr con el paquete firmemente sujeto bajo el brazo. Al llegar al final del callejón giré a la izquierda, como me había dicho, y me abrí paso por entre la multitud que atestaba la calle con la mayor velocidad de que fui capaz, esquivando a una pescadera aquí y a un vendedor de baladas allá, avanzando tan deprisa como lo permitía la muchedumbre. Entonces, de repente, el suelo falló bajo mis pies y caí de bruces en tierra. Al recuperarme de la caída, oí que alguien gritaba: «¡Detente, ladrón, detente!», y me pregunté quién habría provocado aquella clamorosa protesta. Mirando en derredor me di cuenta de que un grupo de gente empezaba a cercarme con intenciones nada amistosas, y a la cabeza marchaba el mismísimo señor Bledsoe, que era el que menos amistoso parecía. Hallándome aún en el suelo, me amenazó con su bastón, y se me ocurrió que lo había usado para ponerme la zancadilla. Pero ¿por qué había de hacer una cosa así? Cuando me alzaba para protestar, blandió aquella cosa por encima de su cabeza y la descargó sobre mí con fuerza.

Y eso, lector, es todo lo que recuerdo del engaño en que caí como un pánfilo.

Cuando recobré el conocimiento, noté en primer lugar un agudo dolor de cabeza, y después un gran barullo de voces alrededor. Abrí los ojos a una escena que jamás hasta entonces me había sido dado contemplar, y que reavivó en mi mente las ideas sobre la picaresca y la maldad de Londres que había imaginado tras leer *Vidas de convictos* y otros libruchos por el estilo. Allí se juntaban rameras y sinvergüenzas por igual. ¿Me habían arrojado a una reunión de mujerzuelas y rateros, o tal vez había sido transportado, quieras que no, a Bedlam[3]? Por la estridente cháchara y los cacareos de los que me rodeaban, empezaba a creer esto último.

Intenté levantarme para ver mejor aquella curiosa reunión pero me obligaron a sentarme del modo más rudo. Al darme la vuelta hacia mi captor, descubrí que no era otro que el tal Bledsoe, que me había convertido en víctima de su malévola farsa. Detrás de él estaba sentado Slade, su socio y conspirador. No tenía la menor posibilidad de escapar de aquellos dos, pues Bledsoe me tenía bien agarrado por la nuca con su manaza. Se inclinó hacia mí y me habló lanzándome su fétido aliento a ginebra en la cara.

—Sé buen chico. No nos causes problemas y no te pegaremos.

—Pero yo…

—¡Silencio! —me interrumpió él, apretándome brutalmente el cuello—. No tendremos que esperar mucho.

Así fue, en efecto. Permanecí sentado en mi desdicha unos cuantos minutos más, consciente por fin de que la poca atención que dispensaba la estridente multitud se centraba en dos hombres sentados frente a todos sobre una tarima a diferentes niveles en el fondo de la amplia sala. El hombre que estaba situado en lo más alto hablaba gravemente con un hombre que estaba de pie y solo ante él. De repente interrumpió su parlamento y dio un fuerte golpe con un mazo sobre la mesa alta que ocupaba. Luego el hombre con el que momentos antes se hallaba enzarzado en conversación fue conducido fuera por una fornida pareja que se separó del grupo de espectadores que ocupaba un lateral. El otro, que estaba sentado por debajo del primero en un escritorio, se levantó entonces y gritó:

—Bledsoe, Thomas, cazaladrones independiente. Traiga a su prisionero.

Ese mismo Thomas Bledsoe me levantó de un tirón y me condujo a empellones por el pasillo central, hasta que por fin me hallé frente a los dos hombres. El menos importante de los dos, el que nos había llamado, me miró con expresión grave y me preguntó el nombre.

—Jeremy Proctor, señor.

El hombre del mazo se inclinó con interés hacia mí. Visto de cerca, ofrecía un temible semblante. Su gran rostro tenía una expresión solemne. Sin embargo, no fueron sus rasgos los que me parecieron amenazadores, sino el hecho de que tenía los ojos completamente ocultos. Al levantar la vista hacia él, percibí que los cubría una venda de seda negra. El tricornio que llevaba me había impedido notarlo cuando me hallaba a cierta distancia. Comprendí que era ciego.

—¿Qué edad tienes, Proctor? —preguntó por fin.

—Trece años recién cumplidos, señor.

Bledsoe me sacudió violentamente por la nuca.

—Has de llamarle milord, y que no se te olvide.

Entre la muchedumbre se alzaron comentarios y risas disimuladas, por lo que el hombre ciego se vio obligado nuevamente a golpear la mesa con el mazo hasta implantar el orden.

—Deje que el chico se exprese como mejor crea conveniente —dijo, y añadió dirigiéndose a mí—: Se te acusa de hurto. ¿Cómo te declaras?

—¿Señor? —Inmediatamente noté la presa apretándome más el cuello—. Quiero decir, ¿milord?

—Hurto, robo. ¿Cómo te declaras? ¿Culpable o no culpable?

—Oh… —Comprendiendo de pronto la gravedad de mi situación, vacilé un momento, lo que al instante me hizo temer que pudiera tomarse como indecisión por mi parte, de modo que respondí gritando casi—: ¡No culpable!

El serio rostro del hombre ciego se suavizó en una sonrisa.

—Muy bien —dijo—. Escribano, anote que Jeremy Proctor se declara no culpable de la acusación. —Luego suspiró y dijo—: Y ahora, Bledsoe, cuénteme su historia.

Vaya si era una historia, una historia de mentiras. Según su perjuro testimonio, Bledsoe paseaba casualmente por Shoreditch cuando, de pronto, había oído un gran clamor y gritos de «al ladrón» e inmediatamente había visto a alguien, «este muchacho», que salía a todo correr de Chick Lane perseguido por un hombre. No había tenido entonces más remedio, o eso decía él, que detener al malhechor por los medios de que disponía. Le hizo la zancadilla con su bastón y luego, cuando el muchacho mostró intención de resistirse y seguir huyendo, le golpeó con fuerza dejándolo sin sentido, y lo llevó directamente allí, a Bow Street.

—¿Mantiene lo dicho?

—Sí, milord.

Pese a que todo mi ser clamaba a gritos contra lo que había escuchado, tuve el sentido común de contenerme. Aguardé con la esperanza de que aquel hombre ciego sabría ver la verdad.

—¿Hay algún testigo? —preguntó él.

—Uno, milord —apuntó Bledsoe—. Y es el mismo que sufrió el robo. William Slade es su nombre.

—Que hable.

El hombre que me había encomendado aquel inútil encargo en El Gallo y el Toro se adelantó y prestó falso testimonio contra mí. Alegó que acababa de salir de ese establecimiento con su bolsa en la mano, cuando de repente fue asaltado «por este joven granuja», que le arrancó la bolsa y huyó por piernas. Él echó a correr en su persecución, gritando al mismo tiempo, y dobló la esquina en Shoreditch justo a tiempo de ver que el joven ladrón había sido atrapado «por este heroico caballero». (Bledsoe), que recobró la bolsa y le invitó a acompañarle al tribunal de Bow Street para llevar al bellaco ante el modelo de la magistratura, *sir* John Fielding.

Esta última frase tuvo el claro efecto de molestar al hombre ciego, que, ahora lo sabía, era *sir* John. Frunció el entrecejo, aspiró por la nariz y dijo:

—Ahórrese los cumplidos, por favor.

—Pero milord, yo solo…

—¿Dice usted que la bolsa ha sido recuperada?

—En efecto, y vaya si me alegro, pues contenía una suma considerable.

—Entréguesela al escribano.

Slade miró con aire dubitativo a Bledsoe, quien respondió asintiendo con viveza. Slade obedeció a regañadientes e inmediatamente el escribano metió la mano en la bolsa para hurgar en su contenido.

—Y ahora, joven Proctor —dijo *sir* John—, has oído los testimonios contra ti. ¿Qué puedes alegar en tu defensa?

—Solo la verdad, señor —respondí, y pasé a referirle de un modo simple y directo los acontecimientos que acabo de describirte, lector, pero abreviados.

Cuando terminé, *sir* John pareció complacido. Asintió, guardó silencio unos instantes y luego se inclinó hacia mí como si quisiera verme mejor.

—Hablas bien, muchacho, aunque no eres de por aquí. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, señor… milord.

—Señor es un tratamiento aceptable. ¿De dónde eres, pues?

—Nací en Lichfield. —No deseaba mencionar la población de la que había huido.

—¿Lichfield? Cerca, cerca, pero yo hubiera dicho que eres de algún sitio aún más cercano a nosotros. ¿Penkridge, por ejemplo, o Stoke Poges?

Quedé maravillado. ¿Era posible que me hubiera situado de manera tan exacta únicamente por mi forma de hablar? Pues así era, y no tuve más remedio que admitir lo que antes disimulara.

—Pasé los últimos años en Stoke Poges —dije, bajando la cabeza.

—¡Ajá! —exclamó él encantado—, lo he vuelto a hacer, ¿no es así? ¡No hay un solo hombre en Londres que sea capaz de reconocer el origen de una persona por el habla como yo! —Soltó una estentórea carcajada triunfal, pero se calmó de repente y volvió a ponerse serio—. Fíjese —dijo al escribano, pero dirigiéndose a la sala en general—, el chico no ha mentido. Le he preguntado de dónde es y me ha respondido que nació en Lichfield, lo cual estoy seguro de que es cierto. Piensa como un abogado, lo que es bueno y malo a la vez. Pero me da en la nariz, joven Proctor, que deseabas ocultar a este tribunal que llegaste a Londres procedente de Stoke Poges. ¿Por qué?

—Bueno, yo…

—¿Has huido de casa? ¿Temes que tu padre te castigue?

—Mi padre ha muerto, señor. Era impresor. Solo quedábamos él y yo en la familia.

—¿Cómo acaeció su muerte?

—Murió… —Vacilé, incapaz de hablar de ello, pero temiendo las consecuencias de no hacerlo, añadí casi en un susurro—: Murió apedreado.

Un murmullo se elevó a mis espaldas en la atestada sala. Sin embargo, *sir* John permaneció callado largo rato antes de continuar.

—¿Apedreado, dices? ¿En el cepo?

—Sí, señor. —Sabía que las lágrimas serían totalmente inadecuadas en aquel momento, y me esforcé por contenerlas.

—¿Y fue por eso que huiste? —preguntó él en voz baja.

—Sí.

De repente noté una vez más la mano de Bledsoe en la nuca apretándome con más fuerza aún que hasta entonces, y fui incapaz de reprimir un grito de dolor, mientras él me siseaba en la oreja:

—¡Milord! Te he dicho que le llames milord.

—¡Bledsoe! —exclamó *sir* John desde el estrado—. No cause daño a… ¿Escribano? ¿Señor Marsden?

—¿Sí, *sir* John?

—¿Está tocando al muchacho?

—Le rodea el cuello con la mano.

Noté que la mano se retiraba.

—Suéltele —ordenó *sir* John a Bledsoe—. Apártese de él. —Observé a mi captor dar un paso vacilante y tuve que soportar su mirada furiosa y amenazante hasta que el magistrado prosiguió—: Señor… ¿señor Slade? ¿Es así como se llama?

—Oh, sí, señor, milord.

—Estoy interesado en esa bolsa que dice usted que le fue robada. Según afirmaba, había en ella una suma de dinero considerable.

—Bueno… —contestó él, contemporizando—, para un pobre hombre como yo…

—Escribano, ¿qué cantidad contenía?

El hombre menudo sentado en la mesa contigua hundió la mano en la bolsa de lana y sacó unas cuantas monedas. Tras tomarse su tiempo para contarlas, anunció en voz alta:

—Dos chelines, tres peniques y un cuarto de penique.

—¿Es esa su considerable suma? —preguntó *sir* John, haciendo alarde de su asombro—. No, señor, yo a eso lo llamo una cantidad insignificante. ¿Y por dos chelines, tres peniques y un cuarto de penique me pide que mande a juicio a este muchacho de trece años acusado de un delito mayor?

Llevando su osadía al límite, Slade dio un paso hacia el estrado, dándose humos.

—Pero, milord, es una cuestión de principios, ¿no es así? Quiero decir que si a este muchacho no se le castiga, ¿dónde acabará todo? Seguirá con su vida delictiva y será un mal ejemplo para sus compañeros.

—Así pues, ¿se atiene al principio de la justicia? ¿Insiste en presentar los cargos?

—Ciertamente, milord.

—Pues hagamos que la justicia se aplique con imparcialidad. Escribano, ¿qué más contiene la bolsa de este hombre?

Una vez más, el hombrecillo hundió la mano en la bolsa y esta vez vació su contenido sobre la mesa.

—Un pañuelo sucísimo —anunció, revolviendo el montón que tenía ante él. La multitud a mis espaldas estalló en estruendosas carcajadas. Incluso yo sonreí, aunque quizá no fuera apropiado, considerando mi situación. El escribano aguardó a que el revuelo se calmara y continuó—: También una carta, unos recibos de mercancías y un libro de cuentas.

—¡Excelente! —exclamó *sir* John—. Bien, ahora díganos a quién va dirigida la carta y a qué nombre se han extendido los recibos, pero no, ¡espere! Déjeme adivinarlo. ¿Podría ser por casualidad Will Sayer ese nombre?

—Podría y lo es.

Los rasgos bajo la negra banda de seda se contrajeron un momento en expresión concentrada.

—Bien, ¿y cómo explicamos la discrepancia entre el nombre que ha dado este hombre ante el tribunal y el que figura en los documentos que lleva consigo?

—¡Se los guardaba a un amigo! —profirió el hombre que se había presentado ante mí como Slade. Su rostro delataba el miedo que sentía.

*Sir* John asintió con cortesía.

—Sin duda eso podría explicarlo. Sin embargo, nos queda otra pregunta. ¿Cómo he adivinado el nombre? ¿Podría ser que conociera de antes a ese Will Sayer? ¿Podría ser que se presentara ante este tribunal no hace aún nueve meses como comprador de bienes robados? Su causa fue remitida a juicio, lo declararon culpable y fue condenado; sin embargo, recientemente me llegó la noticia de que había salido de Newgate mediante sobornos. Ahora se presenta William Slade llevando los documentos de Will Sayer, y hablando con la misma voz que Sayer. ¿Es una coincidencia o engaño? —bramó.

Estas palabras provocaron un súbito alboroto en la sala. Slade, o Sayer, como había quedado desenmascarado, miró en derredor desesperadamente como si pensara en huir. Un hombre surgió de la multitud de un lado como si respondiera a ese pensamiento y se situó junto al perjuro denunciante, mostrándole un garrote de dimensiones intimidatorias. *Sir* John llamó al orden aporreando la mesa con el mazo y se inclinó hacia el hombre que tenía ante él.

—¿Piensa, señor, que porque carezco de visión me falla también la memoria? Para alguien como yo la voz humana es un medio de identificación tan seguro y característico como el rostro para los demás; tal vez más seguro. ¿Señor Marsden?

—¿Sí, señor John?

—¿Reconoce a este hombre?

El escribano observó a Sayer y finalmente sacudió la cabeza.

—Todo lo que puedo decir es que parece familiar. Pasan tantos por aquí…

—Sin duda. Pero se lo digo yo, señor Slade-Sayer, ha cometido perjurio en lo referente a su auténtico nombre, lo que en mi opinión pone en tela de juicio todo su testimonio. Cuando menos ha incurrido en desacato a este tribunal. ¿Desea aún presentar cargos contra este muchacho?

Todas las miradas estaban fijas en el hombre, que no miraba a nadie.

—No, milord —respondió en voz baja y con la cabeza gacha.

—Queda por resolver la cuestión del señor Bledsoe, nuestro cazaladrones independiente. El sentido común me dice que la versión del señor Proctor sobre los hechos que le han conducido a la presencia de este tribunal es la verdadera. Tal vez él mismo desee presentar cargos. Sin embargo, a falta de testigos sería un caso endeble. ¿Desea usted, señor Slade-Sayer, actuar como testigo contra el señor Bledsoe?

Mi atención, como la de Sayer, se desvió hacia Bledsoe. La mirada que devolvió a su compañero de perjurio fue la más feroz que he visto jamás. Era una amenaza de

muerte, significado que Sayer no dejó de percibir.

—No, milord —se limitó a decir.

—Eso pensaba. Habida cuenta de la reputación del señor Bledsoe, seguramente ha tomado la decisión más acertada. No obstante, dadas las circunstancias, me veo obligado a condenarle a sesenta días por desacato al tribunal. —*Sir* John dio un golpe contundente con el mazo, haciendo oficial la condena, y el hombre corpulento del garrote se llevó a Sayer, lo que nos dejó a Bledsoe y a mí solos ante el magistrado.

—Señor Bledsoe, esto es una advertencia. Si vuelve a presentarse de nuevo ante mí pretendiendo una recompensa por la cabeza de algún pobre desdichado al que haya engañado, como me dice el corazón que ha hecho con este muchacho, le descubriré, y haré que le azote públicamente nuestro señor Bailey, que es más fuerte que usted y mucho mejor persona. Y luego le meteré en Newgate más años de los que usted o yo podamos contar. Lo que no haré, sin embargo —y extrañamente se dirigió entonces a mí—, será ordenar que le pongan en el cepo y le apedreen, pues no es un castigo adecuado para ningún hombre, ni siquiera para uno tan lamentable como usted. El caso contra el señor Proctor queda, por supuesto, desestimado…

Cuando dio un mazazo para rubricar su sentencia, volvió a originarse tal revuelo en la sala que a mi entender solo yo oí las palabras que agregó *sir* John y que cambiaron mi vida.

—… y será retenido bajo la custodia del tribunal.

# II

## En el que me conducen a la búsqueda de empleo

¿Qué tenía *sir* John en mente? La palabra «custodia» que acababa de pronunciar no me era familiar, pero en mis jóvenes oídos resonaba aún la anterior: «retenido», y no me agradó en absoluto.

No sabiendo qué otra cosa podía hacer ni a dónde ir, me limité a permanecer ante el estrado a la espera. Observé al hombre ciego que poco antes había desenmascarado a mi acusador, salvándome de la cárcel. ¿Qué clase de hombre era aquel *sir* John Fielding? Tanto por sus acciones como por sus rasgos parecía de naturaleza bondadosa. Mientras esperaba a que llamaran al siguiente caso del registro de sumarios, su rostro tenía un aire de expectación regocijada. Por la inclinación de su cabeza, diríase que miraba fijamente un punto distante más allá de la multitud.

Su actitud no varió cuando el escribano se levantó para leer el último sumario del día. Sin embargo, el hombrecillo de nombre señor Marsden se fijó en mí cuando se disponía a gritar un nuevo nombre, y se inclinó hacia *sir* John para recordarle mi presencia. Hubo una pausa mientras el magistrado reflexionaba; luego se inclinó hacia Marsden y le habló al oído. El escribano asintió y gesticuló ampulosamente para indicar el banco que había a mi espalda, donde deseaba que tomara asiento. Me hicieron sitio entre dos prostitutas, y entre ellas me senté, vagamente consciente de las miradas de soslayo con que me examinaban, mientras yo fijaba mi atención en *sir* John y su tribunal.

Marsden llamó al estrado a una tal Moll Caulfield, vendedora ambulante, y a su acusador, un tendero de Covent Garden[4] de nombre Isaiah Horton. Era una sencilla cuestión de dinero en la que no se negaban los hechos. Horton era el proveedor de la viuda Caulfield y le había vendido a crédito. Por mala suerte o mal gobierno, la viuda se había atrasado en el pago de su deuda y Horton, no solo no estaba dispuesto a prolongar el crédito ni a seguir vendiéndole al contado, sino que exigía el pago de la deuda o que fuera enviada a la prisión de morosos.

—¿Y cuál es el importe de la deuda, señor? —preguntó *sir* John a Horton.

—Tres chelines y seis peniques.

—¿Solo eso? ¿Y de qué le *sir*ve a usted que ella vaya a prisión por tan poco? No es probable que halle ocasión allí de pagarle.

—Como ejemplo, milord. Ya la he soportado bastante. Los demás morosos que me deben han de saber que no se puede jugar conmigo.

—¡Ah, como ejemplo! Nuestro señor Slade-Sayer también estaba muy ansioso por sentar ejemplos, si no recuerdo mal. Dígame, señor Marsden, ¿tiene el tribunal todavía en su poder la bolsa de ese señor Sayer que se hacía llamar Slade?

—Sí, milord.

—¿Y qué cantidad contenía?

El escribano alzó la bolsa del suelo y una vez más hundió la mano en ella y contó las monedas.

—Dos chelines, tres peniques y un cuarto de penique.

—Sí. Con eso se podría satisfacer casi toda la deuda, y puesto que el señor Sayer no necesitará esa cantidad por el momento, ordeno que se entregue a Moll Caulfield como acto de caridad de parte del señor Sayer, lo que tomamos en consideración y reducimos su condena a treinta días. Pero aún no nos alcanza, según reconoce el tribunal y… —Metió la mano en el voluminoso bolsillo de su casaca y sacó dos monedas que tendió al escribano—. El tribunal dona un chelín y tres peniques para la causa de la viuda. El cuarto de penique puede guardárselo también por las molestias.

—Que Dios le bendiga, *sir* John —dijo Moll Caulfield, gimoteando.

—Eso espero, Moll —repuso él y su serio semblante se arrugó en una sonrisa—. En verdad lo espero.

—Y disponga de cuantos tomates desee desde hoy en adelante —prometió ella.

*Sir* John asintió.

—Y ahora, señor Marsden, reparta usted el dinero. La deuda ha sido satisfecha. El caso está cerrado. La sesión ha concluido. —Dio un solo golpe con el mazo, pero con gran contundencia. Luego se puso en pie, descendió del estrado con paso seguro y desapareció por una puerta al fondo de la amplia sala.

Satisfechos, los espectadores se dirigieron a las puertas. Yo continué en mi sitio. Las prostitutas se fueron, deseándome buena suerte. Observé al escribano entregar los tres chelines con seis peniques a Isaiah Horton, tendero, y recompensar a Moll Caulfield, vendedora ambulante, con su cuarto de penique; luego me hizo señas.

—*Sir* John desea verte en su despacho —dijo, dio media vuelta y señaló—: Por esa puerta, jovencito, y al otro lado del pasillo.

Le di las gracias y me dirigí al lugar indicado. Tras llamar a la puerta, me fue concedido permiso para entrar y así lo hice. A decir verdad, se trataba de una estancia muy sencilla. Unos cuantos libros de leyes se amontonaban en una estantería. Las paredes estaban desnudas de cuadros o cualquier otro adorno. A *sir* John lo encontré con un aspecto muy distinto. Se había quitado el tricornio y la peluca, dejando al descubierto sus cabellos rizados, y estaba sentado junto a una mesa, con los pies apoyados en una silla frente a él, en calcetines. Sobre la mesa había solo una botella de cerveza negra. El primer sonido que emitió como bienvenida fue un sonoro eructo. Sin embargo, fue inmediatamente seguido de su saludo.

—Ah, el joven Proctor, ¿verdad? Ven, ven, siéntate aquí.

Le dio una suave patada a la silla y dejó caer los pies al suelo. Tomé asiento e intenté expresar mi gratitud por su generosa disposición en mi caso, pero detuvo mi pequeño discurso con un ademán.

—Totalmente innecesario —dijo—. Nuestro hombre, Bledsoe, fue el promotor de

todo este asunto. Me pongo en guardia siempre que se presenta ante mí. Recuerda lo que te digo: pronto lo meteré en la cárcel.

—Sí, *sir* John.

—Pero eso ya no debe preocuparte. Has de pensar en tu futuro. —Hizo una pausa para reflexionar y bebió un buen trago de cerveza como si le ayudara a pensar—. ¿Qué vamos a hacer contigo, caballerete?

—¿Señor?

—Muerto tu padre, doy por supuesto que no tienes más familiares.

—Ninguno que yo conozca.

—Estoy seguro de que no tienes el menor deseo de regresar a Stoke Poges.

—Oh, no, señor —respondí muy serio—. Vaya, solo de pensar que pudiera…

Volvió a hacerme callar.

—No debes preocuparte por eso, muchacho, créeme. Pero no puedes quedarte aquí en Londres, solo, por tu cuenta y riesgo. Esta es una ciudad peligrosa, joven Proctor. Hoy has comparecido ante mí acusado de robo y eras inocente. Abandonado a tu suerte aquí, lo más seguro es que volvieras a comparecer al cabo de seis meses, mas no tan inocente.

En mi ignorancia, me escandalicé por lo que creí una baja opinión de mí, de modo que procuré convencerle.

—*Sir* John, jamás me rebajaría a robar. ¡Antes moriría de hambre!

—Ah, Jeremy Proctor, déjame darte un consejo. Si lo recuerdas bien y estudias con atención sus implicaciones, puede que halles el camino hacia la sabiduría. Mi consejo se reduce a lo siguiente: nunca digas nunca. Es imposible que conozcas las circunstancias que te deparará el destino, ni puedes estar seguro de cuál será tu reacción. —Mientras hablaba, se inclinaba hacia mí con vehemencia hasta que su rostro quedaba a unos centímetros del mío. Pese a la venda de seda negra que lo cubría desde el caballete de la nariz hasta las cejas, yo tenía la clara sensación, como se repetiría a menudo más adelante, de que me miraba directamente a los ojos. Pero de repente se echó hacia atrás y agarró la cerveza para beber de nuevo un buen trago. Tras apurar la botella, la levantó en mi dirección y me advirtió una vez más con ella —: Recuerda mis palabras: nunca digas nunca.

No me gustaba la idea de que mi destino dependiera por completo de otras personas, pero así había de ser, y no imaginaba en qué otra persona podía confiar más que en *sir* John.

Elevó su voluminosa cabeza, que se había hundido ligeramente por el peso de la meditación, y me habló como inspirado por una fantasía.

—¿Has deseado alguna vez hacerte marino?

—Bueno… no —balbucí.

—Lo imaginaba —dijo, suspirando hondo—. Cuando yo tenía tu edad no pensaba ni soñaba con otra cosa. Y lo cierto es que me hice marino con el tiempo, y… Ah, pero esa es otra historia, y muy vieja, además.

Aquello me pareció de lo más extraño. Parecía tan perfecto en lo que era, un magistrado ciego, que no lo imaginaba en ningún otro papel.

—He enviado al mar a otros muchachos en tu misma situación —continuó—. Aunque reconozco que algunos eran mayores que tú y ansiaban dedicarse a esa vida. No tengo intención de mandar a un muchacho a donde no desea ir.

—Tal vez me acostumbraría —comenté.

—Tal vez.

Vacilé, no sabiendo si era correcto lo que deseaba sugerir.

—¿Hay algún modo en que pudiera serle útil a usted? —dije por fin—. Soy bueno con las cuentas. Sé leer, señor, y tengo buena caligrafía. Incluso sé un poco de francés.

—¡Ja! ¿Francés, eh?

—Y sé componer tipos.

Esto le dio qué pensar.

—Ahí puede que tengamos algo. Por supuesto tu padre, el desdichado impresor, debió de enseñarte, ¿no es así?

—En efecto, señor.

—Bueno, Jeremy, para serte sincero, me enorgullezco de no necesitar ayuda especial de nadie, hombre o muchacho, para realizar mi rutina diaria. En resumidas cuentas, debo declinar la generosa oferta de tu servicio personal, aunque confieso que no sin cierta vacilación. No, sinceramente creo que el trabajo como aprendiz de un impresor sería más apropiado para tu educación y tus talentos.

Me pareció conveniente explicar a *sir* John que incluso en el momento mismo de mi desafortunado encuentro con Bledsoe, buscaba una imprenta para solicitar empleo.

—Mi padre me decía que era tan rápido con el componedor como algunos oficiales. Él… él me enseñó bien.

*Sir* John extendió una mano hacia mí y tanteando halló mi brazo, que apretó suavemente.

—No lo dudo, muchacho. —Luego, de repente, entró en materia directamente—. Conozco a alguien que tiene gran influencia en el negocio de la impresión. Es menos que un amigo y más que un conocido. Una palabra suya te colocaría en varios talleres de impresión. No me gusta pedirle favores, pero en ciertas ocasiones hay que dejar de lado el orgullo. Bien, Jeremy Proctor, mañana habrá tiempo más que suficiente para estas cuestiones. Será martes y el señor Saunders presidirá su tribunal. El primer magistrado del juzgado de Bow Street tiene el día libre, parte del cual lo dedicará a tu causa. Tienes mi palabra. Mientras tanto, hay una cama sobrante en mi buhardilla y serás bienvenido como invitado mío.

Así quedó establecido. *Sir* John llamó a Benjamin Bailey a su presencia y le

encomendó que me mostrara la ciudad. Cuando salimos a la calle, descubrí que era casi de noche. No obstante, observé con interés cuanto me rodeaba y presté especial atención al Covent Garden cuando pasamos por delante. No pensaba hallar tantos productos campestres en la gran ciudad y pregunté al señor Bailey si había muchos lugares parecidos.

—Solo este —dijo él—, y menos mal.

—¿Cómo es eso, señor? —pregunté.

—Bueno, muchacho, la verdad es esta. Muchos canallas pueden ocultarse entre los puestos y casetas al llegar la noche. Y muchas de las calles que conducen a la plaza son tan estrechas que este barrio resulta de lo más difícil de mantener.

—¿Mantener?

—Vigilar. Mantenerlo limpio de indeseables. Y el hecho de que vivan gentes de alcurnia por aquí y con el juzgado tan cerca, bueno, a veces resulta violento.

A mí no me cabía duda sobre la capacidad del señor Bailey para manejar a los que él llamaba indeseables. Era obvio que se trataba de un hombre inteligente que, sin embargo, destacaba por su estatura y su fuerza. Medía más de metro ochenta y debía de pesar ochenta kilos o más, y en sus mejores tiempos (que entonces no estaban aún demasiado lejanos), podría haberle dado bastante trabajo al gran Daniel Mendoza en persona. Sin embargo, conmigo fue extremadamente amable, entonces y siempre.

A medida que caía la noche las calles parecieron vaciarse de gente. Me fijé en que algunos transeúntes nos esquivaban, mas otros que conocían a Bailey de vista y por su nombre se apresuraban a saludarle alegremente. Parecían animarse en su presencia, lo mismo que, lo admito, me ocurría a mí.

—¿Está cerca su casa? —pregunté tras haber cubierto cierta distancia.

—¿La casa de quién, muchacho? —El señor Bailey parecía preocupado por todo lo que acontecía en la calle. Miraba atentamente a izquierda y derecha mientras caminábamos.

—La de *sir* John.

—Oh, bueno, sí, *sir* John. Vive allí, de donde hemos salido, en la vivienda sobre el juzgado. Ha pensado que te iría bien conocer los alrededores. ¿Has visto bastante?

Dimos la vuelta para regresar a Bow Street; me maravillaron las inmensas estructuras que delimitaban los límites del parque y me pregunté qué albergaban.

—¿Ha vivido siempre allí? *Sir* John, quiero decir.

Advertí la sonrisa con que me miró el señor Bailey fugazmente.

—Bueno —dijo—, eso no sabría decirlo. Quizá viviera antes en el Strand durante un tiempo. Aquí, en la ciudad, antes de casarse, vivía con su hermano, que fue el anterior magistrado del juzgado de Bow Street hasta que enfermó y murió. Fueron ellos quienes fundaron los Vigilantes.

—¿Los Vigilantes?

—Sí, los Vigilantes de Bow Street, alguaciles, la mejor banda de cazaladrones que se haya dedicado a perseguir rufianes. Mandamos en las calles de Londres,

muchacho, o más bien es *sir* John quien manda a través de nosotros. Nos enorgullecemos de haberlas hecho seguras por las noches, la mayoría, al menos.

El señor Bailey se detuvo junto a una farola y me sonrió.

—Pero aún no hemos sido presentados debidamente. Permíteme presentarme, el señor… el señor Proctor, ¿no es eso?

Asentí, algo avergonzado.

—Entonces me presento, señor Proctor. Soy Benjamin Bailey, nada menos que el capitán de los Vigilantes de Bow Street, ¡y estoy a su servicio, señor! —Al pronunciar estas palabras, me dedicó un enérgico saludo que delataba su formación militar. Concluyó su actuación con un afectado y grandilocuente guiño.

Me gustó; me gustó tanto, de hecho, que intenté devolverle el saludo a mi modo inexperto, pero allí mismo el señor Bailey se dispuso a corregirlo, alzándome el codo y poniéndome la mano plana hasta que quedó satisfecho.

—Bueno —dijo—, acabaremos haciendo un vigilante de ti.

Mi corazón dio un vuelco, pues deseaba creer que podía ser cierto.

—¿Qué edad habría de tener?

Él percibió la ansiedad en mi mirada, pues inmediatamente contuvo mi entusiasmo.

—Oh, bueno, me temo que un poco más mayor, y también más alto. Pero pronto llegará el momento. Te lo dice Benjamin Bailey.

Dejé caer el brazo con desánimo, pero el señor Bailey no consintió en verme así. Me agarró firmemente por el hombro y reanudó la marcha.

—Ah, joven señor Proctor, yo también fui tan joven como tú una vez. Y recuerdo muy bien que estaba impaciente por empezar, igual que tú. Ahora sé que me equivocaba.

—¿Equivocarse? ¿Cómo es eso, señor Bailey?

—Podría haber esperado.

Habíamos vuelto a Bow Street. Caminamos en silencio durante un trecho hasta que el señor Bailey me comunicó:

—He oído decir que estuvo en la Marina durante un tiempo.

—¿Quién? —pregunté, pues mi mente se hallaba en otra parte.

—¿Quién va a ser? *Sir* John, muchacho. ¿No hablábamos de él? —Me guiñó un ojo, pero luego continuó con actitud más seria—: Allí fue donde perdió la vista. Se cuentan muchas historias sobre esto, pero no conozco la auténtica.

El señor Bailey me condujo de nuevo al número 4 de Bow Street. Me fijé que había un grupo de hombres al otro extremo del pasillo, algunos tan fornidos e imponentes como el mismo señor Bailey. Hablaban entre ellos en voz baja con aires de preparativos. El señor Bailey me condujo por dos tramos de una escalera de servicio.

—¿Espera a *sir* John su esposa? —pregunté.

—*Lady* Fielding está enferma. No la verás mucho —contestó el señor Bailey con

cierto misterio—. Pero está también la señora Gredge. A ella la verás mucho, más de lo que desearías, seguro.

Después de oír esto, no sabía qué esperar cuando nos presentamos en la puerta al final de las escaleras. El señor Bailey llamó con recios golpes. Tras unos instantes, de repente, se oyó un chirrido de tal volumen y duración que pregunté si tenían un cuervo por mascota en aquella casa. Pero el sonido aumentó su volumen y por fin se distinguieron palabras y frases de alarma justo detrás de la puerta.

—¿Quién está ahí? ¿Quién?, repito. ¡No abriré esta puerta a un extraño! ¡Dese a conocer o aguarde hasta la mañana!

—Soy yo, Benjamin Bailey —respondió él a voz en cuello—, y viene conmigo un joven que le envía *sir* John.

Oímos descorrer un recio cerrojo y la puerta se abrió lentamente no más de treinta centímetros. Apareció una cabeza cana de mujer, mirando primero al señor Bailey y luego a mí del modo más escéptico.

—Oh, ¿es usted? El sereno.

Realmente chillaba. Su voz, que aún hoy recuerdo, era una mezcla del graznido de un cuervo y el parloteo de un loro. Pese a ser una buena mujer en muchos aspectos, su manera de hablar y su afán por mandar habrían disuadido al mejor de los hombres, entre los que sin duda yo incluiría a mi acompañante hasta aquella puerta.

—No soy el sereno —puntualizó él—, sino Bailey de los Vigilantes de Bow Street. —Por el brillo de ira en sus ojos, comprendí que deseaba decir algo más.

—Como quiera, como quiera —dijo ella, cortando por lo sano. Luego me señaló con el dedo—. ¿Quién es este?

—Se llama Jeremy Proctor, y es un buen muchacho —respondió Bailey—. *Sir* John ordena que le prepare una cama, pues será su huésped esta noche.

La señora Gredge abrió la puerta un poco más, pero no era un gesto de bienvenida. Su propósito era observarme mejor. Quedó patente que no le gustaba lo que veía. Torció el gesto y arrugó la nariz mientras me contemplaba.

—Está sucio —dijo al fin.

—Sea como sea, señora —repuso el señor Bailey con rotundidad—, será su huésped esta noche. —Tras darme un último apretón en el hombro, me sonrió, dio media vuelta y bajó las escaleras con brío.

Ella lo observó un momento y finalmente volvió a fijar la vista en mí.

—Bueno… —dijo—, entra.

Hubiérase dicho que jamás se permitió una entrada con mayor reticencia.

Una vez dentro, cerró la puerta de golpe y me condujo por el corto pasillo hasta donde brillaba la luz de un candelabro. Allí me examinó más de cerca. Me quitó el sombrero y me revolvió los cabellos. Haciendo girar la cabeza de un lado a otro, examinó atentamente orejas y cuello y luego tiró del cuello de mi ropa para mirar lo que había debajo. Finalmente dejó de zarandearme y darme tirones y se echó atrás con el entrecejo fruncido.

—Has dormido con esa ropa puesta —dijo.

Era cierto.

—Sí, señora…

—Mi nombre es señora Gredge. Puedes llamarme señora. Señora a secas —enfatizó.

—Sí, señora.

—Quítatela.

—¿Quitármela, señora? ¿La ropa?

—Sí, Jeremy. Calentaré agua para bañarte. No consentiré que te metas entre sábanas limpias con lo sucio que estás. Bien, haz lo que te digo.

—Pero…

—Sin peros. Vamos. No veré nada que no haya visto antes. He criado tres hijos varones. —Me miró malhumoradamente hasta que por fin cedió—. Oh, está bien. Te taparé con una manta en la cocina si tan importante es. Pero que conste que volveré para comprobar que te has lavado bien. Llevas el cuello y las orejas llenos de porquería. La verdad es que me estremezco solo de pensar en cómo estará el resto. —La verdad era que yo no tenía el menor deseo de enseñárselo.

No me quedaba más remedio que hacer lo que me ordenaba. Tras comer un poco de cordero frío con unos trozos de pan, me desvestí en la despensa mientras ella llenaba la tina. Le tendí mis ropas, que ella cogió sin disimular su repugnancia. Aguardé a que saliera de la cocina y me metí en la tina.

Mi padre no se preocupaba en exceso por la limpieza. Tenía siempre el taller limpio como una patena y nuestras habitaciones se barrían de vez en cuando, pero él no se bañaba a menudo y no veía necesidad de que yo lo hiciera, de modo que, si bien no estaba demasiado entrenado, me apliqué a la tarea con gran celo. No debí de hacerlo mal, pues cuando me presenté ante la señora Gredge con la manta envuelta alrededor de la cintura, me dio el visto bueno a regañadientes.

—Bueno —dijo—, estás pasable. *Sir* John no envía a menudo gatos perdidos como tú a su casa, y cuando te he puesto la vista encima me has hecho dudar de su sensatez. Sin embargo, ahora que te veo limpio, supongo que no estás mal. Ven conmigo.

Me condujo por otros dos tramos de escaleras con una vela en la mano y un dedo en los labios indicando silencio. Subimos hasta lo más alto de la casa, pasando por el cuarto piso y luego por una angosta escalera que llevaba a una pequeña aguilera apenas visible desde la calle. El techo nos permitía, tanto a mí como a la señora Gredge, que era casi de mi estatura, permanecer erguidos. Sin embargo, un hombre de la estatura del señor Bailey se habría visto obligado a caminar agachado. Había una cama y una mesa, unos cuantos muebles desvencijados y arrinconados, un viejo cofre y, apoyados contra una pared, una gran pila de libros cuya presencia me pareció curiosa.

—¿Son de *sir* John? —pregunté, extrañado de que un ciego tuviera tantos libros.

—Pertenecían a su difunto hermano. Tenía más libros que el propio *Diccionario* Johnson, más de los que le convenían, de eso puedes estar seguro, pues si no hubiera dedicado todo el tiempo que le dejaba la magistratura a leer y escribir y hubiera atendido a otros menesteres más saludables, puede que siguiera vivo.

—Sí, señora.

La señora Gredge encendió la vela que había sobre la mesita junto a la cama.

—No creo que necesites otra manta esta noche —dijo—, pero si la necesitas, puedes usar la que llevas.

Sin decir nada más, dio media vuelta y me dejó solo. Oí sus pasos al descender las escaleras.

Me dirigí a los libros sin un momento de vacilación. Pese a hallarse algo polvorientos, su estado era bueno, sin rastro de moho o humedad.

Pasé la mano por los lomos, inclinando la cabeza a uno y otro lado para leer los títulos. Los había de todo tipo: historia, geografía, narraciones personales de viajes lejanos, novelas, libros de versos y de toda clase de ciencias. De haber conocido entonces la identidad y fama del difunto hermano de *sir* John, aquellos libros me hubieran sugerido la amplitud e intereses de su preclara inteligencia. Se conoce mejor a un hombre por su biblioteca que por su casa o su atuendo.

Elegí un libro al azar, un relato sobre la vida en las colonias americanas, me lo llevé a la cama y me instalé entre sábanas de muselina, lujo que había olvidado prácticamente desde la muerte de mi madre, y, bajo el calor de las sábanas, principié la lectura. Me interesaba lo que el libro tenía para ofrecerme, mas una semana de fatigoso viaje y un día tan lleno de incidentes como a duras penas podía contener mi mente, me habían dejado más exhausto de lo que creía. Había leído unas pocas páginas cuando me quedé dormido.

Me desperté sobresaltado. Aunque la luz matinal que entraba a raudales por los ventanucos me cegaba, fue más bien el estrépito en mis oídos lo que me hizo volver a la realidad bruscamente.

—¡Fíjate, muchacho, fíjate en lo que has hecho! Te quedaste dormido leyendo, ¿a que sí? ¡Y has dejado que la vela se extinguiera! ¡Qué vergüenza! Las velas de sebo que compra *sir* John son siempre caras y has malgastado una. ¡Fíjate!

Desde luego que me fijé, apartando la vista de la señora Gredge, que era por supuesto la fuente de aquellas acusaciones, hacia la mesita junto a la cama. Tenía razón. Allí estaba lo que quedaba de la vela, que había goteado hasta convertirse en un mero cabo en el soporte convertido en un cono de blancos arroyuelos solidificados.

—¿Es que no te han enseñado que…?

—¡Señora Gredge! —Reconocí la voz que tronaba desde un piso inferior como la de *sir* John.

Aquel cuervo gruñón de mujer se volvió hacia la puerta, dócil como un pájaro reyezuelo.

—¿Sí… *sir* John?

—Deje en paz al muchacho. Nos ha despertado a mi pobre esposa y a mí con su furia. Ceje de inmediato.

—Muy bien, *sir* John. —Se volvió hacia mí, tan malhumorada como antes, pero menos ruidosa.

—Bien, has hecho mal y te lo he dicho. Toma. Te he traído tus cosas. —Dejó caer unas ropas sobre la cama. Yo no me había fijado en ellas hasta entonces, abrumado como estaba por sus apasionadas acusaciones—. Vístete y baja a desayunar. —Tras estas palabras, se fue con la misma rapidez que la noche anterior.

Salí de la cama y examiné mis ropas. Había lavado todo lo que podía lavarse. El resto (casaca y calzones) lo había cepillado de manera tan concienzuda, que podría haber pasado por limpio. Me vestí rápidamente y bajé con presteza atraído por la promesa del desayuno.

Más tarde, tras comer mi ración de pan con mantequilla, la señora Gredge me encomendó varias tareas domésticas, como barrer y fregar, que me apresté a cumplir. Pero pronto agotó su reserva de tareas y quedé libre para volver a mi buhardilla y retomar mi libro.

Oía las calladas pisadas de la señora Gredge ocupada abajo. En realidad la quietud que reinó en la casa durante la mayor parte de la mañana delataba la enfermedad entre sus muros. Recordé una quietud semejante en los últimos días de mi madre en Lichfield y me pregunté por la gravedad de *lady* Fielding.

Hacia el mediodía, empero, oí una sinfonía de sonidos del piso inferior: carraspeos, resuellos, escupitajos y gruñidos, seguidos de un largo repiqueteo en la bacinilla. Por fin se había levantado para encontrarse con el mundo. Tales ruidos me tranquilizaron con respecto al estado de *lady* Fielding. Pasó el tiempo, durante el cual oí la voz de la señora Gredge en el primer piso y más tarde, desde el piso inferior al mío, el tono apagado y más gentil de una mujer que conversaba tranquilamente con *sir* John. Entraron y salieron varias visitas, una de ellas el inconfundible Benjamin Bailey. Por fin, cuando el día llegaba a su término, fui llamado al estudio.

El magistrado del juzgado de Bow Street estaba cómodamente sentado a un escritorio limpio de papeles. Cuando entré por la puerta abierta, se volvió hacia mí, consciente de inmediato de mi presencia.

—Ah, Jeremy —dijo—, descansado y bien alimentado, espero.

—Sí, *sir* John. Gracias.

—No hay de qué. La señora Gredge me ha informado de tu buena disposición para trabajar en la casa. Por ello te doy las gracias. Digamos que te has ganado el alojamiento. Su única objeción, que recuerdo haber oído expresada con fuerza esta mañana temprano, es que te quedaras dormido y dejaras que la vela se extinguiera. A mí no me parece reprobable en absoluto. El precio de una vela no es nada comparado

con la educación de una mente. Has descubierto lo poco que queda de la biblioteca de mi hermano, supongo.

Me sobresalté. ¿Había hecho mal en coger un libro sin pedir permiso?

—Pues sí, espero que…

—La verdad, Jeremy, es que me complace que les hayas dado algún uso. Sé que mi hermano, de hallarse entre nosotros, estaría encantado. Mi biblioteca, como ves, es mucho más modesta y está relacionada con la práctica de la ley. Algunos de estos también eran suyos. Era un hombre extraordinario, excelente abogado, soberbio magistrado y maravilloso y divertido autor de novelas y obras de teatro.

—¿Cómo se llamaba, *sir* John?

—Henry. Henry Fielding. En realidad era mi hermanastro. Su madre no era la mía. ¿Has oído hablar de él?

—Mi padre tenía uno de sus libros, que leía con gran deleite, pero me tenía prohibido abrirlo.

*Sir* John rio al oír esto.

—Debía de ser *Tom Jones*, seguro.

—Lo era, señor. La historia de un expósito.

—Más o menos, Jeremy, más o menos.

—Debió… debió de ser un hombre de gran ingenio y saber.

—¿Henry? Oh, desde luego. Pero era algo más, algo mucho más raro. Era un buen hombre. Fue un buen marido de dos esposas, aunque no de manera simultánea, te lo aseguro; un buen padre y el mejor hermano que un hombre pueda desear. Aprendí leyes con él. —Vaciló antes de añadir—: Él me dio la vida.

Me había dado la espalda y tuve la impresión de que sus últimas palabras no estaban dirigidas a mí sino a sí mismo. Guardó silencio durante un rato, como ensimismado en sus pensamientos, pero luego despertó de sus meditaciones.

—Bien, ya es suficiente. Tenemos que cenar e ir en busca de un hombre que te ayudará. Y había pensado enseñarte un poco Londres antes de que se ponga el sol.

Así pues, después de que *sir* John se tomara su tiempo para despedirse en el piso de arriba, y de que hubiera advertido a la señora Gredge de que tal vez llegaríamos tarde, nos dispusimos a iniciar nuestra excursión. Salimos a la calle y tomamos la dirección opuesta a la que me había llevado hasta allí con el señor Bailey la noche anterior. Londres era más grande de lo que había imaginado y mi guía para ver toda aquella ciudad iba a ser un hombre ciego. Aunque esto pueda extrañarme ahora, con el paso del tiempo, como sin duda debe de extrañarte a ti, lector, nada raro encontré en ello cuando salí de su casa con él, pues no caminaba como un hombre ciego, sino como alguien que tuviera capacidad para admirar las vistas de la gran ciudad. Llevaba bastón, pero la mayor parte del tiempo lo usaba del modo más común, andando con paso ágil y firmes pisadas. Bien es verdad que aminoraba un tanto su marcha en los cruces para tantear el camino con el bastón, dando golpecitos en el empedrado y escuchando junto al bordillo para adivinar el tráfico de caballos, que era

intenso incluso entonces.

En el primer cruce con que topamos, toqué el codo de *sir* John para indicarle que la calle estaba despejada, pensando solo en serle de utilidad. Sin embargo, él sacudió la cabeza con energía.

—No, Jeremy, por favor. Prefiero encontrar el camino yo solo. No siendo para salvarme de una muerte segura ante un tiro de caballos, o de una gran molestia por culpa de un montón de mierda, debes resistir la tentación de ayudarme. Bien, ¿estamos listos?

Tras estas palabras, bajó de la acera audazmente y me condujo al otro lado de la calle.

La gente no parecía fijarse especialmente en él, no por insensible indiferencia, sino más bien porque la mayoría parecía acostumbrada a verle moverse entre ellos. En las calles cercanas a su casa recibió muchos saludos respetuosos de los transeúntes y los tenderos, que él devolvía con tono afable y por el nombre casi de forma invariable. «… Y un buen día para usted también, señora Margaret», «¡Ah, Joseph! El negocio bien, espero». Etcétera.

Proseguimos nuestro camino, giramos hacia el Haymarket, que me sorprendió por su amplitud y por lo que yo juzgué la elegancia de sus paseantes. Las mujeres iban empolvadas y pintadas y, en mi inexperta opinión, eran muy guapas. Vestían los atuendos más llamativos que jamás había contemplado y sonreían con gran facilidad.

*Sir* John debió de percibir mi interés.

—¿Has observado la abundancia de féminas solas en los alrededores?

—Sí, *sir* John. ¿Quiénes son?

—Mujeres desgraciadas —replicó y me dio prisa para que siguiera.

Pese a que no me parecía una descripción acertada de su estado, no osé contradecirle. No obstante, noté que parecía conocer muy bien a varias de aquellas mujeres. De hecho, una de ellas, un poco mayor que las demás, lo detuvo cogiéndole de un brazo, y tras intercambiar cortesías y serme presentada, bajó la voz para decir con tono más serio:

—Solo quería decirle, *sir* John, que he recibido carta de Tom, desde la India nada menos. Me pide que le dé recuerdos.

—¡Ah, Kate! Me alegro de oírlo. ¿Y cómo está el muchacho?

—Creo que muy bien. Asegura haber crecido ocho centímetros en el año que lleva fuera, pero me cuesta creerlo.

—Oh, es muy posible. A su edad pueden dar un estirón.

La mujer ladeó la cabeza en mi dirección.

—¿Va a ingresar en la Marina él también?

—¿Jeremy? No, no lo creo. Es un muchacho con oficio y me gustaría verle progresar en él.

—¿Y qué oficio es ese, Jeremy? —me preguntó entonces.

—La imprenta, señora.

—Bueno, en *sir* John tienes a un buen hombre que velará por tus intereses. No lo encontrarás mejor.

—Eres demasiado buena, Kate —le dijo *sir* John.

—No me hable de bondad, John Fielding. El modo en que se portó con Tom es más de lo que yo podría… —Se le quebró la voz. Pese a la pintura de su rostro, vi que estaba al borde las lágrimas.

*Sir* John pareció un tanto avergonzado por la emoción desbordada que percibía. Arrastró los pies y golpeó la acera con el bastón. Era evidente que deseaba alejarse.

—Hará que te sientas orgullosa de él, Kate.

—Lo creo. De verdad. Bueno… oh, una cosa más.

—¿Qué es, Kate?

—Me he mudado a una vivienda más respetable en el número tres de Berry Lane. Tiene una entrada lateral muy discreta. Me sentiría muy feliz, y honrada si viniera a tomar el té algún día entre semana. Solo como amigo —añadió—, para mostrarle mi gratitud.

—Eres muy amable. Haré lo posible por aceptar tu invitación.

Tras despedirse y desear a *sir* John la bendición de Dios, la mujer se apresuró a alejarse. Él echó a andar de repente sin decirme nada, y yo corrí para alcanzarlo. No habló durante un buen rato y me pregunté si sabía que yo iba a su lado hasta que por fin me dirigió la palabra.

—Te habrá extrañado, Jeremy, que haya dado el apelativo de desgraciadas a esas mujeres del Haymarket. Te presento a Katherine Durham como ejemplo: una viuda inteligente y de familia respetable obligada a llevar esa vida en la calle. Sin duda es lamentable.

—¿Su hijo fue uno de los que envió usted a la mar?

—Sí, y no fue fácil arreglarlo. Él y sus dos amigos eran culpables de un robo en el que se infligió graves heridas a la víctima. Querían colgar a esos chicos, Jeremy, y ninguno de ellos era mayor que tú.

La idea me hizo sentir incómodo.

—¿Pero usted los envió a la mar?

—A dos de ellos.

No osé preguntar qué se había hecho del tercero.

*Sir* John guardó silencio hasta que salimos del Haymarket y enfilamos Pall Mall. Yo proferí exclamaciones admirativas y se animó considerablemente.

—Ah, sí, quería que vieras esto. ¿No es hermoso? Desde luego huele muy bien. Podría haber tantos sitios como este en Londres y hay tan pocos.

Miré en derredor. Había árboles y flores, jardines como yo nunca había visto y personas como nunca había imaginado. Vestían con elegancia, pero no tan llamativa como las cortesanas y sus galanes que había visto en el Haymarket. Damas y caballeros paseaban tranquilamente sin prestarnos atención, algunos agrupados del modo más decoroso aquí y allá, conversando en tonos suaves. Incluso el tráfico de

caballos difería de forma ostensible del que había visto en los demás sitios. Diríase que allí solo se permitía el paso de carruajes y monturas individuales. No vi narrias ni carretas.

Subimos por Pall Mall en una dirección y bajamos por la opuesta, lo que me permitió vislumbrar Green Park y St. James y muchas de las casas elegantes de aquella calle. Sobrepasaba con mucho lo que yo esperaba y me sentí como un auténtico patán. Incluso *sir* John, que antes había considerado demasiado bien vestido, me pareció allí vulgar en comparación con los que nos rodeaban, y allí parecía ser tratado con cierta indiferencia. Apenas se fijaron en él y no le saludó nadie. Cuando le prestaban atención, era para dirigirle miradas hoscas. Así, pese a la impresión que me causó lo que allí vi, me sentí aliviado cuando por fin giramos en Charing Cross y nos dirigimos al Strand[5].

Allí había un auténtico hormiguero de gente, el gran océano de la humanidad con la marea alta. *Sir* John se detuvo al principio de la gran calle, escuchando, oliendo, asimilándola en su conjunto.

—¿No es asombroso? —preguntó—. Esta gran oleada de gente ante nosotros, todos ellos tan diferentes y sin embargo tan humanos y por tanto tan iguales. ¿No es glorioso? Un hombre que ha escrito muchas tonterías y algunas cosas sensatas dijo en una ocasión que cuando un hombre se ha cansado de Londres es que se ha cansado de la vida, pues en Londres hay todo cuanto la vida puede ofrecer.

—Esa debió de ser una de las cosas sensatas que dijo.

—Desde luego. Él es, por cierto, el hombre al que ahora vamos a ver para beneficio tuyo.

—¿De quién se trata, *sir* John?

—De Samuel Johnson.

—¿*Diccionario Johnson*?

—El mismo, muchacho, un hombre de muchas y admirables cualidades, aunque sobrevalorado en algunos aspectos.

—¿Cuáles son? —pregunté, pues solo había oído cosas buenas de él en boca de mi padre; ambos eran nativos de Lichfield, al fin y al cabo.

—Por su ingenio, sobre todo. Se cree cualificado para hablar de cualquier tema, incluyendo la ley, para lo que carece de conocimientos, y cuando habla, desea ser escuchado por todos sin excepción. Es un auténtico tostón y, como todos los tostones, tiene la costumbre de darte un discurso en lugar de hablar contigo. Incluso en literatura, tema en el que es considerado un gran conocedor, sus opiniones son totalmente falibles. El señor Johnson, o el doctor Johnson, como se hace llamar, tuvo la audacia y cometió el disparate de escribir mal sobre mi hermano y sus obras.

Lector, sin duda reconocerás esta como la verdadera causa de la animadversión contenida que sentía *sir* John Fielding hacia el doctor Johnson, aun cuando yo tardé algunos años en darme cuenta. Más le valía a uno hablar mal del rey en presencia de *sir* John que criticar a su difunto hermano.

—Pero prosigamos, Jeremy —dijo—. Ha anochecido y hemos de procurar encontrarlo donde suele cenar, un local de baja estofa donde *sir*ven comidas, frecuentado por escritorzuelos y sus maestros, que se conoce como el Cheshire Cheese.

De modo que nos sumergimos entre la multitud del Strand, nadando con la corriente, y *sir* John me señalaba las tiendas elegantes del camino. Me sorprendió mucho cuando, poco después, asaltó mi nariz un olor tan pestilente como los que había conocido en el campo. Expresé mi extrañeza de modo involuntario.

—Por fin lo has olido, ¿verdad?

—¡Ojalá no fuera así, señor!

—Es el río Fleet, o así lo llaman, porque en realidad no es más que un arroyo que desemboca en el Támesis. En realidad no es mucho más que una alcantarilla que discurre bajo Fleet Street, abierta en algunos puntos, uno de ellos cercano. El hedor disminuirá cuando abandonemos este lugar, de modo que apresurémonos.

Por fin me detuvo en un pequeño callejón visible apenas desde la calle.

—Justo aquí, creo, ¿no es así?

Miré al otro lado del callejón y pese a la oscuridad que empezaba a adueñarse del día, vi un cartel que anunciaba el Cheshire Cheese. Se lo comuniqué así a *sir* John sin dejar de preguntarme cómo podía orientarse tan bien.

—Johnson vive justo al volver la esquina, en una plaza cerrada, y hace sus comidas aquí. A decir de todos y al contrario de la señora Gredge, su ama de llaves es una pésima cocinera. No siento el menor deseo de llamar a la puerta de ese hombre para solicitar un favor, pero he pensado que si hablamos con él en el lugar donde come, sería más fácil presentártelo y exponerle tu situación. No carece por completo de buenas cualidades. Estoy convencido de que se sentirá movido a ayudarte.

Tras estas palabras nos encaminamos al Cheshire Cheese, pero justo al llegar a su puerta se detuvo una vez más.

—Una cosa más, muchacho. Puede que encontremos a Johnson en compañía de un tal James Boswell, un petimetre libertino que se llama a sí mismo abogado. Está de visita y se ha pegado a Johnson como una auténtica lapa. Esto te lo digo porque Boswell es escocés, de Edimburgo, y habla de esa forma peculiar común a sus paisanos. No debes reírte de él en modo alguno, ni siquiera demostrar que te has dado cuenta, pues es muy engreído.

Prometí no hacerlo y entramos.

Aunque fuera era casi de noche, el interior era aún más oscuro. *Sir* John buscó un camarero y preguntó por el doctor Johnson. Fue informado de que, si bien el lexicógrafo no había llegado todavía, el señor Boswell le aguardaba en la Sala de las Chuletas, adonde fuimos conducidos. El hombre que acertadamente tomé por James Boswell se puso en pie y nos dio la bienvenida, o más bien al magistrado, con gran ostentación. En realidad su acento no era muy pronunciado. Se notaba, ciertamente, por el alargamiento de la letra erre y por la suave inflexión nasal con que casi siempre

pronunciaba las vocales. Sin embargo, no me pareció en absoluto divertido.

Si el doctor Johnson era un tostón, ¿qué podía decirse de aquel hombre que declaró ser su amigo de manera estentórea y prolija? ¿Un petimetre? Sin duda, y un chismoso, y un sabelotodo también. Conozco la tradición que nos acusa de hablar siempre bien de los que acaban de morir, y en lo fundamental estoy de acuerdo con ella, pero fueron tantas las ocasiones posteriores en las que presencié cómo James Boswell agotaba el tiempo y la paciencia de *sir* John que sinceramente no hallo nada bueno que decir de él. Lo que es peor, más tarde, cuando era ya adulto, yo mismo le oí mofarse del magistrado y no vacilé en recriminarle su actitud. Pero me estoy anticipando a los acontecimientos. No pretendo afirmar que mi primera impresión fuera tan categórica ni parcial. Entonces me pareció solo un hombre tedioso y prolijo, tan ansioso por causar buena impresión en *sir* John que solicitaba continuamente su opinión al magistrado y, antes de que pudiera acabar de dársela, se apresuraba a presentarle la suya.

Así fue cómo charlaron sobre diversos temas, principalmente sobre el entonces tristemente famoso John Wilkes, el parlamentario encarcelado por provocar disturbios. Comentando que Wilkes había vuelto en fecha reciente al parlamento *in absentia*, Boswell juró que aquel individuo debería ser puesto en el cepo de inmediato, pero pronto quedó al descubierto que su inquina hacia Wilkes se debía sobre todo a sus injuriosas declaraciones contra los escoceses.

—¿Es cierto que acudió a usted para recuperar los documentos blasfemos que había embargado el gobierno de su majestad?

—Pues sí —dijo *sir* John—, él…

—Tuvo la cara de hacerlo, ¿no es cierto? Pues si le interesa saberlo, yo…

Etcétera.

De Wilkes pasaron al francés y luego al libro de Boswell sobre Córcega, que el propio autor recomendó sin pudor alguno al magistrado; dedicaron más de una hora a hablar sobre el viaje. Para entonces yo estaba muerto de hambre. *Sir* John debió de percibirlo, pues se las compuso para hacer callar a Boswell lo suficiente para pedir un filete y pastel de riñones para mí y asado de buey para él. El local estaba ya atestado, pero no había ni rastro del doctor Johnson.

De hecho *sir* John se lo comentó a Boswell, indicando solo que había pensado encontrar allí al lexicógrafo y preguntando si él también le esperaba.

—Sí, desde luego que le esperaba y le espero —dijo Boswell—. No tardará.

Por fin llegó nuestra cena. Y poco después recibí la sorpresa de ver llegar a Benjamin Bailey en persona. Apenas había dado yo tres bocados a mi pastel cuando su elevada figura llenó el umbral de la puerta de la Sala de las Chuletas. Se agachó para entrar y se dirigió a nuestra mesa directamente.

—Señor Bailey —exclamé—, vaya…

Él me puso la mano en el hombro, quizá con la intención de hacerme callar. En cualquier caso, ese fue su efecto. Luego se inclinó hacia *sir* John y le susurró algo al

oído. Vi cómo la expresión del magistrado pasaba de la sorpresa a una firme resolución. Cuando el señor Bailey dejó de hablar, *sir* John asintió y se levantó de su silla.

—Perdóneme, señor Boswell, pero ha surgido un imprevisto y debo marcharme.

—¿De qué se trata, *sir* John? —A Boswell le había picado la curiosidad—. ¿Disturbios? ¿Wilkes?

—Nada tan grave. Se trata de un asunto rutinario en el trabajo nocturno de un pobre magistrado.

*Sir* John siguió al señor Bailey. Yo murmuré una despedida para Boswell, que no se había fijado en mí. Cogí unas cuantas rebanadas de pan de la mesa y corrí para alcanzar a los otros. Los encontré en la puerta. *Sir* John intentaba pasar junto a un hombre robusto de cara encarnada y enorme nariz que le saludó por su nombre e intentó trabar conversación con él.

—Ahora no tengo tiempo. Lo siento —le espetó *sir* John—. Pero más tarde desearía hablar con usted de cierto asunto.

Mientras caminábamos a buen paso hacia Fleet Street, pregunté por la identidad del hombre de la puerta.

—Oh, ese —dijo *sir* John—. Era Johnson.

—Tengo un coche de punto esperando —dijo el señor Bailey sin volverse.

El coche esperaba con la portezuela abierta, que el señor Bailey sostuvo para *sir* John con actitud deferente. Solo le faltó el saludo militar. Cuando subí yo también, me volví con curiosidad.

—¿De qué se trata, señor Bailey? —pregunté—. ¿Qué ha ocurrido?

—No te preocupes, muchacho. Ahora sube.

Tras una orden al cochero, Bailey saltó al interior del coche y nos pusimos en camino.

—Creo que deberíamos contárselo a Jeremy, puesto que ha de acompañarnos —dijo *sir* John, y añadió dirigiéndose a mí—: Ha habido disparos en la residencia de lord Goodhope. Al parecer él mismo es la víctima.

# III

En el que unas manos limpias exoneran a un hombre distinguido

Descendimos del coche de punto; primero yo, luego el señor Bailey y *sir* John el último. Aunque no habían intercambiado ni media palabra entre ellos, pronto descubrí que la casa frente a la que nos habíamos detenido se hallaba en St. James Street, en el distrito de Westminster, jurisdicción de *sir* John por aquel entonces.

Era en verdad una casa señorial del siglo anterior y aún hoy puede ser calificada como tal, pues sigue en aquella calle, aunque empequeñecida por otras más señoriales si cabe. No hace mucho, en el curso de mis investigaciones sobre los detalles de este asunto para escribir este relato, me enteré de lo que entonces era del dominio público, a saber, que aunque la familia Goodhope tenía grandes propiedades y una casa solariega en Lancashire, lord Goodhope pasaba la mayor parte del tiempo en Londres, algunas veces en compañía de *lady* Goodhope, pero con frecuencia sin ella.

Pese a nuestras prisas por llegar a aquel lugar, *sir* John no mostró la menor urgencia por acercarse a la puerta. Mientras el señor Bailey indicaba al cochero que debía esperar, el magistrado se limitó a permanecer en la acera frente a la casa con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Al observar este extremo, se me ocurrió que, de no ser por su incapacidad, hubiera pensado que *sir* John contemplaba fijamente la residencia Goodhope a la tenue luz de la farola de la calle.

—¡Señor Bailey! —llamó.

El cazaladrones se apresuró a acercarse a él.

—A su servicio, *sir* John —dijo.

—¿Quiere describirme la casa en la que estamos a punto de entrar?

—Bueno, desde luego es grande.

—¿Cómo de grande, hombre?

—Tres plantas —explicó Bailey—. Eso contando con la planta baja. Pero es ancha, señor, muy ancha.

En lugar de preguntar cómo de ancha, *sir* John me llamó en su ayuda.

—Tal vez puedas añadir algo más, Jeremy.

—Lo intentaré, señor. —Así lo hice, mencionando que estaba construida de ladrillo y el hecho de que las plantas superiores tenían cinco ventanas a un metro de distancia unas de otras, así como de cada esquina. El lugar de la ventana del centro en la planta baja estaba ocupado por una gran doble puerta a la que se accedía subiendo tres escalones.

—Muy bien —dijo *sir* John—. ¿Y qué ventanas están iluminadas?

—Ninguna, señor, que yo vea. Todos los postigos parecen cerrados.

—¡Ah, bien! Entonces es que guardan las viejas costumbres.

Se dirigió entonces con paso decidido hacia la casa, adelantando ligeramente el bastón, buscando el contacto con el primer peldaño.

—Señor Bailey, dé unos buenos golpes en esa doble puerta y hágales saber que hemos llegado.

Fue roble contra roble lo que se oyó cuando el señor Bailey golpeó la puerta tres veces con su garrote. Mientras esperábamos a que nos abrieran, me guiñó un ojo sonriéndome como si quisiera asegurarme que no me guardaba rencor por haber mejorado su descripción. Era un gran hombre tanto en tamaño como en espíritu.

No había pasado un minuto cuando la puerta se entreabrió para revelar en parte el rostro de un hombre.

—John Fielding ha venido —anunció el magistrado—, para indagar en la calamidad acaecida en esta casa.

Se abrieron ambas puertas de par en par y entramos. El mayordomo vestido de negro, como un caballero a mis ojos, nos introdujo en una sala de estar junto al espacioso vestíbulo. Allí nos aguardaba *lady* Goodhope, que se levantó y caminó hacia *sir* John. Pese a que la luz de la única vela encendida en la habitación era muy tenue, vi que vestía a la moda, aunque con discreción, y que era una mujer delgada con un rostro carente de grandes atractivos, pero en el que se veía cierta pureza. También me fijé en que tenía los ojos secos.

—Ha sido usted muy amable al venir, *sir* John, y tan pronto. Confío en que no le habré interrumpido en algún asunto importante.

—Nada que no pueda esperar. —*Sir* John tanteó con la mano en busca de la mano de *lady* Goodhope, la apretó con simpatía y se la llevó a los labios—. Me ha conmocionado profundamente la noticia. Mi más sincero pésame.

En cuanto al señor Bailey y a mí, *lady* Goodhope ni siquiera se dignó mirarnos. No inquirió sobre nuestra presencia en la casa, sino que miró fijamente a *sir* John a la expectativa.

—Hemos de examinar el cadáver, claro está —continuó el magistrado tras una pausa—. El señor Bailey me ayudará debido a mi evidente incapacidad. Y si no es mucho pedir, *lady* Goodhope, desearía también que usted declarase sobre las circunstancias que la llevaron a descubrir el hecho. Eso, empero, podemos posponerlo hasta que se sienta con fuerzas.

—Me encuentro perfectamente, gracias.

—¿Entonces desea hablar ahora?

—Sí —asintió ella con aspereza—. Terminemos con esto cuánto antes.

Benjamin Bailey acercó una silla para *sir* John, y después de que *lady* Goodhope hubiera vuelto a sentarse, lo instaló en ella. Se encontraron así cara a cara, con apenas metro y medio entre ellos.

—Cuando oí el disparo…

—Le ruego sinceramente que me perdone —dijo *sir* John—, pero será necesario

que la interrumpa de vez en cuando para indagar ciertos hechos. Ahora debo hacerlo. ¿A qué hora oyó el disparo? ¿Dónde se hallaba? ¿En qué se ocupaba en aquel momento? Sea precisa en los detalles en la medida de lo posible.

—Sí, por supuesto —dijo ella—. Lo comprendo.

—Entonces proceda.

—Es difícil saber la hora con exactitud —dijo ella, volviendo a empezar—. No había ningún reloj cerca y no he visto ninguno desde entonces. En realidad no tengo la menor idea de qué hora es en este momento.

—Señor Bailey, ¿lleva su reloj encima?

—Ciertamente, *sir* John. —Bailey se acercó a la luz de la vela, sacó la esfera en forma de huevo de un pequeño bolsillo de sus calzones y anunció—: Están a punto de dar las ocho, faltan tres minutos.

—Gracias, señor Bailey. Ahora, *lady* Goodhope, volviendo atrás, ¿cuánto tiempo diría que ha transcurrido desde el fatídico suceso?

Ella reflexionó unos instantes.

—Una hora aproximadamente, diría yo. Hubo unos minutos de confusión, que luego describiré, pero en cuanto me aseguré de lo ocurrido, envié un lacayo a Bow Street con la noticia.

—Hizo bien. Así pues, digamos que ocurrió a las siete, después de anochecido, en cualquier caso. —Sí.

Era esa hora más o menos, me dije, cuando el fatuo Boswell había iniciado su recital en el Cheshire Cheese. ¡Qué pérdida de tiempo!

—Muy bien. ¿Y dónde se hallaba usted?

—Estaba arriba en mis habitaciones, leyendo.

—¿Tenían usted y lord Goodhope habitaciones separadas?

—Sí, en efecto, las tenemos —respondió ella tras cierta vacilación—. O las teníamos.

—Continúe, se lo ruego.

—Oí un fuerte ruido, aunque amortiguado. En un principio no fui consciente de su naturaleza, pues no estoy familiarizada con las armas de fuego. Pensé que tal vez se había caído algo en la planta baja, de modo que dejé el libro y bajé a investigar. Potter acudió a mi encuentro a mitad de las escaleras.

—¿Potter? —inquirió *sir* John.

—El mayordomo. Él les ha abierto la puerta. Potter —continuó— se hallaba terriblemente agitado. Había reconocido el sonido, que era un disparo, y me pedía permiso para entrar en la biblioteca.

—¿De dónde había surgido el ruido? —Sí.

—¿Por qué era necesario que le pidiera permiso? Yo diría que en semejante estado de alarma, hubiera entrado en la biblioteca inmediatamente.

—Me pedía permiso porque era necesario forzar la puerta. Por supuesto se lo di y…

—¿Lord Goodhope la había cerrado desde el interior? —*Sir* John parecía algo perplejo.

—Sí.

—¿Era una costumbre?

—Quizá no una costumbre, pero lo hacía con frecuencia. —Se interrumpió y suspiró—. Lord Goodhope era algo… reservado en sus hábitos.

—Comprendo. De modo que usted le dio permiso y el mayordomo forzó la puerta.

—No fue tarea fácil —dijo ella—. Fue el período de confusión que mencionaba antes. Yo me quedé a un lado, esperando, fuera de mí a causa del miedo, mientras Potter primero y luego Ebenezer, el lacayo, lo intentaban sin éxito. Por fin se les ocurrió usar un leño de la chimenea del vestíbulo. Con eso rompieron por fin el pestillo y la puerta se abrió.

—Ese fue el momento en que vio el cadáver de su marido.

—Ese fue el momento en que lo… vi de refilón.

—¿No entró en la biblioteca?

—Crucé la puerta, vi lo que he dicho y retrocedí asustada.

—¿Y qué vio?

—La figura de un hombre. Había mucha sangre y tuve la impresión de que estaba terriblemente desfigurado. La postura del cuerpo era tal que no podía estar sino muerto. Entonces envié a Ebenezer a Bow Street.

—¿Entonces usted no ha examinado el cadáver para comprobar con seguridad que se trata de su marido?

—No podía —dijo ella—. No puedo. De todas formas, Potter lo ha identificado y Ebenezer lo ha confirmado.

—Comprendo —dijo *sir* John—. ¿Y qué hizo tras despachar al lacayo?

—Me metí en esta habitación para esperarle a usted. Aquí he permanecido desde entonces.

—¿No envió recado a nadie más?

*Lady* Goodhope pareció desconcertada por la pregunta.

—¿A quién? —preguntó al fin.

—Oh, a amigos, a quienes pudieran consolarla en estos momentos.

—No tengo amigos en Londres —explicó ella sencillamente—. Los amigos de Richard, de lord Goodhope, no eran amigos míos.

*Sir* John asintió y se puso en pie.

—Naturalmente —dijo—, no le pediré que vuelva a entrar en la biblioteca.

—Potter le acompañará.

—Con eso bastará. Sí le pido, sin embargo, que no se mueva de aquí hasta que hayamos concluido nuestra inspección. Tal vez haya de hacerle más preguntas. Nos despedimos pues de momento, agradeciéndole su ayuda en este penoso asunto.

*Sir* John dio media vuelta y se dirigió directamente hacia la puerta; el señor

Bailey y yo le seguimos. Detrás, *lady* Goodhope llamó al mayordomo en voz tan alta que casi parecía impropia de las circunstancias. Poca necesidad tenía de llamarle, pues Potter se hallaba en la puerta misma de la sala de estar y, por el sigilo y rapidez con que apareció, seguramente había estado escuchando tras la puerta.

—A sus órdenes, *sir* John.

—¿Potter?

—El mismo, señor.

El mayordomo era un hombre corpulento de estatura algo mayor que la media. Al inclinarse con las manos unidas ofrecía la viva imagen del servilismo.

—Llévenos a la escena del suceso, por favor.

—Con sumo gusto, *sir* John. Por aquí.

El mayordomo le cogió entonces por el codo, pensando en conducir así al magistrado al otro lado del amplio vestíbulo, pero *sir* John se desasió de su mano igual que de la mía mientras caminábamos por la calle.

—Usted primero. Nosotros le seguiremos —dijo, señalando hacia adelante con el bastón.

Potter lanzó una mirada inquisitiva al señor Bailey, que respondió asintiendo, e inició la marcha, volviéndose a menudo para mirar atrás con aire solícito hasta que él mismo tropezó con una silla.

—Cuidado —le advirtió *sir* John.

—Oh, sí, desde luego.

Unos cuantos pasos después de este accidente, el mayordomo se detuvo en la última puerta del vestíbulo, que estaba abierta de par en par, ligeramente doblada y medio salida de su gozne superior.

—Aquí es, *sir* John, a su izquierda.

Tras una leve vacilación, el mayordomo entró en la biblioteca y aguardó, pero *sir* John se demoró examinando la madera astillada de la jamba y luego el pestillo roto de la puerta.

—¡Ja! —exclamó *sir* John—. Le habrá costado abrir esta puerta, señor Potter. —El pestillo era muy sólido—. ¿Quién le ayudó?

—Uno de los lacayos, Ebenezer Tepper.

—¿Está por aquí?

—Desde luego así debería ser. ¿Quiere que lo llame?

—Ahora no. Más tarde quizá.

El mayordomo, que apenas se había separado de la puerta, miró con inquietud hacia su izquierda y algo parecido a un escalofrío recorrió su cuerpo. Allí debía de estar el cadáver de lord Goodhope, fuera de nuestra vista.

—¿A qué hora oyó el disparo?

—A las siete en punto —contestó Potter con seguridad.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Llevo reloj.

—¿Y lo consultó en ese mismo momento? Eso me parece de lo más extraño. Hubiera dicho que su primera preocupación sería la de abrir esta puerta para intentar ayudar a su amo.

—¡Oh, y así ha sido!

—¿Pero se demoró para mirar la hora?

—¡Ahora lo recuerdo! —dijo el mayordomo, que se había puesto muy nervioso —. Cuando Ebenezer y yo fuimos a buscar el leño de la chimenea cercana a la puerta principal, me fijé en la hora del reloj que hay sobre la repisa.

—¿Y eran las siete?

—Oh, no, unos minutos más tarde. Eran las siete y unos minutos.

—Así pues, se limitó a deducir que el disparo se produjo a las siete.

—Justamente, señor —dijo el mayordomo, con modestia.

—Y con la ayuda de Ebenezer Tepper, ¿cuánto tiempo diría que tardaron en forzar la puerta usando el leño como ariete?

—Muy poco, señor.

—¿Y dónde está ese leño?

—Aquí mismo, en el suelo. Lo arrojamos a un lado al precipitarnos al interior de la habitación.

—¿Y el cadáver se halla exactamente donde lo hallaron?

—Exactamente en el mismo sitio, señor.

—Muy bien, Potter. Eso es todo.

—¿Señor?

—Hemos concluido —dijo *sir* John—. Gracias. Salga.

—Pensaba… —Vaciló—. Sí, señor. Como ordene, señor.

Tras mirar a *sir* John con azoramiento y luego al señor Bailey y a mí, pasó junto a nosotros y cruzó rápidamente el vestíbulo.

—¡Sin duda tendré que hacerle más preguntas después! —le gritó *sir* John.

El mayordomo se limitó a volverse a medias y a asentir sin detenerse.

—Muy bien, señor Bailey, entremos y manos a la obra. Jeremy, puedes esperar fuera o entrar, a tu elección. Sin duda verás cosas peores si te quedas en Londres. —Cruzó entonces el umbral y entró en la biblioteca.

El señor Bailey le siguió, advirtiéndole:

—Cuidado con el leño, señor. Lo tiene justo delante.

*Sir* John lo tocó con el bastón y asintió.

—Como él ha dicho.

—Ha sido usted muy rudo con ese Potter, señor.

—Oh, supongo que sí, pero era evidente que estaba escuchando detrás de la puerta y ha decidido corroborar con exactitud lo que su señora meramente suponía. Sabía tanto como ella a qué hora ocurrió el suceso, aunque llevara reloj. Le he metido un poco de miedo en el cuerpo porque no quiero que ronde por aquí, ni con nosotros ni pegado a la puerta.

—No volverá.

—No. Bien, procedamos, señor Bailey. Descríbame la habitación.

Ambos hombres se alejaron del umbral y de mi vista, pero yo me quedé en el vestíbulo. Se había adueñado de mí una extraña agitación. Al recordar mi estado de ánimo en aquellos momentos, creo que fue la muerte reciente de mi padre lo que me retuvo. Eso, y quizá también la expresión del mayordomo cuando miró hacia el interior de la habitación. En cualquier caso, pronto dominé mi inquietud, me erguí y entré en la biblioteca.

En total, los tres debimos de permanecer casi media hora en aquella habitación. Lo primero que hizo *sir* John fue sentarse en una silla que el señor Bailey colocó para él en el centro exacto y empezó a darnos órdenes y lanzarnos preguntas sobre las dimensiones de la estancia. Era grande, de casi cinco metros por cinco. *Sir* John deseaba saber si era una biblioteca en sentido literal. ¿Había estanterías? ¿De qué dimensiones? ¿Tenían libros? ¿Pocos o muchos? ¿Había chimenea? ¿De qué tamaño? ¿Y los muebles? ¿Cuáles eran y dónde estaban situados?

Exigía de nosotros la misma exactitud en los detalles que hubiera esperado de cualquier testigo, o quizá más. Deplorando la tendencia a generalizar del señor Bailey, le reprendió en un par de ocasiones y le pidió que contara con manos y dedos si no estaba seguro de pies y pulgadas. También a mí me puso a trabajar, encaramándome a las ventanas para examinarlas. Todas estaban bien cerradas.

Había, claro está, un cuarto miembro en nuestro grupo. Sentado silenciosamente tras la mesa, con la cabeza echada hacia atrás, la barbilla y la garganta ensangrentadas, así como la camisa y el chaleco. Yo me las había arreglado para no mirarlo directamente mientras recorría la habitación siguiendo las órdenes de *sir* John, pero al fin llegó un momento en que todo lo que podía revisarse ya había sido revisado y no quedó lugar alguno en que fijar nuestra atención más que en el hombre muerto de la mesa.

Lector, no bromeo al decirte que era el muerto más muerto que había visto en mi vida. La posición de su cabeza me había impedido discernir la naturaleza de su herida hasta entonces, pero cuando me acerqué a él, temoroso detrás del señor Bailey y vi el rostro desfigurado del cadáver, me asombró y luego me intrigó el daño provocado por un solo disparo. Una vez me obligué a posar los ojos sobre aquella visión, descubrí que no podía apartar la vista de ella.

Lo que la hizo especialmente irresistible fue la precisa descripción de la herida que realizó el señor Bailey. Como más tarde supe, el señor Bailey había pasado la mitad de su vida en un regimiento de la Guardia Real, que no nombraré pues su salida fue un tanto irregular. Había entrado en batalla contra los franceses en Norteamérica y sabía de heridas. No sería exageración afirmar que era todo un experto. *Sir* John no tuvo motivos para quejarse de su capacidad descriptiva en aquella ocasión. Ni un

cirujano lo hubiera hecho mejor.

Si la memoria no me falla y con la ayuda de las notas infantiles que tomé poco después, intentaré reproducir sus comentarios.

—Oh, Dios, es una fea herida, *sir* John. Yo diría que el cañón de la pistola estaba cerca, pero no directamente en la cara cuando se produjo el disparo. Hay quemaduras de pólvora por toda la piel. La bala ha entrado a una pulgada del caballete de la nariz y a dos pulgadas por debajo del ojo derecho. Ha subido atravesándose y convirtiendo la nariz en papilla y cortando el nervio del ojo izquierdo al penetrar en el cerebro. El taco le ha golpeado con fuerza entre los ojos. Aunque no hay mucha sangre. He visto mucha más en heridas parecidas.

—¿El nervio óptico del ojo izquierdo? —preguntó *sir* John—. ¿No del derecho?

—Sí, señor, se ha atravesado, por así decirlo.

—¿En diagonal?

—Tal como dice usted, *sir* John.

—¿Cómo sabe que el nervio óptico está cortado?

—El ojo izquierdo ha saltado un poco. No cuelga, pero sobresale de un modo que no es correcto, si me sigue.

—Sí, señor Bailey, le sigo. —*Sir* John guardó silencio unos instantes—. ¿Hay alguna herida que pruebe la salida de la bala?

—Sí, la hay, señor. Le ha movido la peluca. Si se la quito, podré examinarlo mejor.

—Por supuesto, señor Bailey, proceda.

Así lo hizo, quitando la peluca al cadáver con un rápido movimiento y arrojándola sobre la mesa. La cabeza del muerto se balanceó de forma grotesca.

—Bien —empezó Bailey—, tenemos un orificio de medio palmo de ancho más o menos sobre la oreja izquierda y justo detrás de ella, donde se ha desprendido un trozo de cráneo de unas dos pulgadas de ancho. Por aquí mana una sustancia repugnante. No ha sido una pistola de duelo lo que ha hecho esto, sino una buena pieza de armamento militar.

—¿Dónde está el arma, señor Bailey?

—Veamos. No está sobre la mesa, así que ha de estar… —Se agachó, y yo con él. La pistola yacía a los pies del difunto lord Richard Goodhope, con la boca del cañón en el suelo y este sobre su pie izquierdo. Me asombró que las manos del muerto descansaran plácidamente sobre su regazo; manos sin mácula, de caballero. Lord Goodhope parecía descansar en paz.

El señor Bailey recogió la pistola con cuidado y la examinó al tiempo que se levantaba.

—Sí, aquí estaba, señor, en el suelo junto a él. Como decía, es un arma de tipo militar, calibrada para una bala de una pulgada de ancho casi, por así decirlo.

—Muy bien. Ahora, ¿sería posible que trazara la trayectoria de la bala y descubrir dónde se incrustó en la pared? Si es que fue eso lo que ocurrió. Quizá tú podrías

ayudarle en eso, Jeremy.

Le ayudé en efecto, aunque sin resultado. Fue el señor Bailey quien localizó la bala por la muesca que había dejado. Sacó su cuchillo de la vaina que llevaba al cinturón, y arrancó con él el trozo aplastado de plomo de la pared.

—La tengo, *sir* John.

—Doy por supuesto, ya que no lo ha mencionado, señor Bailey, que no dejó ninguna nota explicatoria.

—La mesa está vacía, señor.

—Entonces creo que nuestra tarea aquí ha terminado. Coja la pistola.

*Sir* John se levantó y nos condujo fuera de la biblioteca, tocando el leño con el bastón para girar a la izquierda en ese punto y salir al vestíbulo. Yo salí el último y al llegar a la puerta no pude resistir la tentación de echar una última mirada a la grotesca figura de la mesa. Por primera vez, pensé en lord Goodhope como persona y no solo como muerto. ¿Qué podía inducir, me pregunté, a alguien que gozaba de tan afortunada situación a causarse a sí mismo un daño tan definitivo? Desconcertado, me uní a los otros.

—Cuidado con la silla de la derecha —advirtió *sir* John y rio entre dientes—. Al parecer algunos tienen problemas con ella.

Llegamos a la puerta de la sala de estar. No se veía a Potter por ninguna parte, por lo que *sir* John indicó al señor Bailey que llamara a la puerta.

—Pero con suavidad, hombre —añadió—, con suavidad, por favor.

*Lady* Goodhope acudió a abrir la puerta.

—¿Han terminado? —preguntó.

—Sí, mi*lady*. Hemos inspeccionado la habitación de arriba abajo, así como la fatal herida de lord Goodhope. Ha muerto, como usted misma habrá deducido, por un disparo de pistola. Le ha dado directamente en el cerebro. La muerte habrá sido instantánea y, por lo que puede juzgarse en tales casos, indolora.

—Comprendo.

—No se ha encontrado ninguna nota explicatoria, pero podría aparecer. Me ha parecido inoportuno revolver su mesa en estas circunstancias. De hallarse, debo pedirle que me comunique su contenido. En caso contrario, le aconsejo que revise las cuentas de lord Goodhope. Que las examine alguien en quien confíe. Yo podría indicarle una persona, si lo desea.

—Sí, gracias. Pero ¿a qué se refiere, *sir* John? —Realmente parecía no comprenderlo.

—Pues que lord Goodhope se infligió la herida a sí mismo, que cometió suicidio. Y le aseguro que en la mayoría de los casos, el origen de tan drástica acción es un problema financiero.

—¿Me permite que le asegure una cosa? —*Lady* Goodhope estaba absolutamente tranquila, con un pleno dominio de sí misma.

—Por supuesto.

—Mi marido, es decir, mi difunto marido, jamás se habría suicidado cualesquiera fuesen sus problemas. —Pronunció estas palabras con una certeza intimidatoria.

—Pero —objetó *sir* John— la puerta estaba cerrada con el pestillo. Usted misma vio el empeño que tuvieron que poner sus criados para forzarla. No hay ninguna otra puerta. Todas las ventanas estaban cerradas a cal y canto. El arma con que se disparó se hallaba a sus pies. ¿Qué otra cosa pudo ser sino suicidio?

—No niego sus hallazgos, pero rechazo su conclusión.

—Entonces, ¿cree que ha sido un asesinato?

—No creo nada —se limitó a responder ella—. Como le he dicho antes, solo he estado un momento en esa habitación. Dudo que vuelva a entrar en ella. Sencillamente sé que él no se hubiera quitado la vida.

Por primera vez desde que lo conocía, *sir* John Fielding se quedó mudo. Farfulló unas palabras, un «por qué…» y un «bueno…», que no condujeron a ningún fin. Sus manos realizaron movimientos vacilantes.

*Lady* Goodhope, que había mantenido la entrevista en el umbral de la puerta, inclinó la cabeza ligeramente y retrocedió un paso.

—Gracias por venir, *sir* John. Le agradezco sus esfuerzos. Ahora, si me perdona, deseo estar sola. Adiós. —Cerró la puerta.

*Sir* John siguió farfullando. Echaba humo. Uno veía casi el humo surgir de debajo de la peluca.

Potter apareció entonces como por arte de magia, tendió a *sir* John su tricornio y abrió la doble puerta principal de par en par para nosotros. En su rostro había un indicio de sonrisa. El señor Bailey y yo intercambiamos miradas entre aprensivas y confusas.

*Sir* John no recuperó el habla hasta que nos encontramos en la acera ante el coche de punto, y al recuperarla fluyó como un torrente. Sin maldecirlas, invocó el juicio de Dios sobre todas las mujeres. Señaló en particular su seguridad sin fundamento, su negativa a enfrentarse con los hechos, la indiferencia de las mujeres educadas hacia la lógica más sencilla, etcétera. Y terminó con una floritura verbal que desde entonces yo mismo he tenido ocasión de citar: «Si Dios hubiera querido realmente que las mujeres fueran nuestras compañeras, como nos informan las Escrituras, debería haberles proporcionado el cerebro necesario».

Luego guardó silencio.

Todos permanecimos callados durante un rato hasta que Bailey se aclaró la garganta para hablar.

—Ahora me voy, *sir* John. Se me ha pasado la hora de hacer la ronda. Seguro que todos los vigilantes están dormidos en sus casetas. Ya es hora de despertarlos.

*Sir* John estaba distraído y tardó unos instantes en contestar. Quizá seguía con sus piadosas reflexiones sobre las intenciones del Creador con respecto a las mujeres, mas al fin volvió en sí.

—Sí… sí, por supuesto, señor Bailey. Será mejor que se vaya. Y gracias por su

ayuda.

—Adiós, *sir* John y adiós a ti, joven Jeremy.

Musité un adiós y contemplé cómo desaparecía calle abajo entre las sombras.

—El suyo es el trabajo más difícil —me dijo *sir* John—. Si consiguiéramos mantener la seguridad en las calles, valdría lo que tres lord Goodhope. —Luego, cuando estaba a punto de auparse al coche de punto, agregó—: O diez.

De este modo, tras dar la dirección de Bow Street al cochero, se instaló para el trayecto de vuelta a casa. Seguía meditabundo.

—Una extraña mujer —dijo al fin.

—¿Hablaba de manera extraña? —Lo había notado, pero me pareció que tal vez hablaba como cualquier mujer de la nobleza. Entonces no me hallaba en situación de juzgar sobre tales asuntos.

*Sir* John sopesó mis palabras. Se oía el repiqueteo de los cascos del caballo.

—Quizá tenga un leve acento extranjero, aunque su inglés era excelente, claro está.

—Oh, sí señor, muy bueno. —Recordé un visitante en nuestra casa de Lichfield —. ¿Diría usted que era… francés?

—Sí —contestó, tras reflexionar unos instantes—, tenía un aire francés, pero no tanto en la pronunciación como en el ritmo. —Hizo una pausa—. Muy bien, Jeremy, tendré que averiguarlo. —Volvimos a quedar callados hasta que él dijo—: Pero era una dama, sin la menor duda. Con una gran dignidad.

—No tenía lágrimas, *sir* John.

—Sí, lo he notado.

Una vez más oí la pesada regularidad de los cascos del caballo sobre los adoquines. En cierto modo, el tributo que *sir* John había dedicado a *lady* Goodhope y a la dignidad que mostrara me llevó a pensar de nuevo en su marido muerto allí, en su mesa de la biblioteca. ¿En qué podía pensarse? Desde luego en su rostro desfigurado no. No era algo por lo que se le pudiera recordar. Entonces, sin proponérmelo, me vino a la mente la imagen de sus manos: en paz, descansando sobre su regazo. Pensé en ellas.

—Es bien cierto, ¿verdad? —comenté con tono sentencioso—, que a un hombre distinguido se le reconoce siempre por sus manos.

—Tal vez. ¿A quién te refieres, muchacho?

—Bueno, a lord Goodhope, señor. Tenía las manos limpísimas, con las uñas arregladas, sin una sola mancha.

*Sir* John pareció interesado.

—¿Dices que lord Goodhope tenía las manos limpias?

—Oh, sí señor. Limpísimas.

—¿Las dos?

—Las dos, señor, si no recuerdo mal, y estoy seguro de que no.

*Sir* John golpeó el suelo del coche con su bastón.

—¡Maldita sea mi estampa por idiota! —explotó. Luego dijo—: Y maldito sea el señor Bailey por no darse cuenta. —Y haciendo un espantoso ruido al golpear el techo con el bastón, gritó al cochero que diera media vuelta y nos llevara de nuevo a la casa de la que habíamos salido.

Nuestra segunda entrada en la residencia Goodhope no fue tan sencilla como la primera. En un principio Potter se mostró reacio a admitirnos, alegando que *lady* Goodhope se había retirado ya a dormir. *Sir* John dijo que no necesitaba verla a ella, sino que había regresado para examinar de nuevo el cadáver de lord Goodhope. Potter le informó entonces de que el cadáver acababa de ser trasladado de la biblioteca a fin de prepararlo para el ataúd que llegaría a la mañana siguiente.

*Sir* John irrumpió en la casa empujando al mayordomo como impulsado por esa noticia, y yo le seguí.

—¡Tenemos que ver el cadáver de inmediato! —bramó.

—Debo pedir permiso a su señoría —protestó Potter con voz plañidera.

—No necesita hacer tal cosa —replicó el magistrado—. Le recuerdo que nos hallamos en el municipio de Westminster, donde yo soy la ley. Ahora llévenos hasta el cadáver.

Sin dejar de quejarse, el mayordomo nos condujo por el vestíbulo hacia una puerta que había bajo la escalera principal. Esta puerta, a su vez, llevaba a un tramo de escaleras que descendía. Tras haber sido rechazado una vez al ofrecer su ayuda a *sir* John, el mayordomo se lanzó escaleras abajo y desapareció. *Sir* John avanzó un pie con indecisión, y acabó pidiéndome ayuda en un murmullo. Los escalones eran estrechos y empinados y apenas estaban iluminados por la luz que venía de abajo. Con una mano de *sir* John sobre mi hombro, descendimos sin dificultad, rodeando con éxito la curva a mitad de las escaleras por la que habíamos perdido a nuestro guía.

Al final de las escaleras nos encontramos en la cocina, lo cual me asombró, pues nunca hasta entonces había dado en pensar dónde podía situarse tan necesaria habitación en aquellas grandes casas. Además de nosotros y del mayordomo, había cuatro personas allí: dos hombres que acababan de bajar el cadáver hasta la cocina, y dos mujeres, criadas de la cocina, que hacían los preparativos para lavar el cuerpo. El agua se estaba calentando sobre los fogones. En el centro de la cocina, yacía el cuerpo de lord Goodhope estirado sobre una larga mesa, no lo bastante larga para impedir que pies y tobillos, ya solo con medias blancas, colgaran por el borde desde la mitad de la pantorrilla. El cadáver estaba pues preparándose para ser lavado: sin zapatos, con el chaleco abierto y la camisa desabrochada.

—¿Han empezado a lavar el cuerpo? —me preguntó *sir* John en un susurro.

—No, señor —respondí, susurrando también—. Creo que no.

—Bien. Gracias, muchacho. —Luego, golpeando el suelo con el bastón y hablando con autoridad, se dirigió a todos y cada uno de los presentes—: Yo, como magistrado del juzgado de Bow Street en el municipio de Westminster, prohíbo que

este proceso siga adelante. No se lavará el cuerpo según la costumbre hasta que lo haya examinado un cirujano competente para hacer un informe. ¿Ha quedado claro?

Una reticencia general a contestar pareció adueñarse de todos. Finalmente Potter tosió y habló por los demás.

—Perfectamente claro, *sir* John.

—Muy bien —dijo *sir* John, y prosiguió—: Mi consejo es que guarden el cadáver en un lugar fresco y esperen órdenes mías o del cirujano; las que primero lleguen. ¿Queda claro esto también?

—Por completo —dijo Potter, ganando en osadía—. Se hará como usted diga. Se lo prometo.

—Muy bien, señor Potter. Le hago a usted responsable.

Los jóvenes de ambos sexos que se hallaban en la cocina parecieron respirar con mayor facilidad. Se produjo una relajación general. Las mujeres (en realidad muchachas de aproximadamente mi edad) sobre todo parecieron alegrarse del aplazamiento. Una de ellas soltó una risita.

—¡Señor Proctor!

Aquella manera tan formal de dirigirse a mí me pilló por sorpresa.

—Sí, *sir* John —dije con toda la seriedad de que fui capaz.

—Deseo que examine el cuerpo de lord Goodhope tal como se ha bajado de la biblioteca.

—Así lo haré —repliqué, esperando impresionarle con la formalidad de mi respuesta, y quizá también a las criadas; la que no se había reído tontamente era muy guapa.

Así pues, autorizado de esta manera, caminé pavoneándome alrededor de la mesa, prestando la mayor atención al cuerpo del difunto. Ya no atrajeron mi mirada la nariz convertida en pulpa y el ojo salido, no me importaban. Concluí mi inspección junto a *sir* John.

—¿Está el cadáver como lo ha visto la primera vez?

—Sí, señor.

—Con especial referencia a nuestra conversación de antes, señor Proctor, ¿están las manos limpias y sin mácula?

—Lo están, señor.

—¿Han sido limpiadas? —preguntó, dirigiéndose a los demás—. ¿Han lavado las manos del cadáver?

Las respuestas variaron en la forma, pero los cuatro que se hallaban en la cocina a nuestra llegada contestaron con una negativa.

—Muy bien —dijo *sir* John—. Por favor, recuerden mis órdenes con respecto al cadáver. Mañana vendrá un cirujano. —Fue entonces a dar la media vuelta pero, recordando un detalle, volvió para preguntar—: ¿Se halla aquí Ebenezer Tepper, el lacayo?

Hubo una pausa, pero al final el más joven de los dos hombres, un mozo fornido

de unos dieciocho años, dio un paso adelante.

—Yo soy Ebenezer Tepper. —Parecía un buen chico, leal.

—Gracias por identificarte. Volveremos mañana por la mañana. Por favor, no olvides estar disponible para contestar unas preguntas. Usted también, señor Potter —añadió.

Luego *sir* John me dio una palmada en el hombro y dejó allí posada su mano para subir por las escaleras. Potter nos siguió con paso menos firme.

Cuando llegamos al vestíbulo, *sir* John me soltó, pero permaneció cerca de mí en nuestro rápido trayecto hasta la puerta de la calle. Antes de llegar, una figura en la gran escalinata nos detuvo. Era *lady* Goodhope vestida con una bata de tal elegancia que hubiera servido como vestido de baile.

—*Sir* John —dijo.

Él se detuvo y se volvió hacia la voz.

—Señoría —dijo Potter, hinchando el pecho a nuestra espalda—, lamento la intrusión. No he tenido más remedio que dejarles pasar. Él…

—No se preocupe, Potter —le interrumpió *lady* Goodhope—. Tienen derecho a estar aquí. ¿Qué ha hallado, *sir* John, en su nueva visita?

—Tengo dos asuntos que comunicarle y una pregunta que hacerle.

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Su marido era diestro o zurdo?

—Pues zurdo, siempre el espíritu de la contradicción.

—Ajá. Sí, gracias.

—¿Y qué tenía que comunicarme?

—En primer lugar, que volveré mañana para interrogar a los miembros de su servicio doméstico. También vendrá un cirujano a examinar el cuerpo de su difunto marido.

—¿Son esos los dos asuntos?

—No, solo uno. El segundo es que tenía usted toda la razón, *lady* Goodhope: no era un suicida.

Lo que me sorprendió fue lo poco que se alteró en ella su postura o su expresión. Apartó la mano de la barandilla y se ciñó la bata un poco más en el cuello. No detecté ningún cambio en su fisonomía, si es que las palabras de *sir* John habían producido alguno.

—Gracias. Por supuesto será usted bienvenido y también su cirujano. Le ruego que me mantenga informada sobre sus descubrimientos. Buenas noches.

Sin más, dio media vuelta y volvió a subir las escaleras.

*Sir* John no consideró conveniente contarme qué le había inducido a cambiar de opinión de manera tan radical hasta que nos hallamos instalados en su cocina de Bow Street, royendo una pierna de cordero fría, de dos días, y pan fresco con mantequilla.

Claro está que yo tenía mis sospechas, de modo que lo que oí de sus labios no me pilló completamente desprevenido.

—Como recordarás, Jeremy —me dijo—, el rostro de lord Goodhope tenía quemaduras de pólvora.

—Un lado de su cara estaba tan negro como el de un africano.

—Es lo que ocurre cuando se dispara una pistola de tanta potencia a tan corta distancia —explicó él—. Se necesita una cantidad considerable de pólvora negra para impulsar una bala del tamaño de la que el señor Bailey extrajo de la pared. Con la bala sale también gran cantidad de pólvora negra, lo bastante como para tiznar su cara completamente. —Hizo una pausa—. ¿Ves quizá adonde conduce esto?

—Creo que sí —contesté.

—Entonces explícamelo.

—Bueno, si sale pólvora de la pistola junto con la bala, por detrás también tiene que salirse un poco. Es decir que es una explosión interior lo que hace salir la bala. ¿No es así como funcionan las armas?

*Sir* John sonrió con indulgencia y asintió.

—Así es.

—La explosión en la parte posterior de la pistola sería suficiente para manchar la mano que la sostuviera. Las manos de lord Goodhope estaban limpias, así que él no sostenía la pistola cuando se disparó.

—Exactamente.

*Sir* John arrancó un trozo de cordero del hueso, lo envolvió en un pedazo del pan de la señora Gredge y se lo metió en la boca. Se tomó su tiempo para masticarlo pensativamente en silencio y regó el generoso bocado con un trago de cerveza, suficiente, en cualquier caso, para provocar un sonoro eructo.

—Doy por sentado —me dijo luego—, que no tienes experiencia con armas de fuego.

—Oh, no señor.

—Y tu padre, ¿sabía disparar?

—Él tampoco. Le repugnaban las armas.

—Parecía un buen hombre por lo que dices de él.

—Oh, lo era, señor. Lo era.

—Bueno, tuvo el mérito de engendrar a un muchacho brillante, y el de educarle bien, además.

Tardé unos instantes en captar el significado de sus palabras. Cuando lo hice, me sonrojé y le di las gracias. Luego recordé una duda que me había dado ocasión para reflexionar con anterioridad y la saqué a colación.

—Antes de irnos en la segunda visita, le ha preguntado a *lady* Goodhope si su marido era zurdo o diestro. ¿Qué importancia tiene?

—Piénsalo. Si hubiera sido diestro, la herida justo a la derecha del caballete de la nariz y el trayecto de la bala en diagonal hacia la parte izquierda del cerebro hubiera

sido lo más natural. Pero para que un hombre zurdo se hiciera la misma herida con el mismo resultado, habría tenido que empuñar la pistola en un ángulo absolutamente antinatural, e incluso puede que tuviera que apretar el gatillo con el pulgar. ¿Comprendes? Posible, pero improbable.

Pensé en ello, llegando incluso al extremo de alzar la mano izquierda hacia la cara para probar lo que había descrito. Sin duda estaba en lo cierto: el ángulo era posible, pero improbable.

—Pero, *sir* John, cuando se lo ha preguntado, usted ya sabía que lord Goodhope no había apretado el gatillo por el detalle de sus manos.

—Tienes razón, muchacho; solo era un detalle, pero en lo tocante a un asesinato, es conveniente recoger tantos detalles como sea posible. Es el peso de las pruebas lo que demuestra la culpabilidad, rara es la vez que se consigue con un solo hecho. —Bebió otro trago de cerveza antes de continuar—: Y mañana volveremos a St. James Street en busca de más detalles. Dios quiera que descubramos el más importante de todos.

—¿Cuál es, *sir* John?

—Cómo el autor del asesinato pudo cometerlo y luego desaparecer de la biblioteca.

# IV

En el que salen a la luz nuevos detalles desconcertantes

Lector, al hacerte partícipe de este relato en la última década de nuestro siglo, bien puedes imaginar la total y absoluta falta de orden en las calles de Londres en 1768. Lo comento, porque si entonces ya era mala la situación, era mucho peor cuando *sir* John Fielding fue designado como magistrado de Bow Street, lo que acaeció en 1754, un año antes de que yo naciera. Su hermano Henry había elaborado un plan para que en Bow Street hubiera un retén permanente de alguaciles pagados las veinticuatro horas del día. Mas, después de haber sido aprobado por el Parlamento, aquejado de una fatal hidropesía, Henry Fielding dejó en manos de su hermano la implantación de su plan y se fue a Portugal a morir.

Las calles podían hacerse más seguras, decía *sir* John, gracias a «un alerta rápido y una persecución inopinadas», y así era. Sin embargo, quienes crean que el crimen puede ser erradicado completamente de la más populosa ciudad del mundo es un ingenuo o un estúpido. La batalla no cesa jamás. Las súbitas victorias que lograban los Mensajeros de Bow Street (como se llegó a conocer a los alguaciles), se alternaban de vez en cuando con pérdidas. Las bandas de ladrones que conseguían desmembrar reaparecían de nuevo reformadas por los supervivientes. Los pequeños hurtos no cesaban. Los aprendices vagos se veían arrastrados a delinquir para pagar sus placeres disolutos, el juego y las prostitutas. Así pues, aun cuando en el año del que escribo las calles eran más seguras que antes, no llegaban ni mucho menos a serlo tanto como hoy.

*Sir*va este preámbulo a modo de explicación de la horrible noticia que recibí de boca de *sir* John a la mañana siguiente justo después del desayuno. Le había oído pasearse por la casa desde muy temprano. De hecho, había salido brevemente para volver cuando me hallaba de rodillas fregando las escaleras, tal como me había pedido la señora Gredge. Oí las pisadas del magistrado cuando subía, me volví y lo encontré unos cuantos peldaños más abajo.

—¿Jeremy? —preguntó él.

—Sí, *sir* John —dije, poniéndome en pie de un brinco.

—Debo pedirte que dejes lo que estás haciendo y me acompañes. —Parecía en extremo preocupado, lo que picó mi curiosidad.

—Como desee, *sir* John —dije. En realidad me alegraba de no tener que seguir fregando la escalera—. No tardo ni un minuto.

Apenas tardé más que eso en vaciar el cubo por la ventana, dejarlo a un lado e ir en busca de mi casaca. La señora Gredge no estaba allí para oír mis excusas ni las explicaciones de *sir* John, de modo que sin duda pensaría mal de mí cuando

descubriera que me había ido.

—¿Qué ocurre? —me atreví a preguntar cuando salí con *sir* John de la casa.

—Una triste noticia, me temo —respondió—. El señor Bailey fue herido anoche por un individuo que empuñaba un machete.

—¿Vive? —pregunté—. ¿Es grave?

—Sí, por cierto, vive. En cuanto a la gravedad de su estado, tenemos que ir a la casa de huéspedes en la que vive para averiguarlo.

Y así lo hicimos, abriéndonos paso por Covent Garden y su horda de verduleros para alcanzar las calles que había detrás. Me fijé en que una vez lejos de Covent Garden, *sir* John se retrasaba un poco, hasta que por fin me confesó el motivo.

—No conozco demasiado bien esta zona, Jeremy. Tal vez sería mejor que te diera la dirección del señor Bailey. Es el número diez de Berry Lane. Según me han dicho, cerca del Garden, un poco más al norte y al oeste. Quizá podrías preguntar a alguien, y no pondría objeción alguna a que me cogieras del brazo cuando lo juzgues necesario en esta *terra incognita*.

Cuando llegamos al número 10, se lo dije a *sir* John y lo coloqué ante la puerta. El magistrado la golpeó con toda la fuerza de su bastón. Nos abrió una señora de unos cuarenta años, regordeta y pelirroja.

La mujer se sintió abrumada cuando vio al visitante que tenía en el umbral de su casa.

—Ooh, Dios mío, pero si es su señoría en persona —dijo—. Bienvenido a mi casa, lord John.

*Sir* John sonrió, regocijado.

—Señora, eleva usted mi rango innecesariamente[6], pero le agradezco que me haya reconocido. Habrá adivinado que venimos a ver a su huésped, el señor Bailey, para asegurarnos de que se restablece de su herida.

La mujer nos hizo pasar y nos condujo por la casa, contoneándose ante nosotros y vocingleando nuestra llegada. Por encima del hombro nos comunicó que había instalado al señor Bailey en su propio dormitorio a fin de que estuviera más cómodo.

—A mí me basta con el sofá, se lo aseguro.

—Muy amable de su parte, señora.

—El cirujano está ahora con él, *sir* John.

La mujer se detuvo ante una puerta abierta al final del pasillo y nos hizo ademán de que entráramos.

Allí estaba el señor Bailey, cómodamente sentado en una amplia cama, desnudo hasta la cintura y salvada la decencia por el cubrecama. Llevaba un aparatoso vendaje en el antebrazo izquierdo. En ese lado de la cama estaba sentado el cirujano, un hombre bastante joven, de menos de treinta años, me pareció. Ambos sonreían como si acabaran de compartir una broma o una cortesía.

—Pase, pase, *sir* John, y conocerá a mi cirujano, el señor Donnelly. Es primo de la señora que le ha abierto la puerta, la señora Plunkett. —Luego el señor Bailey

añadió, como queriendo asegurarse de que comprendíamos que todo era perfectamente decoroso—: Viuda.

El señor Donnelly se puso en pie y estrechó la mano de *sir* John con brío, declarando que era un honor conocerle. En esta ocasión, *sir* John se preocupó por presentarme al señor Donnelly y a la señora Plunkett, que había entrado con nosotros, como «mi joven protegido, Jeremy Proctor». Yo me emocioné al oírlo.

El señor Donnelly nos dio después un informe sobre la herida del señor Bailey, que no era superficial, pues había tenido que coserla la noche anterior, pero tampoco demasiado profunda.

—Lo que le ha salvado ha sido su musculatura, ¿comprende? —dijo Donnelly—, que es considerable. Hay tanta carne en esos brazos que tienen los huesos bien protegidos.

—¿Y los nervios?

—Es un poco prematuro para saberlo. Tiene la mano izquierda algo impedida, pero eso era de esperar. No creo que el corte sea lo bastante profundo para dañar los nervios en demasía.

—Oh, estoy bien, *sir* John —declaró el señor Bailey—. Un día más y volveré al trabajo.

—Podría tardar un poco más —dijo Donnelly con una sonrisa forzada—. Debemos esperar que no se produzca fiebre y no se infecte la herida. Vendré a verle a diario.

El cirujano se dispuso a recoger los instrumentos de su profesión para meterlos en su maletín.

—Si tiene tiempo, señor Donnelly —dijo *sir* John—, le pediría que aguarde usted un momento mientras hablo con el señor Bailey. Nuestro encuentro ha sido muy oportuno. Quisiera hablarle de un asunto completamente distinto.

—Desde luego, señor. —Se volvió hacia la señora Plunkett—. Te rogaría que me ofrecieras una taza de té, querida prima.

Los dos primos se fueron a la cocina mientras yo buscaba una silla para *sir* John. La silla sobre la que puse las manos estaba cubierta de ropas de hombre y de mujer mezcladas, que deposité en una esquina de la cama. Se me metió en la cabeza la idea de que tal vez no era aquella la primera vez que el señor Bailey visitaba el dormitorio de la señora Plunkett, y que quizá tampoco era únicamente por su comodidad por lo que lo había instalado allí.

Sea como fuera, *sir* John se sentó cerca de su alguacil jefe y pidió que le contara cómo había recibido la herida.

—El villano que cometió esta felonía comparecerá ante mí esta tarde. La víctima del robo también estará presente, claro está, pero necesito su declaración, señor Bailey, por ser usted quien lo arrestó. Explíqueme quién, cuándo y dónde, y servirá como testimonio ante mi tribunal.

Así, con frecuentes interrupciones de *sir* John solicitando detalles, el señor Bailey

relató su versión del robo, la persecución y la captura.

Se hallaba en St. Martin’s Lane, en las cercanías de la taberna de mala nota Siete Esferas, poco después de la medianoche. La calle no estaba desierta, pero tampoco había demasiada gente. Había montones de lugares oscuros y vacíos en los que podía ocultarse un ladrón y producirse un robo. En uno de ellos, un callejón adyacente, el señor Bailey oyó jaleo, el ruido de alguien que corría y luego los gritos: «¡Al ladrón! ¡Detengan al ladrón!».

Cuando el villano apareció por la esquina del callejón, el señor Bailey no se hallaba a más de veinte metros de distancia. El señor Bailey unió su voz a los gritos de la víctima con un «Deténgase en nombre de la ley» y no tuvo dificultad en atraparlo.

—El muy idiota pensó que podía intimidarme con el machete que llevaba —explicó el señor Bailey—. Lo enarboló, trazando círculos en el aire con intención amenazadora. Luego, al ver que no me detenía, me soltó un discurso diciendo que sabía cómo manejar esa cosa, que resultó ser mentira. Fue extraordinariamente torpe.

—Pero ¿y la pistola? —le interrumpió *sir* John—. Se la llevó usted de la biblioteca de Goodhope, ¿no? Podría haber reducido a ese tipo con ella, aunque no tuviera balas.

—Podría, sí señor, pero pasé por Bow Street y la dejé allí. No llevaba nada con que defenderme más que lo de costumbre.

El señor Bailey había empuñado entonces su garrote de roble que, aun no siendo rival para un machete, en aquella ocasión fue suficiente.

—Se abalanzó sobre mí, fintando —prosiguió—, y yo salté a un lado y le di un buen golpe en el hombro izquierdo. Eso le puso tan furioso que se superó a sí mismo e intentó cortarme el cuello con el machete. Yo me agaché, pero no lo suficiente, pues acabé recibiendo este corte en el antebrazo. Él perdió el equilibrio con la acometida y yo solo tuve que darle otro garrotazo en la cabeza. Uno más y dio con los huesos en el suelo.

La víctima del robo, agradecida al señor Bailey y preocupada por su herida, había conseguido hacerse con un coche de punto desde el Siete Esferas. Los tres, víctima, agente de la ley y malhechor, llegaron a Bow Street como señores. El villano volvió en sí en el coche con la punta de su propio machete apoyada contra su estómago.

—¿Cómo se llama? —preguntó *sir* John.

—Dick Dillon, o algo parecido, quizá Davey; lo pone en mi informe. Un tipo fornido pero torpe de pies.

—¿Y la cantidad robada?

—Veinte guineas y algo más. La víctima, un tal Hawkins, se lo ganó a Dillon y fue lo bastante estúpido como para creer que le permitirían llevarse el dinero a casa. Ahora quiere que le devuelvan su bolsa, por supuesto.

—Entiendo. —*Sir* John se levantó y le dio las gracias—. Lo que me ha contado será más que suficiente. Volveré a verle pronto, quizá mañana. Ahora, si me perdona,

señor Bailey, tengo que hablar de otro asunto con el cirujano.

—Y buen cirujano que es, *sir* John. Cose muy bien. Cinco años estuvo de cirujano en un barco.

—¿En la marina?

—Sí, y acaba de abandonar el servicio de su majestad.

Gabriel Donnelly era dublinés, hijo de un próspero tendero con grandes ambiciones para su retoño. La profesión médica, que el padre quería para él, estaba entonces como ahora prácticamente vedada a los católicos irlandeses, excepto iniciándose como aprendiz de un médico católico ya establecido. Dado que no pudo hallarse semejante lugar y que ambos anhelaban una educación universitaria, el tendero reunió sus ahorros y convirtió en efectivo sus inversiones; de este modo reunió la cantidad suficiente para enviar a su hijo a educarse en el extranjero. En Francia era imposible a causa de la guerra, así que fue a Viena. Fue una época larga y difícil para Gabriel, lejos de su hogar y de su lengua materna durante tanto tiempo, pero realizó sus estudios con brillantez. A su término, descubrió que el único empleo al que podía acceder era como cirujano de un barco. La Marina Real estaba dispuesta a pasar por alto su religión, tan grande era la necesidad que tenía de cirujanos competentes durante los dos últimos años de guerra con Francia. Terminado el contrato, había venido a Londres y había utilizado el poco dinero ahorrado para abrir consulta de cirujano en la zona de Covent Garden.

—Pero ¿por qué Londres? —le preguntó *sir* John mientras viajábamos juntos en un coche en dirección a St. James Street.

—Es una ciudad muy grande, señor —replicó Donnelly—. Pensé que sin duda sería menos provinciana en tales cuestiones que mi ciudad natal. Un hombre de mi religión debería tener más oportunidades aquí.

—Vana esperanza, me temo.

—Hay muchos irlandeses aquí en Londres.

—Oh, desde luego que los hay. Cada semana comparecen unos cuantos ante mí en el tribunal.

El señor Donnelly no tenía respuesta para eso. Se recostó en el asiento del coche y se limitó a encogerse de hombros tan expresivamente como cualquier francés o italiano.

Le había contado su historia a *sir* John durante el trayecto a la residencia del difunto lord Goodhope. Al enterarse de que *sir* John tenía necesidad de que un cirujano examinase el cadáver, había aceptado acompañarnos de buena gana.

—Quizá debería haberse quedado en la marina —sugirió *sir* John.

—Allí no tenía futuro.

—Seguramente no —concedió *sir* John, tras meditarlo—. Y lo cierto es que un hombre con vuestro diploma universitario merece un empleo mejor. En cualquier

caso, señor Donnelly, se le pagará por sus servicios al señor Bailey.

—Pero me llamó mi prima. Parece que ella y el señor Bailey son grandes amigos. —No había el menor asomo de burla en sus palabras. Aceptaba la situación, fuera cual fuera.

—Le aseguro —dijo *sir* John— que el tribunal dispone de fondos para pagar el médico a sus alguaciles. Y también, por cierto, para recompensarle por el tiempo que dedique al examen que tanto nos urge.

—Bueno, señor John, no fingiré que ese dinero, por poco que sea, no será bienvenido. Por ahora mi consulta no ha atraído demasiados clientes.

—Yo me considero afortunado de haberle encontrado casualmente.

El coche de punto se detuvo frente a la casa de los Goodhope.

—Bien, aquí está la casa de St. James Street —dijo *sir* John—. Está usted a punto de demostrar su valía.

—Confío en que quedará satisfecho con mi trabajo.

Entramos en la casa sin dificultad. Potter no dijo nada, se limitó a abrirnos las puertas. Yo entré el último y noté una mirada de hostilidad en los ojos del mayordomo. Sin embargo, esta desapareció cuando *lady* Goodhope se acercó para saludarnos. Vestía ya de luto, como convenía. *Sir* John le presentó al señor Donnelly y explicó la necesidad de que examinara el cadáver de su marido en calidad de cirujano. Ella consintió tras un momento de vacilación y ordenó a Potter que llevara al cirujano al sótano. El señor Donnelly se inclinó, dio las gracias y se fue a hacer su trabajo, dejándonos solos con *lady* Goodhope.

—Espero que con esto habremos terminado ya —dijo ella con un deje de resentimiento en la voz.

¿Señoría? —*Sir* John se volvió hacia ella. Su actitud denotaba su desconcierto—. Espero que una vez haya concluido el examen, se me permita anunciar públicamente la muerte de lord Goodhope y preparar su funeral. ¿Es correcto?

—Puede hacerlo cuando guste —contestó él—. Pero, dígame, ¿qué piensa anunciar como causa de la muerte? ¿Asesinato? ¿Homicidio?

—¿Cómo se atreve a tomárselo a la ligera? ¿Y por qué he de decir nada sobre el modo en que murió?

—Es lo habitual, y pronto se sabrá. Los criados hablarán, si es que no lo han hecho ya.

—¡Oh! —exclamó ella, apretando los puños y golpeando el suelo con el pie en un gesto de frustración. Luego añadió—: Yo solo quiero que acabe todo esto para volver a Grandhill.

—¿Grandhill, *lady* Goodhope?

—Nuestra residencia en Lancashire. Ese es mi hogar. Tengo allí un hijo que criar. Solo tiene ocho años de edad y será el próximo lord Goodhope cuando alcance la mayoría de edad.

—Comprendo cómo se siente —dijo *sir* John—, pero pensando en el chico, queda

mucho por hacer aquí.

—¿Qué quiere decir?

—¿Ha seguido mi consejo y ha mandado examinar las cuentas de lord Goodhope?

—No, pero eso me lo dijo cuando estaba convencido de que se había suicidado.

—Es un paso necesario en cualquier caso. ¿Quién era el banquero de su marido, o su procurador?

—No tengo la menor idea. Estoy segura de que lo pondrá en los papeles de su mesa.

—Pero ¿aún no los ha mirado?

—No. —Había furia y resignación en su voz.

*Sir* John suspiró, dio un paso hacia ella y bajó la voz a poco más que un susurro.

—Si no fue un suicidio, es que lo asesinaron. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Supongo que sí.

—¿Quién desearía matar a su marido, *lady* Goodhope?

—Mi marido tenía enemigos políticos, supongo. Era un miembro activo del parlamento y conocido en la corte.

—Entiendo. Puedo investigarlo.

—Y sin duda son muchos los que se hubieran alegrado de verle muerto por otras razones.

—¿Quiénes?

*Lady* Goodhope no contestó durante unos instantes, pero luego, buscando con los ojos, los posó en mí directamente por primera vez. Por fin reparaba en mí.

—¿Quién es este muchacho que está siempre a su lado, *sir* John?

—Jeremy Proctor, señora —dije inclinándome antes de que el magistrado pudiera responder.

—Eso en cuanto a quién es —añadió *sir* John—. En lo tocante a qué es, podríamos decir que es mi ayudante.

Ayudante me gustó más aún que «protegido».

—Bueno —dijo ella—, deshágase de él durante un rato y hablaremos de esos quiénes en mi salita.

*Sir* John asintió, quizá con cierta reticencia.

—Jeremy, vete a la biblioteca y prepáralo todo. Iré allí a interrogar a los criados dentro de poco.

Me enfurruñé un poco por haber sido alejado como un niño (lo que por supuesto era), aunque no podía culpar a *sir* John por el modo en que había llevado el asunto. Además, haber oído de sus labios que me consideraba su ayudante, era como si me hubieran abierto las puertas del paraíso. Resolví ser realmente su ayudante, puesto que así me llamaba. Haría cuanto me pidiera, por supuesto, y por tanto me dispuse a

ordenar la habitación tal como me había dicho: dos sillas frente a frente en el centro de la habitación, la más cómoda destinada a él. Más aún, le ayudaría a ver. Si mi fortuita observación sobre el estado de las manos de la víctima había resultado tan importante para *sir* John, me mantendría siempre alerta para descubrir discrepancias similares y aquellos detalles que él juzgara pertinentes.

No estuvo mucho tiempo con *lady* Goodhope, y cuando entró en la biblioteca, le seguía Ebenezer Tepper. Tras ordenar al joven lacayo que se sentara, me llevó a un lado y me habló en voz baja para que el sujeto del interrogatorio no pudiera oírle.

—Jeremy, quiero que recorras cada centímetro de esta habitación y busques lugares en los que pudiera ocultarse un hombre adulto: un nicho, un armario, incluso un arcón. Pues por el momento la mejor interpretación que puedo dar a esta extraña serie de acontecimientos es que, quienquiera que haya disparado a lord Goodhope a bocajarro, se escondió luego hasta que forzaron la única puerta, aguardó hasta que la habitación quedó despejada, como al final ocurrió, y luego salió a hurtadillas por la única vía de escape posible.

—Sí —susurré con vehemencia, tras asentir—. ¡Pudo ser así exactamente!

—Pero entonces —añadió, más para sí mismo que para mí— nos queda por resolver otro enigma.

—¿Cuál es, *sir* John?

—Cómo entró nuestro hombre en la habitación.

Volvió el rostro, sacudiendo la cabeza, y yo le guie hasta la silla que había colocado para él.

—Su nombre, si no recuerdo mal, es Ebenezer Tepper —preguntó al joven que estaba sentado frente a él.

—Sí, señor, así es —respondió Ebenezer, asintiendo con expresión seria.

*Sir* John se inclinó hacia él con súbito interés.

—Es usted de Lancashire, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Del valle de Tibble?

Ebenezer esbozó una sonrisa de oreja a oreja, complacido por haber sido reconocido.

—Sí, señor.

—Bien, eso es interesante. Dígame, Ebenezer, ¿qué recuerda de los sucesos de anoche?

—Mi*lady* que sí me llamó cuando apenas caían las siete…

No continuaré con este intento de remedo dialectal[7]. No tengo ni la habilidad ni la memoria para ello. Como podrás imaginar, lector, poco fue lo que entendí de lo que Ebenezer transmitió a *sir* John. Apenas podía creer que aquel individuo hablara inglés, si bien *sir* John le entendió. El magistrado asentía juiciosamente y le hacía preguntas en un inglés decente a intervalos apropiados. *Sir* John no parecía tener más dificultades con el lacayo de las que había tenido antes con el señor Bailey, pero

parecía divertirse más.

Lo cierto es que tal vez fuera mejor que me desanimara y dejara de escuchar su conversación, pues de ese modo pude llevar a cabo la tarea encomendada por *sir* John. Hice lo que me ordenó, inspeccionando cada centímetro de la biblioteca en busca de cualquier cosa que pudiera servir como escondite. En favor del difunto lord Goodhope debo decir que la suya era una auténtica biblioteca. Había libros de todas clases en las estanterías que cubrían las paredes, algunos de los cuales me demoraron en mi registro, pero aunque ciertamente encontré una especie de nichos donde las estanterías se acababan y las ventanas sobresalían, ninguno parecía lo bastante grande para ocultar a un hombre. Los pesados cortinajes, que podrían haber estado cerrados, estaban pegados a las ventanas. Lo que no era visible de esos nichos desde la puerta, sí lo era desde la mesa en la que se había hallado el cadáver de lord Goodhope. No parecía probable que esos supuestos nichos ocultaran al asesino.

Sin embargo, tan cuidadoso fue mi registro (y, lo admito, tan frecuentes fueron las interrupciones para acariciar los libros más tentadores de los estantes) que apenas me hallaba a la mitad cuando *sir* John despidió a Ebenezer Tepper y le pidió que le enviara a Potter.

—¿Qué tal va tu inspección, Jeremy? —me preguntó luego.

—No he encontrado nada por ahora.

—Bueno, sigue buscando. Es posible que des con algo.

—¡*Sir* John, si me permite unas palabras!

El que hablaba no era Potter sino el señor Donnelly, que entró atropelladamente en la habitación y se dirigió al magistrado.

—Todas las que usted quiera, señor Donnelly —dijo *sir* John, poniéndose en pie.

Yo no pude resistirme a acercarme a ellos como por casualidad para escuchar.

—Tengo que hacerle una petición que le parecerá tal vez inusual —dijo el cirujano con apremio.

—¿Y qué es?

—Quisiera llevar el cadáver de lord Goodhope a mi consulta para un examen más completo.

—¿Oh? —dijo *sir* John, al que esta petición pareció pillar desprevenido—. ¿Tan difícil es evaluar la herida?

—No, la herida no presenta ningún problema. Es tal como me la describió en casa de mi prima. Creo que las conclusiones que ha extraído son correctas. No se la infligió él mismo.

—¿Por qué, entonces?

—Hay otra cosa —dijo el cirujano—, una decoloración de la lengua que me parece de lo más curiosa.

—¿Qué quiere decir?

—No puedo afirmarlo, *sir* John, hasta que haya examinado el cadáver exhaustivamente.

—¿Y por qué no puede hacerlo aquí mismo?

—Me temo que sería… bueno, embarazoso. —El cirujano suspiró—. Lo que propongo es lo que en Viena llamaban *obduktion*.

—Hábleme claro, señor Donnelly —dijo *sir* John, algo exasperado—. Sé un poco de latín, menos francés, y nada de alemán.

—Quiero realizar una autopsia.

—¿Se refiere en el sentido médico? ¿Quiere, en otras palabras, abrir el cuerpo de lord Goodhope y examinar sus entrañas y órganos? —Golpeó la alfombra con el bastón, no con ira, como pensé al principio, sino para dar énfasis a lo que tenía que decir—: Eso no es algo a lo que yo pueda dar un sí o un no. Para ser sincero, si fuera el cadáver de un pobre diablo recogido en la calle junto al Siete Esferas, no pondría objeción alguna que cortara a su antojo, pero ¡maldita sea, señor! Lord Goodhope es lord Goodhope. No depende enteramente de mí darle ese permiso, puede que no dependa de mi en absoluto. Es una decisión que ha de tomar *lady* Goodhope y, francamente, dudo que vea con buenos ojos su propuesta.

El señor Donnelly volvió a suspirar de un modo encantador, como un amante desdichado.

—Bueno, *sir* John, al menos permítame que se lo pregunte.

—No tengo nada en contra, y le deseo buena suerte. La encontrará en la salita junto a la puerta de la calle.

Gabriel Donnelly dio media vuelta para salir. Vi a Potter en la puerta, escuchando atentamente cuanto se decía. Lo habría oído todo tan fácilmente como yo.

—Señor Donnelly —dijo entonces *sir* John—, si yo fuera usted, le dejaría dos cosas claras a su señoría.

—¿Cuáles, señor?

—En primer lugar, que no es usted un vulgar barbero sierrahuesos, sino un doctor en medicina con un diploma de Viena. Y en segundo, que si le da su permiso, la autopsia se realizará con el único propósito de contribuir a esta investigación y no para educar a estudiantes o aprendices.

El señor Donnelly meditó estas palabras antes de responder.

—De acuerdo. Gracias, *sir* John, por sus consejos —dijo, y salió por la puerta abierta de la biblioteca, rozando apenas al mayordomo al pasar.

El magistrado se sentó de nuevo en su silla.

—Ya puede entrar, señor Potter —llamó.

—Gracias, milord.

—Con un simple «señor» bastará. Bien, ahora si toma asiento frente a mí le haré unas cuantas preguntas.

—Desde luego, señor.

—Pero solo unas cuantas. En primer lugar, ¿hay un plano de esta casa?

—¿Un plano, señor?

—Sí, un… mapa de arquitecto, un dibujo, por así decirlo.

—Comprendo, señor. No, señor, no hay ninguno, que yo sepa.

—Bueno, tuvo que haberlo.

—Oh, sí señor.

—Puede que aún exista.

—Sí, señor —dijo Potter tras unos instantes de reflexión.

—Encuéntrelo.

—¿Señor?

—Digo que lo encuentre. Pregunte a *lady* Goodhope, aunque me atrevería a decir que no sacará gran cosa de ella. Pero usted es el mayordomo, ¿no?

—Desde luego, señor —dijo Potter, irguiéndose todo lo posible.

—Entonces conocerá los lugares en que es probable encontrar tales papeles. Búsquelos, revise los documentos. Encuentre el plano de la casa.

—Muy bien, señor.

—Mi siguiente pregunta —continuó *sir* John— se refiere a la edad de la casa. ¿Cuándo se construyó?

—En el siglo pasado, señor, según tengo entendido.

—Muy bien, pero ¿cuándo exactamente?

Potter parecía turbado, casi molesto, por las preguntas. Sin embargo, respondía con docilidad, con el debido respeto a la posición del magistrado.

—Bueno, es difícil ser exacto sin el plano del arquitecto en la mano, sin embargo, a mi juicio se construyó en los primeros tiempos del reinado de Carlos I.

—Como usted sugiere, Potter, eso quedará claro cuando encuentre el plano.

—Sí, señor.

—Bien, una última pregunta. ¿Tiene jardín esta casa?

—Oh, desde luego, señor, y es un jardín precioso, señor. *Lady* Goodhope tiene un interés especial en él.

—Estoy seguro —dijo *sir* John—, estoy seguro. Bien, Potter, conduzca usted al señor Proctor al jardín para que pueda verlo, y tenga la amabilidad de contestar a las preguntas que pueda hacerle.

—¿El señor Proctor? —El mayordomo miró en derredor como si yo no estuviera allí.

—Ciertamente, el señor Proctor. Si es usted tan amable de aguardar junto a la puerta, hablaré un momento con él.

Abandoné entonces la inspección de la biblioteca, que en realidad no había avanzado mucho desde que se fuera Ebenezer Tepper, y me acerqué a *sir* John. Potter se dirigió a la puerta, como le habían ordenado. Una vez allí, cambió su expresión y puso cara de perros.

*Sir* John tanteó el aire y me agarró por el brazo para acercarme a él.

—Jeremy —susurró—, debes observar esta habitación desde el exterior. Busca un grosor sospechoso en los muros en cualquier punto. Pregúntale lo que quieras, pero procura no dejar traslucir lo que buscas. Y sé rápido dentro de lo razonable. Tengo

que volver para preparar la sesión de hoy del juzgado. ¿Queda claro?

—Muy claro, *sir* John.

—Bien. Te estaré esperando, seguramente en el vestíbulo, cerca de la puerta de la calle.

—No tardaré.

Potter me condujo por una puerta bajo las escaleras por las que habíamos llegado a la cocina la noche anterior. Después de tres escalones, una puerta nos llevó al exterior. Potter hizo grandes aspavientos para sacar la llave de su bolsillo, no un llavero lleno, sino una sola llave, y abrir la puerta.

—¿Estaba cerrada esta puerta anoche? —pregunté, intentando dar la mayor gravedad a mi voz.

—¡Por supuesto que sí, chico! —contestó Potter con rudeza. Era evidente que no le gustaba hacer de guía de un chico de trece años.

Sin embargo, no había dicho más que la verdad al afirmar que era un jardín precioso. Las flores lo adornaban con profusión en todos los rincones, imitando el extraordinario desorden de la naturaleza, dispuestas no en secciones, sino esparcidas alegremente, mezcladas en variedad y color de un modo que yo no había visto hasta entonces. Un sendero partía el jardín por la mitad. Potter se mantuvo a un lado y me permitió observar a mi antojo. Tomé el sendero y caminé hasta su final junto a un alto seto de alheña con Potter siguiéndome los pasos. Allí encontré una puerta e intenté abrirla. Estaba cerrada.

—¿Adónde conduce esta puerta? —pregunté, manteniendo mi porte serio.

—A una angosta callejuela entre las casas —respondió él, más irritado que una tortuga irritable.

—¿Estaba cerrada anoche?

—¡Por supuesto!

—¿Tiene la llave consigo?

—¡No, no la tengo!

—¿Quiere ir a buscarla, por favor, señor Potter? —Incluso yo me asombré de mi frialdad en aquellas circunstancias.

Por su parte, Potter se escandalizó al oír mi petición. Leí en su cara el impulso contenido de golpearme por mi atrevimiento, o al menos las ganas de negarse. Sin embargo, al final lo pensó mejor, recordando sin duda que me hallaba en el jardín como delegado de *sir* John Fielding nada menos.

Así pues, no tuvo más remedio que dar media vuelta y se alejó con paso majestuoso hacia la casa, diciendo por encima del hombro que volvería en un momento.

No necesitaba más para realizar la inspección que me habían encargado. Corrí hacia la casa y miré hacia la derecha buscando una prolongación o saliente en los muros, cualquier cosa que pareciera extraña.

Pero no había nada.

Luego caminé junto a las ventanas de la biblioteca en la parte posterior de la casa, mirando hacia arriba y comprobando por debajo. Había dos ventanas separadas por la chimenea, que albergaba el hogar de la biblioteca que se hallaba justo detrás de la mesa donde vi por primera vez el cadáver de lord Goodhope. Todo era como suponía que debía ser tras haber inspeccionado la habitación con tanto esmero desde el interior.

¿O no?

Me alejé de la casa por el sendero, caminando de espaldas, estudiando aún la parte posterior de la biblioteca, con la sensación de que allí había algo que ver, ¡si yo pudiera verlo!

Nos hallábamos en el coche de punto, *sir* John y yo, cuando por fin me preguntó qué había o no había visto desde el exterior de la casa. Parecía aún un poco alterado por lo que le había comunicado el señor Donnelly.

Lo había encontrado en el vestíbulo enzarzado en animada conversación con el cirujano. Comentaban los detalles concernientes al transporte del cadáver de lord Goodhope. El señor Donnelly aseguraba a *sir* John que no tenía que preocuparse por los detalles del traslado, ya que él se encargaría personalmente.

—¿Usted solo? —quiso saber *sir* John.

—Yo y miembros del personal doméstico —replicó el otro—. Esta mañana han traído un sencillo ataúd. Pondrán un carro a mi disposición.

—Entonces tiene usted lo que quería, y le felicito, aunque confieso que me ha sorprendido.

—Su señoría se ha mostrado muy indulgente.

—Y es evidente que usted ha sido muy persuasivo. —*Sir* John ladeó la cabeza hacia mí—. ¿Jeremy? ¿Eres tú el que acaba de llegar?

—Sí, *sir* John.

—Entonces en marcha hacia Bow Street.

Así fue como empezamos nuestro trayecto en silencio. De no ser porque la venda negra cubría sus ojos y el tricornio ocultaba prácticamente su entrecejo, hubiera jurado que lo había fruncido, pero solo pude adivinarlo.

Habíamos dejado atrás muchas calles cuando por fin habló.

—Bueno, Jeremy, ¿has descubierto algo desde el jardín?

—No estoy seguro, *sir* John —contesté.

—¿No estás seguro? Vamos, muchacho, eres muy observador. Ya lo has demostrado.

—Pero no he visto nada que me convenciera.

—En este momento, no es necesario estar convencido, solo tener una sospecha. Bien, ¿qué es exactamente lo que te ha hecho sospechar?

—La chimenea —repliqué—. Tiene una forma extraña.

—¿La chimenea? Mmm, bueno, es una posibilidad. Por lo que recuerdo de tu cuidadosa descripción y la del señor Bailey sobre la biblioteca, el hogar de la chimenea está justo detrás de la mesa donde se halló a lord Goodhope. ¿Es correcto?

—Sí señor, correcto.

—¿Qué aspecto tiene desde el exterior de la casa? ¿Sobresale excesivamente? ¿Es demasiado espaciosa?

—No exactamente. Sobresale, sí, pero hacia ambos lados. Se alarga por debajo de las dos ventanas.

—Interesante. Eso puede investigarse más a fondo mañana.

Pensé que quizá eso era todo lo que tenía que decir, pero de repente salió de su ensimismamiento y preguntó por el jardín.

—Oh, muy hermoso, señor.

—Vamos, Jeremy, sabes hacerlo mejor. Descríbelo.

Estaba en lo cierto al protestar, desde luego. No lo había hecho mejor que el señor Bailey la noche anterior al pedírsele que describiera la casa. De modo que reflexioné unos instantes, tratando de imaginar el jardín y contándole lo que veía.

—Tiene —le dije— más o menos la mitad de la profundidad de la casa, pero más anchura por ambos lados, que están cercados por vallas de madera.

*Sir* John asintió, e indicó que continuara con un ademán.

—Hay flores y pequeños árboles plantados a ambos lados de un sendero que lo atraviesa por el centro. También hay dos bancos.

—¿Adónde conduce el sendero?

—A una puerta en un seto de alheña. El seto tiene una altura de unos dos metros.

—¿Y detrás de la puerta qué hay?

—Una callejuela. Potter parecía reacio a abrirla, o quizá le molestaba no llevar la llave encima. Le hice ir a buscarla.

—¿Eso hiciste, eh? —*Sir* John rio de buena gana—. Eso debió de ponerle de mal humor, ¿eh?

Al recordar que Potter llevaba escrito en la cara el deseo de negarse a complacerme, también yo me eché a reír.

—¡Vaya si lo hizo! —exclamé.

—Buen chico. Pero, dime, ¿qué tipo de callejuela era?

—Bueno, tan larga como la calle y seguramente lo bastante ancha para dejar pasar un carro con caballos. Potter me ha dicho que allí se amontonan las basuras. Es un lugar sucio y pestilente.

—¿No hay edificios más pequeños detrás de la casa?

—No, señor, ninguno.

—Entonces todo el servicio doméstico debe de alojarse en el sótano, y no demasiado cómodos, seguro. Pero… —Dejó la frase sin terminar y volvió el rostro hacia la calle—. Sí, ya estamos en Covent Garden. Debo adoptar ya mi porte oficial.

Miré por la ventana del coche de punto y me asombré al comprobar que tenía

razón. Yo no me había dado cuenta de que estábamos tan cerca.

—*Sir* John —pregunté sin poder resistir la tentación, cuando el cochero detenía al caballo ante el juzgado de Bow Street—, ¿cómo ha sabido dónde estábamos?

—Jeremy, cuando me muevo por la ciudad, me limito a utilizar mis otros cuatro sentidos. Los que tenéis visión desperdiciáis miserablemente el resto. En este caso solo he tenido que hacer trabajar mi olfato y mi oído. Me ha llegado el olor a verduras y tierra de los puestos y he oído los gritos de reclamo de los verduleros. Créeme, muchacho, si te digo que no hay lugar en Londres que huela y suene como el Covent Garden.

Sin duda él acababa de demostrarlo.

Tras pagar al cochero, nos separamos, él se fue a su tribunal y yo, ay, a encontrarme con la señora Gredge. Pero las últimas palabras de *sir* John fueron una invitación.

—Si cumples con tus tareas a su gusto, eres libre, si lo deseas, para venir al tribunal y observar los procesos.

Yo acepté de buena gana.

Pero antes había escaleras que fregar, dos grandes pucheros que frotar, y también había que barrer. Cuando terminé con todo, me sentí tentado a salir corriendo hacia el tribunal, claro está. No obstante, sabía que sería poco prudente y permanecí en la cocina, sin atreverme a sentarme siquiera, y ordené el batiburrillo de cuchillos, tenedores y cucharas que encontré en una alacena. Sabía que la señora Gredge debía aprobar el resultado de mis esfuerzos y despedirme debidamente.

La señora Gredge no apareció enseguida, y a juzgar por los murmullos que oí arriba, se hallaba en el dormitorio de *sir* John, atendiendo a *lady* Fielding. Por fin oí una puerta abrirse y volverse a cerrar, luego pasos en la escalera y por fin la señora Gredge entró en la cocina. Parecía trastornada.

Se derrumbó en una silla junto a la mesa y apoyó la cara en una mano, sin fijarse en mi presencia. Esperé más de un minuto y luego arrastré un poco los pies y tosí discretamente.

Alzó la vista y me miró.

—Ah, Jeremy, un rápido final es lo mejor que podemos esperar.

—¿*Lady* Fielding está muy enferma? —Nadie me había explicado cuál era su estado—. ¿Cuánto tardará en ponerse mejor?

—Está muy enferma —dijo la señora Gredge—. En cuanto a su mejoría, me temo que no es probable.

Esperé un rato, incómodo. Sentía curiosidad pero dudaba en preguntar. Finalmente hice acopio de valor.

—¿Qué enfermedad tiene?

—Una enfermedad que la va debilitando. La pobre y buena mujer sencillamente está menguando. —Al poco, como si volviera en sí, la señora Gredge se irguió en la silla y me miró con ojo crítico—. ¿Has terminado las tareas que te asigné, Jeremy?

—Sí. Las escaleras, los pucheros y barrer. Incluso he arreglado los cubiertos de la alacena.

—Bien —dijo ella con un suspiro—. Habrás hecho un buen trabajo. —Luego, con algo de su anterior carácter fiero, añadió—. De lo contrario me oirás, puedes estar seguro.

—Sí, señora.

—Puedes irte arriba y leer. Mejor hacerlo de día que gastar velas de noche.

—Sí, señora, pero… bueno, *sir* John me ha dicho que podía ir a sentarme al tribunal y mirar.

La señora Gredge meneó la cabeza un par de veces. Su rostro reflejaba consternación.

—Ve si quieres, pues —dijo—, aunque no comprendo por qué quieres contemplar ese desfile de miserias humanas e iniquidad.

—Bueno… porque *sir* John me lo ha ofrecido.

—Comprendo. Ve, pues. —Mas cuando me dirigía a las escaleras, volvió a llamarme—: ¡Jeremy!

—Sí, señora —dije, deteniéndome y girando en redondo.

—Tiene una elevada opinión de ti. No le decepciones.

Así se lo prometí y luego volví hacia las escaleras.

La tarde estaba muy avanzada cuando entré en el juzgado de Bow Street. No quedaban muchos acusados ni testigos, y lo que más tarde acabé reconociendo como público habitual de *sir* John se había reducido a unos pocos. Tenía varios sitios donde escoger, pero elegí uno lo bastante cerca para oír los procesos sin llamar la atención.

*Sir* John parecía despachar rápidamente los asuntos del tribunal. Cuando entré, sacaban a un reo. No sé cuál era su delito. Era evidente, sin embargo, que comparecería en Old Bailey para ser juzgado. Miré conmiserativamente a aquel joven que no parecía mucho mayor que yo, sabiendo que solo gracias al interés de *sir* John por la justicia me había salvado yo de ir a Newgate. Me pregunté entonces si no sería aquel el tal Dillon que había herido al señor Bailey con el machete. En caso afirmativo, me dije, no tenía por qué sentir compasión.

Se presentaron entonces dos asuntos de poca monta ante el magistrado: una disputa por la escritura de una propiedad, que *sir* John falló en favor del poseedor de la escritura, y a continuación una acusación de robo. El resultado de este último caso tiene cierto interés, permíteme, pues lector, que te lo describa. En pocas palabras: Peg Button, sin profesión (en realidad, una cortesana), había detenido a una tal John Turley, agente de ventas, en Black Boy Alley a eso de las once de esa misma mañana para hacerle ciertas proposiciones. Mientras se lo pensaba, Turley había notado un leve movimiento en el bolsillo de su casaca, y se dio cuenta de que ella le había hurtado un pañuelo de seda que valía una guinea o más. En el tiempo que había tardado en echarlo en falta, empero, la mujer se hallaba en el acto de pasarle el pañuelo a su compinche, un chico de unos diez años. Turley agarró al chico, pero no

consiguió más que arrancarle el pañuelo antes de que este desapareciera rápidamente tras una esquina. Sin embargo, la mujer, estorbada por las faldas, había sido atrapada fácilmente y llevada sin más a Bow Street, donde se presentaba el cargo de hurto contra ella. Esto lo relató Turley. No tenía testigos que apoyaran su historia.

*Sir* John le escuchó pacientemente antes de preguntar.

—¿Qué tienes que decir, Peg Button?

—No he sido yo la que lo ha cogido, señoría, ha sido el chico.

—¿Lo conoces?

—Lo he visto por ahí.

—El señor Turley ha declarado que fuiste tú quien cogió el pañuelo de seda, que tú se lo diste al chico. ¿Qué dices a eso?

—Digo que el caballero se equivoca, señor. He visto al chico con la mano en el bolsillo del caballero, y quería quitárselo al chico para devolverlo a su dueño.

—Reconozco que es lógico, muy lógico. Entonces, ¿por qué echaste a correr?

—Porque él gritaba que yo era la ladrona de su sucio pañuelo, cosa que no era, pero él estaba decidido, vaya que sí.

—¿Está el objeto en cuestión en poder del tribunal?

—Lo tengo aquí, *sir* John —contestó el señor Marsden, el escribano.

—¿Está realmente sucio?

—Bueno, está un poco tieso por los mocos y los salivazos secos. —El poco público que quedaba rompió en carcajadas—. En otro tiempo era blanco, pero ahora está amarillento.

—¿Está usted resfriado, señor Turley?

—Sí, *sir* John. —Tosió un par de veces a modo de demostración.

—Bien, al menos hemos establecido quién es el dueño del pañuelo. —Más risas—. ¿O no? —preguntó luego—. Señor Marsden, ¿quiere usted examinar ese objeto en otro tiempo blanco, y decirnos si ostenta alguna marca distintiva?

John Marsden abrió el pañuelo con cautela y lo examinó detenidamente.

—Dos iniciales, *sir* John, una F y una A.

—Bien, ¿cómo explica usted eso, señor Turley? ¿Cómo ha llegado a sus manos?

—Fue un regalo, *sir* John, un regalo de alguien que no me conocía bien.

—No, desde luego no muy bien. Su nombre no lo sabía. —*Sir* John guardó silencio—. Francamente —dijo por fin—, estoy dudando. En primer lugar, el propio acusador ha declarado que recuperó el pañuelo arrebatándoselo al chico, que luego huyó. La acusada ha rebatido con una explicación razonable que ella no se lo entregó. Y luego está la cuestión del objeto mismo. El señor Turley reclama su propiedad, pero hay motivos para dudar de su reclamación. Por lo tanto, este tribunal absuelve a la señora Peg Button y condena al señor Turley a marcharse por donde ha venido sin el pañuelo, que queda en poder del tribunal. Si se pone a hervir un día entero, puede que vuelva a servir.

La galería, que normalmente se decantaba en favor de los acusados, rompió en

aplausos cuando Turley dio media vuelta y se alejó con paso airado. La señora Button dio las gracias cuando ya se iba, pero *sir* John la llamó.

—Sí, señor, su señoría —dijo ella, toda sonrisas.

*Sir* John se inclinó y habló con un tono que solo los que estábamos delante pudimos oír.

—Ve y no peques más, Peg.

Ella se fue tras asentir muy seria.

Se produjo entonces una larga conferencia entre *sir* John y el señor Marsden, al final de la cual el escribano se levantó y abandonó la sala por un breve lapso de tiempo. Cuando regresó, dejó la puerta abierta y volvió a ocupar su sitio junto a *sir* John, con quien intercambió unas palabras. Luego, aquel hombre menudo se irguió y exclamó con potente voz:

—¡Que traigan al prisionero!

Por la misma puerta del fondo de la sala, entraron dos alguaciles que llevaban a un hombre encadenado. Era, sin lugar a dudas, el atacante del señor Bailey, Dick Dillon, un hombre corpulento, como ya se ha dicho. Si era torpe de pies, no sabría decirlo, pues llevaba unos grilletes que hubieran vuelto pesado incluso a un maestro de danza. El hombre lanzó una mirada furiosa en derredor, causando así mala impresión en la galería.

Escoltado por sus guardianes hasta colocarse ante el estrado, miró al magistrado con aire desafiante, gesto que de nada servía frente al ciego *sir* John.

Se llamó a Francis Hawkins y este relató el robo perpetrado por Dillon a mano armada. En el momento de la narración en la que aparecía Benjamin Bailey, *sir* John tomó la palabra. Anunció que había tomado declaración al señor Bailey esa misma mañana y procedió a repetirla de memoria palabra por palabra, excepto para corregir algunos fallos de gramática y dicción.

—Que el acta recoja que este ha sido el testimonio del agente que realizó el arresto —dijo al final.

Se produjo un largo y tenso silencio. Finalmente *sir* John dejó oír su voz, más grave y alta de lo normal en él.

—Dick Dillon, ¿qué tienes que decir?

—¿Que qué tengo que decir? —repitió Dillon, como mofándose de la solemne pregunta de *sir* John—. Lo que tengo que decir es que quiero la deportación.

—En otras palabras —dijo *sir* John—, prefiere que no le cuelguen.

—¡A Dick Dillon no le colgarán! —aulló—. Tiene algo con que negociar.

—¿Y qué es si puede saberse? —preguntó *sir* John.

—¿Puede prometerme que me deportarán a las colonias?

—¿Con un contrato de por vida? ¿Como esclavo?

—Me arriesgaré.

—No puedo prometerte nada, Dick Dillon. Pero si tienes información que ofrecer sobre asuntos criminales que conduzcan a un proceso o una condena, se tendrá en cuenta durante tu juicio y al dictar sentencia.

—¡Quiero la deportación! —insistió Dillon.

—Y yo no puedo prometerla.

—Entonces estoy hablando con la persona equivocada, ¿no?

—No cabe duda —dijo *sir* John. Después de una pausa para que las palabras que estaba a punto de pronunciar se oyeran en todo el tribunal con toda su gravedad, *sir* John volvió a empezar—: Llamo la atención de todos los presentes sobre el hombre que tengo ante mí. Hay pruebas claras y suficientes para mandarlo a juicio por robo. El testimonio de la víctima y la declaración del agente que lo arrestó lo demuestran. Sin embargo, como todos sabemos, hay robos y robos. Por una parte, podemos tener a un chico de diez años intentando sustraer un pañuelo sucio, acto censurable, desde luego, pero un hurto así se minimiza si se compara con el delito de Dick Dillon. El suyo fue un robo con un arma, un machete. La víctima, el señor Hawkins, tuvo suerte de escapar con vida. No exagero, pues según la declaración del alguacil jefe Bailey, al intentar detenerlo, Dillon dejó clara su intención asesina, y en la refriega consiguió herirle antes de ser reducido. Esto lo considero mucho más grave, pues al atacar a un agente de la ley Dillon ha atacado a la ley misma. Esto no puede ni debe ser tolerado. Y por tanto, su causa se remitirá a juicio, no solo por robo, sino también por el intento de asesinato de un agente de la ley que cumplía con su deber. No creo que ningún juez o jurado de los tribunales de Bailey se tome estas acusaciones a la ligera ni con clemencia. Que el prisionero Dillon sea llevado a Newgate, donde aguardará ser juzgado a conveniencia de la Corona.

Fuera por el sentido de su declaración o por el poder de su improvisada retórica, la galería (no más de veinte almas en aquel momento) aplaudió a *sir* John Fielding con entusiasmo. Él, considerándolo impropio, golpeó el estrado con la palma de la mano para llamar al orden.

Sin embargo, Dick Dillon aún no había dicho la última palabra.

—¡No me colgarán! —gritó a voz en cuello cuando lo sacaban de la sala—. ¡Ya lo verá! —Y luego le empujaron para que saliera por la puerta.

—Se levanta la sesión —dijo *sir* John. Se puso en pie y abandonó la sala rápidamente, sin vacilar y sin un solo tropiezo, por la misma puerta por la que habían empujado a Dillon poco antes.

Cuando yo me disponía también a salir, me detuvo el señor Marsden, a quien *sir* John había pedido me dijera que fuera a visitarlo a su cámara. Me dirigí, pues, a la misma puerta, vislumbré por última vez a Dillon y, tras anunciarme con un golpe en la puerta, *sir* John me invitó a entrar.

Estaba sentado de una manera tan informal como en la ocasión anterior, con los pies sobre la mesa, sin zapatos y sin la peluca. Tras indicarme que tomara asiento, me preguntó mi opinión sobre Dick Dillon.

—Me ha parecido un auténtico canalla —respondí.

—Y a mí también —dijo él, y añadió, más para sí mismo que para mí—: Me pregunto qué sabrá para sentirse tan confiado.

Yo nada dije, puesto que no tenía la menor idea.

—¿Has captado la distinción que he hecho en mi discurso al enviarlo a Newgate?

—¿Entre su robo y el ataque al señor Bailey?

—No, Jeremy, entre el pequeño hurto y el robo a mano armada. Mira, la ley no hace distinciones. ¿Has oído el caso precedente?

—Sí, *sir* John.

—Bueno, lo más probable es que Peg Button sustrajera realmente el pañuelo de ese tipo y la hayan pillado cuando se lo pasaba al chico. Era sencillamente su palabra contra la de él. Si la víctima hubiera conseguido atrapar también al chico, la señora Button y el chico podrían haber sido juzgados, condenados y colgados, al menos en teoría.

—¿Todo eso por un simple pañuelo de seda?

—Sí, un pañuelo de una guinea, o eso afirmaba el dueño. Esa cantidad basta a los ojos de la ley para dictar la pena capital. —Meneó la cabeza con solemnidad, como perplejo—. He llamado dueño a ese tipo, Turley, cuando lo más probable es que sea solo el poseedor. Seguramente se lo compró a otro como Peg o como su joven compinche por unos cuantos peniques cuando notó que se había resfriado.

Me sentí abrumado por lo que oía. En el destino teórico de aquellos desgraciados vi reflejada mi situación de pocos días atrás.

—¿De verdad los colgarían por tan poca cosa? —pregunté al fin.

—Con toda probabilidad, no. Los chicos menores de catorce años no son ejecutados, aunque se ha condenado a muerte a unos cuantos. Tengo entendido que en ciertos casos extraordinarios la sentencia se ha ejecutado en los condados. ¿Hubieran colgado a la señora Button, o a otra como ella? Tampoco es probable. Nuestras leyes son las más severas de la Cristiandad; sin embargo, nuestros procesos judiciales favorecen a los acusados. Turley, u otro como él, tendría que hacerlo mucho mejor en el juzgado de Old Bailey: presentar testigos, establecer la propiedad del objeto robado, demostrar su valor, etcétera. Pero en el caso de haber sido juzgada, declarada culpable y condenada a muerte, lo más probable es que redujeran su condena a azotes, a una temporada en prisión o a ser deportada a una de las colonias, como pretende Dillon, lo que, por cierto, no es un destino demasiado feliz. Actualmente solo la mitad de los condenados…

Le interrumpió alguien que llamaba a la puerta.

—Jeremy —dijo él, volviéndose, molesto—, ¿quieres ver quién es? A menos que sea el señor Marsden o uno de los guardias, despáchalo.

Me dirigí a la puerta, la entreabrí y me encontré con el rostro vehemente y excitado del señor Gabriel Donnelly. A él sería difícil darle con la puerta en las narices. En realidad, resultó imposible.

—Debo hablar con *sir* John —dijo, empujando la puerta y obligándome a retroceder.

—¿Quién es? —bramó el magistrado.

Habiendo entrado, pues, pese a mi oposición, el señor Donnelly se acercó a *sir* John y se inclinó por encima de la mesa en una postura apremiante.

—Soy yo, Gabriel Donnelly, y he venido…

—¿Por qué no podía esperar a ser debidamente anunciado? —inquirió *sir* John, bajando los pies de la mesa y tanteando con la mano en busca de la peluca.

—Porque las noticias que le traigo son demasiado importantes para esperar, ni siquiera para eso. Déjeme que le diga de lo que estoy seguro. He realizado la *obduktion* examinado la mayor parte de los órganos del cadáver, aunque no todos. He hallado el tejido de los riñones completamente destruido; he hallado el hígado con lesiones de una índole extraordinaria. Las paredes del estómago estaban muy inflamadas y también presentaban lesiones y llagas ulcerosas. El tubo digestivo…

—¡Basta! ¿Qué pretende decirme, señor Donnelly?

—Le estoy diciendo, *sir* John, que lord Goodhope fue envenenado con un potente cáustico, una muestra del cual he recogido de su estómago. Eso, y no la herida de pistola, fue la causa de su muerte. Estoy seguro.

# V

## En el que me cuentan una horrible historia y vuelvo a encontrarme con el señor Boswell

Aquello daba sin duda un nuevo cariz al asunto. Incluso yo comprendí la terrible discrepancia que surgía de la extraordinaria revelación del señor Donnelly. Si lord Goodhope había sido envenenado, ¿por qué le habían disparado? ¿Por qué había sido necesario matar dos veces a un hombre? ¿O sería posible que él mismo hubiera tomado veneno y luego, en su agonía, hubiera hecho que le dispararan con una pistola en la cara? Esto último no parecía tener el menor sentido, pero ¿acaso algo lo tenía en aquel contradictorio conjunto de circunstancias?

Si tales pensamientos pasaron por mi mente infantil, ¿qué consideraciones más graves ocuparían a *sir* John después de que el cirujano diera la noticia? Permaneció mudo como una estatua durante un largo lapso de tiempo, ensimismado como solo un ciego puede estarlo. La expresión de su cara no se alteró. No mostraba tanto sorpresa como un leve fastidio por aquella complicación añadida.

Impacientándose por el prolongado silencio, el señor Donnelly habló impetuosamente.

—¿Me ha oído, *sir* John? He dicho que fue veneno lo que lo mató.

—No soy sordo —contestó él, aferrando su peluca por fin y colocándosela descuidadamente sobre la cabeza—. De hecho, oigo mejor que la mayoría.

Yo sabía que desde luego pecaba de modesto.

—Perdóneme. He sido impertinente y descortés.

—No importa. Lo que importa, desde luego, es que he estado haciendo las preguntas equivocadas. Por ejemplo, había concedido cierta importancia a la hora en que se disparó la pistola. Eso ya no importa demasiado, puesto que acaba de comunicarme que ya estaba muerto. —Hizo una pausa y luego quiso dejar las cosas claras—: ¿Lo juraría ante un tribunal?

—Sí —replicó el cirujano sin vacilar.

—¿Podría aventurar cuánto tiempo llevaba muerto cuando se efectuó el disparo?

—No, prácticamente no había comida en su estómago. Por su descripción del cadáver en el momento en que lo vio el señor Bailey, la rigidez de la muerte aún no había comenzado. —Por primera vez desde que atravesara la puerta empujándome con ella, el señor Donnelly se volvió hacia mí y preguntó—: Jeremy, cuando tú examinaste el cuerpo, los miembros aún podían doblarse, ¿no?

—Sí, señor.

—¿El cuello también?

—Sí, creo que sí.

Describí el espantoso modo en que se ladeó la cabeza de lord Goodhope cuando el señor Bailey le quitó la peluca para examinar la herida tras la oreja. Luego recordé algo más.

—Los lacayos habían bajado el cadáver hasta el sótano. Estaba allí, tendido, cuando lo volvimos a ver. Así que…

—Justamente —dijo el señor Donnelly—. No había rigidez. No podía llevar muerto más de cuatro horas, seis como mucho.

—Un largo período de tiempo —comentó *sir* John y permaneció sentado en silencio, meditando—. Maldita sea, soy un estúpido —exclamó de repente—. Tan obcecado estaba en el disparo que ni siquiera he establecido cuándo entró en la biblioteca ni en qué estado. Hasta ahora he estado haciendo una auténtica chapuza de esta investigación.

—No se lo recrimine usted —dijo el cirujano—. Se hizo todo de un modo muy inteligente, con la pistola y todo lo demás. ¿Quién hubiera podido adivinarlo?

—Yo debí haberlo adivinado —dijo el magistrado con convicción. Suspiró y continuó con una actitud más constructiva—: ¿Qué sabemos, por poco que sea? Si no tenía comida en el estómago, es poco probable que le administraran el veneno de esa forma, ¿no?

—Está usted en lo cierto.

—Tal vez disimulado en un líquido. Jeremy, ¿había alguna licorera o botella en la mesa? ¿En la biblioteca? ¿Lo recuerdas?

Intenté evocar una imagen de la habitación, o más bien varias imágenes, puesto que el señor Bailey y yo habíamos inspeccionado la biblioteca exhaustivamente.

—No —contesté por fin—. No recuerdo haber visto nada de eso. Pero solo estoy seguro de la mesa. La mesa estaba vacía, completamente desprovista de botellas.

—Hummm. Eso por sí solo ya es insólito. —Se dirigió al señor Donnelly—. ¿Sabemos qué tipo de veneno causó su muerte?

—No —contestó el cirujano con voz vacilante—. Como le decía, he tomado una muestra de líquido del estómago. Se la daré a un boticario, pero para serle sincero, estaba tan mezclado con sangre y bilis que tal vez sea imposible de identificar. Causó tanto daño, empero, que debió de ser un producto cáustico, algún tipo de ácido; una muerte muy dolorosa.

—¿Qué hará ahora con el cuerpo?

—Pues devolverlo, señor. Prometí a *lady* Goodhope que le devolvería el cuerpo de su marido al cabo de unas pocas horas a fin de que lo preparen para el funeral. Ha empezado la putrefacción, aunque aún no ha avanzado mucho, claro está.

—Bueno, debo pedirle que redacte un informe dirigido a mí —dijo *sir* John—. Incluya todos los detalles que he sido demasiado impaciente para oír, todo cuanto sea pertinente, pues ese documento, Dios quiera que así sea, irá a parar a manos del fiscal de la Corona.

—Lo haré, no tema.

—¿Qué piensa decirle a *lady* Goodhope?

—La verdad. Cualquier otra cosa sería no solo un error sino difícil de sostener. De todas formas, acabaría enterándose.

*Sir* John suspiró.

—Tiene razón, desde luego, pero pídale que mantenga el secreto. Y cuando se lo diga, asegúrese de que no haya criados escuchando. Sobre todo hay que vigilar al mayordomo. No hay necesidad de que esto se haga público todavía.

—Comprendo, pero ¿no prefiere decírselo usted mismo? ¿No me acompaña, señor?

—No; tenía pensado pasar un rato con mi esposa.

—¿Con su esposa, *sir* John? —Su tono y su expresión dejaban bien claro que el señor Donnelly había supuesto que su información sería de tal importancia que *sir* John volvería a la investigación inmediatamente.

Sin embargo, era igual de evidente, por la expresión resuelta de *sir* John, que este no tenía intención de alterar sus planes domésticos para esa noche.

—Señor Donnelly —repuso entonces con brutal franqueza—, no es culpa suya, pues no conoce mi vida privada, pero pienso pasar la velada con mi esposa, pues es seguro que no queda mucho tiempo que pasar con ella. En pocas palabras, señor, se está muriendo.

Los remordimientos se apoderaron del señor Donnelly. Los franceses dicen *desolé*, a su modo rimbombante, como simple expresión de pesar, pero el señor Donnelly parecía realmente desolado. Sus facciones se arrugaron hasta tal punto que pensé que iba a llorar, pero no lo hizo.

Asintió y retrocedió un paso.

—Señor, no sé cómo expresarle mi…

*Sir* John agitó una mano como si espantara una mosca.

—No es necesario, señor Donnelly, no es necesario volver a hablar de ello. Usted no tenía modo de saberlo.

—¿Podría ayudarles? Tal vez si la visitara…

—¿Llevando consigo su diploma de Viena? —Suspiró—. Perdóneme, eso no venía a cuento. No, señor, ya la ha visitado todo un ejército de médicos y se han probado todo tipo de medicinas sin resultado.

—¿Qué enfermedad padece, *sir* John?

—Un tumor, en eso los médicos están de acuerdo, pero no se ponen de acuerdo acerca de dónde está localizado. No obstante, todos creen que el fin está cerca, y yo mismo lo percibo. No estuve con ella anoche ni esta mañana. Debo pasar con ella esta noche.

—Por supuesto, lo comprendo. Pero le ruego me permita ir a verla mañana por la mañana.

—No hay otro diagnóstico posible, ni ayuda que ofrecerle. Mi pobre y querida Kitty no debe de pesar más de treinta kilos. Ella, que antes era una mujer corpulenta.

—Pero estoy seguro de que es posible aliviar sus dolores. Tal vez yo pueda darle algo.

*Sir* John permaneció callado un momento.

—Entonces no deje de venir —dijo.

—No le resultará fácil continuar con su trabajo en el juzgado —comentó el señor Donnelly—, y ahora con esta investigación…

—Que no podría haber llegado en momento más inoportuno, créame. No es extraño que haya hecho una chapuza. Pero aguarde, señor. Aunque no tengo intención de acompañarle, permítame que envíe a Jeremy en mi lugar. Tal vez nos ayude más de lo que podamos suponer.

—¿Cómo, *sir* John? —Mi joven corazón había dado un vuelco ante aquella nueva oportunidad—. ¿Cómo puedo ayudar?

—Pues hablando con los criados. No trates de imitarme e interrogarlos formalmente. Conversa con ellos. Tendrán preguntas que hacerte, de eso puedes estar seguro. Contéstalas todas, excepto lo que tenga que ver con este asunto del veneno. No es necesario que lo sepan. Pero dales información para sonsacarles. Sé mi espía.

—Lo intentaré, *sir* John.

—¿Está satisfecho, señor Donnelly?

—Me alegro de que Jeremy venga conmigo.

Así acabé sentado junto a un ataúd discretamente cubierto en un carro conducido por el incomprensible Ebenezer Tepper. El señor Donnelly viajaba junto a él y no parecía comprenderle mejor que yo. Había intentado varios conatos de conversación con el hombre de Lancashire: una pregunta sobre la ruta y un comentario sobre la abarrotada vía pública. Lo hizo con su habla habitual, que era el buen inglés del rey suavizado y cantarín a la manera irlandesa. Ebenezer no tuvo dificultad en comprenderle, pero sus respuestas, bastante largas y sinuosas, dejaron perplejo al cirujano. Tras la segunda el señor Donnelly volvió el rostro para lanzarme una mirada inquisitiva. Todo lo que pude ofrecerle por respuesta fue encogerme de hombros. Después de aquello no se dijeron nada más.

Y así continuamos lentamente por las calles de la ciudad, la mayor parte del trayecto en silencio, hasta que por fin, muy cerca de St. James Street giramos por un estrecho camino de tierra que me pareció familiar. Tardé un momento en darme cuenta de que nos dirigíamos a la parte posterior de la casa por la callejuela angosta y triste que había observado brevemente con Potter. Ebenezer acababa de probar lo que yo había dudado. En mi primera opinión, era quizá demasiado estrecha para un carro tan ancho. Me dije que debía corregir la descripción dada a *sir* John.

Ebenezer tiró de las riendas y detuvo a los caballos ante la puerta del seto de alheña. El señor Donnelly me ordenó que me apeara del carro y sujetara los caballos. Obedecí con cierta reticencia, mientras los dos hombres bajaban el ataúd y se

esforzaban por hacerlo pasar por la puerta. Aunque en Londres yo era un chico del campo, tenía poca experiencia con animales y prácticamente ninguna con caballos. En las pocas ocasiones en que mi padre había necesitado alquilar un tiro y un carro, se había ocupado de ello sin mi dudosa ayuda. Los dos éramos gente de a pie, como la mayoría de personas en las ciudades y aldeas de Inglaterra.

Así pues, lo único que hice fue agarrar los tirantes de los arneses de aquellas dos enormes bestias y esperar que Ebenezer regresara pronto. Uno de los caballos era manso, el otro no. El animal se puso nervioso y escarbó el suelo con los cascos de forma impaciente, haciendo que crujieran las ruedas del carro. Intenté razonar con él con suavidad, pero no me hizo el menor caso, volvió la cabeza bruscamente y me lanzó un mordisco al brazo.

Salté hacia atrás por instinto, dejando caer los tirantes y aterrizando en el seto; tan angosta era la callejuela. Se produjo un golpe sordo donde di con los pies. Fue uno de esos detalles que no se perciben en un principio. En realidad en aquel momento no pensaba sino en volver a apoderarme de las riendas y dominar al rebelde animal. El miedo me hizo osado. Lo maldije a mi modo infantil, llamándole demonio y pronunciando amenazas que no podía cumplir. Las palabras rudas funcionaron mejor que las dulces. Cogí la rienda más abajo y empujé contra su cabeza. Cuando las ruedas del carro dejaron de crujir, supe que había ganado.

No fue hasta entonces cuando el ruido de mis pies al golpear el suelo se repitió en mi cerebro. No estaba seguro, sencillamente tenía la sensación de que no había sido exactamente como debía ser. Girando el cuerpo sin dejar de sujetar a los caballos, inspeccioné el lugar donde mis talones se habían hundido en la tierra. No parecía diferente, pero lo había notado firme bajo los pies; sí, quizá demasiado firme. Di un salto sobre el lugar para probarlo. El suelo estaba más blando y no se produjo el mismo ruido sordo. Sin embargo, este peculiar ejercicio inquietó a ambos caballos, de modo que resolví no repetirlo hasta la vuelta de Ebenezer, que ocurrió poco después. No obstante, al final lo único que hice fue calcular la distancia del lugar hasta la puerta del seto, marcando así su posición para investigarlo más tarde.

Aliviado de mi onerosa tarea, crucé la puerta y el jardín, entré en la residencia Goodhope por la puerta de atrás y me dirigí a la cocina. Allí encontré al servicio enfrascado, no en los preparativos de la cena como esperaba, sino remoloneando después de cenar ellos mismos, sentados todos a la larga mesa donde la noche anterior yacía el cadáver de lord Goodhope. Además de las dos jóvenes que ya conocía, se encontraba el otro lacayo, compañero de Ebenezer, cuyo nombre sabría después que era Henry, y una mujer mayor que todos ellos y desconocida para mí, que debía de ser la cocinera, según juzgué correctamente. No sabía dónde podía estar Potter, pero me alegró notar su ausencia.

Todas las conversaciones cesaron cuando entré yo, lo que no debió sorprenderme, pues en mi visita anterior me había comportado como un entrometido en una cuestión oficial, pero esta vez tuve la sensatez de dirigirme a ellos con la mayor humildad.

—Les rogaría —dije a los reunidos— que me dieran algo de comer; con un trozo de pan me conformo.

—¿Quién eres tú? —preguntó la mujer mayor—. Vienes de la calle, ¿no?

—Desde luego que no, señora. He venido con el señor Donnelly, el cirujano.

Una de las pinches, la que se había reído la noche anterior por el desconcierto de Potter, susurró unas palabras al oído de la cocinera con semblante serio, y la expresión de esta última se suavizó.

—Bien —dijo—, hablas como un caballero. Quizá debería alimentarle como a tal. Puedes comer con nosotros, si lo deseas; y estamos cenando como las damas y los caballeros. Tenemos que consumir los alimentos. La carne no se conserva eternamente. —Hizo una pausa mientras me examinaba—. ¿Qué te parecería una chuleta?

—¿Una chuleta de qué? —pregunté osadamente.

—Una chuleta de buen cordero inglés.

—¡Hecho! —exclamé, como si me hubiera enzarzado en un trato comercial.

Con esto se animó el ambiente en la mesa, me hicieron sitio y en un momento tenía delante una gruesa chuleta, un vaso y un mendrugo de pan. Era ciertamente una cena suntuosa.

Instantes después charlaban y reían como antes, pero, como había predicho *sir* John, dirigieron sus preguntas hacia mí sobre el súbito e inesperado fallecimiento de lord Goodhope.

—¿No se mató él mismo, entonces? —preguntó Henry. Había adivinado lo que significaban las manos limpias de su amo y se lo había comunicado a los demás.

—*Sir* John no lo cree —dije. Y allí estaba yo, actuando de nuevo como un magistrado—. ¿Qué diría usted?

—Bueno —replicó él—, si un hombre dispara una pistola, sin duda su mano ha de mostrarlo.

Me limité a asentir mientras cortaba mi chuleta.

—¿Qué eres tú de *sir* John? —preguntó la de las risas, que se presentó a sí misma como Annie—. Pareces un poco joven para ser alguacil.

Busqué el título apropiado y recordé el que me había dado el mismo *sir* John.

—Soy su ayudante —dije—. Seguramente habrás notado que tiene un pequeño problema de vista.

—Desde luego —dijo ella—, con esa venda negra sobre los ojos, yo diría que lo tiene.

Se produjo un murmullo general de desaprobación ante este insolente comentario. Me apresté a continuar para demostrar que no me había ofendido.

—Le ayudo a observar detalles —dije—, informándole de ellos. Él aplica su ingenio. Tiene una mente prodigiosa.

—Sí —intervino la cocinera—, esa es su fama.

—¿Fuiste tú quien se fijó en las manos limpias de lord Dickie? —preguntó Henry.

—Yo mismo —contesté, pecando de inmodestia al no añadir que no sabía entonces cuál era el significado de lo que había visto.

—Fuiste muy espabilado.

Así continuó la conversación mientras yo engullía lo que la cocinera había tildado con razón de buen cordero inglés y respondía a las preguntas que me formulaban. La única persona que permanecía callada era la compañera de Annie, mucho más comedida, en la que yo me había fijado la noche anterior. Esa solo hablaba con los ojos. En ellos había algo de miedo. ¿Podía ser que la hubiera impresionado? Me inflé un tanto ante esa supuesta admiración.

Las únicas preguntas que dejé sin respuesta fueron las que *sir* John había previsto: ¿por qué el cirujano se había llevado el cadáver de lord Goodhope?, ¿qué había descubierto el cirujano? La primera me la hizo Henry, la segunda la cocinera. Esta última me hizo dudar. ¿Sabía ella algo sobre venenos? En caso de envenenamiento no sería de extrañar que recayeran las sospechas sobre ella. Sin embargo, el señor Donnelly había dejado claro que no se había administrado el agente asesino a través de la comida. La cocinera parecía intranquila. Yo deseaba disipar su inquietud, pero no podía hacerlo sin divulgar información que me habían prohibido divulgar. De modo que eludí la pregunta de la cocinera como antes la del lacayo, declarando que las cuestiones de médicos y cirujanos escapaban a mi entendimiento y que no confiaba demasiado en ellos, como tampoco *sir* John. Esto último, que no era tal vez del todo falso, pareció aliviarla.

La parlanchina Annie me confundió con una pregunta para la que no estaba preparado. Quería saber por qué, si tan poco me gustaban los médicos, había llegado en compañía del señor Donnelly.

Carraspeé un poco antes de contestar con sinceridad:

—Me ha enviado *sir* John.

—¿Con qué propósito?

Vacilé.

—Vamos. ¡Suéltalo! —me apremió ella, siempre con sus risitas.

—Para registrar la biblioteca otra vez —dije, inspirado por fin.

—No estás en la biblioteca.

Entonces miré alrededor como si observara el entorno por primera vez.

—Oh —dije con toda inocencia—, ¡pues es verdad!

Con esto arranqué las risas de mi público, como esperaba, y observé con alivio que olvidaban el tema, pero ya casi me había acabado la chuleta de cordero y aún no les había sonsacado nada. Todas las respuestas las había dado yo.

Sin embargo, mi visita dio un nuevo giro cuando llegaron cuatro miembros más del servicio apestando a establo. Ebenezer era uno de ellos; más tarde supe que los otros tres eran el cochero, el postillón y el mozo de cuadra. Ebenezer asintió, pronunciando lo que tomé por un saludo, sin parecer sorprendido de verme cenando allí. La cocinera ordenó a las dos pinches que abandonaran sus sillas, y añadió que

seguramente tardaría una hora en necesitarlas para que fregaran. La criada silenciosa y recatada desapareció por una puerta abierta tras lanzarme una mirada solemne. Realmente me gustaba mucho. La descarada Annie se detuvo al llegar a la puerta y me hizo señas de que la siguiera.

Miré alrededor. Nadie parecía fijarse en nosotros, de modo que limpié mi plato con el último trozo de pan, lo coloqué sobre una pila de platos y salí de la cocina tras Annie. La habitación contigua era casi tan grande como la cocina y de ella nacía un pasillo que conducía a las habitaciones individuales de los criados.

Annie, rolliza y osada, me cogió de la mano y me llevó a un sofá algo desgastado, donde su compañera ya se había sentado. La estancia estaba amueblada con piezas sueltas desechadas en la gran casa. La luz era mortecina, pues unas pocas velas en los rincones servían para iluminarla toda. Ciertamente, pese a algunos toques aquí y allá con la intención de animarla (había cuadros en las paredes de color amarillo pálido), el lugar tenían un aspecto bastante triste. Por grande que fuera, no dejaba de ser un sótano.

Me senté en un extremo del sofá con Annie entre su compañera y yo. Pedí que nos presentara. Al ver que Annie no me hacía caso inmediatamente, me incliné, extendí la mano y le dije mi nombre a la otra chica con una sonrisa amistosa. Ella tocó mi mano tímidamente y asintió.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

No contestó y apartó la mirada.

—Se llama Meg —dijo Annie.

—¿No puede hablar? —susurré.

—Algunas veces. —Luego, para cambiar de tema, añadió—: ¿Te ha dicho *lady* Goodhope si piensa cerrar la casa de Londres?

—A mí no me lo ha dicho —respondí.

—No, pero siendo ayudante de *sir* John Fielding y todo eso, pensaba que la habrías oído, a lo mejor cuando comentaba cuáles eran sus planes.

Reflexioné.

—Bueno —dije—, sí manifestó que su hogar está en Lancashire. Y lo dijo de un modo que significaba que quería regresar.

—Eso es lo que nos tememos todos. Esta era la casa de lord Dickie. Ella no pasaba aquí más que unas semanas al año. Y pongo a Dios por testigo de que el resto del tiempo era todo muy diferente.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, alegrándome de por fin enterarme de algo.

—Bueno, a los que *sir*ven arriba les gustaba porque entonces había fiestas, algunas veces tres o cuatro a la semana, con lord Dickie, cenas y otro tipo de fiestas.

Los lacayos y Potter se alineaban en el vestíbulo para recoger las propinas. Así ganaban tanto en una semana como los de aquí abajo ganamos en un año. —Le dio un codazo a la otra chica—. Pero nosotras también teníamos nuestra oportunidad, ¿eh, Meggie?

Esta salida hizo que Meg se levantara del sofá y saliera de la habitación. No sabría decir si lloraba o no, pues había desaparecido por el pasillo con extrema rapidez. Me quedé pasmado mirando fijamente por donde se había ido.

—He sido malvada —dijo Annie—. En realidad quería deshacerme de ella, pero lo he hecho mal.

—¿Es muda? ¿O puede hablar? —Me dije que parecía inteligente, pero también demasiado tímida y asustadiza.

—Meg está medio tonta, o quizá del todo.

—¿Ha sido siempre así?

—No —respondió Annie tras suspirar—. Esas otras fiestas de lord Dickie no eran cenas a las que invitaba a lores y *ladies*. De estas ha habido unas cuantas incluso con *lady* Goodhope por aquí. ¡Pues no daban trabajo ni nada en la cocina! No, la mayoría de las veladas de Dickie eran lo que él llamaba «improvisaciones». Menuda palabreja, ¿eh? Debe de ser alguna obscenidad, porque a eso se dedicaban esas noches. Dickie salía al teatro o a algún lugar parecido y volvía con un montón de petimetres y sus fulanas. Hacía salir a la cocinera y pedía cena para todos. Teníamos que trabajar hasta muy tarde.

»Pero a veces les faltaban una o dos fulanas. En ocasiones enviaba a Potter a recoger a alguna de la calle, pero cogieron la costumbre de hacernos subir a Meg y a mí de la cocina. Preferían jovencitas como nosotras, ¿comprendes? Por lo general nos librábamos riendo y bailando y actuando en sus funciones de teatro, pero a veces no. En cualquier caso nos pagaban bien. ¡Pues no nos envidiaban los lacayos y los demás criados por las propinas!

»Bueno, pues todo ese barullo entre petimetres y fulanas a mí me va bien o no, ¿comprendes?, pero a Meg empezó a obsesionarle, porque era pecado y todo eso. Así que una noche vino una multitud especialmente alborotadora. Lord Dickie llegó acompañado de una nueva, esa actriz que se llama Lucy Kilbourne, y después de cenar nos mandó llamar a Meg y a mí. Solo que esa vez ella se negó. Yo tuve que subir y decírselo al amo. Bueno, debería haberle dicho que estaba enferma, pero no lo hice, sencillamente le dije que no quería. Eso le puso furioso de veras. Bajó por ella en persona, y la arrastró arriba, así como te lo digo. Y luego un grupo de hombres la llevaron a los dormitorios de arriba y la utilizaron del modo más vergonzoso. Yo no fui testigo, gracias a Dios, pero la oí gritar y aullar, y luego, de repente, se calló, y yo di por seguro que la habían matado. No me importa decirte que con eso se estropeó la fiesta en el comedor.

Annie dejó de hablar como si hubiera acabado de contar la historia.

—¿Y eso ha afectado su habla? —pregunté, sacando la conclusión más evidente.

—¡Oh, pues no! Eso ocurrió hace casi un mes, y aún no ha hablado, pero yo la he pillado murmurando para sus adentros un par de veces. Así que no es que no pueda hablar, es que no quiere.

Esta historia me sumió en una honda perplejidad. Recuerda, lector, que yo

acababa de cumplir trece años. Mi vida con mi padre me había apartado de los misterios que me relataba Annie. Yo no tenía una idea concreta sobre lo que ocurría entre hombres y mujeres, aunque sospechaba que esa zona de mi ignorancia era importante y considerable. Había empezado a mirar a las mujeres y las chicas como tales. Algunas veces me quedaba contemplándolas fijamente, otras las espiaba. En general me había vuelto muy curioso. Pero el relato de Annie sobre el mal trago de Meg había arrojado una sombra sobre un asunto que antes yo había juzgado secretamente divertido. No comprendía qué podía haberle causado tanto daño. Sin embargo, aunque confuso, no quería que Annie me lo explicara con detalle, lo que hubiera sido demasiado embarazoso para mí.

—Creo que le gustas —dijo Annie—. Por eso está tan nerviosa.

¿Qué podía replicar yo, a la luz de lo que acababa de oír?

—Pero —añadió— también me gustas a mí… ¡y por eso he hecho que se fuera!

Dicho esto, se lanzó a hacerme cosquillas.

Me excusé de tal diversión lo más deprisa que pude, alegando que debía hacer lo que había ido a hacer. Annie fingió sentirse dolida, pero me dio un beso en la mejilla cuando me despedía de ella; era el primero desde la muerte de mi madre. Me puse colorado y casi salí corriendo.

Al pasar por la cocina, recordé por fin dar las gracias a la cocinera. Me fijé en que había caras nuevas, lo que me llevó a preguntarme cuántos criados podía tener una sola residencia. (Después resultó que eran una docena en total). Me dirigí, pues, a la biblioteca, donde por fin recobré el aliento y empecé a respirar normalmente.

Inspeccioné la habitación. No parecía demasiado cambiada desde mi última visita. La puerta seguía abierta, pero el leño con el que la habían forzado ya no estaba. Paseé alrededor de la biblioteca, fijándome en primer lugar en que la mesa estaba vacía, como yo recordaba. Concretamente, no había en ella botellas, licoreras ni frascos, y estaba seguro de que no los había habido antes. Entonces me puse a buscar el sitio donde podían guardarse los licores. A la izquierda de la mesa había dos armaritos. Uno contenía materiales de escritura y una pila de papeles desordenados. El segundo contenía licores. Había tres botellas, una licorera y un surtido de vasos.

—¡Ah, aquí estás, joven Jeremy!

El señor Donnelly estaba en la puerta de la biblioteca. Parecía de muy buen humor para alguien que acababa de entregar un cadáver a una viuda.

—He descubierto dónde se guardan los licores —dije, dándole más importancia de la que tenía.

—Bien —repuso, acercándose con aire indiferente—, echemos un vistazo.

Se arrodilló junto a mí, dejó su bastón en el suelo y sacó las botellas una a una.

—¿Qué tenemos aquí? Una botella de oporto, una botella de *usquebaugh*[8], y otra de *brandy* español. Un buen botín, ¿eh?

Descorchó las botellas y las olió, tras lo cual meneó la cabeza despacio.

—No —dijo—, me temo que ninguno de estos licores acabó con él.

—Pero ¿cómo lo sabe sin que los vea un químico o al menos probarlos?

—¿Quieres que los pruebe? Estaré encantado de complacerte.

Bebió un sorbo de cada botella como si fuera un desafío, volviendo a taparlas cada vez.

—Bueno —dijo—, ¿satisfecho? —Soltó una breve carcajada.

Desde luego ostentaba un humor exuberante e imprudente.

—Por supuesto, pero si se hubiera equivocado, podría estar muerto o muriéndose en este mismo momento.

—Pero es que no podía equivocarme, Jeremy. Dos cosas jugaban en contra de la posibilidad de que hubiera veneno en estas botellas. En primer lugar, la fuerza y naturaleza del agregado serían tales que darían al licor un fuerte olor. Lo que me lleva a preguntarme cómo se tomó el veneno sin sospechar. Pero luego tenemos la segunda cuestión, relacionada con la primera. La dosis fue tan potente, tan cáustica, y debió actuar con tanta rapidez que la víctima no habría podido devolver la botella a su sitio. ¿Comprendes?

—Sí, lo comprendo, pero aun así me ha parecido una prueba arriesgada.

—Pues en la vida hay que arriesgarse de vez en cuando, ¿no crees?

No imaginaba qué había alterado su estado de ánimo de aquella manera. El señor Donnelly se levantó con presteza y me indicó con su bastón que devolviera las botellas a su sitio, lo que hice y cerré la puerta del armarito.

—Bueno —dijo él—, quizá hayamos abusado de la hospitalidad de *lady* Goodhope. Mejor será que nos vayamos, ¿no?

Así pues, me precedió en la salida y por el vestíbulo hasta la puerta de la calle, agitando el bastón como la viva imagen del hombre más feliz de Londres. Potter se hallaba en la puerta para tenderle su tricornio, se inclinó ante él y nos abrió.

Una vez fuera, el señor Donnelly se detuvo y se volvió hacia mí. Una ancha sonrisa animaba su cara.

—Solo tengo una queja de la viuda —dijo—, y es que no me ha ofrecido ni comida ni cena. Al parecer la buena mujer ayuna en penitencia por los pecados de su marido. Así que debo confesarte, Jeremy, que me asalta un hambre prodigiosa. ¿Tienes idea de dónde podríamos comer por un precio módico?

No lo pensé demasiado, pues solo conocía un lugar cerca de allí.

—Quizá —le sugerí— podríamos ir al Cheshire Cheese.

—¡Bien! Está junto a Fleet Street, ¿verdad?

—Eso creo, señor Donnelly.

—Entonces conozco el camino.

Echamos a andar con presteza. Tuve que hacer las zancadas más amplias para ajustar mi paso al suyo, dado que él tenía las piernas más largas. Sin embargo, conseguí caminar a su altura mientras me regalaba con algunas de las cosas que había

descubierto durante su entrevista con *lady* Goodhope. Estaba muy satisfecho por haber averiguado lo que *sir* John había omitido: cuándo había entrado lord Goodhope en la biblioteca y en qué estado.

—Fue una media hora antes de que se oyera el disparo —dijo—. *Lady* Goodhope no lo vio en persona, pero lo sabe por dos fuentes: ese tal Potter, en quien sin duda *sir* John hace bien en no confiar, pero también el ama de llaves, que casualmente lo vio desde arriba cuando ella bajaba las escaleras. Ambos coinciden en que parecía de buen humor, y que desde luego no tenía el aspecto de alguien que acabara de tomar veneno.

—¿Pero eso no es extraño? —inquirí—. ¿Quiere decir que lo envenenaron y le dispararon en el intervalo de media hora?

—Es desconcertante —convino él.

Luego, después de haber caminado un rato, me hizo una pregunta que tenía que ver con mis conversaciones en el sótano.

—Bueno —expliqué—, parecen muy temerosos de que se cierre la casa de Londres y los obliguen a buscar un nuevo empleo.

—Y bien que hacen en temer —dijo Donnelly—. Entre nosotros, Jeremy, *lady* Goodhope me ha confiado que le disgusta en extremo esta ciudad y que desea regresar a Lancashire definitivamente.

—Sufrirán una gran decepción —dije.

—Sin duda —replicó con aire distraído. Luego, reflejando sus propios pensamientos, añadió—: Me ha confiado muchas cosas en esta visita.

Sin embargo, no comentó nada más. Guardó un silencio reflexivo, aunque sus reflexiones parecían de una naturaleza alegre. Avivó el paso, avanzando con tal energía que tuve que ponerme al trote para mantenerme a su altura. Luego, notando mis dificultades, me pidió perdón con estilo caballeroso y se acomodó a mi paso. Poco después empezaba a tararear una melodía. Al recordar su apremiante actitud de antes con *sir* John, aquel cambio de humor me pareció de lo más extraño.

Me refiero a ello para explicar el hecho de que no le contara los asuntos de más peso de los que me había enterado hablando con Annie. ¿Cómo podía repetir la horrible historia de Meg y su mudez a quien se sentía tan despreocupado? ¿Podría siquiera concederle su atención? No dije nada.

Era ya de noche. Los coches de punto y los carruajes iban y venían. Las farolas de la calle parpadeaban en la distancia delante de nosotros como múltiples estrellas. Cuando bajábamos por el amplio Strand, abriéndonos paso por entre la multitud que parecía haber aumentado pese a la hora, un viento frío nos azotó la espalda, dándome motivos para desear haber cogido mi gruesa casaca al abandonar Bow Street por la tarde. Tal vez los suaves días de primavera que me habían sostenido durante mi viaje a Londres habían finalizado por el momento. Era extraño pensar que todo lo ocurrido estaba tan cercano aún en el tiempo. Mi vida había cambiado considerablemente desde entonces y podía volver a cambiar pronto de manera mucho más drástica.

Cuando llegamos al Cheshire Cheese, lo encontramos abarrotado de bebedores y comensales. Deambulábamos por la posada llena de humo de tabaco buscando una mesa vacía, cuando noté un súbito tirón en la manga. Miré y descubrí con consternación que me había aferrado nada menos que el ampuloso señor James Boswell. Me había reconocido de la otra vez e insistía en que nos sentáramos a su mesa, en la que estaba solo. Había una segunda intención en su amabilidad, como ocurre siempre con hombres como él, pues pronto descubrimos que estaba impaciente por saber qué misión había tenido que cumplir *sir* John la noche anterior.

—Recuerdo —me dijo— que *sir* John esperaba ver al doctor Johnson. Es una pena, porque el eminente lexicógrafo llegó inmediatamente después de que os marcharais. ¿Y las prisas se debían…?

El señor Boswell estaba ya cenando. Hizo una pausa, con un buen bocado de carne de buey en el tenedor, y posó su mirada inquisitiva en el señor Donnelly.

—Era un asunto muy grave —replicó este.

—Oh, no me cabe duda. ¿Señor…?

Ay, mis modales eran los de un niño. No había caído en la cuenta de presentar a los dos hombres al sentarnos, pero ellos lo arreglaron sin mí. El señor Boswell se presentó a sí mismo con especial orgullo, llegando incluso a decir:

—Seguramente habrá oído hablar de mí recientemente, señor Donnelly.

Mi compañero se removió incómodo en su asiento y me lanzó una mirada pidiéndome una ayuda que yo no podía proporcionarle.

—No, señor, pero en realidad acabo de instalarme en la ciudad.

—¡Y yo acabo de publicar mi primer libro! Sin duda habrá oído hablar de él: *Un informe sobre Córcega*. Está siendo muy comentado.

—Bueno, sí, ahora que oigo el título —dijo el señor Donnelly—, desde luego recuerdo su nombre, señor… Boswell. Es un honor, señor.

—Es una nadería —dijo Boswell con falsa modestia—, pero haría bien en echarle un vistazo, si me permite decirlo. Se nota que es usted un hombre de negocios. El mío es el primer informe sobre la lucha corsa por la independencia. Reuní los datos de primera mano durante una extensa visita a esa conflictiva isla, donde trabé gran amistad con el dirigente de esa lucha, el general Pasquale Paoli.

—Vaya —dijo el señor Donnelly—. Entonces es usted un auténtico literato.

—Aficionado solo —dijo el señor Boswell, metiéndose por fin el bocado de buey en la boca, después de haberlo agitado en el aire durante más de un minuto.

En ese instante apareció un mozo y Donnelly pidió un trozo de buey como el de Boswell, e insistió, pese a mis protestas, en que yo también tomara uno. Suspiré para mis adentros, pues no estaba seguro de poder hacerle justicia después de la chuleta de cordero.

Cuando el mozo se fue, el escocés volvió al tema que le interesaba.

—Como le decía, señor Donnelly, no soy más que un escritor aficionado. Soy un hombre de leyes, miembro de la abogacía en Edimburgo. Por eso tengo un profundo

y saludable interés en ese grave asunto de anoche. Así lo llamó usted. —Me miró inquisitivamente y, al no obtener respuesta, se centró en Donnelly.

Cansado quizá por la insistencia del señor Boswell, o quizá (es posible) deseoso de atribuirse cierta importancia, el señor Donnelly emitió un suspiro digno de un actor, se inclinó sobre la mesa (pues había un gran estrépito en el local) y susurró del modo más audible:

—Bien puede usted enterarse de alguna cosa por adelantado, señor, puesto que mañana se publicará un anuncio en el *Public Advertiser*.

Boswell adoptó el mismo aire conspirador, sumergiendo prácticamente el rostro en el plato hasta que a sus narices apenas les separaba un palmo.

—Dígamelo, señor —pidió—, por favor.

—Lord Goodhope murió anoche.

—Pero esa es una noticia extraordinaria. Era un hombre en la flor de la edad, no me llevaba ni diez años, diría yo. ¿Cuál fue la causa?

Los ojos de Donnelly, que en ese momento se movieron hacia mí, debieron de captar mi expresión de alarma. ¡No pensaría contarle a aquel chismoso todo lo que sabía! Su respuesta fue una amarga decepción para Boswell.

—Accidental —dijo, inclinándose aún más.

—¿Accidental? Pero eso no es una causa de muerte, señor. Es un… un eufemismo. ¿De qué?

Donnelly se echó hacia atrás y me lanzó una mirada tranquilizadora.

—Bien, me limito a citar el anuncio, nada más —contestó a Boswell—. No estoy en situación de ser más explícito.

Boswell asintió en un intento por disimular su decepción ante la discreción del señor Donnelly, y volvió a su cena justo cuando nos traían la nuestra. Yo ataqué valientemente y, si puede decirse así, con esperanza el considerable trozo de buey asado que me habían servido.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Boswell—. *Sir* John Fielding no lo querría de otra manera. Doy por sentado que el asunto es realmente grave, tal como usted dice, y que se está investigando.

—Es usted libre de sacar esa conclusión. Lo mismo pensarán muchos cuando lean el anuncio mañana.

Boswell cogió entonces la botella que tenía ante sí y *sir*vió vino en los vasos vacíos. Inició luego un discurso que, de haber procedido de cualquier otro, habría ganado mi respeto. Después de todo, no era un estúpido sino simplemente una persona vana, como más tarde llegué a opinar, algunas veces hasta el extremo de parecer tonto.

—Reflexionemos sobre el asunto —propuso—. Si suponemos que «accidental» significa, como es lógico, un accidente, es decir, un suceso imprevisto y desastroso, ¿por qué no decirlo claramente? A menos, claro está, que los hechos «accidentales», o sea, fueran de una naturaleza tan embarazosa que no pudieran ser revelados. Esas

cosas ocurren. Sin embargo, no son de las que obligan a un magistrado de Bow Street a abandonar una taberna antes de haber comido, y antes de la llegada del doctor Johnson, con quien esperaba encontrarse, razón por la cual parecía haber acudido a este establecimiento. Ni con esas prisas, debo añadir. El accidente se hubiera tratado de un modo menos apremiante. No, creo que podemos dejar de lado el significado más común de «accidental» en este caso. Sin duda no fue un accidente.

»¿Qué otras posibilidades hay? ¿Suicidio? ¿Tenía motivos lord Goodhope para llegar a tales extremos? Era conocido en la corte, hasta hace poco se decía de él que era el favorito del rey por su defensa de las políticas menos defendibles de su majestad. Según tengo entendido era un orador notable; en parte actor y en parte polemista. Yo no lo había visto ni oído más que un par de veces y a cierta distancia, pero he dicho que hasta hace poco era el favorito del rey, ¿no? Incluso a mi distante buhardilla norteña llegó la noticia de que había perdido ese favor. Mi informante aseguró ignorar el motivo. Solo sabía con seguridad que a lord Goodhope se le habían cerrado las puertas reales. ¿Sería eso suficiente para mover a un hombre a quitarse la vida? No lo creo.

»¿Problemas financieros? Más probable. Era jugador, un cliente asiduo e imprudente del Bilbo, como puede que usted sepa. Sin embargo, obtenía buenas rentas de sus propiedades en Lancashire, y si no inagotables, sin duda sería difícil que sus recursos se agotaran. No era un hombre pobre, ni era probable que acabara siéndolo.

»Existe otra cuestión que nos disuade de considerar la idea del suicidio. Tal vez usted la tenga en mente, señor Donnelly.

—Tal vez.

No me gustaba que Boswell engatusara a mi compañero con sus conjeturas. No me gustaba, porque estaba seguro de que tampoco le gustaría a *sir* John.

—Usted es irlandés, ¿no es así?

—Estoy orgulloso de ello, señor.

—¿Y católico romano también? Según tengo entendido, Donnelly es un apellido católico.

—Ese es mi credo, sí.

—También era el de lord Goodhope, según he oído.

Fuera cual fuera el efecto que pretendía conseguir Boswell con esta noticia, no lo consiguió, pues el cirujano se limitó a mirarlo a la cara, a asentir bruscamente y a seguir comiendo. El efecto que produjo esta actitud fue perturbar un tanto a Boswell. Mientras que hasta ese momento había hablado con comedimiento, utilizando un tono algo insinuante, sus siguientes palabras brotaron como un estallido.

—Bien… bien… ¡Ha comprendido lo que quiero decir, por supuesto! —No obtuvo respuesta de Donnelly, de modo que continuó con vehemencia—. La familia de lord Goodhope tiene una larga tradición en Lancashire que, como usted ha de saber, es un semillero de papistas. Medraron con los Estuardo. Obtuvieron su título de

Carlos II y se elevaron bajo el reinado del anterior Jorge.

—Está usted muy bien informado, señor.

—¡Entonces asesinato! ¡Tiene que ser un asesinato! ¡Ni hablar de suicidio! En leyes, una muerte accidental puede usarse para un homicidio involuntario. ¿Por qué no voluntario? ¡Muerte accidental por asesinato!

Boswell hablaba prácticamente a gritos. En unas cuantas mesas alrededor habían cesado las conversaciones. Los parroquianos se inclinaban para oír lo que se diría luego.

El señor Donnelly siguió masticando con solemnidad y tragó antes de hablar.

—Cuando le he comunicado el contenido del anuncio de mañana, lo que ahora sé que ha sido una equivocación, sin querer he dado pie a que se especulara sobre asuntos muy serios. Lo que no he hecho ha sido darle permiso para darles publicidad, señor.

Boswell miró en derredor y vio los rostros expectantes.

—Perdóneme, por favor —susurró—. Me temo que me he dejado llevar. Pero pensaba que, como abogado, usted comprendería que yo…

—Yo no soy abogado, señor Boswell.

—Pero suponía que estaba usted relacionado de alguna forma con el juzgado de Bow Street… el chico… *sir* John… anoche… —Dejó las frases penosamente inacabadas, buscando palabras que le sacaran del apuro. Por fin calló e intentó una sonrisa forzada—. ¿Cuál es su profesión, si me permite preguntarlo?

—Soy cirujano, hasta hace poco al servicio de la marina de su majestad.

La mirada de Boswell destelló. Sin pedir permiso, cogió la botella de la mesa y la vació en el vaso del señor Donnelly. Luego agitó la botella vacía en dirección al mozo para pedir otra.

Si Boswell me había impresionado antes, a mi pesar, por su lógica de abogado, ahora se inclinó hacia el señor Donnelly mirando a un lado y otro antes de hablar como un conspirador. ¡Ojalá se hubiera mostrado tan circunspecto al hablar de la «muerte accidental» de lord Goodhope!

—Desde luego no me había dado cuenta de que es usted cirujano —dijo—. De haberlo sabido no le hubiera molestado con tales cuestiones. Le ruego acepte mis disculpas.

—Las acepto —dijo Donnelly, tomando un buen trago del vino de Boswell. Eructó con fuerza y apartó su plato vacío.

Yo aún seguía luchando con el mío.

—Pero sí hubiera tratado de otro asunto con usted. Es un problema médico que ha venido molestándome grandemente en los últimos años. Supongo que tiene usted un diploma, que no es un… barbero. ¿Me equivoco?

—Mi diploma es de la Universidad de Viena —replicó Donnelly, sacando un poco el pecho. Tal vez viera la posibilidad de que Boswell se convirtiera en paciente —. ¿Cuál es la naturaleza de su problema?

—Venérea.

De repente Donnelly pareció tan incómodo que repasé mi vocabulario inglés, latino y francés buscando un significado a esa nueva palabra. La única conclusión a que llegué fue que tenía algo que ver con la diosa Venus. ¿Estaba enfermo de amores el señor Boswell? No me parecía de ese tipo.

—Por favor —dijo Boswell—, permítame que me explique. Usted, como cirujano de la marina, habrá tratado enfermedades como la mía docenas, incluso cientos de veces.

—Bueno, yo… yo… —Ahora era Donnelly el que parecía no hallar las palabras.

—Permítame explicárselo. He tenido ocho ataques desde los diecinueve años de edad, o quizá no tantos. Es difícil saberlo. Oh, créame, conozco los síntomas de un ataque agudo: la gota militar, la llaga en el miembro, el dolor al orinar, la nauseabunda supuración. ¡Oh, créame, conozco la enfermedad!

—Está usted hablando… está hablando…

—De las purgaciones, ni más ni menos. Sí señor, las purgaciones. Bien, dos son las cosas que me preocupan. En primer lugar, la dificultad para determinar el número de ataques. Por ejemplo, ¿la supuración sin los demás síntomas constituye un ataque? Los médicos de Edimburgo sostienen opiniones diversas.

—¡Por favor, señor, el chico…! —Donnelly me señaló, aunque yo no tenía la menor idea de qué pintaba en todo aquello.

—Ya —dijo Boswell, encogiéndose de hombros y dando a entender que yo no tenía importancia—. En segundo lugar, y de nuevo me dirijo a usted como cirujano de la marina, quiero preguntarle cómo prevenir los ataques en el futuro. He probado con protectores, y puede que funcionen, pero eliminan el placer. ¿Qué me sugiere usted?

—¿Ha pensado…? —Donnelly se puso en pie bruscamente—. ¿Ha pensado en la abstinencia, señor?

—Ah, sí —dijo Boswell—, la abstinencia. A mí no parece irme demasiado bien.

—Jeremy, ¿has terminado tu cena?

—Oh, sí —dije, contento de librarme por fin de mi tarea.

—Entonces vamos.

—Oh, no se vaya —pidió Boswell—. El doctor Johnson ha prometido pasarse hoy. Está cenando con esa aburrida señora Thrale que no me ha invitado. Cuando llegue se lo presentaré.

—Pese a que me tienta la perspectiva, debo despedirme de usted. Le aseguro que este ha sido un encuentro de lo más interesante.

Boswell se levantó y ambos hombres se estrecharon la mano. Al hacerlo, Boswell aseguró que para él había sido un gran placer. El señor Donnelly me cogió de una manga y me arrastró fuera, deteniéndose solo el tiempo suficiente para pagar la cuenta.

Por fin nos encontramos de nuevo en la calle, y si bien el aire que respiramos

pudo no ser tan puro como el que el señor Donnelly había respirado a veces en los Alpes austriacos, era al menos inconmensurablemente más puro que el que habíamos inhalado durante una hora en el Cheshire Cheese.

Mi compañero aspiró grandes bocanadas. Yo le imité, sintiéndome más saludable.

Luego volvimos por donde habíamos llegado. Durante unos minutos caminamos en silencio. Luego el señor Donnelly se volvió hacia mí.

—Jeremy, ¿quién era ese horrible hombre? —me preguntó.

# VI

En el que aparece el señor Clairmont y se produce un descubrimiento

La mañana siguiente, muy ajetreada, empezó con la prometida visita del señor Donnelly a *lady* Fielding. Llamó a la puerta temprano. La señora Gredge condujo al cirujano a la cocina, donde yo me hallaba desayunando. Me levanté de la silla, pensando que era lo más educado, pero él me indicó que volviera a sentarme.

—¿Le apetece algo, señor? —preguntó la señora Gredge—. Todo lo que puedo ofrecerle ahora es pan con mantequilla. Pero si lo desea cortaré un par de lonjas de tocino y se las cocinaré.

—No, gracias —dijo él—. ¿Puede informar a *sir* John de mi llegada? ¿Se ha levantado ya?

—Desde luego. Lo cierto es que no creo que haya dormido nada. La señora ha pasado una noche terrible, terrible.

—Bueno, quizá yo pueda ayudarla.

—Sería una bendición.

La señora Gredge se marchó escaleras arriba. El cirujano llevaba el maletín negro consigo. Lo colocó sobre la mesa y lo abrió. Tras mirarme y asentir del modo más profesional, sacó un almirez y una botella con tapón de corcho.

—*Sir* John lo recibirá aquí arriba —llamó la señora Gredge sin bajar.

El señor Donnelly hizo ademán de marcharse, pero antes se volvió hacia mí.

—Jeremy, ¿serías un buen chico y pondrías al fuego el puchero con agua?

—¿Para hacer té, señor?

—Una especie de infusión, una pócima. No es necesario que llenes el puchero, con un poco de agua bastará.

El señor Donnelly subió mientras yo me aprestaba a seguir sus indicaciones. Minutos después oí a los dos hombres hablar en susurros en la escalera, no tan bajo, sin embargo, como para que yo no pudiera comprenderles perfectamente.

—¿Cuál es la naturaleza de la pócima? —preguntaba *sir* John con tono sombrío.

—Una infusión de opio. Tengo una considerable provisión de semillas de la India.

—Yo se lo pedí a uno de los médicos que le precedieron y lo desaconsejó. Me advirtió que existía peligro de crear una adicción que podría ser difícil de satisfacer.

—¿Adicción? Sí, pero poco importa eso ahora, ¿no cree?

—Desde luego —admitió tras una pausa—. No acortará su vida, ¿verdad?

—Créame, jamás podría en conciencia…

—Perdóneme por preguntarlo.

El puchero hervía cuando entraron en la cocina. Donnelly lo sacó del fuego y lo

dejó enfriar un poco mientras hacía sus preparativos.

—Jeremy —me dijo—, ¿quieres ir arriba a buscar a la mujer? ¿Cómo se llama?

*Sir* John, que se había sentado a la mesa frente a mí, alzó la cabeza.

—Señora Gredge —dijimos al unísono.

—Quiero que aprenda a hacerlo.

Corrí escaleras arriba, pero me abstuve de llamar a la puerta. Di unos leves golpecitos y llamé en voz baja a la señora Gredge.

Cuando salió, le dije que el cirujano reclamaba su presencia en la cocina.

—¿Es el chico? —dijo entonces una voz débil desde el interior de la habitación —. ¿Jeremy?

—Sí, señora —respondió la señora Gredge.

—Me gustaría conocerle.

Cuando la señora Gredge pasó junto a mí, abriendo la puerta de par en par, me susurró al oído:

—¡Ni se te ocurra ponerla nerviosa!

Entré tímidamente. Allí en la cama, casi oculta por las ropas, descansaba una figura diminuta ligeramente incorporada sobre dos almohadas. Era como si la cabeza, la única parte visible de su cuerpo, se hubiera encogido dentro del gorro de dormir.

—Acércate —dijo con una voz tan débil como la de un niño enfermo—. Quiero verte mejor.

Me coloqué junto a la cama. Su rostro, en otro tiempo tan atractivo, pues he visto un retrato anterior que *sir* John guardó para siempre, estaba tan marchito por la enfermedad que parecía una anciana. Me enteré más tarde de que aún no había cumplido los cuarenta. Tenía una mueca de sufrimiento en los labios.

Permanecí esperando y sintiéndome violento durante no sé cuánto tiempo y luego incliné la cabeza torpemente.

—Bien hecho —dijo ella—. ¿Eres un buen chico, Jeremy?

—Lo procuro, señora… *lady* Fielding.

—Jack cree que sí.

¿Quién era Jack? Luego lo comprendí. ¿Qué podía contestar? Dado que no tenía la menor idea, hice lo que es mejor en tales situaciones y guardé silencio.

—Él siempre suele acertar en cuanto al carácter de las personas, de modo que confiaré en su juicio sobre ti. Jeremy, si te elige como hijo, quiero que seas un buen hijo para él. Ayúdale tanto como te permita… —Se interrumpió de repente, impedida el habla por un nuevo espasmo de dolor. Sus labios desaparecieron completamente.

Me asustaba mirarla.

Cuando remitió el espasmo, continuó con los ojos brillantes.

—Necesita el hijo que nunca pude darle. No seas descarado, ayúdale y obedécele en todo.

Ambos oímos que el trío de la cocina subía por las escaleras.

—Así lo haré, *lady* Fielding —conseguí balbucear.

—Lo sé. Me alegro… de haber tenido ocasión de conocerte.

Entraron *sir* John, el señor Donnelly y la señora Gredge. Yo me aparté de la cama, dejándoles espacio para hacer lo que hubieran ido a hacer. El señor Donnelly llevaba en la mano una pequeña taza humeante con gran cuidado.

La señora Gredge me cogió por la muñeca.

—Ahora puedes irte, Jeremy —me dijo con el mismo brusco susurrar que antes.

Para ser sincero, lector, me alegré de salir de aquella habitación. Me sentía totalmente abrumado por el encuentro y la breve conversación con *lady* Fielding. El mero hecho de estar junto a su cama avivó en mí dolorosos recuerdos de las últimas horas de mi madre. No me dedicó siquiera unas últimas palabras; deliraba o estaba inconsciente todo el tiempo, ignorante incluso de la muerte de mi hermano. Mi padre la cuidó hasta el final. Por extraño que parezca, ni él ni yo contrajimos la enfermedad.

Pero el sentido de las palabras de *lady* Fielding me llenó de temor, de algo semejante incluso al terror. Lo cierto es que no había captado su auténtico significado. La idea de que uno pudiera cambiar un padre muerto por otro vivo me parecía monstruosa. A pesar del dolor, *lady* Fielding parecía en plena posesión de sus facultades; sin embargo, lo que había dicho parecía tal vez producto del delirio. En resumen, estaba confuso y apesadumbrado.

Eso explica mi estado cuando *sir* John entró en la cocina. Yo estaba llorando sobre la mesa, pero al verlo enjugué mis lágrimas y procuré ocultárselo. Hubiera tenido éxito quizá, de no ser porque me delató la nariz. Sorbí los mocos dos veces.

Él se acercó a mí y me dio un apretón en el hombro.

—Sí, Jeremy Proctor —dijo—, es muy triste, ¿verdad? Más triste de lo imaginable.

Cuando volvimos a la biblioteca de la residencia de los Goodhope, los carpinteros se disponían a reparar la puerta rota. Eran una ruidosa pareja que silbando y bromeando hacían manifiesta su indiferencia hacia nosotros y nuestras preocupaciones.

Nos había llevado casi dos horas llegar hasta allí, porque, si bien el señor Donnelly se había marchado inmediatamente después de administrar su pócima a *lady* Fielding, tal era la fe que ponía en sus efectos, *sir* John se había sentado junto al lecho hasta que su esposa se sumió en un profundo sueño. Mientras tanto, la señora Gredge me encomendó diversas tareas domésticas hasta que reapareció el magistrado con el tricornio puesto y el bastón en la mano, listo para partir.

Mientras caminábamos hacia St. James Street, le hice un resumen de mis hallazgos de la noche anterior. Sufrí una decepción cuando concedió escasa importancia a mi creencia de que había encontrado la salida secreta de la casa junto al seto de alheña gracias a mi experiencia con un rebelde tiro de caballos.

—Creo que allí hay algo —le dije—, quizá una especie de plancha que cubre un túnel.

—Me parece más probable —replicó él— que tropezaras con el agujero del

carbón, o quizá con una entrada al pozo negro. Puedes echarle un vistazo cuando tengas un momento.

De mi informe sobre las «improvisaciones» de lord Goodhope, solo tuvo que decir:

—Aunque me aflige lo que me cuentas, no me sorprende. Confirma las sospechas de *lady* Fielding, que me refirió en tu ausencia. Quiero hablar con las dos jovencitas cuando lleguemos a nuestro destino.

Finalmente, cuando pretendí reproducir el inteligente discurso de Boswell sobre los significados probables de «muerte accidental» y me enredé un tanto, me hizo callar con un ademán.

—Basta —dijo—. Aunque ese hombre es un pedante, no es tonto. Y de igual forma que ha deducido el asesinato, lo mismo hará el público, mediante razonamientos más vulgares. Buscan el sensacionalismo, y el asesinato es su mayor fuente. Yo hubiera preferido que *lady* Goodhope no pusiera ese anuncio, pero supongo que debía hacerse. En realidad Boswell estaba en lo cierto con respecto a Goodhope. Tuve ocasión de oír a su señoría hablando en contra de una ley que yo había contribuido a redactar, y fue de lo más elocuente; pernicioso en sus razonamientos, pero elocuente. Lo que le faltaba en argumentación lo suplía con histrionismo. Reconozco, sin embargo, que tenía una voz difícil de olvidar.

Así llegamos a St. James Street, sudorosos por el enérgico paseo en aquella fría mañana de primavera.

Una vez fijado su rumbo, *sir* John viajaba a pie con la misma soltura que el joven señor Donnelly. Su apremiante llamada en la puerta de la residencia Goodhope no fue respondida por otro que Ebenezer Tepper, que se apartó el mechón de la frente al estilo campesino y abrió la puerta de par en par.

Cuando *sir* John preguntó por *lady* Goodhope, el lacayo contestó del modo más respetuoso.

—Tiene un invitado, señor. —Luego señaló la salita cercana con un gesto ampuloso.

En aquel momento apareció ella por la puerta de la salita con el rostro alterado; su mano sostenía lo que parecía una carta con un sello roto. Tras ella vi con sorpresa a Gabriel Donnelly. Quise comunicárselo a *sir* John, pero no se presentó la oportunidad. Él, sin embargo, se dio cuenta de la presencia de su señoría inmediatamente y se volvió con una inclinación.

—Señoría —dijo.

—*Sir* John —contestó ella—, es usted especialmente bienvenido esta mañana, pues he recibido una comunicación de lo más inquietante.

—¿De qué naturaleza?

—De… bueno, de carácter financiero. ¿No lo cree usted así, señor Donnelly?

—¿Señor Donnelly? —dijo *sir* John, mostrando cierta extrañeza—. ¿Es usted el invitado?

—Le he llamado —explicó ella— en cuanto ha llegado a mis manos esta carta burda y osada. Necesitaba su consejo. El de usted, ni que decir tiene, también será bien recibido.

—Eso es gratificante —dijo él, y luego comentó con cierta malicia—: El señor Donnelly ha tenido una mañana muy ocupada.

—Cierto es —reconoció el cirujano—, y todas mis visitas las he hecho por amistad y con el debido respeto.

—Desde luego —dijo *sir* John, apaciguado y casi con tono de disculpa—, estoy seguro de que es así. Mi pobre esposa duerme ahora pese a su enfermedad y gracias a usted. Pero ahora comprendo su deseo de partir rápidamente hacia su siguiente cita.

—Basta —dijo *lady* Goodhope del modo más resolutivo—. ¿Quiere o no quiere escuchar lo que dice la carta?

—¡Por supuesto!

—Entonces entre y cierre la puerta. No quiero que nadie más que Potter se entere de esto. Explicaré cuál es su papel después.

*Lady* Goodhope nos precedió. Todos se sentaron, menos yo, que permanecí de pie junto a la silla de *sir* John, pensando en la actitud más adecuada para el ayudante de un magistrado.

Noté que el señor Donnelly la miraba con la mayor seriedad y simpatía. *Lady* Goodhope se acercó la carta a los ojos, delatando así su miopía, se aclaró la garganta y comenzó a leer.

—«Mi querida *lady* Goodhope», empieza. ¿Se imagina qué desfachatez? Sobre todo de alguien como él.

—¿Como quién, *lady* Goodhope? —preguntó *sir* John.

—¡Escuche y verá!

—Por favor, continúe.

Ella se aclaró la garganta una vez más.

—«Le ruego acepte mis condolencias en un momento como este, pues he leído esta mañana en el *Public Advertiser* que lord Goodhope ha muerto. Es para mí un gran pesar, pues lo conocía bien, dado que frecuentaba mi establecimiento, como otros caballeros, en busca de juegos de azar, que es lo que yo ofrezco. Y me aflige especialmente, porque debo informarle que lord Richard, ahora fallecido, había acumulado tal cantidad de deudas impagadas y pagarés que me vi forzado hace dos semanas a pedirle algún tipo de garantía. Así que llegamos a un acuerdo que redactó mi abogado. Por su naturaleza yo diría que se trata de una hipoteca, pero mi abogado dice que es un derecho de retención. La cantidad a la que asciende este derecho, concediendo el beneficio de la duda al abogado porque sé que debe de conocer el nombre adecuado para lo que él mismo escribió, es de veinte mil libras, y la propiedad en cuestión sobre la que recae el derecho es la casa a la que he enviado a

mi criado con esta carta. En pocas palabras, a menos que usted o alguien en su nombre pueda pagar esta deuda a final de mes, tendrá que irse y cederme la casa. Puedo probarle a usted o a cualquiera las deudas que tenía conmigo lord Goodhope mientras vivía, y verá que suman mucho más de veinte mil libras. Sin embargo, es una bonita casa y me gustaría vivir en ella, de modo que me conformaré con eso. Envíe a quien mejor le parezca a estudiar el documento de derecho de retención y los pagarés de su marido». —*Lady* Goodhope alzó la cabeza. Sus ojos lanzaban chispas. Pateó el suelo con el pie—. ¡Fíjese! —dijo—. ¿No le parece que ha puesto a prueba mi paciencia?

—¿Cómo está firmada? —inquirió *sir* John.

—¡Con un enorme descaro, por supuesto! —Se acercó la carta de nuevo y leyó las dos últimas líneas—: «Su humilde y obediente servidor, John Francis Bilbo». —Aspiró con un gesto aristocrático—. ¡Servidor, desde luego!

—Hummm —murmuró *sir* John—. Black Jack Bilbo. —Meditó unos instantes—. ¿Y qué pinta Potter en este asunto?

—Eso fue sugerencia mía —dijo Donnelly.

—¿A saber?

—Que enviáramos a alguien a examinar el documento en cuestión, para saber al menos si la firma es realmente de lord Goodhope.

—¿Hay alguna razón para dudar de ello?

—Bueno, yo… yo… —*Lady* Goodhope parecía no hallar las palabras adecuadas—. Desde luego mi marido jugaba. Sin embargo, ¿hasta ese punto? ¡Imposible!

—Algunos —comentó *sir* John— han perdido mucho más. Como recordará, *lady* Goodhope, mi primer consejo fue que hiciera revisar las finanzas de su marido. ¿Lo ha hecho?

—No —admitió ella, evidenciando aún su mal genio.

—Pero tenemos intención de hacerlo, desde luego —terció Donnelly.

—En cualquier caso —repuso ella—, eso me lo dijo cuando suponía que se había suicidado. Yo le demostré que estaba en un error.

—Ah —dijo *sir* John, inclinando la cabeza—, desde luego que lo hizo, desde luego.

—Pero ¿es posible —preguntó Donnelly— que *lady* Goodhope sea responsable de deudas como esta?

—Ella no —respondió *sir* John—, sino más bien los bienes de lord Goodhope. Si desea mantenerlos más o menos intactos para su propia comodidad y el futuro de su hijo, tendrá que encargarse de pagar las deudas de su difunto marido, incluso aquellas sobre las que tenga objeciones morales, como esta.

—No es posible, *sir* John, que…

—Es la ley, *lady* Goodhope —la interrumpió él con tono severo—. No podemos elegir qué deudas queremos pagar y cuáles no. Debemos pagarlas todas. Una vez más, mi consejo es que haga revisar las finanzas de su marido. Encuentre a su

procurador. Bien puede ser que ese derecho de retención que ostenta el señor Bilbo pueda pagarse de otros fondos. Al fin y al cabo tiene usted hasta final de mes, más de una semana. Emplee ese tiempo.

—Para serle sincera —dijo ella, mirándole también con expresión severa—, había considerado la posibilidad de vender esta casa. Como creo que ya le he comentado, este no ha sido nunca mi hogar, que ha estado siempre en Lancashire. Este era el lugar que tenía mi marido para llevar su vida en la ciudad y, si mi perdona la expresión, sus juergas. A mí me pedía que pasara unas semanas al año en ella, en primavera y otoño, y el resto del tiempo era solo suya. Así pues, comprenderá que no sienta apego alguno por la casa. La vendería con gusto, pero no se la entregaré a ningún jugador al que mi marido pueda deber unas pocas libras.

—¿Cree usted que son pocas veinte mil libras? —preguntó *sir* John con gran severidad.

—Esa deuda aún ha de ser verificada —dijo ella.

*Sir* John se levantó e inclinó la cabeza en un saludo de pura fórmula.

—Bien, *lady* Goodhope, le deseo buena suerte. Sinceramente espero que esa verificación la favorezca, pero ahora debo proseguir con los aspectos criminales de este asunto. Tiene usted entre sus criados a dos pinches de cocina de nombres Annie y Meg, apellidos desconocidos.

—¿Sí? —*Lady* Goodhope no parecía conocerlas en absoluto—. No lo sabía.

—Deseo hablar con ellas en ese orden: primero Annie y luego Meg.

—Dígaselo a Potter —dijo ella, agitando una mano sin levantarse—. O mejor a Ebenezer, ya que él no está.

—Ah, sí, Ebenezer Tepper. Deseaba preguntarle por él. Es un extraño aquí, ¿verdad?

—Lo es, ciertamente.

—¿Cómo vino a parar aquí y cuándo?

—¿Cuándo? Oh, muy recientemente, hace apenas unos días.

—¿Y a qué se debió?

—Poco después de que llegara yo, hace diez días, desapareció uno de los lacayos.

—¿Desapareció?

—Sí, sencillamente se desvaneció. Para ocupar su lugar, sugerí que hiciéramos venir a Ebenezer desde Lancashire. No es ningún secreto que le tengo cierto aprecio. Es un buen muchacho y hace un año salvó a mi hijo de un accidente. Mi difunto marido no puso objeción alguna, de hecho se mostró indiferente, de modo que así se hizo.

*Sir* John guardó silencio.

—¿Y por qué no fui informado de la desaparición del lacayo? —dijo al cabo—. ¿Cómo se llamaba?

—No tengo la menor idea. Los criados —añadió ella encogiéndose de hombros— vienen y van. ¿Cree usted que puede estar relacionado con la muerte de lord

Goodhope?

—Es posible.

—Entonces es mejor que haya surgido ahora, aunque no veo qué importancia puede tener.

—Ese es mi trabajo, *lady* Goodhope: descubrir la importancia de las cosas.

—Como usted diga, *sir* John.

—Me despido, pues, y gracias.

Nos dirigimos hacia la puerta acompañados por el señor Donnelly, que se había levantado al tiempo que *sir* John y que aguardó pacientemente a que se despidiera. Nos detuvimos en la puerta; con una mano en el pomo, Donnelly habló con gran seriedad a *sir* John en voz baja.

—Le agradezco, señor, que haya intentado hacerla entrar en razón. *Lady* Goodhope no tenía la menor idea acerca del estado financiero de su marido. Según ella misma me ha contado, le ofreció usted los nombres de personas de confianza para revisar las cuentas del difunto lord. Si pudiera dármelos ahora, tal vez yo…

—Solo un nombre puedo darle aquí y ahora, el de Moses Martinez. Es judío y un hombre honesto. Tiene un negocio en Fleet Street, un poco más allá del Cheshire Cheese. No recuerdo el número, pero es muy conocido en los alrededores.

—Lo encontraré.

—Solo una pregunta más, señor Donnelly. ¿Dónde está el cadáver en cuestión?

—¿El de lord Goodhope? Pues en el embalsamador. *Lady* Goodhope ha decidido enterrarlo en un cementerio cerca de Grandhill, es decir, cerca de su propiedad en Lancashire. Parecía apropiado embalsamarlo para el viaje.

—Comprendo. Bueno, si pretende irse pronto para el funeral, puede que tenga que impedírselo.

—Eso me temía, *sir* John. Puede que también el señor Martinez requiera su presencia.

—Desde luego.

Entonces, justo cuando Donnelly iba a abrirnos la puerta, alguien la golpeó desde el vestíbulo. El cirujano la abrió y descubrió a Potter, erguido y rígido, pero un poco jadeante, como si acabara de correr una gran distancia.

—Tengo un informe para *lady* Goodhope —anunció dándose importancia.

Al parecer era yo quien estorbaba el paso. Me miró ceñudo para que me apartara y avanzó a grandes zancadas hasta el centro de la sala.

—Puede darme su informe, Potter —dijo ella—. No hay nada que ocultar a estos caballeros.

—Como desee, señoría, pero temo ser portador de malas noticias. He visto el documento en cuestión y debo avalar su firma. Es sin duda la de lord Goodhope. El señor Bilbo ha cooperado sin reservas. También me ha mostrado los pagarés individuales con la firma de lord Goodhope, a menudo ilegible y meramente garabateada, pero ciertamente parecen llevar su firma.

—Veremos —dijo ella, convirtiendo su rostro en una máscara inexpresiva.

—Desde luego, señoría. Pero hay una cosa más.

—¿Cuál?

—Hallándome en el establecimiento del señor Bilbo, coincidí por casualidad con el señor Charles Clairmont, al que usted conoce. Se encuentra desolado por la noticia de la muerte de su hermano, de la que acaba de enterarse, y solicita permiso para visitarla.

—Pues no lo tendrá —replicó ella con resolución—. El señor Clairmont no lo tendrá jamás.

Tras oír lo que acabo de citar, *sir* John dio media vuelta y salió al vestíbulo. Yo le seguí a toda prisa. Cuando lo alcancé, padecía un súbito ataque de malhumor. De repente se detuvo, gruñendo para sus adentros con un tono que hasta entonces no le había oído, y naturalmente sentí curiosidad por aquel súbito cambio. Yo vacilé entre el temor de molestarle en aquel estado y mi deseo de ayudarle.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor? —pregunté.

Él se volvió hacia mí, bufando de cólera, aunque noté con alivio que no iba dirigida a mi persona.

—Jeremy —dijo—, ¿recuerdas aquellos desmesurados comentarios míos de hace dos noches sobre los defectos de las mujeres?

—Sí, señor, los recuerdo.

—Puede que últimamente haya dado la impresión de que me arrepentía de haberlos pronunciado. ¡Pues no es así! ¡Siguen siendo válidos! —Dio un fuerte golpe de bastón sobre la alfombra—. ¿Qué nos encontramos ahora como apéndice a la reticente declaración de *lady* Goodhope? ¡Un criado desaparecido y un hermano que se materializa de pronto! ¡No una sino dos sorpresas! Te lo aseguro, muchacho, estoy harto de sorpresas. ¿Ves a ese asno pomposo de mayordomo por aquí?

—¿Se refiere a Potter, señor?

—Por supuesto. Tráelo aquí.

De hecho sí veía a Potter, pues en aquel momento despedía al señor Donnelly en la puerta. Fui hacia él y, justo cuando cerraba la puerta, le dije que *sir* John deseaba hablar con él de inmediato. Potter recibió mis palabras con una expresión de fastidio, pero me acompañó hasta el centro del vestíbulo, donde se había quedado *sir* John.

En general, creo, lector, convendrás por las muestras ofrecidas hasta ahora en que *sir* John Fielding tendía a interrogar de un modo bastante suave. No fue suave con Potter. Exigió saber la historia de Charles Clairmont. Potter se mostró reacio, alegando discreción sobre un asunto familiar, pero *sir* John no quiso ni oír hablar de eso; blandiendo su bastón, le amenazó con acusarle formalmente de obstaculizar una investigación criminal. El mayordomo gimoteó y resumió la historia del hombre en cuestión.

Charles Clairmont era hermano del difunto lord Goodhope, pero solo a medias. Era imposible que heredara el título pues su nacimiento ilegítimo lo separaba de la

sucesión. Clairmont, aproximadamente de la misma edad que el difunto lord, era el hijo de la amante londinense de su padre, reconocido, bien educado e instalado con una cómoda fortuna al llegar a la mayoría de edad. Siendo hombre ambicioso, tomó consigo esa fortuna para irse a las Antillas, donde se dedicó a comerciar con gran éxito. Desde entonces había regresado a Londres en numerosas ocasiones, exhibiendo en cada visita las pruebas de su fortuna creciente por la compra de costosos bienes que enviaba al Caribe.

—¿Y por qué tanta hostilidad entre *lady* Goodhope y el señor Clairmont? —preguntó *sir* John.

En el rostro de Potter se reflejó brevemente una expresión que indicaba que estaba a punto de decirle a *sir* John que se lo preguntara a su señoría, pero lo pensó mejor.

—Surgió, creo, del hecho de que él asistiera a su boda sin ser invitado. Y por no haber sido invitado, aprovechó la ocasión para exhibirse borracho de un modo poco apropiado, horrible, en realidad. No obstante, él y lord Goodhope continuaron manteniendo relaciones de una naturaleza más o menos cordial. El señor Clairmont le visitaba siempre durante sus estancias en Inglaterra, pero siempre en Londres y nunca cuando *lady* Goodhope se hallaba en la casa.

—¿Y usted le ha visto por casualidad en el establecimiento de Bilbo esta misma mañana?

—Sí, señor, en efecto.

—¿Y qué había ido a hacer allí?

—No sabría decírselo. A jugar no, las mesas aún no estaban abiertas. Tenía algún asunto que tratar con el propietario. Ha sido este quien le ha comunicado la muerte de lord Goodhope. Me ha dicho que acababa de llegar de las islas.

—¿Dónde?

—No lo ha mencionado, señor.

—Ya. —*Sir* John reflexionó un momento—. Si ha pedido permiso para visitar a *lady* Goodhope, debe de haberle dado a usted una dirección donde poder encontrarlo.

—Sí, señor, una casa de huéspedes de buena reputación en el Strand. La tengo por aquí.

El mayordomo empezó a hurgar en la casaca.

—Guárdela —le dijo *sir* John—. Envíe a uno de los lacayos o vaya usted mismo y transmítale el duro mensaje de *lady* Goodhope. Dígale también, que requiero su presencia en mi despacho del juzgado de Bow Street a las cinco en punto. Fíjese, Potter, la palabra es «requiero». ¿Lo ha comprendido?

—Comprendido, señor. —Potter se dispuso a marcharse, pero *sir* John aún no había acabado con él.

—Bien —dijo—, ahora llegamos al asunto del lacayo desaparecido. ¿Cuándo desapareció?

—Hace diez días, o más bien once, supongo.

—¿Qué son, hombre —repuso *sir* John ásperamente—, diez u once?

—Es un poco difícil decirlo, señor —contestó Potter, alterado y hablando atropelladamente—. El individuo se esfumó durante la noche con sus ropas y demás pertenencias. ¡Y tenía que cobrar el sueldo, además!

—¿Considera que es sumamente extraño, entonces?

—¡Oh, sí señor, desde luego! ¡Sí!

—¿Y cómo se llamaba? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cuánto tiempo llevaba al servicio de lord Goodhope?

Potter se puso nervioso. Miró a derecha e izquierda como si buscara las respuestas en alguna parte. No hallándolas, se encaró por fin con *sir* John.

—Era miembro del personal desde hace un año más o menos, no más. Un hombre alto, muy corpulento. Muy útil para mover pesos en la casa por su gran fortaleza.

—Bien, bien. ¿Y su nombre?

—Richard, señor, igual que el amo.

—¿Así lo llamaban en la casa?

—No, señor. Eso hubiera podido crear confusión. En la casa lo llamaban Dick.

—Supongo —dijo *sir* John— que tenía un apellido. Incluso el más insignificante de nosotros lo tiene.

—Estoy seguro, señor, pero lo he olvidado.

Entonces, para mi sorpresa, *sir* John, que se había mostrado sumamente severo hasta ese punto, decidió suavizar su tono. Sin embargo, sus palabras estaban cargadas de una oscura amenaza.

—Bien, piénselo —dijo a Potter—. Tiene que figurar en los libros de cuentas de la casa del año pasado. Búsquelo mientras sigue a la caza de ese plano de la casa que le pedí. Pero piense primero en el apellido de ese lacayo, y mientras lo hace, recuerde también la acusación de obstaculizar una investigación criminal con que le he amenazado. No era un farol, ni debe tomar a la ligera esa acusación. La sentencia podría ser de meses o incluso años de cárcel, dependiendo de las circunstancias. Pero, aunque seria, no es ni la mitad de grave que la complicidad en un delito capital que, como probablemente sepa, se castiga con la horca. Bien, teniendo en cuenta todo esto, ¿quiere hacer un último esfuerzo de memoria?

El rostro de Potter estaba perlado de sudor. Las perspectivas pintadas por *sir* John no podían haberle inspirado tanto miedo de ser tan inocente e ignorante como pretendía. Quizá temía menos a quien le interrogaba que a otra persona que no estaba presente.

Potter hizo denodados esfuerzos por hablar y finalmente, tras respirar hondo, consiguió expresarse.

—Acabo de recordarlo, señor, el apellido del lacayo, quiero decir. Era… Dillon.

—¿Dick Dillon?

Completamente hundido, Potter consiguió asentir.

—Sí, señor —añadió en voz baja.

—Bien, entonces quizá tenga buenas noticias para usted, Potter. Ha mostrado usted síntomas de un terror mortal que, por así decirlo, hasta un ciego podría ver. Si Dick Dillon le ha asustado hasta tal punto, y es un hombre a temer sin duda, puede usted descansar tranquilo, porque se halla ahora encerrado en Newgate aguardando ser juzgado por un delito capital.

Lejos de tranquilizarse, Potter mostró la mayor confusión. Sin embargo, logró reaccionar.

—Me siento algo más aliviado. Dejó una nota amenazando a quien intentara buscarle.

—Ah, había descuidado mencionar eso.

—Así es.

—¿Tiene la nota aquí, en la casa?

—No, señor. Se la enseñé al amo y él la destruyó.

—Es una lástima. Bien, si es usted tan amable, envíe recado a la cocina de que deseo hablar con las pinches, Annie y Meg, en la biblioteca. Y no olvide notificar al señor Charles Clairmont que quiero verle a las cinco en mi despacho de Bow Street.

*Sir* John inclinó la cabeza con cortesía.

—Gracias, Potter —añadió—. Eso es todo.

Así llegamos por fin a la biblioteca, en la que silbaban y bromeaban los carpinteros y a veces trabajaban un poco, y donde interrogué al interrogador sobre su conocimiento del sujeto interrogado.

—*Sir* John —dije—, Potter tenía el miedo pintado en la cara. ¿Cómo lo ha sabido? Al hablar no se notaba.

—Muchacho, el miedo tiene olor. Puede que no lo creas, pero es cierto. Nuestro hombre, Potter, despedía un olor fétido durante los últimos minutos.

—¿Era a usted a quien temía? ¿A la ley?

—Me gustaría creerlo, pero seguramente solo sea en parte. Parecía debatirse entre dos frentes. Teme a algo, o mejor dicho, a alguien más, y no es a Dick Dillon.

—Yo también lo noté —convine con vehemencia.

—¿Ah, sí? ¿En serio? Buen muchacho. —Atravesó la biblioteca, tanteando con su bastón hasta hallar la mesa y luego la silla donde se había encontrado el cadáver.

Allí se sentó y se sumió en reflexiones.

—Tal vez debería haberle apretado un poco más los tornillos —dijo al cabo de un rato—. Es obvio que sabe más de lo que nos ha contado. Pero será interesante ver hacia dónde corre ahora que tiene el miedo en el cuerpo. Tal vez entonces nos enteremos de más cosas.

En aquel momento apareció Annie, provocando la agitación y los comentarios de los carpinteros. Era una joven metida en carnes, del tipo a la que los hombres lanzan piropos en la calle, o lo hacían en aquel tiempo. El más joven de los carpinteros,

seguramente un aprendiz, arrodillado junto a la puerta, le dedicó unos comentarios. Ella soltó una risita y le dio una bofetada juguetonamente en el hombro al pasar por encima de él con una cabriola. Cuando pasó cerca de mí, me pellizcó en el brazo de un modo que me causó dolor, y me susurró una enérgica acusación:

—¡Chismoso!

Luego se sentó en la silla opuesta a la de *sir* John con aires de señora, y se alisó el delantal.

—A su servicio, milord —le dijo.

Sin embargo, él no se dirigió a Annie sino a mí.

—Jeremy, ¿podrías apartarte un poco? ¿A aquel rincón alejado de la biblioteca, quizá? Recuerdo que tienes un especial interés en los libros. ¿Por qué no les echas un vistazo? Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para que la señorita Annie se encuentre cómoda hablando aquí, ¿no crees?

—Muy bien, *sir* John.

Y así, decepcionado, me alejé, mirando hacia atrás justo a tiempo de ver a Annie sacándome la lengua con descaro. Los carpinteros rieron y yo me escabullí hacia mi rincón. Tenía la impresión de que solo me faltaba el gorro de burro y un taburete. Cogí un libro al azar y empecé a ojearlo, mientras aguzaba el oído para enterarme de lo que se decían los dos de la mesa.

Ay, no tuve éxito, me temo. La conversación se desarrolló en voz baja, y desde la distancia a la que me habían exiliado, era indescifrable. De vez en cuando me llegaba una palabra, una frase o un nombre. En cierto momento, diríase que Annie tuvo muchos nombres que dar a *sir* John. Desde luego él estaba interesado en los que asistían a las «improvisaciones» de lord Goodhope. ¿Eran esos los nombres que ella mencionaba? Recuerdo que repitieron los de Lucy Kilbourne y Black Jack Bilbo.

Lo que me pareció entonces más extraño, y ahora no tanto, fue la manera frívola en que conversaban. Pese a que seguían hablando en tono quedo, por no decir que susurraban, su charla estaba salpicada de risas frecuentes; graves carcajadas de parte de *sir* John y risitas por parte de Annie. Se portaban como dos viejos compinches contándose chismes. ¡Qué contraste con los modales severos, incluso amenazadores, que había demostrado *sir* John con el mayordomo apenas unos minutos antes! ¿Lo habría ablandado el gracejo de Annie? ¿O era tal vez una estratagema que entonces no comprendía bien? Sin duda se trataba de esto último, pues jamás le he visto interrogar a dos testigos de la misma manera.

Por interminable que me pareciera el tiempo en mi rincón, el interrogatorio de Annie, si tal puede llamarse, no duró más de un cuarto de hora, y seguramente menos. Cuando terminó, *sir* John se puso en pie, inclinó la cabeza ante ella del modo más cortés y le dio las gracias. Ella, a su vez, le hizo una graciosa reverencia y se despidió.

Cuando nos encontramos, yo dirigiéndome hacia *sir* John y ella encaminándose a la puerta, me guiñó un ojo con picardía.

—No es un mal tipo, ¿verdad?

—¡Oh, Annie, querida! —llamó *sir* John.

—¿Sí, milord?

—¿Serías tan amable de enviarme a la señorita Meg?

—Lo haré, milord —dijo Annie—, aunque no conseguirá sacarle mucho.

—Debemos intentarlo —dijo él—, ya sabes.

—Ya verá —me susurró Annie. Y apretándome la mano, añadió—: Te perdono por ser chismoso.

Con un brusco movimiento, se alejó rápidamente y no volví a verla.

Me acerqué a *sir* John, que se había quedado junto a la mesa.

—Una muchacha muy vivaz —me dijo—, aunque temo por su futuro. Quizá pueda encontrarle empleo en otra casa. De lo contrario, doy por seguro que acabará haciendo la calle.

—Como diga, señor —comenté, que no acababa de comprender el significado de sus palabras.

—Jeremy, escucha. Pienso salir de esta habitación para hablar con la otra criada. Me gustaría que te quedaras e iniciaras un registro riguroso de la salida oculta de la biblioteca. Estoy convencido de que existe, con plano o sin él. Me dijiste que tu inspección desde el exterior te había conducido a dudar del diseño y la construcción de la chimenea. Te encomiendo, pues, que prestes especial atención al hogar. Está aquí, detrás de la mesa, ¿verdad? Busca salientes que se puedan apretar, pomos de los que se pueda tirar, cualquier cosa que pudiera poner en marcha una maquinaria de pesos y poleas para mover una sección de la pared. Así es como…

*Sir* John se volvió hacia la puerta. Allí estaba Meg, con aspecto más temeroso que en mi visita a la cocina. Tenía los ojos desorbitados y agitaba las manos sobre el delantal. Los carpinteros la miraron con indiferencia.

—¿Es ella? —me preguntó *sir* John.

—Sí, es Meg.

Ella se acercó, vacilante, y *sir* John se transformó.

De repente, se volvió físicamente inepto y torpe.

Tropezó con la esquina de la mesa, que antes había rodeado con suma facilidad, y soltó una exclamación de dolor.

—¡Oh, maldita sea!

Yo extendí una mano para ayudarle, pero él me lanzó un gruñido en susurros.

—Fuera, Jeremy. Déjame.

Avanzó cojeando hacia el centro de la habitación, agitando el bastón con la mano derecha mientras con la izquierda trazaba círculos en el aire. Jamás lo había visto en semejante estado. Parecía más viejo, más débil, más incapacitado. Lo seguí sin saber qué hacer.

—Señorita Meg, ¿es usted? ¿Está ahí?

—Asiente, *sir* John —dije.

—Gracias, Jeremy —repuso él con tono lastimero—. Querida mía, ¿acompañaría a un pobre ciego al jardín y se sentaría con él un rato? Jeremy me ha dicho que ha empezado a florecer y que está muy hermoso. Aunque no pueda verlas, quisiera olerías. ¿Quiere llevarme hasta allí?

Sin decir una sola palabra, pero menos temerosa, Meg avanzó con aire solícito y cogió a *sir* John del brazo.

—Oh, gracias —dijo él—, es usted muy amable. ¿Jeremy? Continúa.

Juntos salieron de la biblioteca sin que los carpinteros les prestaran atención.

Una vez a solas, me acerqué al hogar de la chimenea y la inspeccioné. Era grande, como correspondía a las dimensiones de la biblioteca, de un metro de ancho, más o menos. La repisa y los laterales eran de piedra maciza y oscura, ennegrecida por el uso. Se había instalado para quemar carbón en ella, al contrario que la chimenea del vestíbulo, que sin duda era de adorno, como un toque campestre en una casa de la ciudad. Aunque estoy seguro de que no se cocinaba en el hogar de la biblioteca, de un lado colgaba un aguilón, del que podía suspenderse una tetera.

Parecía sólido en todos los sentidos. La pared del fondo era de ladrillo grueso. La pantalla guardafuegos resultaba insólita por lo imponente. Contemplé el hogar y emití un suspiro, preguntándome por dónde empezar.

A decir verdad, poco importaba. Me entretuve más de un cuarto de hora en tirar y apretar. Moví el soporte para teteras de un lado a otro, e incluso probé a alzarlo y a bajarlo. Probé cada una de las barras de hierro de la parrilla[9], dándoles vueltas, tirando de ellas, golpeándolas. Tanteando los ladrillos del fondo y los laterales, solo conseguí tiznarme las manos. En resumidas cuentas, todo fue en vano.

Me incorporé, me aparté unos pasos del hogar y, habiendo alcanzado los límites de mi paciencia, la miré con odio. ¿Pensaba acaso que podría atemorizarla para que me revelara sus secretos?

—¡Maldita sea! —exclamé, imitando inexpertamente a *sir* John.

Empecé a pasearme de un lado a otro. Intentaba recordar la chimenea tal como la había visto desde el jardín. ¿Qué detalles habían suscitado mi interés? Su forma ancha y oblicua, ¿no?

Con intención quizá de refrescar mi memoria, me acerqué a la ventana que daba al jardín posterior de la casa. Mi atención se desvió inmediatamente hacia la pareja que ocupaba el banco de piedra junto al sendero. *Sir* John estaba sentado con la cabeza inclinada en silenciosa concentración. ¡Estaba escuchando! Pues Meg, sentada a su lado y con una expresión seria en su rostro, que tenía vuelto hacia mí, le hablaba al oído.

Me quedé contemplándolos con asombro durante un rato. Luego me aparté de la ventana por miedo a que ella me viera. Tan ensimismado estaba en el problema de la chimenea que no había pensado en ellos. En caso contrario, me habría parecido extraño que *sir* John pasara tanto tiempo con alguien que no hablaba, como Meg. Solo podía conjeturar cómo la había persuadido para que lo hiciera. Lo que le dijo

estaba fuera de mi alcance.

Inexplicablemente, aquello me molestó. No solo había fracasado en descubrir el secreto de la chimenea, sino que se me habían vedado los detalles divulgados, primero por Annie, y luego por Meg. Es posible, lector, que fuera una ávida curiosidad insatisfecha lo que me puso de malhumor, pues había tenido tiempo para especular sobre las cosas que había insinuado Annie tan abiertamente la noche anterior. Sea como sea, estaba molesto y deseaba demostrarlo. Fui hasta la puerta y pedí un martillo a los carpinteros, que me miraron con sorpresa. El más joven de los dos pareció a punto de negármelo, pero el maestro se encogió de hombros y me tendió uno. Al menos tuve la cortesía de agradecérselo.

Así armado, regresé al hogar y empecé a golpear el fondo y los laterales. Sin duda esperaba tocar algún lugar hueco donde antes mis manos solo habían hallado ladrillo sólido, pero al no obtener respuesta, golpeé con más fuerza, hasta que llegó *sir* John y me salvó de estropear los ladrillos.

—¿Qué estás haciendo, Jeremy? —preguntó a mi espalda.

Tan enfrascado estaba yo en la tarea que no había notado su entrada. Sobresaltado, dejé caer el martillo y me puse en pie de un brinco.

—Dando unos golpecitos… Buscaba un hueco detrás de los ladrillos.

—¿Golpecitos, dices? No, señor Jeremy, aporreando más bien, ¡aporreando con todas tus fuerzas del modo más impropio! Déjalo. No debemos molestar más en esta casa.

—Sí, *sir* John —conseguí musitar, humillado por su descontento, inclinándome para coger el martillo.

—Ven conmigo.

Tuve que trotar para alcanzarle cuando se dirigió a la puerta, donde se detuvo brevemente para tantear el espacio abierto con el bastón, lo que me dio ocasión de devolverle el martillo a su dueño. Atravesamos el vestíbulo. *Sir* John parecía impelido por una urgencia que yo no comprendía, pero cuando llegamos a la puerta de la calle, se detuvo, giró hacia la derecha y dio unos pasos. Alzó entonces el bastón para señalar.

—¿Es esta la puerta a la sala de estar de su señoría? —preguntó.

Allí estaba exactamente.

—En efecto, señor.

Dio tres golpes ligeros en la puerta con el bastón.

—Estos sí son golpecitos —me dijo—. ¿Distingues la diferencia?

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y apareció *lady* Goodhope, suspendida por la interrupción. Me fijé en que de su puño colgaban unas cuentas y un crucifijo.

—Entre, *sir* John —dijo. Aunque me miró con ceño, yo entré tras él.

—Mi*lady* —dijo el magistrado con tono apremiante—, debo iniciar la sesión de mi juzgado; sin embargo, le pido permiso para que permita quedarse a mi joven

ayudante. Tiene que seguir inspeccionando la biblioteca.

—¿No se ha inspeccionado ya tres veces?

—Puede que la cuarta resuelva el misterio.

—Como quiera, pues.

—Solo una cosa más —dijo *sir* John—. ¿Tiene usted un retrato de lord Goodhope por aquí?

—Uno muy bueno. Este retrato se lo pintaron hace un año. —Señaló el cuadro que colgaba sobre la chimenea. Apenas era posible reconocer en la forma y el perfil general del apuesto rostro del retrato el rostro ennegrecido y sangriento que yo había examinado con el señor Bailey dos noches antes—. ¿Cree usted que tiene una mirada acusadora? —añadió *lady* Goodhope—. No sé cómo, pero me persuade de que debo sentirme culpable. Pero yo no… Ah, pero usted no ve lo que quiero decir, por su incapacidad.

—Cierto —dijo él—, mi incapacidad. Míralo bien, Jeremy.

—En una cosa debo insistir —dijo ella—. Si este chico se queda, deberá irse a la cocina y lavarse bien. Tiene sucias las manos y la cara. No toleraré que vaya por ahí ensuciando las sedas y ropas de la casa. Solo con verlo ahí de pie ya me pongo nerviosa.

—Oh. ¿Es eso cierto, Jeremy?

Me miré las manos, cubiertas de hollín. En mi empeño, me había enjugado el sudor de la cara y sin duda me la había tiznado también.

—Eso parece, *sir* John. La chimenea…

—Bien, le aseguro, *lady* Goodhope, que le pondrá remedio inmediatamente. No es necesario que nos acompañe a la puerta. Salgamos, Jeremy.

Halló la puerta sin dificultad y una vez en el vestíbulo, me ordenó que la cerrara.

—Ten cuidado de no ensuciar nada, muchacho —susurró—. Ensuciar es un grave pecado. No tienes más que preguntárselo a la señora Gredge.

El lacayo (Henry, no Ebenezer) se acercó a la puerta. Ofreció el tricornio a *sir* John y abrió la puerta de la calle.

—¿Sabrás volver solo a Bow Street? —me preguntó *sir* John.

Le aseguré que conocía el camino.

—Si te pierdes, no tienes más que preguntar. Todo el mundo conoce el juzgado de Bow Street. Pero en todo caso vuelve antes de que anochezca.

Así lo prometí, nos despedimos y se fue. Me dirigí a la escalera posterior para ir a la cocina. Sabía muy bien que era mi deber lavarme, pero también esperaba encontrarme allí con la joven señorita Meg. Tal vez, pensaba, dado que *sir* John la había convencido de que hablara, hubiera decidido volver a hablar en general. Solo quería que nos conociéramos mejor. Me gustaban sus modales delicados y la compadecía por el misterioso trance que había tenido que padecer.

Pero, ay, cuando llegué al final de la escalera y entré en la cocina, no vi a Meg por ninguna parte. En realidad no había nadie más que Ebenezer, cómodamente sentado a

la mesa con una taza de té ante él. Nos saludamos cortésmente en nuestras respectivas lenguas y me encaminé al fregadero. Llené un recipiente con agua del depósito, encontré un trozo de jabón, me quité la casaca, me arremangué y me dispuse a lavarme.

Reflexioné mientras me lavaba, y mis reflexiones me dijeron que tal vez había errado en el modo de llevar a cabo mi búsqueda. *Sir* John me había dicho que buscara la salida oculta en la biblioteca. Así lo había hecho sin el menor fruto. Quizá si exploraba en otra dirección obtuviera mejores resultados. Para eso necesitaría ayuda. ¿Me serviría Ebenezer? Tal vez sí, pues aunque no le entendía, él sí me entendía a mí. ¿Conseguiría persuadirle? No, la persuasión no era la respuesta. Un tono audaz y autoritario me sería más útil. Al fin y al cabo, yo era el ayudante de *sir* John Fielding, magistrado del juzgado de Bow Street…

Cogí una toalla grasienta para secarme cara y manos. Luego me volví hacia Ebenezer.

—Necesito que me ayude ahora mismo —dije con mi voz más grave—. Vaya por una pala, vela y cerillas.

Ebenezer lo hizo.

No más de un par de centímetros de buena tierra londinense ocultaba la tapa del agujero. No fue difícil de encontrar. Había señalado bien su localización mentalmente con respecto a la puerta del seto. Pala en mano, empecé a golpear el suelo, moviéndome hacia la izquierda de la puerta. Cada golpe lo di a un palmo del anterior. Cuando, en el séptimo u octavo golpe, la pala dio contra una superficie dura y el mango se soltó de mi mano, volví a cogerlo sabiendo que había encontrado el sitio donde habían aterrizado mis pies tras mi atemorizado salto para esquivar a los monstruosos caballos.

A mi lado, Ebenezer abrió los ojos con expresión sorprendida por mi hallazgo. Me cogió la pala de la mano y empezó a quitar tierra. No le llevó mucho tiempo, porque la tierra estaba suelta, indicio de que la habían removido hacía poco. De no haber estado tan suelto, tal vez no hubiera detectado jamás el lugar.

Lo que Ebenezer puso al descubierto fue una losa de piedra de poco menos de un metro cuadrado con un agujero en el centro para levantarla. El lacayo metió tres dedos de la mano derecha y dio un fuerte tirón. Sin embargo, pese a su fuerza, no pudo sacarla completamente. Metí la pala en el resquicio y la sostuve, no sin dificultad, mientras él la sacaba con ambas manos. La apoyó contra el seto a una distancia segura del agujero.

Los dos nos asomamos para mirar. Había una escalera de mano en un estado aceptable que llevaba hasta abajo. Ebenezer sacó del bolsillo una gruesa vela. Luego me dijo algo que no comprendí, volvió a meterse la mano en el bolsillo para sacar cerillas y me pidió que encendiera la vela. Eso sí lo entendí. Lo hice y al poco había

iniciado su descenso por la escala vela en mano. Le seguí.

Descendimos unos tres metros por debajo del nivel del suelo. Allí, agachando la cabeza, doblándonos casi por la mitad, avanzamos en dirección a la casa. Ningún efluvio mefítico nos dio la bienvenida, por lo que al menos pude estar seguro de que no nos encaminábamos hacia el pozo negro. También me pareció improbable que hubiéramos entrado por el agujero del carbón, puesto que estaba demasiado lejos de la casa. El pasadizo era lo bastante ancho para un hombre, pero lo habían apuntalado con viejos maderos, haciéndolo más peligroso que el pozo de una mina y estrechándolo a intervalos regulares.

En cualquier caso, llegamos a su término, desembocando en otra escala de mano como la anterior. Ebenezer sostuvo en alto la vela y me miró esperando instrucciones.

—Suba hasta arriba —le ordené—, y dígame qué ve.

El lacayo subió con paso firme hasta un punto en que solo le veía los pies en la escala. Todo lo que pudo distinguir allí arriba fue un imponente sistema de mecanismos justo a la izquierda de Ebenezer, sujetos a un muro de ladrillos.

—¿Ve alguna palanca? ¿Algo para hacer que gire el mecanismo?

Él movió la vela, apretó una cosa, tiró de otra, pero sin ningún resultado.

—No —contestó por fin—. No veo nada por aquí.

—Muy bien —dije—, quédese donde está un poco más. Deme tiempo para regresar a la biblioteca y luego empiece a dar golpes a intervalos regulares en el muro que tiene delante. ¿Lo ha entendido?

—¡Sí!

Lo dejé allí y regresé por el pasadizo, negro como boca de lobo salvo por el mortecino haz de luz que señalaba la entrada del túnel. Cuando llegué a ese punto y vislumbré el cielo en lo alto, trepé por la escala con la agilidad de un mono y llegué al nivel del seto de alheña en un momento. Y poco después corría por el jardín y volvía a entrar en la casa.

Me detuve ante la puerta de la biblioteca. Estaba cerrada; cerrada por primera vez desde que Potter y Ebenezer la hubieran forzado. Deduje, acertadamente, que los carpinteros habían completado su trabajo en mi ausencia. ¿Habían cerrado después con llave?

Pues no. La puerta se abrió nada más accionar el picaporte. La abrí de par en par y corrí hacia el hogar de la chimenea. Los golpes de Ebenezer ya empezaban a sonar. Sin embargo, sorprendido y perplejo, descubrí que no se oían allí, en el hogar, sino a unos cuantos pasos a la izquierda, entre los libros y detrás de la estantería. Aplicando la oreja a los estantes, tardé unos instantes en descubrir su localización exacta.

Pensando en devolverle la señal, me apresuré a sacar los libros atropelladamente. Desde luego no mostré el menor cuidado. Algunos volaron hacia la izquierda, otros hacia la derecha, y otros cayeron abiertos en el suelo. No obstante, no dañé ninguno, y por lo tanto no creí merecer la furia que cayó sobre mí en aquel momento.

—¡Tú, desgraciado! —gritó Potter—. ¡Cómo te atreves a tratar así los libros del

amo!

Este fue el único aviso que recibí, pues cuando me volví para explicarme, vi que se abalanzaba sobre mí con ambas manos extendidas como dispuesto a estrangularme. Me agaché y me moví hacia un lado, pero no conseguí escapar de una de sus vengativas manos, que me atrapó por un hombro y me arrojó con fuerza contra los estantes en el lugar donde Ebenezer había estado dando golpes.

Temí recibir una paliza, y quizá la hubiera recibido de no ser porque, estando allí arrinconado, me sorprendió un lento movimiento regular en la espalda. Todo el estante de libros se movía conmigo encima.

Me aparté y miré el rostro de Potter. Vi sorpresa, consternación e ira escritas en él. No dijo nada; se quedó quieto con la vista fija mientras la estantería móvil dejaba al descubierto el rostro sonriente de Ebenezer Tepper. Ebenezer agitó triunfalmente la vela encendida y emitió un fuerte silbido.

# VII

## En el que Charles Clairmont se presenta ante *sir* John y asistimos al teatro

Se dice a menudo «Vísteme despacio que tengo prisa», y lo acertado del consejo se demostró aquella tarde cuando abandoné la residencia Goodhope resuelto a informar a *sir* John de mi hallazgo.

Tras mirar un rato con consternación sin decir nada, Potter salió de la biblioteca bufando de cólera. Aunque me sentí tentado de seguirle y marcharme a Bow Street, me quedé lo suficiente para descubrir con Ebenezer el dispositivo que ponía en marcha el mecanismo de la puerta secreta. Funcionaba desde ambos lados de la pared falsa, pero estaba ocultado con tanta maña que había escapado a la inspección de Ebenezer. Luego, indicándole que volviera por el túnel y colocara de nuevo la piedra sobre la entrada, apreté el dispositivo y la estantería y la falsa pared regresaron lentamente a su lugar correcto junto a la chimenea. Devolví los libros a los estantes, me temo que con el mismo descuido que para quitarlos. Una vez hecho todo esto, salí corriendo de la habitación, atravesé el amplio vestíbulo y salí por la puerta de la calle. No vi a Potter.

Lo cierto es que estaba seguro de conocer el camino de vuelta desde St. James Street cuando abandoné la casa precipitadamente. No obstante, abriéndome paso por las calles atestadas de gente, giré en una calle que no debía, y luego otra vez, hasta acabar en un callejón muy parecido al que había sido tan perniciosamente atraído por los señores Bledsoe y Slade-Sayer. Completamente perdido, volví a la calle principal e intenté orientarme. Me pareció más sensato preguntar a una mujer, convencido de que el sexo débil era menos peligroso.

Así fue como abordé a una mujer de edad indeterminada que estaba apoyada contra una pared, sonriendo a cuantos pasaban por delante. Parecía realmente amable.

—Perdone, señora —le dije—, ¿podría indicarme el camino a Bow Street?

La sonrisa se desvaneció rápidamente. Acercó la cara a la mía y, lanzándome una sofocante vaharada con olor a ginebra, quiso saber qué valía esa información para mí.

—Pues le estaría muy agradecido —dije.

—Hay agradecimientos y agradecimientos —repuso ella—. ¿Cuánto me pagarías, joven señor?

Miré alrededor, perplejo por el dilema. Por un lado, me parecía bien dejarla allí y preguntar a otra persona. Sin embargo, mi experiencia anterior con extraños en la ciudad me hacía temer el contacto con estos últimos. Ganó el miedo. Negociamos. Ella me pidió una guinea. Yo me reí y le ofrecí dos peniques. Y así, paso a paso, nos acercamos hasta que convinimos en un chelín. Saqué uno de los cuatro chelines que

me quedaban en el bolsillo y lo dejé caer en su palma abierta.

—Pon otro como ese, y podrás tenerme también a mí —dijo—. Mi casa está ahí mismo, en el callejón, guapo. —Volvía a sonreír.

—Por favor —dije—, tengo mucha prisa.

—Oh, vosotros los jóvenes siempre tenéis prisa, sobre todo debajo de las sábanas. Pero si es eso lo que quieres, escucha bien y llegarás a Bow Street, porque aunque sea una puta, no soy una ladrona.

No mentía, y me indicó una ruta diferente a la que yo había seguido, pero con tantos detalles que no tuve dificultad en seguirla hasta mi destino. Me di cuenta de que se había aprovechado de mí y me sentí como un patán por mi ignorancia de la vasta metrópoli. Decidí aprenderme todas las calles, y eso hice en los meses y años que siguieron, de modo que hoy en día puedo vanagloriarme de que pocos nativos conocen el lugar tan bien como yo.

Una vez tuve Covent Garden a la vista, no hubo problemas en llegar a Bow Street. Sin embargo, cuando entré en el número 4, comprendí mi apurada situación. Pues, aun cuando deseaba comunicar mi descubrimiento a *sir* John, no podía hacerlo inmediatamente, ya que se hallaba sentado en el estrado, llevando a cabo sus deberes oficiales como magistrado. No le sentaría nada bien que intentara interrumpirle, de eso no cabía duda, de modo que me senté junto a la puerta para salir rápidamente y cruzar la sala hacia su despacho a la menor oportunidad.

*Sir* John juzgaba dos asuntos de menor importancia: otro caso de deudas personales y una disputa entre mercaderes sobre una cuestión contractual. Aguardé con impaciencia a que terminaran y me alegré cuando por fin, tras una conversación en voz baja con el señor Marsden, *sir* John ordenó un breve receso. Cuando se levantó y se dirigió a la puerta del fondo, me puse en pie de un brinco, me abrí paso sin miramientos por entre dos prostitutas que habían acudido a ver el espectáculo, salí por la puerta y seguí el pasillo circular hasta el patio. Llegué justo a tiempo de ver a *sir* John entrar en el excusado.

Yo quería que prestara atención. No pensando más que en eso, me acerqué a la puerta del excusado y la aporreé, llamándole por el nombre.

—¿Quién es? —dijo desde el interior—. ¿Quién está ahí?

—Soy yo, Jeremy Proctor.

—Vete de aquí, muchacho. Tengo una necesidad fisiológica.

—Pero es que tengo algo importante que decirle.

—Bueno, pues dímela luego. Ahora estoy ocupado —contestó con brusquedad.

Al oírle me aparté, avergonzado de mi atrevimiento. Me situé a unos cuantos pasos y esperé con expresión compungida. Por fin salió, abrochándose los calzones.

Debió de notar mi presencia, pues se volvió en mi dirección.

—Buen Dios, muchacho, ¿es que un hombre no puede mear sin que le interrumpan?

—Le pido perdón humildemente, *sir* John, pero tenía una información que no

podía esperar.

—Jeremy, hay muy pocas cosas en este mundo que no puedan esperar, y acabo de atender a una de ellas. Bien, ¿qué es eso tan urgente?

—La he encontrado.

—¿El qué? —preguntó.

—Pues la salida secreta de la biblioteca, señor. Ebenezer y yo hemos descubierto una pared falsa detrás de las estanterías.

—Ah, bueno —dijo él—. Bien.

No parecía muy impresionado, así que insistí.

—Estaba al final de un pasadizo, y la entrada era exactamente el sitio que descubrí junto al seto de alheña. ¿Lo recuerda, *sir* John? Usted pensó que tal vez no sería más que el agujero del carbón, o…

—Sí, lo recuerdo. —Había iniciado la marcha hacia el edificio. Eché a andar en pos del magistrado—. Así que has demostrado que yo estaba en un error. Buen chico.

—Pero… —dije titubeando—, pero ¿acaso no es de gran importancia?

*Sir* John se detuvo y, llevándose una mano al mentón, pareció meditar antes de contestar.

—No —dijo por fin—, su importancia es relativa, Jeremy. La lógica dictaba que debía existir una salida clandestina. El crimen no hubiera podido cometerse sin ella. Además, la historia de la familia como papistas estuardianos sugería la existencia de una entrada de esa índole para que en el siglo pasado los sacerdotes pudieran acceder a la casa sin ser vistos. Por eso no dejaba de acosar a ese asno de mayordomo para que me diera el plano de la casa. Lo que ahora es la biblioteca puede que en otro tiempo hiciera de capilla. Tal vez siga haciéndolo, pues no ha escapado a mi atención el hecho de que *lady* Goodhope practica ahora su fe con gran diligencia, si bien en secreto; rosario, rezos, ayuno, etcétera. Mis investigaciones han revelado que su padre la sacó de un convento belga para casarla, contra su voluntad, aunque esa es otra historia. Teniendo en cuenta todo eso, Jeremy, la existencia del pasadizo y de la pared falsa no era una mera conjetura. Estábamos seguros, ¿no es cierto?

—Sí, señor —dije, no pudiendo por menos que mostrarme de acuerdo.

—Bueno, con tal certeza, todo lo que nos quedaba por hacer era descubrirlo. Me asigné esa tarea y tú la has llevado a cabo con admirable presteza. Te felicito, pero ¿comprendes que en este caso el descubrimiento era más una confirmación que motivo de asombro?

—Como usted diga, *sir* John.

—Bien. Entonces lo comprendes. Pero tengo una pregunta que hacerte. Te has referido a tu hallazgo como salida secreta. Supongo que también era una entrada secreta. Es decir, la puerta, o la falsa pared, ¿podía moverse desde ambos lados?

Hice una pausa para asegurarme mentalmente del dispositivo oculto en un hueco del lado de Ebenezer y luego afirmé con seguridad que el mecanismo para mover la pared podía accionarse desde el túnel y desde el interior de la biblioteca.

—Gracias. Ese podría ser un punto importante. Bien, por mucho que me hayan complacido tus noticias y que haya disfrutado con nuestra conversación, ahora he de volver al estrado.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta; era un camino hollado sin duda muchas veces. Sin embargo, al llegar a la puerta se detuvo y se volvió hacia mí.

—Jeremy, recordarás que he enviado recado a Charles Clairmont, ese hermanastro del difunto lord recién llegado a Londres, para que se presentara en mi despacho a las cinco.

—Desde luego, *sir* John, y creo que Potter le ha llevado el mensaje personalmente.

—No es de extrañar. Bien, me gustaría que estuvieras presente durante la entrevista. Tráete una escoba y algo para limpiar el despacho. Eso explicará tu presencia y hará que no se sienta incómodo. Por lo demás, no le vendría nada mal un barrido, puesto que no permito bajo ningún concepto que la señora Gredge entre allí. ¿Te ocuparás tú?

Me ocupé de ello, aunque no fue tarea fácil sacar una escoba y un plumero a la señora Gredge. Pareció ofenderse gravemente de que fuera yo el elegido, y no ella, para darle a la guarida de *sir* John su primer «toque» (como lo llamó ella) en «quién sabe cuánto tiempo». Preferí no decirle nada de la intención de *sir* John de tenerme allí por otros motivos. En parte fue porque no sabía cuáles eran, y también porque creo que empezaba a aprender la utilidad de la discreción, una de las lecciones más difíciles de aprender para los niños (y la mayoría de adultos).

Durante el tiempo que transcurrió entre mi conversación con *sir* John en el patio y la reunión de las cinco en la que tenía que estar presente, *lady* Fielding se despertó una sola vez. Pese a que no se oyeron más gritos que una llamada a la señora Gredge, supuse que la pobre mujer volvía a tener dolores, pues al salir de su dormitorio, la señora Gredge se apresuró a preparar otra dosis de la pócima que había prescrito el señor Donnelly. Se hallaba calentando las semillas de amapola para convertirlas en pulpa cuando me fijé en la hora y, creyéndolo conveniente, le pedí permiso para irme.

—Si tienes que hacerlo —dijo la señora Gredge—. Yo estoy ocupada, como puedes ver.

—*Sir* John me quería allí un poco antes de las cinco —dije—. Me lo recalcó.

—Tiene sus manías, aunque reconozco que no siempre las entiendo. Ve pues, ¡y procura hacer un buen trabajo!

Así lo prometí y bajé las escaleras, escoba y plumero en ristre. Finalmente, llegué solo un minuto o dos antes que Charles Clairmont. *Sir* John apenas tuvo la oportunidad de que decirme qué deseaba que observara con respecto a nuestro visitante, cuando este apareció.

Dio tres fuertes golpes en la puerta. *Sir* John le invitó a pasar y en el despacho entró un hombre algo deforme y de edad indeterminada. ¿Era jorobado, o solo cargado de hombros? No supe decirlo. Pensé que era mejor no examinarlo

directamente, sino seguir con el barrido que había iniciado al tiempo de su llamada a la puerta.

El visitante se presentó a *sir* John como Charles Clairmont. El magistrado le dio las gracias por atender su recado con tanta diligencia y le ofreció asiento.

—No se preocupe por el chico —dijo *sir* John—. Este lugar necesita un buen barrido.

—Es trabajador —comentó el señor Clairmont.

—Mejor para él que lo sea —dijo *sir* John—. Lo arrestaron por hurto. Le hemos dado la oportunidad de saldar su deuda trabajando para el tribunal.

Este comentario me dolió, porque había en él una chispa de verdad. Miré con dureza a *sir* John y vi una sonrisa maliciosa en su rostro.

—Ah —dijo el señor Clairmont—, trabajos forzados. Allí de donde vengo hacemos buen uso de ellos.

—¿Y de dónde viene, señor?

—De las colonias caribeñas. Mi negocio y mi plantación están en la isla de Jamaica, aunque tengo intereses en las Antillas que no están en poder de los españoles.

—Bien, veo que es usted un hombre de talento.

—Emprendedor, diría yo. Todo lo que tengo lo he logrado por mí mismo.

Había algo en la voz de Clairmont que chirriaba al oído. Tenía un tono nasal y registro de tenor. Sin embargo, había algo más, una aspereza desagradable, como si ladrara sus respuestas.

—¿Emprendedor, dice? —repitió *sir* John—. Bien, admirable, realmente admirable. Pero dígame, señor Clairmont, ¿cuándo ha llegado a Londres?

—Ayer por la tarde, con la marea.

—¿En barco?

—Por supuesto. En el *Island Princess*. Sería un viaje muy húmedo en carruaje.

—Por favor, no sea tan susceptible, señor Clairmont. Hasta esta mañana yo no conocía siquiera su existencia. Solo intento determinar ciertos hechos sobre usted y sobre su presencia en esta ciudad.

—Perdóneme —dijo él—. Aún estoy alterado por la noticia de la muerte de lord Goodhope. Pero sí, llegamos más o menos a las siete o siete y media. Yo desembarqué poco después. Puede confirmarlo con el patrón del barco, el capitán Cawdor.

—Lo haré —dijo *sir* John—. ¿Podría indicarme cuál es el propósito de su visita?

—Negocios.

—Detalles, señor. ¿Podría ser más concreto?

—Preferiría que no, pero puedo decirle que he recibido una atractiva oferta por algunas de mis propiedades, esto es, la he recibido por correo marítimo. Es imprescindible tratar tales asuntos personalmente, ¿comprende? Habrá cuestiones contractuales que negociar. Además, debo asegurarme de que la oferta es auténtica,

que el posible comprador dispone realmente de los fondos necesarios para la compra. Prefiero no dejar tales asuntos en manos de agentes o de procuradores.

—¿Y el nombre del posible comprador?

—Eso debo callarlo. Estaré encantando de comunicárselo cuando se consume la compra o rechace la oferta. En este momento, empero, la situación es demasiado delicada. Estoy seguro de que lo comprenderá.

—De acuerdo —dijo *sir* John tras una pequeña vacilación—. Ha mencionado la noticia de la muerte de lord Goodhope. ¿Cómo la recibió?

—A través de un amigo.

—¿Podría ser Potter, el mayordomo de lord Goodhope, ese amigo?

—¡Ja! —exclamó con tono despectivo—. Yo no tengo amigos entre los criados, *sir* John.

—¿Quién entonces?

—El señor John Bilbo. El *mal de mer* me tuvo confinado en mi camarote durante la mayor parte del viaje. Es una molestia que me impide venir a Inglaterra más a menudo. Al notar la tierra firme bajo mis pies me recuperé y sentí capaz de disfrutar de una noche en la ciudad. Tras instalarme en mi alojamiento, cené y me dirigí a la casa de juego de Bilbo. Debí llegar pasadas las diez, casi a las once, o quizá más tarde incluso; había bebido ya bastante, ¿comprende? Llevaba más de media hora jugando y ganaba; tenía una auténtica racha de suerte. Entonces se acercó el señor Bilbo y me susurró el pésame al oído. Mi suerte cambió inmediatamente. Recogí mis ganancias, o lo que quedaba de ellas, y fui a buscar al señor Bilbo. Él me contó todo lo que sabía sobre el asunto.

—¿Y era?

—En resumen, que Richard se había suicidado. Me sorprendió, por supuesto, pues parecía tener todo lo que un hombre puede querer o necesitar. Así se lo dije al señor Bilbo.

—¿Y qué le respondió él?

—Reconoció que también él había sufrido una conmoción con la noticia, pero no le sorprendía tanto. Mencionó dificultades financieras, una deuda de juego considerable de la que él mismo era acreedor, y rumores sobre problemas en la corte, aunque no me dio detalles. Me prometió contármelos cuando supiera más. Me dijo que haría averiguaciones.

—¿Y ha regresado usted allí esta mañana?

—Sí. Esperaba recibir más información, pero también quería compartir con él mi perplejidad por el anuncio de la muerte de lord Goodhope aparecido hoy en el periódico. Muerte «accidental» me ha parecido singularmente vago.

—En eso —dijo *sir* John— tiene razón. —Mientras así hablaban, el magistrado había permanecido sentado muy erguido, prestando toda su atención al visitante. Sin embargo, en ese momento se volvió hacia mí—. Chico, quiero oír esa escoba raspar el suelo. ¿Por qué se ha quedado silenciosa en tu rincón?

Inmediatamente me apliqué de nuevo a la tarea. Verdad era que había dejado de barrer, tan interesado estaba en el carácter del señor Clairmont y en la historia que contaba.

—Lo siento, milord —dije—. Lo dejaré más limpio de lo que ha estado nunca. Ya verá, milord.

—Asegúrate de que así sea —me dijo *sir* John con tono severísimo.

—¿Tal vez una buena vara aplicada al trasero? —sugirió Clairmont.

—No apruebo los azotes ni los latigazos para los que son tan jóvenes.

—Se obtienen resultados.

—Sin duda, aunque no siempre los que buscamos. Pero ahora, señor, dígame, ¿qué relación tenía usted con lord Goodhope?

—Pues éramos hermanos, en cierta forma.

—¿Hermanastros?

—Exacto. Mi madre era la puta de mi padre.

Clairmont lo dijo casi con indiferencia. Pese a que *sir* John pareció dar un respingo ante la expresión del nacimiento bastardo de su visitante, no dijo nada, se limitó a permanecer sentado con las manos enlazadas sobre la mesa y esperó a que continuara.

—Lo cierto —prosiguió Clairmont— es que éramos casi de la misma edad. Solo tenía unas semanas más que yo. Por supuesto no tengo derecho alguno al título, ni a ninguna parte de su fortuna, por reducida que quede. Su hijo, William, heredará ambas cosas cuando alcance la mayoría de edad. Y que le aproveche, digo yo, pues no los necesito para nada. Soy el rey en mi mundo.

Mientras así hablaba, yo había obedecido a *sir* John y había seguido barriendo. Desde luego el suelo estaba sucio. Había amontonado tres pilas de polvo, tierra y migas, pero alejándome tanto de la mesa que no oí una pregunta. La respuesta, empero, que dio el señor Clairmont con su estridente voz nasal, me llegó con toda claridad.

—Oh —dijo—, hay algunos más esparcidos por Londres, sin duda. Mi padre fue muy prolífico. Sé que uno de ellos se fue a las colonias de Carolina, no deportado sino como emigrante. Pero yo era el único que tenía contacto con Richard. A mi padre le gustaba que fuéramos compañeros de juegos siempre que Richard estaba con él en Londres. A menudo yo causaba problemas a mi hermano, pero a él nunca pareció importarle mucho. No tenía dificultades en buscarse problemas por sí solo.

—Entonces, ¿se criaron juntos?

—De vez en cuando —contestó él—, pero solo en Londres.

—¿Conocía usted bien la casa?

—Supongo que en otro tiempo sí.

—¿Conocía la existencia del túnel, del pasadizo que lleva a la biblioteca?

Alcé los ojos sin dejar de menear la escoba. Por razones propias, claro está, tenía interés en oír la respuesta de Clairmont. Su reacción me sorprendió: sonreía, y

Clairmont no parecía un hombre que sonriera en absoluto.

—Ah, sí —dijo, como si recordara una antigua época dorada—, el túnel. En cuanto lo encontramos, que no fue difícil, Richard y yo jugamos allí a menudo. En una ocasión metimos allí abajo a una de las criadas. ¡Dios, cómo chillaba! Estaba completamente a nuestra merced. —Algo parecido a una carcajada escapó de su boca.

—¿Permaneció en contacto con él como adulto? —preguntó *sir* John.

—Oh sí, durante un tiempo estuvimos bastante unidos. Teníamos los mismos vicios, ¿comprende?

Pero hace más de diez años me fui a Jamaica. Intercambiamos cartas durante una temporada, pero escasas. Nos hallábamos, literalmente, en mundos diferentes. —Hizo una pausa, una especie de vacilación antes de continuar—: Luego se produjo un incidente bastante desafortunado, del que solo yo tuve la culpa. Me escribió con gran excitación que iba a casarse con una chica salida de un convento. Yo tomé su carta como una invitación para la ceremonia y pensé que Richard necesitaría apoyo para semejante prueba, de modo que, pese a importantes trabas, vine aquí de improviso. Recuerdo que pasé un viaje especialmente malo, por las tempestades de septiembre. En cualquier caso, llegué a Liverpool y me dirigí al lugar de Lancashire donde la familia tiene sus propiedades, y le hice saber que estaba allí para asistir a la boda. Nuestro padre ya había pasado a la otra vida, al infierno sin duda, y Richard era el nuevo lord Goodhope. Fue a verme a mi posada el día antes de la boda y me dejó bien claro que no estaba invitado. Me explicó que la novia y su familia eran muy piadosos en la religión papista y que sería muy difícil explicarles mi presencia. Le pregunté por qué le preocupaba tal cosa y me contestó sin pelos en la lengua que necesitaba su dinero. A mí, después de tan largo viaje, me molestó mucho y me puse a beber. Cuando estaba borracho decidí asistir a la boda tanto si me habían invitado como si no. No sé cómo, conseguí traspasar la verja en mi coche, y después entrar por la puerta. Había sobrepasado generosamente mi propio límite y me tambaleaba. En busca de un lugar apropiado para vomitar, elegí el vestido de la novia. Y me temo que eso enfrió las relaciones entre Richard y yo durante bastante tiempo.

—¿Pero no les puso fin?

—Oh, no. Richard consiguió su dinero, o una buena tajada. Eso y un heredero eran las únicas razones por las que se casaba. Por supuesto yo no venía a Londres con frecuencia, pero cuando lo hacía, nos veíamos, siempre que no estuviera en la ciudad *lady* Goodhope. La última vez que estuve aquí, me invitó a una de sus veladas improvisadas. Sumamente divertida.

—¿Cuándo fue esa última vez?

—Oh, hace un año más o menos. —Hizo una pausa y suspiró—. Pero usted desea que sea más exacto, supongo, así que fue hace once meses, a finales de abril y

principios de mayo.

—A pesar de sus anteriores problemas con *lady* Goodhope —dijo *sir* John—, ¿quería usted visitarla al enterarse de la muerte de su marido?

—Ah, eso. Sí. Se presentó la oportunidad de mandarle el recado en la persona de ese mayordomo. ¿Cómo se llama?

—Potter.

—Eso, Potter. Llegó justo en el momento en que Jack Bilbo y yo intentábamos adivinar el significado de esa maldita palabra, «accidental». Pensé que si me presentaba ante ella limpio como una patena, y conseguía no vomitarle encima durante la visita, tal vez podría enterarme de lo que quería decir con esa palabra. He dado por sentado que ella ha sido la autora del anuncio. Pero he recibido una grosera negativa por su parte. Las viejas enemistades no mueren así como así. Supongo que, si he de ser justo, no puedo culparla.

Se produjo un silencio entre ellos durante largo rato. Decidí que era mi oportunidad para coger el plumero y atacar el estante con unos cuantos libros y un montón de papeles que había detrás de *sir* John. Estaba lleno de polvo y yo hice que saliera volando en todas direcciones. Clairmont se puso a toser y a maldecir. *Sir* John agitó el aire con las manos.

—¿Qué estás haciendo, chico? —inquirió.

—Quitar el polvo.

—Bueno, pues déjalo hasta que acabemos.

Me retiré a un lado, aguardando y observando.

—Ha sido usted muy sincero, señor Clairmont —dijo *sir* John—, y se lo agradezco. Solo me queda una pregunta, y es esta: ¿Tenía enemigos lord Goodhope? ¿Personas que realmente desearan verlo muerto?

—Desde luego que tenía enemigos, muchos. Pero creo que ninguno hubiera llegado tan lejos. Sin embargo, lo que me pregunta me sugiere que considera la posibilidad de un asesinato. ¡No es posible que sospeche tal cosa!

—Al igual que usted, señor Clairmont, simplemente intento definir esa palabra: «accidental».

*Sir* John se levantó, extendió la mano, encontró la del señor Clairmont y la estrechó como un caballero. El señor Clairmont se despidió con un lacónico «Buenas tardes», saliendo del despacho más deprisa de lo que había entrado. A pesar de sus extraños andares furtivos, tenía paso ligero.

*Sir* John permaneció de pie hasta que oyó cerrarse la puerta. Aguardó un poco más y luego se dejó caer en su asiento.

—Ven a sentarte, Jeremy —dijo—, y hablemos sobre ese individuo.

—¿Está usted seguro, *sir* John? —pregunté, fingiendo inocencia—. ¿Servirá para rebajar mi condena?

—¡Descarado! —exclamó él entre risas—. Perdóname por presentarte así. Y siéntate, por favor.

Hice lo que me pedía, por supuesto, y ocupé el lugar dejado por el señor Clairmont.

*Sir* John se quitó la peluca, como parecía ser su costumbre a la menor oportunidad, y se inclinó hacia mí con impaciencia.

—Bueno —dijo—, ¿qué impresión te ha causado en general, como si te lo hubieras encontrado por la calle?

—¿En general? Bueno, era feo, con los hombros tan cargados que al principio creí que era jorobado.

Y también tiene un modo de andar extraño. Parece como si corriera, pero un poco como un cangrejo.

—Sí, y su manera de hablar es desagradable, ¿verdad? ¿Cómo la describirías tú?

—Es brusca. Incluso cuando habla en voz baja parece que esté gritando.

—Exactamente. Es un hombre acostumbrado a dar órdenes, y a que las obedezcan. «Soy el rey en mi mundo», dijo. No cabe duda de que se lo cree. El orgullo precede a la caída.

—¿Qué hay del fondo de sus respuestas? —pregunté.

—Todas muy razonables. Incluso sus reservas con respecto a dar el nombre del posible comprador de su propiedad eran las que tendría cualquier hombre de negocios. Claro que todo lo que ha dicho ha de ser confirmado. Ahora sin duda debemos visitar a Black Jack Bilbo, un sinvergüenza del juego, si no más.

Y por supuesto enviaré a un alguacil a hablar con el capitán Cawdor del *Island Princess*. Nuestro señor Clairmont se ha buscado una coartada en el momento de la muerte de lord Goodhope, pero tendremos que comprobarla.

Meditó durante un rato con los labios apretados.

—¿Cuál fue su reacción cuando mencioné el túnel y el pasadizo hasta la biblioteca? Ha tardado en contestar. ¿Parecía sorprendido de que lo conociéramos?

—No, ha sonreído, como para sí mismo, como si de repente le vinieran los recuerdos a la mente.

—Eso desde luego se correspondería con su respuesta. Parecía regodearse en recordar los gritos de aquella criada. Un mal bicho este Charles Clairmont; claro que al parecer también lo era lord Goodhope. Bien, una última cosa, Jeremy. Me has dado una descripción general de su persona. Me gustaría que fueras más concreto. Dame detalles de su cara, sus manos, su forma de vestir, todo lo que se te ocurra.

—Tengo que pensarlo un momento —dije. Imaginé al hombre y luego dibujé a *sir* John un retrato tan exacto como me fue posible. Mencioné su larga nariz curvada y sus labios casi siempre vueltos hacia abajo—. Le da una actitud de desagrado —dije en resumen—. Su tez no era blanca ni morena, sino algo oscurecida por el sol, pero tenía los cabellos negros, más o menos del mismo color que el hombre del retrato; no llevaba peluca. Era difícil precisar su estatura a causa de su joroba, pero me pareció que solo sobrepasaba en cinco o siete centímetros la mía, quizá medía uno setenta, no más. Vestía todo de negro excepto la camisa blanca con pechera de encaje y las

medias blancas.

El magistrado escuchó mi descripción sin interrumpirme ni hacer comentario alguno.

—¿Nada más? —preguntó cuando terminé—. ¿Así es como lo recuerdas?

Reflexioné de nuevo.

—Quizá una cosa más. Su cara parecía brillar un poco.

—¿Brillar?

—Sí, bueno, relucir o brillar. Reflejaba la luz.

—Sudor, quizá —dijo *sir* John—. Esto está un poco cargado. O podría ser algo de fiebre, por algo de ese clima más cálido. Aunque ahora que lo pienso, tenía las manos completamente secas. Eso me ha impresionado. O es un hombre sincero, o un experto mentiroso. Son hermanastros, Jeremy —dijo luego, haciéndome una pregunta que me pareció sumamente extraña—, o eso nos han dicho. Tú has visto el retrato colgado en la sala de estar de *lady* Goodhope. ¿Crees que se parecen el uno al otro?

—¿Lord Goodhope y el señor Clairmont? Bueno, puede que haya un parecido, pero no se aprecia a simple vista. Parece que el retrato era fiel al natural. Si es cierto, lord Goodhope era un hombre apuesto, mientras que el señor Clairmont desde luego no lo es. Más o menos tienen la misma tez, pero puede que la de Clairmont sea ahora un poco más oscura y tiene una gran nariz curvada. Normalmente no los hubiera tomado por parientes.

—Bien —dijo él—. Ocurre a menudo con los hermanastros. Yo me parecía poco al mío, aunque el recuerdo de su rostro se hace cada vez más borroso.

Se levantó dando por finalizado este episodio. También yo me puse en pie.

—Jeremy —me dijo, sonriendo con malicia—, acaba con esta habitación, ¿quieres? Los estantes deben de estar repletos de polvo. Hazlo lo mejor que puedas y consideraré saldada tu cuenta con el tribunal.

Contemplaba atónito lo que tenía alrededor. Jamás había visto un lugar semejante salvo en la imaginación, y la realidad superó con creces mis fantasías. Había asistido a funciones de teatro en Lichfield con mi madre; mi padre las consideraba de poca monta y no asistía. Aquellas sencillas obras me habían impresionado de niño, sobre todo *El sueño de una noche de verano* representada por una compañía de actores ambulantes de Londres. Incluso mi padre nos acompañó, pues se trataba de Shakespeare, y tenía un respeto autodidacta por el maestro. Meses después daba yo cabriolas por ahí como Puck y practicaba sus rudos juegos con mi hermano pequeño. Luego él y mi madre murieron.

Y ahora me hallaba en el templo de Shakespeare, el teatro Drury Lane, en cuyo interior estaba a punto de presenciar la representación de *Macbeth*, nada menos que con el mismísimo David Garrick en el papel protagonista. En realidad, habíamos ido allí en cumplimiento de nuestro deber, por así decirlo. Después de haberse asegurado

del estado soporífero de su esposa por medio de la señora Gredge, *sir* John había anunciado que se imponía una visita al teatro. Aun no deseando disuadirle de tal expedición, manifesté mi curiosidad sobre el motivo de esa visita (pues *sir* John siempre tenía sus motivos). Me explicó que se había anunciado la representación de aquella noche como la despedida de la señorita Lucy Kilbourne, que actuaba en el papel de *lady* Macbeth. Su retirada de la escena era temprana e inesperada, lo que había llevado a *sir* John a plantearse una serie de preguntas.

Así pues, nos sentamos en el gallinero, bajo el anfiteatro y sobre el patio de butacas, junto con una multitud tal de espectadores como no había imaginado, y mucho menos visto. Los palcos de ambos lados estaban llenos de damas y caballeros. Parecía que no quedara un solo asiento vacío. ¿Tan popular era Lucy Kilbourne? En efecto, me aseguró *sir* John. En menos de doce años, había pasado de ser una figurante a actriz principal, y después había sido aclamada por el público, por lo que, de todas las damas del teatro que daban la réplica al señor Garrick, ella era la más aplaudida con mucho.

Se alzó el telón y comenzó la función. Pronto me perdí en los entresijos de una obra que, si bien ahora conozco perfectamente, en aquella época no había visto representada ni había leído. Es ciertamente una oscura historia, quizá la más oscura de Shakespeare, y quizá por ello parece existir cierto prejuicio contra ella entre los actores. Las profecías de las brujas me hicieron estremecer. Las maquinaciones de lord y *lady* Macbeth me desconcertaron. Cada nuevo asesinato me escandalizó. Cuando llegó el intermedio, me encontraba exhausto, y *sir* John me aseguró que aún quedaba más.

—¿Te importaría —preguntó— que nos levantáramos y nos moviéramos un poco? Me paso el día sentado y siento a menudo la necesidad de estirar las piernas.

Así, nos movimos con cuidado por entre la multitud de gente que se apiñaba en el vestíbulo del gallinero y conversaba en grupos. Algunos lo reconocieron y saludaron, la mayoría no le hizo caso, y otros lo miraron con curiosidad, como si se preguntaran qué hacía un ciego en un teatro.

—¿Qué te ha parecido el señor Garrick, Jeremy?

—Es… —empecé—. Oh, sí, es Macbeth, ¿verdad? Lo cierto, *sir* John, es que había olvidado que había actores en el escenario. Todo se desarrolla de un modo tan real.

—¿Su actuación te ha convencido, pues?

—Oh, desde luego. No se mueve mucho por el escenario, como vi hacer a algunos en Lichfield, gritando y haciendo aspavientos.

—No hay necesidad de eso —dijo *sir* John—. Él posee la música de las palabras del poeta. Es todo cuanto necesita. —Luego añadió—: Y también todo lo que necesito yo.

Fue entonces cuando vislumbré la figura familiar de alguien a quien hubiera preferido evitar. En un rincón oscuro, solo, apoyado contra la pared, se hallaba

Charles Clairmont. Nos había visto. Con una de sus sonrisas desdeñosas se dirigió hacia nosotros. Dejé escapar una exclamación de sorpresa y consternación.

—¿Qué ocurre, muchacho?

—El señor Clairmont —contesté—. Viene hacia nosotros.

—Pues muy bien. ¿Por qué no?

—¿No será violento para usted, teniendo en cuenta el modo en que me ha presentado antes a él?

—Eso déjamelo a mí.

Instantes después Clairmont caía sobre nosotros tras abrirse paso por entre la multitud con su peculiar forma de andar y una sorprendente rapidez.

—¡Ah, *sir* John, qué suerte volver a encontrarnos tan pronto! ¿Qué le trae por aquí esta noche?

—Shakespeare —se limitó a contestar *sir* John.

—¿Viene a menudo, entonces?

—Bastante.

—¿Y su joven compañero? Si no recuerdo mal, estaba cumpliendo una condena cuando nos hemos visto antes.

—Cierto —dijo *sir* John—, muy cierto, pero recordará usted, señor Clairmont, que le he dicho que no apruebo los azotes ni los latigazos.

—Lo recuerdo, sí.

—En cambio, creo en las recompensas. El chico ha realizado su tarea aceptablemente bien, o eso me han dicho, por lo que he decidido recompensarlo con una visita al teatro.

Clairmont me dedicó una mirada que solo puedo describir como escéptica.

—Un chico afortunado —dijo.

—Pero dígame —continuó *sir* John—, ¿qué le ha traído a usted por aquí?

—Ah, bueno, aquí estoy, de visita en una ciudad que en otro tiempo era mi hogar. Voy por ahí buscando entretenimiento, y he pensado que podría encontrarlo aquí.

—*Macbeth* no es lo que yo llamaría una obra divertida.

—Tal vez no —dijo el señor Clairmont—, pero es entretenida en el sentido más elevado.

—Ah, sin duda. Pero, según tengo entendido, esta representación será la última de la señorita Lucy Kilbourne. ¿Le ha animado eso a venir?

—Me he dado cuenta. Ha sido condenadamente difícil encontrar una entrada por esa causa. No estoy acostumbrado al gallinero.

—Era amiga de su difunto hermano. Lord Goodhope era una especie de mecenas para ella.

—Eso me han dado a entender —dijo el señor Clairmont—, y sentía curiosidad por verla, claro está.

—Por supuesto —convino *sir* John—. ¿Y qué opinión tiene de su talento?

—Muy alta. Su *lady* Macbeth es una auténtica zorra cruel, como debe ser.

—Puede que ella no le agradezca esa descripción, pero me parece muy apropiada. Es extraño, ¿no cree?, que elija abandonar las tablas cuando aún le queda toda una carrera por delante.

—Quizá. No obstante, nada sé de la vida al otro lado del telón. Me conformo sencillamente con formar parte del público.

—¿Y divertirse?

—Sí, divertirme y entretenerme. —Clairmont miró en derredor y se dio cuenta de lo que yo había observado instantes antes—: Ah, es hora de volver adentro. La obra está a punto de reanudarse.

—Buenas noches, pues —se despidió *sir* John—. Quién sabe cuándo volverán a cruzarse nuestros caminos.

Extendió la mano, que el otro estrechó con fuerza.

—En cualquier caso, que sea enhorabuena. ¡Bien hallado y buenas noches!

Se alejó, moviéndose con rapidez por entre la gente hasta desaparecer. En cuanto a nosotros, nos dirigimos a una puerta del otro extremo y de allí a nuestros asientos.

—Una despedida interesante la suya —dijo *sir* John, una vez instalados—, ¿no te parece, Jeremy? «Que sea enhorabuena». Hummm. Bueno, no tiene nada que temer de mí si ha dicho la verdad.

El resto de la obra provocó nuevas emociones en mí con la reaparición de las brujas y su ama, Hécate, y con más asesinatos. Sin embargo, avergonzado por mi confesión a *sir* John, procuré recordar que se trataba de actores y que la historia que contaban, al fin y al cabo, no era más que una historia. De este modo presté especial atención a la actuación de Lucy Kilbourne, dado que a ella debíamos aquella velada.

Era ciertamente la favorita del público. Antes había notado yo que en el patio de butacas contenían el aliento cuando Macbeth expresaba cierta debilidad de corazón, y la señorita Kilbourne como *lady* Macbeth, le recriminaba de esta forma: «¿Fallar, nosotros? Que no vacile tu coraje y no fallaremos». Le siguió un murmullo cuando esbozó el plan del asesinato de Duncan. Y luego, hacia el final de la obra, cuando *lady* Macbeth vagaba por el escenario en un arranque de locura por el arrepentimiento, el público en pleno aplaudió su mutis; fue su última aparición en la obra.

Cuando por fin cayó el telón, la ovación fue estruendosa. Los actores reaparecieron en escena y recibieron sus aplausos por separado, ninguno más que el señor Garrick o la señorita Kilbourne. Una vez más, la más cerrada ovación fue para ella, que la escuchó con una dulce sonrisa, y le puso fin con un ademán.

—Mis queridos amigos —empezó—. Esta es una triste ocasión, pero también alegre, pues la tristeza que siento al marcharme se ve paliada, en cierta medida, por la felicidad que me produce el afecto que me han demostrado esta noche. Lo que deseo decirles a todos está expresado en unas líneas que redacté con la ayuda de un amigo. Para mi pesar, este querido amigo no vive para ayudarme ahora, sin embargo…

Un súbito susurro, «Goodhope… Goodhope», recorrió las filas de asientos,

seguido de un murmullo de comentarios.

—Y sin embargo —continuó ella, alzando la voz por encima del ruido del público —, si él estuviera aquí, se sentina tan orgulloso de la consideración que me han demostrado, y tan agradecido por ella, como desde luego lo estoy yo. Si me lo permiten…

Tras estas palabras, inició su recitado. Su figura, ataviada aún de escocesa, parecía diminuta en el escenario; sin embargo, atraía la atención de la gente del mismo modo que lo haría el rey en persona en la más solemne ocasión. No se oyó una sola palabra ni un susurro, pues todos parecían inclinarse, concentrados en captar todas y cada una de las palabras que ella pronunciaba con grandes gestos y florituras:

A mi público, las gracias debo dar,
ahora que me despido con gran pesar.
Que no sufran vuestros corazones, no os aflijáis,
pues en manos mucho mejores que las mías quedáis.
Ojalá me recordéis como alguien que quiso intentar
complaceros, y que, ocurra lo que ocurra, os ha de honrar.
Y ojalá la escena, para complacer a los virtuosos,
sea cada día más pura y refinada;
refinada de groserías, mas no por arte extranjero,
limpia de veneno, mas siempre inglesa.
Méritos tienes desconocidos en otros reinos;
¡por mucho que alardeen, Shakespeare es nuestro!

Se hizo el silencio, y luego el público prorrumpió en aplausos y vítores. Ella hizo una gentil reverencia, lenta, amplia y solemne. Se cerraron los cortinados y, aunque los aplausos no cesaron, no volvieron a abrirse. Poco a poco el alboroto fue decreciendo y el público se dirigió lentamente hacia las puertas. Unos cuantos pasaron por delante de nosotros con esfuerzo, pero *sir* John se mantuvo en su asiento.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—No, Jeremy, nuestro trabajo aquí no ha hecho más que empezar. Infórmame cuando el teatro se haya vaciado.

Calló entonces, bien para meditar sobre la obra, bien sobre otros asuntos, no sabría decirlo. En todo caso, no decía nada, y algo en el carácter de su silencio me dijo que no deseaba ser molestado, de modo que aguardé, como me había ordenado, hasta que el público desapareció por completo, y luego le comuniqué que estábamos solos en el teatro. Él se puso en pie.

—Señálame la dirección de la puerta, y luego preguntemos dónde podemos encontrar al señor Garrick.

El acomodador nos remitió al regidor, que nos condujo entre bastidores, donde movían y retiraban cosas con gran barullo. Recogían los árboles del bosque de la

última escena para llevárselos. Alzaban los muros del castillo y los sacaban fuera. Comprendí entonces que me habían engañado con gran astucia durante varias horas.

Después de bajar unos cuantos escalones, el regidor preguntó a *sir* John si el señor Garrick le esperaba.

—¿Quiere que le anuncie, *sir* John?

—Como usted crea conveniente —replicó el magistrado—. Tengo una cita.

—Entonces le dejaré aquí, delante de la puerta —dijo el regidor, y subió por las escaleras.

Al otro lado del pasillo había unos cuantos actores, todavía con las abigarradas ropas escocesas, charlando y bromeando entre ellos.

*Sir* John llamó a la puerta repetidas veces con su bastón.

—Adelante —dijo alguien desde el interior.

Entramos en una pequeña habitación atestada de trajes de la obra. Un hombre menudo, no mucho más alto que yo, estaba de pie mirando atentamente el espejo que tenía delante, mientras se limpiaba el rostro con un paño untado en aceite. Era difícil de creer que aquel fuera David Garrick, y más difícil aún que fuera Macbeth.

Al vernos en el espejo, Garrick nos saludó amistosamente con una sonrisa cordial. Si él y *sir* John no eran amigos, resultaba evidente que cuando menos se conocían bien.

—Le daría la mano —dijo Garrick—, pero la tengo manchada de maquillaje de la cara.

—Entonces debe de parecer un auténtico piel roja, David. Pero permítame que le presente a mi joven amigo Jeremy Proctor.

¿Joven amigo? Desde luego era un ascenso desde mi antigua posición de ayudante. La sonrisa con que saludé al señor Garrick, estuvo por tanto inspirada. Él alzó la mano grasienta para que la viera a modo de disculpa, y luego me honró inclinando la cabeza como Dios manda, acto que imité.

—Jeremy —dijo *sir* John— es un nativo de Lichfield, como usted.

—No es del todo cierto en mi caso —repuso él—, aunque ciertamente crecí allí.

—Se habla mucho de usted en Lichfield —dije.

—Ah, bueno. Aún tengo familia allí. Sin duda ellos mantienen mi nombre en el candelero.

—Vamos, David —replicó *sir* John—, la modestia es un traje que no le sienta bien.

—Me lo pruebo de vez en cuando y descubro que me tira en el pecho y los hombros —dijo Garrick, guiñándome un ojo—. Dime, Jeremy, ¿te gusta Londres?

—Más de lo que podía imaginar —contesté—. Esta noche vale más que un millar en Lichfield, o en cualquier otra ciudad de Inglaterra.

—Eres un orgullo para el Drury Lane, y te doy las gracias —respondió él con sinceridad. Luego añadió—: Espero, *sir* John, que sus asientos no fueran del todo incómodos.

—En absoluto. El señor Wren diseñó una maravilla de auditorio. Se oía perfectamente. Y le debemos nuestro sincero agradecimiento por las entradas.

—Ha sido un placer, se lo aseguro. Pero usted merece un palco, y lamento no haber podido proporcionárselo. La culpa es del condenado alboroto que se ha formado por la despedida de su alteza. —Garrick vaciló y luego, con expresión de curiosidad, agregó—: No sabía que era usted uno de sus admiradores.

—¿De la señorita Kilbourne? Sinceramente, no siento un interés especial por ella, aunque reconozco que ha estado a la altura de su papel esta noche.

—Sabe actuar. Eso también lo reconozco yo.

—No, mi interés se centra en su conducta fuera del escenario. Su nombre figura en una investigación en curso.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! ¿Podría tratarse de la muerte de lord Goodhope?

—Podría —contestó *sir* John, y en su ancho rostro se dibujó lentamente una sonrisa.

—¡Se rumorea que ha sido un asesinato! ¿Es cierto?

—La investigación está en curso, David. Aún no ha concluido.

—Pero…

—Por favor, permítame hacerle unas cuantas preguntas.

—¿A mí? —Garrick pareció sorprendido—. Bueno, por supuesto estaré encantado de responder a cualquier pregunta. Estoy a su servicio, *sir* John.

—Muy bien. ¿Podría decirme, por ejemplo, cuándo le informó Lucy Kilbourne de que había decidido abandonar la compañía? Tengo entendido que todo ha sido un poco precipitado.

—Bueno, desde luego a mí me pilló por sorpresa.

Debió de ser hace unos diez o quince días. De hecho, constituía una ruptura de su contrato con el teatro, pero ella había ideado este plan para una representación de despedida y con eso me compró. No le quito mérito. Ha llenado el teatro, y no era a mí a quien venían a ver.

—¿Tanto hace, pues? ¿De diez a quince días? Suponía que había sido en menos tiempo dado que los programas salieron hace apenas unos días.

—Debe comprender, *sir* John, que se necesita tiempo para preparar una producción así. Lo cierto es que esta ha sido muy precipitada. Ella quería hacer *El mercader de Venecia*. Me temo que era imposible, puesto que los escenarios y los trajes estaban almacenados desde la temporada anterior, aunque admito que es una buena Portia. La obra escocesa, al menos, la habíamos hecho en el inicio de esta temporada, así que no ha sido difícil volver a ponerla en escena para esta única representación.

—Comprendo —dijo *sir* John—. ¿Y qué me dice de ese…? ¿Cómo lo llamaríamos… epílogo, mensaje? Lo que declamó después de la actuación. ¿Cuándo

se decidió?

—Bueno, me lo trajo hace cinco días, de eso estoy seguro. Se decidió hace tres, también de eso estoy seguro, pues hice un buen número de cambios, más bien diría que volví a redactarlo. De hecho, los seis últimos versos son míos. ¿No le parece que son superiores al resto?

—Oh, sin duda.

—¿La parte sobre resistir a la influencia francesa, y a que nosotros tenemos a Shakespeare y ellos no? Me pareció muy adecuada. Insistí en que se incluyeran. ¿Cómo terminaba su versión? Ah, sí, si la memoria no me falla: «Ojalá continuéis dando vuestro apoyo a aquellos, cuya tarea es llenar nuestros asientos vacíos». ¡Asientos vacíos! ¡Por Dios! Nosotros jamás tenemos asientos vacíos. Y aunque los tuviéramos, no le correspondería a ella llamarles la atención. ¡Mucho menos desde mi escenario!

—Muy comprensible, desde luego —dijo *sir* John—. ¿Se atribuyó ella la autoría de sus versos?

—No. Y en el escenario dijo que había colaborado con su «amigo». Lord Goodhope, presumiblemente.

—¿Y cómo se ha comportado desde el anuncio de su muerte?

—¡Como una auténtica viuda, digna y solemne! Disfruta con ese papel, *sir* John, e incluso se ha vestido de luto, con un vestido negro a la última moda.

—¿Había visto usted ese vestido antes?

—No —replicó Garrick tras meditarlo un momento—. No, no lo había visto.

—¿Qué motivo adujo para marcharse? Sin duda a su edad no es normal que se retire.

—Oh, le quedaban aún sus buenos diez años, quizá más, pero reconozco que preferiría que los pasara en Covent Garden. Pero no, el retiro prematuro no es tan extraño entre las actrices. Recuerdo varios ejemplos, pero todos relacionados con bodas ventajosas. Lucy se ha mostrado muy vaga con respecto a sus motivos y sus planes futuros. Si no fuera porque sé que no es así, diría que ha entrado en posesión de una fortuna. Bueno, nos hemos desembarazado de ella, ¡de ella y sus aventuras! Si hay algo por lo que he luchado en el transcurso de mi carrera, *sir* John, ha sido para darle dignidad al teatro. Y en cuanto Kilbourne ganó fama, hizo todo lo posible por envilecerlo.

—Ha mencionado usted sus «aventuras». ¿Debo suponer que lord Goodhope tuvo predecesores?

—Oh, unos cuantos. Jack Bilbo antes que él, y antes que ese, un individuo de peor reputación con un nombre rimbombante, Balthazar Barbey.

—Ah, sí, un comerciante en mercancías robadas, aunque siempre del continente. ¿Qué se hizo de él?

—No regresó de su último viaje a Francia, y eso fue hace casi dos años.

—Bueno —dijo *sir* John, golpeando el suelo con el bastón—, la Kilbourne tiene

su pasado, ¿eh? No obstante, me gustaría hablar con ella, es decir, si su camerino no está lleno de los que hayan ido a desearle buena suerte.

—No hay cuidado —dijo Garrick—. No es popular en la compañía, y la gente la ha evitado, oliéndose los escándalos. Si sale usted por la entrada de artistas, y me temo que a esta hora tendrá que hacerlo, sin duda encontrará a la chusma del patio de butacas reunida para despedirse de ella. Pero vaya a verla con mis bendiciones. Es la última puerta a la derecha, tan lejos de la mía como ha sido posible.

—Adiós, David, y gracias por atenderme.

—Ha sido un placer. Y buena suerte a ti, joven Jeremy. Si ves a mi ayuda de cámara por el pasillo razonablemente sobrio, dile que venga, ¿quieres?

Le prometí hacerlo, pero cuando salimos, no vi a nadie. El largo pasillo se había vaciado completamente mientras visitábamos al señor Garrick. Echamos a andar hacia el otro extremo. *Sir* John iba delante en silencio, avanzando un poco el bastón levantado, golpeando el suelo con un ritmo lento al caminar. Sin embargo, yo me mantuve cerca de él, preparado para evitar que chocara contra la pared del fondo, pero no fue necesario. Una vez más me asombró deteniéndose a escasa distancia de la pared, cuando mi mano estaba ya muy cerca de su codo, y se volvió hacia su derecha.

—Su puerta debería de estar aquí. ¿He acertado?

—Completamente, señor.

Llamó a la puerta con firmeza.

—¿Quién es? —chilló una voz desde el interior—. Aún no estoy lista.

Aunque su tono era un poco más bajo que el de la señora Gredge, era igual al suyo en volumen y aspereza. Pensé que tal vez nos hubiéramos equivocado de puerta.

—*Sir* John Fielding, magistrado del juzgado de Bow Street, ha venido para hacer unas preguntas sobre la muerte de lord Goodhope.

La voz con que *sir* John pronunció estas palabras solo la había oído en una ocasión anteriormente, y en el tribunal. La ocasión que me vino a la memoria fue la comparecencia del atacante del señor Bailey, Dick Dillon. *Sir* John le había hablado con severidad y esa misma voz.

Quienquiera que se hallase tras la puerta, respondió con presteza, pues se abrió la puerta y una hermosa mujer apareció en camisa, ligas y enaguas. Nunca había visto a una mujer tan desvestida, salvo a mi madre.

—Vaya, *sir* John —dijo ella con el tono dulce de *lady* Macbeth—, qué inesperado placer. Entre.

¡Era Lucy Kilbourne en persona!

El magistrado entró en el camerino, más pequeño incluso que el del señor Garrick; yo, sin embargo, me arredré, pareciéndome impropio visitar a una mujer que se hallaba en tal estado. Pero ella me indicó que entrara, encogiéndose de hombros y guiñándome el ojo. A partir de ese momento se creó entre nosotros un vago aire de conspiración. Seguí a *sir* John al interior y busqué a la mujer chillona, pero no la vi por ninguna parte. Solo pude deducir que era la propia señorita Kilbourne,

desprevenida. Pero ¿cuál era la auténtica y cuál la falsa?

—Tengo que hacerle unas preguntas —dijo *sir* John.

—Y yo estaré encantada de responderlas —repuso ella seductoramente.

Cogió su vestido, negro y severo, pero a la última moda, como lo había descrito el señor Garrick, y se lo puso rápidamente.

—Estoy oyendo el frufrú de una tela —señaló *sir* John—. ¿Está usted adecuadamente vestida, señorita Kilbourne?

—Por supuesto, *sir* John. Solo quería despejar una silla para usted. ¿No desea sentarse?

—Prefiero quedarme de pie, igual que mi joven compañero.

—Como quiera.

Se señaló la espalda y la volvió hacia mí, indicándome que tenía que abrochar la ristra de corchetes que le subía por la espalda desnuda desde la cintura hasta el cuello. Yo no sabía qué hacer. Estaba seguro de que *sir* John no lo aprobaría, pero aquella mujer poseía un encanto arrebatador. Me sonrió por encima del hombro e inmediatamente me encontré haciendo lo que me había pedido sin palabras.

—¿Cuánto tiempo hacía que usted y lord Goodhope se conocían? —preguntó *sir* John.

—Menos de un año. Nos presentó John Bilbo. Pero si lo que me pregunta es cuándo me convertí en su acompañante, pues no es ningún secreto: hace seis meses.

—¿Fue usted acompañante de Bilbo previamente?

—Para vergüenza mía, sí.

—¿Se lo tomó a mal cuando mudó usted sus afectos?

—Puede decirse así. Sin embargo, es algo a lo que solo él puede responder.

—Buena respuesta. ¿Qué la atrajo de lord Goodhope? Usted ya sabía, claro está, que era un hombre casado y padre de un hijo. ¿O quizá no lo sabía al principio? —Le estaba ofreciendo una excusa, pero ella rehusó utilizarla.

—Fue en realidad los efectos de su matrimonio lo que me atrajeron de él —manifestó con descaro—. Era terriblemente desdichado. Yo hice todo lo que pude para que fuera feliz.

—¿Y se comportaría de igual forma con todos los hombres desgraciados en su matrimonio? Hay miles de ellos, solo en Londres.

—No se burle de mí, se lo ruego.

—Maldita sea —mascullé.

Había llegado al centro de la espalda en la hilera de corchetes. Allí su cuerpo ofrecía una considerable resistencia. Tiré hasta unir las dos partes del corchete, o eso creía, porque de repente el corchete saltó, provocando mi juramento.

—¡Jeremy! ¿Qué estás haciendo?

Vacilé, sintiéndome culpable.

—He tropezado con una silla, *sir* John.

—Procura ser más cuidadoso —me dijo, con la cabeza ladeada hacia mí—. Ven y

quédate a mi lado. Así estaré más tranquilo.

—Muy bien, *sir* John —dije.

Hice lo que pedía, por supuesto, encogiéndome de hombros ante la señorita Kilbourne. Ella me lanzó una furiosa mirada de fastidio. Luego empezó a debatirse con fiereza para contener su amplio pecho dentro de los confines de su vestido de luto.

—¿Dónde estábamos? —dijo *sir* John—. Ah sí, usted me había pedido que no me burlara. No lo hago, señorita Kilbourne. Solo quería sugerir que otros se encuentran en la misma situación. ¿Qué fue lo que la unió a Richard Goodhope concretamente?

La actriz dejó de resollar y debatirse el tiempo suficiente para dar contestación.

—Fue su ingenio, su inteligencia, su sensibilidad. Lo cierto es que no había conocido nunca a un hombre como él, y ahora que se ha ido, estoy convencida de que no encontraré jamás a otro igual. —Pronunció este discurso con el tono más dulce y triste posible, aunque la expresión de enojo de su cara parecía contradecirlo.

—Asistió usted a unas cuantas fiestas informales en su residencia, veladas que él denominaba «improvisaciones».

—Lo hice, sí.

—¿Qué ocurría en ellas?

—Nada indecoroso, si a eso se refiere. Y desde luego nada escandaloso, como dicen las malas lenguas. Los que estuvieron presentes se lo confirmarán.

Por fin había conseguido abrochar el corchete rebelde. Suspiró y echó los brazos por encima de los hombros para atacar el resto.

—¿Qué le ocurre, señorita Kilbourne? —preguntó *sir* John.

—¿Qué quiere decir, *sir* John?

—Parecía suspirar. ¿Se ha despertado en usted algún recuerdo en particular?

—Lord Goodhope está siempre en mi memoria —dijo ella.

—¿Cree usted que se suicidó? Eso confirmaría su infelicidad en el matrimonio, quizá, aunque dice poco en favor de los cuidados que usted le dispensaba. No dejó ninguna nota. ¿Le comunicó a usted sus intenciones?

—No, no lo hizo —replicó ella con cierta aspereza—. Y con respecto a lo que yo crea sobre su final, poco importa en realidad. Al fin y al cabo es usted quien conduce la investigación, ¿no?

—Sí, efectivamente, y quiero que esté disponible para hablar sobre ella más adelante.

—Eso será difícil.

—Oh. ¿Por qué?

—Tenía pensado irme a Bath.

—Un poco pronto, ¿no? La temporada aún no ha empezado.

—Tengo una dolencia de carácter digestivo. Esperaba que las aguas…

—Debo insistir en que posponga ese viaje.

—Bueno —cedió ella, suspirando una vez más—, si es necesario…

—Lo es —dijo *sir* John con firmeza—. Solo me queda una pregunta.

—Adelante.

—¿Quién es su modista?

—¿Mi qué?

—Ya lo ha oído.

—Pero ¿qué…? Muy bien. Es la señora Mary Deemey. Su tienda y probadores están en la Chandos Street.

—Ah, bien, no está lejos de mi juzgado. Eso será todo, señorita Kilbourne. Volverá a tener noticias mías.

—Será un placer, *sir* John.

Por fin parecía haber conseguido abrochar el último corchete, pues se alisó la falda del vestido cuando *sir* John se dio la vuelta para salir. Yo me apresuré a abrirle la puerta y él salió rápidamente al pasillo. Antes de cerrarla, aventuré una última mirada hacia ella. Nuestras miradas se cruzaron, y me sonrió burlonamente.

*Sir* John recorría el pasillo con prisa temeraria. Yo eché a correr para alcanzarlo.

—Ha sido una pérdida de tiempo —manifestó—. O quizá no del todo.

—La verdad es que no tenía mucho que decir —comenté.

—¡San Richard, mártir de un matrimonio desgraciado! ¡Vamos! —Se interrumpió, meditando en silencio, y luego prosiguió con su diatriba—. Podría haberme quedado más para apretarle los tornillos, pero he percibido… Jeremy, no sé qué ha pasado entre los dos ahí dentro, y no deseo que lo niegues ni que me respondas, pero he notado que había una alianza en contra mía.

—Pero yo…

—¡Ni una palabra! Bien, ¿dónde está esa entrada de artistas por la que hemos de salir?

—En lo alto de las escaleras, que están… ¡justo a tres pasos!

—Oh —exclamó, deteniéndose en seco—. Gracias, Jeremy. —Adelantó el bastón y prosiguió a un paso más razonable.

Cuando salimos al callejón junto al teatro, encontramos lo que David Garrick había predicho. Una multitud aguardaba a Lucy Kilbourne. En realidad, cuando abrí la puerta de la entrada de artistas, se oyeron aplausos expectantes, pero pronto murieron cuando salió *sir* John, pero sin hostilidad. Unos cuantos se rieron de su error.

—Es el juez de instrucción de Bow Street —gritó uno, dándolo a conocer al resto de congregados.

Ya había oído antes el apodo de *sir* John entre los espectadores de la sala del tribunal, e incluso a veces le llamaban «el juez de instrucción ciego». No conocía yo el significado del término, pero parecía bienintencionado, y el magistrado no se ofendía por él.

En aquella ocasión, cuando nos mezclamos con la multitud, *sir* John se volvió hacia el hombre que había hablado.

—Will Simpson, ¿eres tú?

—Yo mismo, milord.

—De vuelta de tus vacaciones, ¿eh?

—¡Newgate no es Bath!

—¡Ni ha pretendido nunca serlo!

Sus palabras produjeron la hilaridad general. El propio *sir* John se unió a las demás risas. Aunque algo estridente, era una campechana colección de rateros, rufianes y fulanas, la que aguardaba a la heroína de la noche. Sin embargo, cuando aún nos hallábamos en medio de la gente, la señorita Lucy salió por la puerta y, con un clamor, la multitud se abalanzó hacia ella, cogiéndonos de improviso y obligándonos a retroceder.

*Sir* John se agarró con fuerza de mi brazo.

—Jeremy, sácanos de aquí, ¿quieres?

—¡Lo… lo intentaré!

Y realmente lo hice, caminando a empellones delante de *sir* John para abrirnos paso por entre la multitud atrapada en aquel callejón estrecho, hasta que por fin nos vimos libres de ellos. *Sir* John se tomó un tiempo para recobrar la compostura, enderezándose el tricornio, que le habían torcido, y comprobando la peluca.

—Buen chico —dijo—. Por un momento temí que nos pisotearan.

—Desde luego es su favorita —comenté.

—Por supuesto que sí —dijo *sir* John—. En otro tiempo fue una de ellas. Están orgullosos de su ascenso. —*Sir* John miraba a un lado y otro—. Huelo a caballo. ¿Hay un coche de alquiler por aquí cerca? Mira a ver si encuentras alguno libre, ¿quieres?

En efecto, había uno esperando cerca de la boca del callejón. Corrí hacia él e interrogué al cochero. Justo cuando me informaba de que le habían pagado para esperar, capté un movimiento detrás de la ventana del coche. Vislumbré algo; un rostro que desapareció casi instantáneamente. No podía estar seguro viéndolo así, sin embargo, tuve la clara impresión de que era el señor Charles Clairmont quien aguardaba.

# VIII

En el que se hace una oferta y se produce un encuentro

La mañana siguiente empezó con una visita del señor Donnelly a su paciente. Cuando le abrí la puerta, pues la señora Gredge se hallaba ocupada en otra parte, me sorprendió ver junto a él la figura corpulenta de Benjamin Bailey.

—Señor Bailey —dije—, ¿se encuentra usted bien?

—Bien y en forma —respondió él con toda confianza—, y preparado para cumplir con mi deber.

—Nada de eso es cierto —intervino Donnelly—, pero ha insistido en venir conmigo.

—No deseo más que hablar un momento con *sir* John. Que él decida.

Así pues, los dos se dirigieron hacia la cocina, al mismo tiempo que entraba en ella la señora Gredge a toda prisa, advirtiendo a Bailey que no manchara de barro su limpio suelo, pese a que no había llovido en varios días. Donnelly, a quien había tomado acertadamente por un caballero, no recibió tal aviso. Les ofreció té, pan y mantequilla, como era su costumbre, lo que ambos rechazaron, y luego salió presurosa para informar a *sir* John de su llegada.

—¿Qué tal está *lady* Fielding? —me preguntó Donnelly.

—Ha dormido, señor, sin parar desde su visita de ayer por la mañana.

—Eso es deseable, claro está, pero yo no le daría dosis demasiado fuertes. ¿Y los dolores?

—Será mejor que hable de eso con *sir* John o con la señora Gredge.

—Por supuesto —dijo él—, nunca es bueno especular sin saber.

—Ah, señor Donnelly —saludó *sir* John, entrando en la cocina—, gracias por su visita. Y me han dicho que ha venido acompañado, ¿no?

—Soy yo, Benjamín Bailey —saludó Bailey con voz sonora y saludable.

—Sí, el «sereno», como me ha dicho la señora Gredge.

—Tiene sus manías la mujer —comentó Bailey.

—¿Cómo está, señor Donnelly?

—No tanto como él asegura, pero su recuperación progresa espectacularmente. La herida está cicatrizando muy bien y no tiene fiebre.

—¡Estoy dispuesto, *sir* John! —declaró el señor Bailey.

—No lo está, en mi opinión —repuso Donnelly—, pero no he venido para discutir sobre eso, sino para ver a *lady* Fielding. ¿Me da usted su permiso?

—No solo mi permiso, señor, sino mi bendición. Ha pasado el mejor día y la mejor noche en muchos meses. Le estoy muy agradecido. Sin duda ella lo expresaría mejor si en este momento no estuviera dormida. La señora Gredge está con ella. La

ha atendido siempre con la mayor lealtad. Vaya a verlas.

—Muy bien. —Donnelly inclinó la cabeza brevemente y subió las escaleras hacia el dormitorio.

Tras la marcha del cirujano, *sir* John se volvió hacia Bailey.

—Bien, capitán Bailey, dice usted que está en forma, pero su médico no opina igual. ¿Cómo se explica esta discrepancia?

—No es culpa mía, *sir* John. Él no sabe cómo me siento.

—Reconozco que lo que dice tiene cierto sentido, pero parece un poco pronto, ¿no cree? ¿Dos días solo?

—Bueno… yo solo puedo decirle, señor, que un día más bajo los cuidados constantes de la señora Plunkett, y me pondría peor. Esa mujer me agota, si entiende lo que quiero decir, señor.

*Sir* John estalló en carcajadas al oír ese comentario, cuyo significado escapó a mi comprensión.

—Vaya si lo sé —dijo *sir* John—. Desde luego que sí. Tal vez podríamos llegar a un acuerdo usted y yo. ¿Está usted dispuesto a intentarlo?

—Lo que usted diga, *sir* John.

—Bien, pues, ¿qué le parece esto? ¿Y si regresa a su trabajo, pero en una tarea algo más limitada?

—Eso depende, señor.

—¿De qué?

—De lo limitada que sea y de la tarea.

—Muy justo, señor Bailey. Estaba pensando en un pequeño trabajo diurno que necesito que alguien me haga. Un tal señor Charles Clairmont, que ha resultado ser el hermanastro del difunto lord Goodhope, asegura haber llegado de Jamaica anteayer por la noche en el *Island Princess* y haber desembarcado aproximadamente a las siete y media. Quisiera que buscara usted al patrón del barco, un tal capitán Cawdor, y que lo comprobara. Pero además, dese una vuelta por el puerto y averigüe lo que pueda con respecto al barco y su viaje. ¿Lo hará por mí?

—Desde luego, *sir* John.

—Vístase como cualquier otro holgazán, pero lleve consigo su nombramiento y su insignia de servicio para abordar el barco y convencer al capitán de que habla en serio y de que me representa. Por lo demás, yo diría que no es necesario que revele su propósito en este asunto.

—O sea, que hable con ellos como quien no quiere la cosa, ¿no es eso?

—Exactamente, señor Bailey. Puede invitarlos a ron para aflojar las lenguas, pero no se deje llevar. Se le reembolsará dentro de lo razonable. Tómese su tiempo. Diga… bueno, diga que está pensando en embarcarse y que desea saber algo sobre el barco y su capitán antes de comprometerse. En este punto de la investigación sobre la muerte de lord Goodhope, tal información puede tener gran importancia.

—No se preocupe, *sir* John, haré un buen trabajo.

—Jeremy ha hecho un buen trabajo para mí en este asunto, pero creo que convendrá conmigo en que la tarea que le encomiendo a usted está por encima de su capacidad.

—Si el chico asomara la cabeza por los muelles —dijo Bailey, dedicándome una sonrisa—, lo más probable es que se despertara en un barco con destino a Ciudad del Cabo.

—Desde luego —coincidió *sir* John—. Además, esta mañana él y yo tenemos que ir a Newgate.

Esta asombrosa revelación me intrigó, causándome un peculiar estado de ansiedad hasta que nos dirigimos a nuestro destino media hora más tarde. Mi ansiedad era peculiar en el sentido de que era contradictoria. Sentía una curiosidad natural por ver aquel lugar. ¿Qué chico de Inglaterra, alimentado clandestinamente con las emociones que proporcionaban *The Newgate Calendar* y otras colecciones de opúsculos semejantes, no estaría impaciente por ver la temida prisión por sí mismo? Sin embargo, después de haber escapado a la encarcelación por tan poco, sentía una inquietud comprensible acerca de la visita. No obstante, me guardé mis temores y nada dije, ni a *sir* John ni al señor Bailey.

En cualquier caso, tuve que cumplir con mis tareas en la cocina, es decir, fregar los cacharros y barrer. Apliqué mis energías con diligencia a estos menesteres y así, procurando pasar desapercibido, fui testigo de una nueva conversación entre *sir* John y el señor Donnelly. El cirujano regresó de examinar a *lady* Fielding diez minutos después. Yo le había oído hablar con la señora Gredge, pero en murmullos ininteligibles. Bajó luego a la cocina solo; con paso lento y expresión grave. Se sentó junto a *sir* John, aceptó una taza de té y le dio su informe.

—Duerme bien —dijo.

—Gracias a Dios —comentó *sir* John.

—No es probable que despierte hasta pasado el mediodía. La señora Gredge se ocupará de ella entonces. Había pensado en reducir un poco la dosis de opio, pero he decidido no hacerlo. Aliviar su dolor en estos momentos parece lo más importante. —Donnelly hizo una pausa antes de formular una pregunta—: *Sir* John, me dijo usted que a *lady* Fielding la habían visitado varios médicos, que todos estuvieron de acuerdo en que tenía un tumor, pero no en su localización. ¿Es así?

—Al principio no hubo tal acuerdo. El primer médico dijo que tenía cálculos biliares; el siguiente, que piedras en el riñón; pero cuando hace un mes vinieron otros dos a visitarla, ambos convinieron en que su pérdida de peso indicaba que un tumor era la causa. Luego discutieron sobre el lugar en que se localizaba. Uno decía que en el útero, y otro que en el hígado.

—¿En el hígado?

—Pues sí, en el hígado. Los dos la exploraron sin piedad, apretando y pinchando, preguntando si le dolía aquí o allá, y lógicamente todo ello le causó dolor. La pobre estalló en lágrimas y pidió que la dejaran tranquila. Lo que más me enfureció, señor

Donnelly, fue que, tras haber hecho todo lo posible para atormentarla, me aseguraran en su presencia que no se podía hacer nada. ¡Pero aguarde! ¡Qué digo! El defensor del hígado quería sangrarla para extraer la sangre sucia de su cuerpo; pensaba que así el tumor se «secaría». Sin embargo, considerando la debilidad de mi esposa, creí mejor no someterla a semejante cosa. Además, la idea surgió a última hora, de un modo especulativo. Preferí que se fuera a especular con algún otro.

—En mi opinión —dijo el cirujano—, sangrar no hace ningún bien y a menudo causa daños. Pero permítame decirle, *sir* John, que me asombra que hubiera duda alguna sobre el lugar en que se halla el tumor. Se ve perfectamente que está en el ovario izquierdo; tiene un bulto en el abdomen tan grande como un limón. Ni se acerca al hígado.

—Me he dado cuenta —dijo *sir* John, tras un suspiro.

—No obstante, me temo que también yo coincido con el diagnóstico.

—¿No hay esperanzas de recuperación, entonces?

—Ninguna.

—¡Ohhh! —La exclamación escapó de sus labios como un suave quejido—. ¡Mi pobre y dulce niña! No tenía demasiadas esperanzas, pero hubiera dado la bienvenida a cualquier motivo para el optimismo por pequeño que fuera, como un hombre que se ahoga da sus últimos boqueos. Supongo que me comprende.

—Sí, lo comprendo —dijo el cirujano—, pero no estaría bien que le diera a usted, ni a ella, falsas esperanzas. La verdad es que creo que el fin está cerca. Su corazón parece más débil y el pulso es irregular. Se ha debilitado mucho.

—¿Cómo de cerca? ¿Hoy? ¿Mañana? Cerraré el juzgado, buscaré a otro que ocupe mi lugar.

—No, no tan cerca; una semana, quizá, un mes como máximo. El descanso extenderá su vida más que acortarla. Con esto tendrá tiempo de prepararse para lo que ha de venir. Mi consejo, *sir* John, es que haga esos preparativos y siga trabajando normalmente. No sería bueno para usted quedarse aquí sentado esperando el final. A *lady* Fielding no le gustaría tampoco.

El magistrado meditó estas palabras y acabó asintiendo.

—Tiene usted razón. Y debo decir que, de todos los asuntos a tratar, la investigación de la muerte de lord Goodhope es el que más me fastidia y preocupa. Me inquieta la sospecha de que, si no se resuelve pronto, no se resolverá con éxito jamás.

—Permítame asegurarle, *sir* John, que si hay algo que yo pueda hacer…

—Sí, creo que lo hay, señor Donnelly. Si no recuerdo mal, el cadáver de lord Goodhope no ha sido debidamente identificado, al menos a mi modo de ver. Recuerdo de mi primera conversación con *lady* Goodhope que ella no quiso entrar en la biblioteca la noche de su muerte y ver el cadáver, lo que es comprensible, dadas las circunstancias. La onerosa tarea quedó en manos del lacayo, que acababa de incorporarse al servicio de la casa, y del mayordomo, en el que, francamente, no

confío. Luego, con el traslado del cadáver, primero a la consulta de usted y luego al embalsamador, dudo mucho que ella lo haya visto. ¿El embalsamador ha devuelto ya el cadáver?

—Tenía que hacerlo esta mañana.

—¿Se ha recompuesto la cara?

—Nos aseguraron que se haría todo lo posible.

—Bien —dijo *sir* John—. Usted parece tener una considerable influencia sobre ella. Quisiera que la utilizara para persuadirla de que vea el cadáver y lo identifique como es debido. Puede usted actuar como testigo en mi nombre. Aceptaré su palabra y la de su señoría sin reservas.

—Puede que no sea fácil —dijo Donnelly.

—Soy consciente de ello, pues es realmente una mujer obstinada, pero puede decirle de mi parte que, a menos que lleve a cabo la identificación, no permitiré en modo alguno que se entierre el cadáver, ni en Londres ni en Lancashire.

—¡Su severidad es excesiva!

—De vez en cuando, es mi deber ser severo.

—Muy bien, *sir* John.

Donnelly apartó la silla para levantarse, y se dispuso a partir.

—Siento curiosidad por una cosa —dijo el magistrado—. ¿Ha recibido *lady* Goodhope alguna visita?

—Ninguna que yo sepa.

—¿Y notas de pésame?

—Muy pocas.

—Es extraño, ¿no cree? Negarle el saludo a alguien en vida es bastante corriente, y no tiene excesiva importancia en el círculo de lord Goodhope. Sin embargo, que te lo nieguen una vez muerto es demasiado. Habré de investigarlo, aunque reconozco que carezco por, completo de contactos en la corte.

—Le deseo buena suerte en su empresa; en la investigación en conjunto. Ahora, si me disculpa, debo irme. Tengo que hacer otra visita antes de ir a ver a *lady* Goodhope y hacer lo que usted me pide en este doloroso asunto.

*Sir* John se incorporó y tendió su mano, que el señor Donnelly estrechó con firmeza.

—¿Puedo preguntarle si el señor Martinez ha sido de ayuda para poner las cuentas en orden?

—Ha sido de gran ayuda. Ha concertado una entrevista en la oficina del procurador de lord Goodhope, el señor Blythe, esta misma tarde, en la que se tratará la situación con detalle.

—¿Asistirá usted?

—Sí, como representante de *lady* Goodhope.

—Entonces no le entretengo más, dado que le aguarda un día muy ajetreado. Adiós, señor Donnelly. Vaya con mi más sincero y profundo agradecimiento.

No llevábamos más de un minuto a solas, cuando *sir* John, aún en pie, se dirigió a mí como si hablara en general.

—Jeremy, ¿has terminado las tareas que te encomendó la señora Gredge?

—Sí, señor.

—Entonces coge tricornio y casaca, muchacho, pues ahora debo llevarte de excursión a uno de los círculos exteriores del infierno.

Cuando me apeé del coche de punto en Snow Hill, contemplé un edificio como jamás había imaginado. Había visto otros edificios grandes durante mis trayectos por Londres en los últimos días, y este se hallaba sin duda entre los de mayor envergadura. Sin embargo, no era solo su tamaño lo que me llamó la atención, sino su aspecto increíblemente siniestro.

Mientras *sir* John bajaba del coche, con paso seguro como siempre, y pagaba al cochero, aproveché la oportunidad para estudiar la fachada de la infame prisión de Newgate. Tenía tres o cuatro plantas, aunque esto, lector, era difícil de determinar, puesto que eran escasas las ventanas propiamente dichas. Desde que fue destruido durante los disturbios de 1789 y vuelto a construir, tiene aún menos aberturas al mundo exterior. Era de piedra gris ennegrecida, y no carecía por completo de ornamentación. Sobre su arco central había un grupo de figuras emblemáticas, aunque nunca estuve demasiado seguro de qué simbolizaban. En medio de estas figuras, inconfundible por la mascota felina que tenía a los pies, había una estatua del difunto alcalde de la ciudad, Dick Whittington. Bajo ese arco central había una verja de anchura suficiente para que pasara un carruaje o un carro grande. A esa entrada nos dirigimos.

—¿He acertado en la dirección? —preguntó *sir* John.

—Recta como una flecha.

Halló la verja adelantando levemente el bastón y golpeó los barrotes con vigor. Apareció un hombre, tan mal vestido y sin afeitar que al principio lo tomé por un preso; sin embargo, era el portero.

—Vaya, pero si es *sir* John Fielding que viene a hacernos una visita —dijo. Sacó un llavero y metió la más grande de las llaves en su cerradura—. Nos trae un invitado para que lo custodiemos, ¿eh?

Me di cuenta con un sobresalto de que se refería a mí. ¿Sería aquel mi castigo por haber abrochado el vestido de Lucy Kilbourne sobre su espalda desnuda?

—En absoluto —replicó *sir* John, para mi alivio—. Hemos venido a hablar con un individuo que envié aquí hace dos días. Dick Dillon.

—Lo buscaremos en la lista y se lo traeré enseguida. Una cosa buena que tiene el hotel del gobernador es que siempre sabemos dónde están nuestros huéspedes.

Abrió la verja y entramos. Nos llevó a su caseta, donde sacó la mencionada lista y halló el nombre del atacante de Benjamin Bailey. Luego llamó a un carcelero para

que nos guiara. Este, que apenas era algo más presentable que el portero, nos condujo por un patio de dimensiones considerables al interior de la cárcel en sí, bromeando todo el tiempo, fingiendo que regañaba a *sir* John por no haber cumplido con un supuesto cupo.

—¿Cómo puede ser usted tan descuidado? —decía osadamente—. ¡Pobres de nosotros, que dependemos de lo que gente como usted nos mande para ganarnos el sustento! —Soltó entonces unas carcajadas agudas y estridentes, como si fuera muy gracioso.

A *sir* John no le divirtió.

—Aunque puede que sea así —dijo—, preferiría que no lo fuera.

El carcelero continuó riendo disimuladamente mientras nos guiaba en la oscuridad. Ah, sí, oscuro era, y la única luz procedía de unas cuantas velas aquí y allá y de una antorcha al final del corredor. Aunque en el exterior estaba nublado y no se veía el sol, tardé un rato en adaptar la vista a la negrura que reinaba en el interior. Y cuando conseguí ver, deseé no haberlo hecho, pues a un lado, tras barrotes de hierro, había una gran sala común de presos, hombres y mujeres. Unos cuantos se acercaron para mirarnos. Otros yacían inertes sobre jergones contra el muro. Pero la mayoría no nos prestó atención, siguieron charlando y dando vueltas, endurecidos hasta la indiferencia por lo que no les afectara directamente. Eran unos pobres desgraciados, pidiendo atención a voces, gimiendo sus penas, y gruñendo y riendo de un modo que hacía parecer iguales ambas cosas.

Extendían las manos hacia nosotros a través de los barrotes y mendigaban unas monedas. El dinero, según me dijeron después, era lo único importante en Newgate. Uno o dos me cogieron por la casaca. Yo retrocedí asustado y avancé pegado a la pared opuesta. La luz de las velas en los rostros distorsionados les confería un aspecto inhumano. Reconocieron a *sir* John. Lo llamaron por su nombre, para importunarlo o simplemente para saludarlo, y uno le lanzó una maldición. Sin embargo, él continuó andando sin replicar a nadie, impelido como yo por el deseo de dejar atrás a aquella turba encarcelada.

¡Y el olor, buen Dios, qué peste! Cualquier corral en el que hubiera estado olía mejor, pues hay algo en los excrementos humanos que los hace más ofensivos al olfato que los de cualquier otro animal. Y eso no era todo, pues se le añadían los efluvios de la podredumbre, que me llevaron a preguntarme si algunos de los que dormían a lo largo de la pared estaban muertos, y, en tal caso, desde hacía cuánto tiempo.

—Lo que tenemos ahí —dijo el carcelero, una vez dejamos atrás los presos— son sus delincuentes habituales, los que tienen una condena corta o esperan a ser juzgados por delitos menores. Al parecer algunos esperan mucho tiempo. —Esto último lo decía aparentemente para informarme, pues me guiñó un ojo y soltó una de sus estridentes carcajadas. Llegamos al lugar en el que ardía la antorcha. Desde allí, un oscuro tramo de escaleras conducía a un nivel superior—. La sala de los criminales

está ahí arriba. Todos esos esperan juicio por delitos mayores. Dillon está allí.

Sacó una vela del bolsillo de su casaca y la encendió en la antorcha. Inició el ascenso sosteniéndola en alto y nosotros le seguimos, yo en la retaguardia.

—En esta sección no hay tantos —dijo el carcelero por encima del hombro—, y son más silenciosos. Tienen sus motivos, diría yo.

Llegamos al nivel superior, que no solo era más tranquilo, sino también mejor iluminado. Ardía una antorcha, había varias velas encendidas, y también entraba luz del exterior a través de dos estrechos ventanucos situados a mitad del corredor. Esto me permitió ver mejor a los que se hallaban tras los barrotes. Había una docena, más o menos, entre ellos dos mujeres que conversaban de pie. Dos hombres estaban sentados contra la pared, con la mirada ausente. El resto estaba agrupado, sentados sobre el suelo cubierto de paja, bebiendo y charlando en voz baja.

En el nivel anterior solo había un carcelero de guardia. Los criminales merecían dos. Nuestro acompañante se dirigió a uno de ellos y le informó sobre la misión de *sir* John. El otro llamó a Dick Dillon dos veces en voz alta. Por fin, uno de los del grupo que nos daba la espalda se movió, se puso en pie con dificultad y se acercó tambaleándose.

Una estúpida sonrisa de triunfo se dibujó en sus facciones enjutas.

—Bueno —dijo—, si es el juez de instrucción, el juez de instrucción ciego, quiero decir. ¡Cuánto honor recibir la visita del magistrado en persona!

—Está borracho —señaló *sir* John.

—Eso es cosa mía y no suya. Ya pasé por su tribunal, y una vez basta. Así que si decido beber un poco de ginebra de la taberna de Newgate, tengo derecho a hacerlo y no es asunto suyo.

—Quizá pueda hacer que lo sea. Quizá pueda hacer que le quiten la ginebra.

—No es probable, no mientras tenga dinero con que pagar.

—También de eso podrían despojarle.

—Que lo intenten.

Dillon se irguió con cierto esfuerzo, y su estatura era considerable, enseñó los puños y emitió un ronco gruñido mientras miraba a uno y otro carcelero. Después se echó a reír.

—¿Carceleros?

—¿Sí, *sir* John? —respondieron los dos al unísono.

—Marchaos. Quiero hablar con el preso a solas.

Los dos hombres se miraron ceñudos. Uno de ellos se encogió de hombros. El otro, nuestro guía, se quitó el tricornio y se rascó la cabeza.

—Si hemos de hacerlo —dijo—, debo pedirle, *sir* John, que se separe la longitud de un brazo de los barrotes, porque le recuerdo que fue usted el que lo metió ahí dentro.

—No, carcelero —replicó *sir* John, retrocediendo como le pedían—, él mismo se metió, pero ahora tengo cosas que tratar con él y no han de ser del dominio público.

—Muy bien, *sir* John. —El carcelero parecía reacio a marcharse.

Sin embargo, ambos se alejaron a una distancia considerable. *Sir* John se volvió entonces hacia mí.

—¿Jeremy?

—¿Sí, señor?

—¿Se han ido? ¿Pueden oírnos?

—Yo diría que si habla usted tal como ahora, no podrán oírle.

—Bien, ahora tú también debes separarte de los barrotes, pues el suyo era un buen consejo.

Hice lo que me ordenaba. Dillon gruñó una vez más, y soltó una nueva carcajada.

—Hace bien en reír en su situación —dijo *sir* John.

—No soy tan mal tipo.

—Tal vez no, sin un machete en las manos. Al fin y al cabo, era la primera vez que lo arrestaban.

—¡Que me aspen si no lo era! Y aquel pequeño bastardo hijo de puta hizo trampas en las cartas, de lo contrario, no hubiera ido por él como lo hice. No lo maté, aunque se lo merecía.

—¿De modo que se considera injustamente encarcelado?

—Sí, en cierta forma, señor magistrado, sí.

—¿Aunque mintió cuando lo arrestaron?

Dillon se ofendió con la pregunta. Extendió los brazos por entre los barrotes, aferrando el aire, ya que no podía llegar hasta nosotros. Por fin se calmó y retiró sus fuertes y largos brazos.

—Dick Dillon no hace trampas en el juego, y no es un mentiroso —manifestó—. ¿No di mi nombre auténtico y el lugar en el que vivía?

—Cierto —dijo *sir* John apaciblemente—, pero en el informe del arresto dijo usted que no tenía empleo.

—¡Y no lo tengo! O no lo tenía.

—¿Qué relación tenía entonces con lord Richard Goodhope?

Hubo una pausa, un silencio de Dillon, cuando apenas un momento antes su conversación era de lo más animada. Cuando por fin Dillon habló, parecía escoger las palabras con tanto cuidado como le permitía su cerebro embrutecido por la ginebra.

—Fui su lacayo —contestó—. Yo me encargaba de mover los bultos más pesados —añadió orgullosamente.

—Puede que así sea —dijo *sir* John—, pero ¿cuándo fue la última vez que le pagó?

Tras esta pregunta, Dillon pareció volverse más taciturno. Había mucho que aprender en su rostro, que pasó de expresar defensa, a la suspicacia y luego a la hostilidad.

—Sí, señor magistrado, ya veo a dónde quiere ir a parar. Y no me atrapará. No, Dick Dillon no caerá en la trampa.

—Dejó usted el empleo de un modo inesperado —prosiguió *sir* John, persistiendo en la línea de su interrogatorio—. ¿Por qué razón?

—Intenta usted sonsacarme gratis lo que solo le venderé muy caro. Ya hablamos de esto en el tribunal. Quiero que me deporten. Tengo información de interés para el señor magistrado. Pero no me chivaré, ni le contaré nada a usted ni a cualquier otro a menos que me prometan la deportación en firme.

—La vida en las plantaciones puede ser muy dura —le advirtió *sir* John.

—Me arriesgaré, sí señor. Prefiero eso a lo otro.

—Como cualquier hombre —convino *sir* John—, pero escúcheme, Dillon, porque su vida puede depender de ello. Ningún magistrado puede garantizar que se seguirán sus recomendaciones; sin embargo, he recomendado clemencia en el pasado y jamás lo han pasado por alto. Le prometo, Dick Dillon, que yo, John Fielding, magistrado del juzgado de Bow Street, recomendaré la deportación en lugar de la horca a lord Mansfield, juez supremo del tribunal del rey, si a cambio usted me suministra información con respecto a la muerte de lord Goodhope. ¿Qué dice a eso?

—¿Que qué digo? ¿Puede ponerlo por escrito?

—No hay necesidad. Mi palabra es mi garantía —repuso *sir* John—. Pero debo añadir algo a lo dicho, y es esto: su información, sea cual sea, habrá de dármela ahora, pues la investigación continúa deprisa y puede que concluya pronto. Eso espero. Si lo que usted tiene que ofrecer llega tarde, digamos, en el momento en que tuviera que ser juzgado por el tribunal del rey, entonces no tendríamos necesidad de ello ni yo tendría por qué hacer recomendación alguna. ¿Ha quedado claro?

—Sí —dijo Dillon, lanzando una mirada de ira a *sir* John—. Sí, muy claro.

—Solo tengo una pregunta más que hacerle antes de proseguir. ¿Esa información de la que dispone le involucra a usted en el asesinato? Pues de ser así, debo decir en justicia que no podré ayudarle. ¿Ve? Yo juego limpio. Le he explicado los límites de mi poder. ¿Qué dice ahora?

—No me involucré en ningún asesinato. Jamás he cometido un crimen.

—Bien —dijo *sir* John—. Entonces, puede empezar.

A estas palabras siguió un largo silencio durante el cual Dillon luchó consigo mismo y contra quién sabe qué adversario. De nuevo el conflicto se manifestó claramente en su rostro, pero vi en él lo que no había visto antes: cierto miedo, extraño en un hombre tan fuerte y corpulento. Parecía a punto de ceder, pero en el último momento negó con la cabeza.

—*Sir* John, ahora tengo la mente nublada por la bebida. Su oferta es justa, lo reconozco, pero necesito tiempo para pensármelo cuando esté sobrio. ¿Me concederá ese tiempo?

—¿Qué le hace actuar así? ¿A qué tiene miedo?

Dillon miró a un lado y otro como si sopesara las posibilidades.

—Dick Dillon no le tiene miedo a nada —dijo, pasando a hablar en susurros—. Solo necesita tiempo para pensar.

—Le daré tiempo —dijo *sir* John, tras suspirar bruscamente, sin disimular su fastidio—, pero solo el resto del día y la noche de hoy. Por la mañana enviaré dos alguaciles para que lo lleven a Bow Street. Hablaremos en mi despacho. Será mejor que venga preparado para hablar. Cuando haya prestado declaración, sea esta cual sea, lo trasladarán a la prisión Fleet. —Tras estas palabras, llamó—: ¡Carcelero! Estamos listos.

Dillon contempló nuestra partida sin decir nada más, con los párpados tan pesados como los de alguien dormido, pero no obstante alerta. Aunque había asegurado estar borracho, en aquel momento parecía sobrio.

El carcelero que nos había llevado hasta allí nos condujo de vuelta, deteniéndose en las escaleras para volver a encender la vela. Para el descenso, yo me situé detrás de él y noté la fuerte mano de *sir* John sobre mi hombro. Nosotros dos no dijimos nada, pero el carcelero se mostró tan parlanchín como antes.

—Es un caso difícil. ¿Cómo se llama? —Hizo una pausa, pero al no obtener respuesta, continuó—. Ah, sí, Dillon, Dick Dillon. Lo recuerdo de la lista en que lo han buscado. Es un matón que intimida a los otros que están con él. Les quita el dinero a los hombres y abusa de las mujeres del modo más vergonzoso. Es su tamaño el que le permite hacerlo. Ahí dentro están todos contra él.

Sobre ese punto, me dije que Dillon parecía beber alegremente con los demás hombres de arriba. O tal vez no. Tal vez era tal como lo había contado el carcelero.

—No creo que le haya sacado usted mucho. Está convencido de que podrá tumbar al verdugo. Vigile ahora por dónde pisa, *sir* John. Estamos llegando al final de las escaleras.

Una vez en el piso inferior, el carcelero apagó la vela.

El clamor de los delincuentes comunes no se acercó siquiera al que habían provocado antes. En cualquier caso, habiéndome asustado una vez, yo estaba mejor preparado y caminé con paso firme hacia la salida, pero el hedor era tan horrible como antes. Mis esfuerzos por respirar superficialmente no me *sir*vieron de nada. Hasta que no salimos al aire libre del patio, no pude llenar los pulmones sin ensuciarlos.

El carcelero nos acompañó hasta la verja sin empeñarse de nuevo en trabar conversación.

—Le dejaré aquí, *sir* John. Se acerca el portero, y veo un coche de punto aparcado en la calle —dijo.

—¿Podría decirme su nombre? —preguntó *sir* John.

—¿Mi nombre? Bueno… —La pregunta le puso algo nervioso. Por un momento pareció haber olvidado la respuesta—. Bueno… me llamo Jack Wilson, y ha sido un placer servirle, *sir* John.

—Le agradezco las molestias, señor Wilson, adiós.

Tras esperar a que Wilson se alejara, *sir* John me susurró:

—No me gusta ese individuo.

El portero le dio motivos para ese desagrado.

Pese a estar mugriento y despeinado, el portero era un hombre muy atento, que nos saludó del modo más cordial, preguntándonos si nuestra visita había valido la pena.

—Más o menos —respondió *sir* John—. Más o menos.

—Bueno, espero que a usted le haya servido —dijo él, metiendo la llave en la cerradura.

Cuando abrió la verja y nos dispusimos a salir, *sir* John se detuvo y se volvió hacia él como si hubiera tenido una idea repentina.

—Se me ha ocurrido que podría preguntar por el carcelero que nos ha hecho de guía. Ha sido muy servicial. ¿Cómo se llama? Me gustaría recomendarlo al director de Newgate.

—¿Ese que le ha guiado? Pues era John Larkin, sí señor.

—Gracias, portero. Pero no se lo diga a él. Puede que pase bastante tiempo hasta que me ocupe de ese asunto. ¿Y usted se llama?

—¡Josiah Blackwood, para servirle!

—Gracias, y buenos días.

Captando entonces el olor a caballo, *sir* John me condujo hasta el coche de punto para iniciar el largo viaje de vuelta a Bow Street que transcurrió en silencio en su mayor parte. *Sir* John se retrajo como era costumbre en él, y aunque yo tenía muchas preguntas sobre Newgate y la conducta de Dick Dillon, me las guardé, pensando que era mejor darle tiempo para reflexionar. Una de ellas, empero, no dejaba de aguijonearme, y cuando estábamos a punto de llegar a nuestro destino y, por tanto, no nos quedaba mucho tiempo a solas, ardía en deseos de formularla. Finalmente lo hice cuando ya temamos el Covent Garden a la vista.

—*Sir* John —dije—, ¿por qué le ha dado un nombre falso?

El magistrado salió de sus profundas meditaciones para prestarme atención casi con reticencia.

—¿Qué dices, muchacho? ¿Cuál era tu pregunta?

—El carcelero dijo que se llamaba Wilson. El portero dijo que Larkin. El carcelero mintió. ¿Por qué?

—Ah, sí, eso —repuso él con un suspiro—. Bueno no lo habría hecho si no tuviera un propósito en mente. Eso es completamente seguro. Dillon parece tener una gran confianza en su propia fuerza. Dios quiera que sea suficiente.

Aunque su respuesta me dejó perplejo, no seguí interrogándole. De haber querido contarme algo más, me dije, lo habría hecho.

Nos apeamos en el número 4 de Bow Street y nos dirigimos al despacho de *sir* John, pero al llegar me dijo:

—Ve a buscar al señor Marsden, y tráemelo. Luego espera por aquí, pues tengo un mensaje que has de entregar.

Encontré al escribano del juzgado sorbiendo un platillo de té con Thomas Baker,

el alguacil que había ocupado el puesto de Bailey como capitán de los Vigilantes de Bow Street. Departían alegremente, sin duda por alguna broma de Marsden, un hombre de mucho ingenio. No obstante, ninguno de los dos se lo tomó a mal cuando interrumpí su diversión para transmitir el recado de *sir* John.

—¿Tienes idea de qué puede tratarse? —preguntó Marsden, mientras caminábamos hacia el despacho del magistrado.

—No, señor, solo sé que me ha pedido que espere para darme un mensaje que he de entregar.

—Ah, entonces es que tendré que hacer una vez más de escriba de Salomón.

Yo, que entonces conocía poco o nada la Biblia, no comprendí la referencia. No obstante, puedo asegurar al lector que, si bien el comentario podía llevar consigo cierta ironía, no era en absoluto irrespetuoso.

Aguardé fuera durante un breve lapso de tiempo hasta que el señor Marsden abrió la puerta y me pidió que entrara. También a él volvió a llamarlo *sir* John. Me detuve en el umbral para esperar y oí la siguiente conversación entre ellos:

—Señor Marsden —decía *sir* John—, ¿recuerda a aquel tal Sayer que prestó falso testimonio contra el joven Jeremy Proctor hace unos días?

—Ciertamente, señor.

—Si no recuerdo mal, el tribunal saqueó su bolsa para saldar la deuda de una mujer llamada Caulfield.

—También lo recuerdo.

*Sir* John metió la mano en el bolsillo de su casaca y sacó unas monedas. Eligiéndolas con cuidado por el tacto, separó unas cuantas del resto y se las tendió al escribano.

—Fue una falta de consideración. Quiero que devuelva usted estos tres chelines a su bolsa y que la guarde hasta mañana. Entonces enviaré dos alguaciles a buscar a un preso de Newgate. Usted dígales que entreguen la bolsa con el dinero a Sayer. Ojo, ha de entregarse directamente a él; que no se lo confíen a ningún carcelero. Acabo de regresar de esa casa de los horrores, lo que me ha recordado de nuevo que los que allí viven necesitan desesperadamente cuantos recursos puedan asistirles.

—Así se hará, *sir* John.

—Bien. Ahora que entre Jeremy.

Cuando se fue Marsden, entré y hallé a *sir* John de pie tras su mesa. Me tendió un sobre con su sello.

—Jeremy, quiero que entregues esta nota a Mary Deemey en su tienda de Chandos Street. Hay espacio suficiente al pie del mensaje para que escriba su respuesta. Eso es lo que debe hacer. Tú esperarás y me la traerás enseguida. ¿Has comprendido?

—Perfectamente —repliqué.

—Si es necesario, habrás de hacerle notar la gravedad del asunto. Dile que se trata de una investigación oficial y que no toleraré prevaricación ni retraso alguno.

Cítame textualmente.

Luego me explicó cómo llegar a Chandos Street, pero afirmó que una vez allí tendría que hallar la tienda por mis propios medios.

—Fíjate y verás el cartel de la tienda —dijo—. Pregunta, si es necesario.

A la postre, no tuve necesidad de preguntar a nadie, ni para ampliar las instrucciones de *sir* John ni para localizar el negocio de Mary Deemey. En cuanto enfilé la calle, distinguí un rótulo que ostentaba el nombre de Deemey y, debajo, una frase en pretendido francés: «Modes Elegantes». Crucé la calle, esquivando un carro y traspasando de un salto el habitual montón de estiércol de caballo. (En aquella época nuestras calles londinenses no estaban tan limpias como ahora). Hice ademán de llamar a la puerta, pero me lo pensé mejor y me introduje audazmente en el interior.

Allí me salió al encuentro una francesa, o al menos una mujer que me saludó en francés.

—*Bonjour, jeune homme* —dijo—. ¿En qué puedo servirte?

Pensé que su inglés estaba demasiado subordinado a su lengua materna, y así, sintiéndome aún audaz, derramé sobre ella un auténtico torrente en francés; primero un cortés saludo aprendido de mi padre, luego una pregunta interesándome por su salud, tal como él me había dicho que preferían los franceses antes de entrar a tratar asuntos de negocios. Aguardé su respuesta.

Sin embargo, todo lo que me dirigió fue una mirada de desconcierto y, luego:

—*Comment? En anglais, s'il vous plaît.*

Sentí un gran pesar al oír estas palabras, creyendo que mi acento era tan malo que resultaba incomprensible. Tenía razones para sospechar que el de mi padre era imperfecto. Durante la velada en la que nos visitó el caballero francés con el que mi padre había mantenido correspondencia, su conversación se inició en francés, pero tras parecida expresión de asombro, había continuado el resto de la noche en inglés.

Humillado así, procuré salvar mi orgullo gracias al carácter oficial de mi recado. Declaré en voz alta y agitando el documento en cuestión, que tenía en la mano un comunicado oficial de *sir* John Fielding del juzgado de Bow Street para la señorita Mary Deemey.

—Dámelo —dijo la mujer—. Yo me encargaré de que lo reciba.

—No —repuse, reteniendo la carta—, debo entregársela en mano y esperar respuesta.

La mujer me miró desconcertada y luego me dijo en perfecto inglés:

—Dámela, entonces, pues Mary Deemey es mi nombre.

—Pero… —balbuceé—, pero si era francesa hace un momento.

—Eso es para los clientes, y tú no eres uno de ellos. Así que entrégame la carta, muchacho.

—¿Cómo sé que es quien dice ser? —repliqué, reteniendo aún la carta.

—Porque yo lo digo.

—Que alguien la identifique, pues ya me ha engañado una vez.

En respuesta, la mujer dejó escapar un suspiro y llamó:

—¡Katy! ¡Margaret! ¡Beth!

—¿Sí, señorita? —respondieron con voces discordantes desde detrás de una cortina al fondo de la tienda.

—Que salga una de vosotras.

Tras una pequeña demora, se asomó una chica de dieciséis o diecisiete años por la cortina. Me miró con curiosidad y luego a la mujer que la había llamado.

—¿Sí, *madame*? —dijo.

—¿Quién soy yo?

—¿Quién es? —repitió ella—. Eh… ¿*Madame* Claudette?

—No, estúpida, quién soy de verdad. Tienes que identificarme para este descarado chico.

La joven volvió a mirarme. No parecía estúpida, sino más bien exhausta y corta de vista.

—Es la señora Mary Deemey —me dijo. Luego añadió a su patrona—: ¿Eso es todo, *madame*?

—Sí. Vuelve al trabajo, Beth.

La chica desapareció mientras yo tendía la carta a la señora Deemey con una pequeña floritura. Al cogerla, no mostró especial asombro por el sello que la cerraba, sino que la rasgó y se apresuró a leer su contenido.

Justo entonces, mientras yo paseaba la mirada por los grabados de elegantes ropas femeninas y me fijaba en los dos vestidos que ostentaban sendos maniquíes sin cabeza a ambos lados del mostrador, las cortinas que antes separara apenas la modistilla, se abrieron de golpe y apareció la señorita Lucy Kilbourne, una vez más en camisa. Por mi experiencia hasta aquel momento, era su manera de vestir favorita.

—Ah —dijo—, ¡pero si es mi galante joven de anoche! Tu amo no nos presentó debidamente, aunque fuiste de gran ayuda. ¿Cómo te llamas, jovencito?

Vacilé. Conocía su poder tras haberme dejado seducir por ella una vez. Sin embargo, también eso parecía saberlo, pues me dedicó una lenta y lánguida sonrisa que derritió completamente mi resistencia.

—Jeremy. Jeremy Proctor, señora.

—Un bonito nombre, y educadamente presentado, además.

Dio un paso hacia mí, extendiendo la mano como si quisiera que se la estrechara o que le diera un beso; yo no tenía la menor idea de qué era lo más apropiado. Pero entonces, dándome a entender que se había dado cuenta por primera vez de su aspecto, retiró la mano, retrocedió y cruzó los brazos recatadamente sobre los hombros.

—Tienes que perdonarme —dijo—. No me había dado cuenta de que iba desvestida. Por favor, no creas que es una costumbre mía. —Luego se volvió hacia la propietaria de la tienda y dijo con dulzura—: Mary, ¿podrías venir para señalar los

ajustes de mi nuevo vestido?

La señora Deemey le mostró la carta de *sir* John.

—Pero tengo que…

—Ahora, Mary.

Con un suspiro y lanzándome una mirada de inquietud, la señora Deemey asintió y se apresuró a seguir a la señorita Kilbourne al otro lado de las cortinas. Me fijé en que llevaba consigo la carta de *sir* John.

Así pues, allí estaba yo, solo con dos maniquíes muy bien vestidos, pero sin cabeza, como toda compañía. Las láminas de la tienda despertaban escaso interés en mí y así, sin pretenderlo en realidad, me fui acercando hacia la cortina que la señora Deemey había cerrado tras de sí. Cuando más me acercaba, más oía los susurros del otro lado. No entendía lo que decían, salvo alguna palabra suelta, hasta que oí claramente la voz apremiante de Lucy Kilbourne, preguntando: «¿Quién te paga, Mary?», a lo que la señora Deemey respondió con un murmullo malhumorado. La señorita Kilbourne persistió en sus siseos y susurros y, por fin, se produjo un largo silencio.

Me retiré entonces a mi anterior posición y fingí interés por las láminas de modas. No tuve que esperar mucho, porque la señora Deemey reapareció al poco, agitando la carta. Vi que había escrito unas cuantas líneas de respuesta al pie. Se apresuró a darme la carta.

—Aquí tienes lo que querías —dijo—. Ya puedes marcharte.

—*Sir* John Fielding —dije sin moverme— me ha pedido que le dijera que se trata de una investigación oficial y que no tolerará prevaricación alguna.

—¿Pretendes asustarme, jovencito? —repuso con una mirada penetrante.

—No; me limito a repetir las palabras de *sir* John. En realidad me ha dicho que no tolerará prevaricación ni retraso alguno, pero ha escrito usted su respuesta tan deprisa…

Con expresión resuelta, la mujer me señaló la puerta con la cabeza.

—Vete —dijo.

Abandoné, pues, la tienda de Mary Deemey, contento de marcharme sano y salvo. Eché a correr en dirección al número 4 de Bow Street, pero al llegar descubrí que había sesión del tribunal. ¿Qué hacer? No deseaba regresar a la vivienda, que tan impregnada estaba de los silencios de *lady* Fielding y los suspiros de la señora Gredge, así que entré por la puerta lateral, pasé de largo por la habitación que hacía de calabozo y donde dos vigilantes estaban sentados con un número igual de reos encadenados, y me senté en el banco que había junto a la puerta del despacho de *sir* John.

Allí permanecería hasta que apareciera el magistrado, por larga que fuera la espera. Deseé tener conmigo uno de los libros de mi buhardilla, de los que solo había leído dos, pero a falta de lectura, acabé meditando sobre el asunto más acuciante, que era, por supuesto, la investigación sobre la muerte de lord Goodhope.

He hecho referencia anteriormente a ciertas notas infantiles que tomé sobre la marcha. En realidad llevaba una especie de diario en el que solo escribía sobre los progresos de la investigación. No tengo dificultad alguna en leerlo aún hoy, pues mi letra, ya a los trece años, era buena y legible. Sin embargo, en su mayor parte, es un testimonio no tanto del progreso de la investigación como de mi perplejidad. Había anotado la precisa descripción que el señor Bailey hizo de la herida en la cabeza de lord Goodhope. Pero debajo solo encontré esta anotación: «¡Manos limpias!». Sin duda me había superado la modestia, pues bien podía haber argumentado que mi ignorante observación sobre el estado de las manos del noble había sido mi única contribución a todo al caso.

Había otras anotaciones, pero la mayoría en forma de pregunta: «señor Donnelly… ¿veneno?», y «¿Un túnel? ¿Ese lugar en la callejuela?». A estas les seguía un relato de mi hallazgo de la entrada clandestina de la biblioteca con Ebenezer Tepper, etcétera. De modo que había guardado un registro general en papel y otro más detallado en mi cabeza. Había dos preguntas que aún no figuraban en mis notas. La primera tenía que ver con nuestra visita a Newgate. ¿Qué información quería sacar *sir* John a Dick Dillon, que mereciera tanto la pena como para estar dispuesto a hacer lo que en su discurso desde el estrado había asegurado que no haría, es decir, recomendar clemencia para quien había intentado matar a un agente de la ley? ¿Y por qué no se había apresurado Dick Dillon a aceptar la oferta de *sir* John? ¿Qué temía, o qué tenía que negociar?

En cuanto a la segunda pregunta, tenía que ver con el recado que acababa de realizar para *sir* John. Y aquí, lector, me sonrojo al confesar que, sentado en aquel banco junto al despacho del magistrado, hice sin ser visto lo que jamás hubiera hecho delante de testigos. Saqué la carta de *sir* John a la señora Deemey de mi bolsillo y, dado que el sello ya estaba roto, leí su contenido. La carta planteaba preguntas con respecto al vestido de viuda con el que había ayudado yo a Lucy Kilbourne la noche anterior: ¿Cuándo lo había encargado la señorita Kilbourne y se lo había probado para hacer los arreglos? ¿Cuándo se lo habían entregado? Al pie de la página, la señora Deemey había garabateado lo siguiente: «El mencionado vestido se encargó y se entregó el año pasado en invierno. Lo recuerdo bien, pues se cortó y cosió con grandes prisas debido a la súbita muerte de su padre. Algunas piezas aún seguían cogidas con alfileres e hilvanadas cuando asistió al funeral». Terminaba con la firma, apenas legible.

En este caso, no me hallaba tan desconcertado como en lo concerniente a Dick Dillon. Después de todo, incluso para mí era evidente que, de haber encargado la señorita Kilbourne su vestido de luto recientemente, pero un poco antes de la muerte de lord Goodhope, sería un indicio de que tenía un conocimiento previo de la misma, y dado que se trataba de un asesinato, sin duda ese conocimiento la hubiera convertido en cómplice del mismo. La respuesta de la señora Deemey, empero, daba al traste con esa teoría. Sin embargo, la respuesta se había escrito en presencia de

Lucy Kilbourne, y tal vez aquellos enérgicos susurros significaran que también la había dictado ella.

Cuando la señorita Kilbourne entró como elemento en mis razonamientos, acudió también a mi mente su imagen. ¿Cómo podía una mujer de tan extraordinaria belleza verse envuelta en asuntos tan viles? Me regodeé un tanto en aquella imagen, recordando no solo su rostro y la expresión vivaracha y maliciosa de sus finas facciones, sino también, lo reconozco, sus hombros desnudos y el gesto recatado con que se los había cubierto. ¡Ah, mujeres! ¡Qué contradicciones exhibe el bello sexo! ¡Y cuánta materia para la contemplación!

Ocupado como estaba con mis fantasías, no vi al señor Donnelly en un principio. Era evidente que había recorrido el pasillo sin que yo me diera cuenta y se hallaba ya ante mí, aclarándose la garganta para llamar mi atención.

Me puse en pie de un brinco e intenté saludarle correctamente.

—¡Señor Donnelly! ¡Buenos días! Perdóneme, pues no…

Él desechó mi inquietud con un ademán.

—¿Soñando despierto? Todos lo hacemos de vez en cuando. Me temo que los irlandeses somos más aficionados a esa práctica que la mayoría.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

—Sí, Jeremy. —Sacó un documento sellado del bolsillo de su casaca. Era muy parecido al que yo había entregado a la señora Deemey, solo que más grueso, de dos o tres hojas—. Lo que tengo aquí es un informe sobre la identificación del cadáver por parte de *lady* Goodhope, que ha sido positiva. He redactado esta identificación por escrito en su nombre y ella la ha firmado; yo he sido testigo. Con esto *sir* John se dará sin duda por satisfecho. Además, he incluido algunas observaciones mías sobre el estado del cuerpo con respecto a mi anterior informe, todo ello en interés de la mayor exactitud posible. —Me tendió el documento y yo lo cogí—. Te lo confío para que se lo entregues a *sir* John en mano —me dijo con seriedad.

—Así lo haré —le aseguré.

—Estoy seguro —dijo, pero no se fue, reacio quizá a dirigirse a su siguiente destino, o tan ansioso de compañía en esta gran ciudad que estaba dispuesto a trabar conversación con un chico de trece años, unos minutos al menos.

—Ha sido —me dijo—, una dura prueba para *lady* Goodhope.

—Oh, claro. La cabeza, cuando la vi, estaba horrible. Pero sin duda el arte del embalsamador la habrá mejorado mucho.

—No han hecho tanto como prometieron. Han conseguido cerrarle el ojo, pero la nariz seguía siendo una masa informe, y el rostro aún estaba ennegrecido por la descarga de pólvora. No, podrían haberse esmerado más, estoy convencido. Después de tantos años como cirujano en la marina, yo me he acostumbrado a tales visiones, pero ella, *lady* Goodhope, quiero decir, jamás había visto nada igual; ¡y luego que te digan que esa cara como un budín de Navidad es la de tu marido! ¡Bueno, no me extraña que se le saltaran las lágrimas!

—Me he fijado en que es corta de vista. ¿Le ha creado eso mayores dificultades?

—Muy observador, Jeremy. Sí, lo ha hecho más duro aún. Cuando le he explicado la necesidad de identificar el cadáver, se ha aplicado con gran diligencia a su deber. Ha acercado la cara todo lo posible y ha observado al cadáver hasta donde ha sido capaz.

—¿Hasta donde ha sido capaz?

—Sí —suspiró—. Verás, el cadáver ha empezado a apestar un poco. No te imaginas cómo va a oler cuando llegue a Lancashire. En cualquier caso, no ha sido una experiencia agradable para ella.

—Me lo imagino.

—¿Qué piensas de ella?

—¿Señor?

—¿Qué piensas de *lady* Goodhope?

La pregunta me sorprendió. Ahora que escribo estas líneas, me parece una pregunta absolutamente extravagante para un chico de mi edad y con tan poca experiencia del mundo. La atribuyo a esa sensación de aislamiento que parecía padecer Donnelly en la ciudad. De no haber hallado un hogar temporal en casa de *sir* John, seguramente también yo me hubiera sentido igual de solo, o incluso peor.

No obstante, intenté responder.

—Bueno, ella… parece una mujer fuerte. Ha soportado bien las adversidades. Pero *sir* John…

—Sí, ¿qué dice él?

—Cree que es obstinada.

El señor Donnelly rio.

—Sí —comentó, riendo aún—, podría decirse que lo es. ¡Desde luego que sí! —Después se calmó y continuó en serio—: Pero al mismo tiempo, como muchas mujeres de su rango (o eso he oído), es absolutamente incapaz en cuestiones prácticas. No porque le falte capacidad, sino porque no le interesan. Lo que no le interesa no parece existir para ella. En la reunión a la que voy a asistir en su representación, hablaré de su futuro en libras y peniques con el señor Martínez y el procurador, Blythe. Sin embargo, ella no podía tomarse la molestia de asistir. O quizá la haya malinterpretado. Puede que sea una especie de miedo a quedar mal lo que la impulse a no ir.

Hizo una pausa, se sacó el reloj del bolsillo de sus calzones y lo consultó asintiendo con la cabeza.

—Lo que pensaba —dijo—. Es hora de que me vaya al despacho del procurador. —Me dedicó un saludo con la cabeza, apretándome el hombro—. Ha sido un placer hablar contigo, Jeremy. Espero que volvamos a vernos pronto.

Dio media vuelta y se alejó rápidamente por el pasillo. Andaba con paso rápido y seguro de sí mismo. Yo sabía por experiencia propia lo difícil que era mantener su ritmo cuando tenía prisa.

Volviendo a sentarme en el banco, me dije que él había llevado todo el peso de la conversación y, sin embargo, me había tratado en todo momento como a un adulto. Eso era lo que más me complacía.

Poco después, apareció *sir* John. Llegó caminando tranquilamente por el largo pasillo, primero en compañía del señor Marsden, luego intercambiando unas frases con el señor Baker de los Vigilantes, y por fin llegó a su despacho. Notó mi presencia antes de que yo me anunciara.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Soy yo, Jeremy.

—Ah, sí —dijo—, claro, la respuesta de la señora Deemey. Entra conmigo y me la lees.

Dio unos golpecitos en la puerta de su despacho, halló el picaporte tras tantearla brevemente y me condujo al interior. Se sentó en la silla que había tras su mesa y se inclinó hacia mí expectante.

—Bien —dijo—. ¿Qué tenía la señora Deemey que decir?

—¿Quiere que lo lea en voz alta?

—Por supuesto.

—¿La carta de usted a ella también?

—No, no, ya sé lo que he puesto en ella.

Así pues le leí la respuesta palabra por palabra tal como la he citado antes, y noté inmediatamente el cambio en su rostro, que pasó a la decepción apenas disimulada.

—Ah, bueno —dijo—, tal vez otra avenida nos lleve a donde deseamos ir.

—Pero, *sir* John, creo que no debería confiar demasiado en lo que dice aquí.

—¿Oh? Cuéntame por qué.

Le relaté la escena en la tienda, y los vehementes susurros que siguieron en la trastienda. Él me escuchó con vivo interés.

—¿Y dices que cuando regresó ya tenía la respuesta escrita?

—Exacto.

—¿Le transmitiste mi aviso sobre la prevaricación o la demora?

—Sí, señor, pero no hasta después de que me hubiera entregado su respuesta. No tuve tiempo antes.

—Te ha dejado con la palabra en la boca, ¿eh?

—Sí, cuando la señorita Kilbourne ha exigido su presencia.

—¿Exigido, dices, no solicitado?

Reflexioné un momento antes de contestar.

—Yo diría que la exigencia estaba en su tono de voz.

A esto replicó con una especie de gruñido y luego calló. Meditaba sobre este asunto, y quizá también sobre otros, mientras yo permanecía de pie ante él esperando a que me dijera que podía marcharme. Entonces recordé los documentos sellados que me diera Donnelly.

—*Sir* John —dije—, también tengo unos documentos que me ha dado el señor

Donnelly para que se los entregue a usted en mano.

—Olvídate de mi mano, muchacho. Dáselos a mi oído. Léelos, por favor.

Rompí el sello y procedí a la lectura. Era, tal como lo había descrito Donnelly, una declaración bastante corta y directa que había encabezado como «Certificado de Identificación». Leí el título y, apenas había empezado con el contenido, que solo tenía un párrafo de extensión, cuando me distrajo un barullo en el exterior, el sonido de voces riñendo.

—¡Señora, no puede entrar!

—¡Entraré, por Dios que entraré!

—Debe usted pedir una cita para ver al magistrado. —Esta voz inconfundible pertenecía al señor Marsden.

Intenté reanudar la lectura interrumpida, pero la pelea continuaba: la exigencia de que Marsden se apartara; la amenaza de que llamaría a un alguacil por parte del escribano. Finalmente *sir* John me hizo callar con un ademán.

—Jeremy —dijo—, ve a ver qué es todo ese alboroto, ¿quieres?

Me dirigí a la puerta y la abrí con cautela. Al principio no vi más que la espalda del señor Marsden que intentaba bloquear la entrada con su cuerpo. Luego, por encima de su hombro, apareció el rostro de la señora Deemey, encarnado por la agitación. Me había visto.

—¡Él me conoce! ¡El chico me conoce! —gritó a voz en cuello—. Sabe para qué he venido.

Cerré la puerta rápidamente.

—¿Qué ocurre, Jeremy? ¿Quién es?

—Es esa mujer, la modista, la señora Deemey.

—Ah, ¿así que ahora viene, eh? Bien, abre la puerta y que pase. —Una sonrisa de expectación se dibujó en su cara.

Abrí la puerta y *sir* John indicó al señor Marsden que dejara pasar a la mujer. Lanzándome una mirada perpleja y desdichada por encima del hombro, el señor Marsden se apartó a regañadientes, y Mary Deemey pasó junto a nosotros como una exhalación.

Sus faldas apenas se habían aposentado, cuando se dirigió al magistrado.

—Le pido mil perdones por la interrupción, *sir* John, señor, pero soy Mary Deemey, y he venido para responder correctamente a su amable carta.

—Siéntese, señora Deemey, por favor.

—Gracias —dijo ella, faltándole el aliento—, pero primero tengo que pedir disculpas a este jovencito que envió usted a mi establecimiento. He sido grosera con él, pero solo porque estaba nerviosa por lo que me habían obligado a hacer, como ahora explicaré.

—Jeremy, ¿aceptas sus disculpas?

—Oh, sí, claro.

—Bien —dijo el magistrado—. Ahora ven aquí y pon esos documentos del señor

Donnelly sobre mi mesa, si no te importa.

Hice lo que me pedía.

—Eso es todo, Jeremy.

—Pero… *sir* John, pensaba que yo podía…

—Eso es todo. Gracias, y cierra la puerta al salir.

Qué vergonzoso me pareció ser tratado como un chico de trece años.

# IX

## En el que un pirata relata su historia

Esa noche, por primera vez desde que llegara yo a su casa, *sir* John cenó solo en el pequeño comedor contiguo a la cocina. Aparte del trozo de cordero que habíamos compartido unas noches antes, no le había visto comer nada más que el desayuno de pan con mantequilla. Aun así, su peso no había disminuido, seguía siendo tan corpulento como siempre, y, cuando estaba seguro del terreno que pisaba, se movía con un paso que ningún joven podía igualar, salvo quizá el señor Donnelly. El ayuno tampoco había entorpecido su cerebro, como se verá.

La señora Gredge convirtió la cena en una ocasión especial, preparando dos chuletas de buey de gran tamaño, que le *sir*vió con albardilla y grasa. Entraba y salía continuamente, *sir*viendo clarete cuando se lo pedía, y tras la comida le llevó una botella de oporto, pues le pareció que facilitaría la digestión.

*Sir* John parecía querer estar solo, y lo había estado desde que volviera de hablar con Mary Deemey. Todo lo que me dijo de su conversación fue que yo había atemorizado a la mujer. Dado que me lo dijo a modo de felicitación, lo acepté dándole las gracias y esperé oír más, lo que resultó en vano, pues nada más se dijo con respecto a Mary Deemey esa noche. *Sir* John expresó su deseo de cenar a solas y se marchó inmediatamente al comedor. Allí se sentó en medio de la oscuridad, que para él era siempre igual, hasta que la señora Gredge llevó una vela que le permitiera ver para servir. Yo lo entreveía desde mi asiento en la cocina cuando la señora Gredge entraba y salía del comedor portando una cosa u otra.

Todo esto era posible porque *lady* Fielding dormía. Yo no sabía cuándo le había administrado la señora Gredge la última dosis de la pócima del señor Donnelly, pero debió de ser potente, pues no se había oído un solo sonido en el dormitorio desde la llegada de *sir* John, ni tampoco desde la mía, casi una hora antes. Cada vez que vislumbraba a *sir* John en el comedor, parecía ensimismado. No supe entonces, ni sabría decirlo ahora, si el objeto de sus meditaciones era la enfermedad mortal de su esposa, la muerte de lord Goodhope, o algún otro asunto. Solo sé que estaba muy concentrado y que no quería que lo interrumpiera.

Sin embargo, cuando llegó, celebró la interrupción de Benjamín Bailey, al contrario que la señora Gredge. El capitán de los Vigilantes de Bow Street subió por la escalera de atrás hasta la cocina, como era su costumbre. Sus pasos resonaban pesadamente en los escalones, de modo que le oímos llegar mucho antes de que llamara a la puerta. La señora Gredge me lanzó una mirada suspicaz, como si fuera yo el causante del alboroto, pero se dirigió a la puerta y preguntó quién era sin abrirla.

—Soy yo, Benjamín Bailey —dijo la voz de detrás de la puerta—, y le agradecería que me abriera.

La señora Gredge lo hizo a regañadientes, aunque solo lo justo para verlo. El señor Bailey tenía mal aspecto.

—Tengo que presentar un informe a *sir* John —manifestó.

—No será esta noche —chilló ella—. Está usted borracho, eso es lo que está. Apostaría a que ha estado empinando el codo con ginebra.

—No he bebido ni una gota de ginebra.

—¿No? —La señora Gredge parecía incrédula.

—No —repitió él—. Ha sido ron. Había olvidado su sabor, así como su fuerza.

*Sir* John apareció en la puerta del comedor.

—Déjele pasar —ordenó a la señora Gredge—, pues sobrio o borracho he de oír su informe.

—Gracias, *sir* John —dijo Bailey—. Algunos necesitan que los convenzan, pero me alegro de ver que no es usted uno de ellos.

Intentó hacer una entrada digna, pero se tambaleó, lo que arruinó el efecto buscado. Aun así, cuando pasó junto a mí, inclinó la cabeza torpemente y me saludó.

—Joven Jeremy.

Recordé entonces mis modales, me puse en pie y le saludé como es debido.

—Subamos a mi estudio —dijo *sir* John—, si le parece, señor Bailey. Pero debo pedirle que no haga ruido al pisar cuando pase por la puerta al final de las escaleras, pues ahí duerme mi esposa.

Bailey no dijo nada, pero se llevó un dedo a los labios a modo de asentimiento, como si *sir* John pudiera verle. Sin embargo, pisó en falso en el segundo escalón y cayó aparatosamente. No obstante, con *sir* John a la cabeza, subieron por fin y desaparecieron.

La señora Gredge me miró con severidad.

—No me gusta ese hombre —dijo.

—Pero ¿por qué? —pregunté yo. A mí me parecía el más agradable de los hombres.

—Porque me recuerda a mi difunto marido.

En aquel momento nos separamos, ella para ir al comedor a recoger la mesa y limpiar, y yo a fregar los pucheros, cazuelas y diversos utensilios utilizados para preparar la cena. La señora Gredge me había asignado el trabajo de pinche de cocina. Mis esfuerzos parecían complacerla, pues lo que me faltaba en habilidad lo suplía con energía.

En consecuencia, no me di cuenta del tiempo que pasaron juntos *sir* John y el señor Bailey. Tenía mucho en que ocupar las manos, y en cuanto al cerebro, confieso que el informe del señor Bailey no despertaba mi curiosidad. Excepto la confirmación del amo del *Island Princess* de que el señor Clairmont había desembarcado a la hora en que él afirmaba haberlo hecho, no tenía la menor idea de qué tipo de información

podía sacarse en los muelles, ni cómo habría de encajar en el rompecabezas.

Así pues, una media hora más tarde, cuando el señor Bailey se marchó, le despedí amistosamente y poco más. La señora Gredge ni siquiera le concedió eso, pues él aún caminaba con paso un poco vacilante. *Sir* John permaneció arriba. Una hora más tarde se oyeron unos ruidos ligeros en el dormitorio; se había dejado la puerta abierta de par en par para poder oír a *lady* Fielding. La señora Gredge se levantó de la mesa de la cocina inmediatamente y se dirigió a la escalera, pero entonces resonaron los pasos de *sir* John arriba. La puerta crujió y un par de minutos después sonó su voz ordenando a la señora Gredge que preparara la pócima del señor Donnelly. La mujer me miró con desesperación y luego se dispuso a cumplir con su tarea.

Me sentí absolutamente inútil en aquella situación. Incapaz de permanecer sentado leyendo en tan angustiosos momentos, me levanté y contemplé con tristeza a la señora Gredge, que machacaba las semillas de amapola hasta convertirlas en una fina pulpa. *Sir* John apareció cuando agregaba el agua hirviendo de la tetera.

—Señora Gredge —dijo—, deme el preparado y yo se lo llevaré a ella.

La señora Gredge pareció dudar un momento, pero tras remover una última vez la pócima soporífera, se la llevó al magistrado y la colocó con firmeza en sus manos. *Sir* John dio media vuelta sosteniéndola con cuidado e inició el ascenso por la escalera. Sin embargo, no había avanzado mucho cuando tropezó, o quizá resbaló, y cayó de bruces. La taza le cayó de las manos y continuó rodando, y por supuesto, se derramó su contenido.

(¿Había sido el mismo lugar que hiciera tropezar al señor Bailey apenas una hora antes? Tal vez había un escalón alabeado, o sobresalía un clavo. En todo caso, *sir* John se echó a sí mismo toda la culpa).

Corrí a su lado para ayudarle a ponerse en pie, pero él se desasió y se levantó solo.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Maldita sea mi ceguera y maldita mi presunción de que puedo moverme libremente como los demás hombres.

Permanecí allí, junto a la señora Gredge, deseando hallar algo que decir para consolarle, pero no se me ocurrió nada que no hubiera sonado presuntuoso o protector.

*Sir* John respiró hondo durante un rato, luego, recobró la compostura y se volvió hacia nosotros.

—Señora Gredge, supongo que la pócima se habrá derramado.

—Sí, *sir* John, toda.

—Entonces, por favor, prepare otra y súbala. Yo estaré con mi esposa. —Y diciendo esto, subió.

La señora Gredge se apresuró a preparar una nueva dosis, mientras yo iba en busca de un trapo para limpiar lo derramado y recoger los fragmentos rotos de la taza. Cuando volví a la cocina, la señora Gredge había acabado casi, pero sollozaba quedamente y las lágrimas le corrían por las mejillas arrugadas.

—Oh, Jeremy —exclamó—, tengo que pedirte que subas tú la taza al dormitorio, porque no puedo dejar de llorar y temo que causaría mal efecto en *lady* Fielding si me viera así.

—Naturalmente.

La señora Gredge dejó una cucharita en la taza y me indicó que removiera la pócima una última vez antes de dársela a *sir* John. Cogí la taza con ambas manos y me dirigí con precaución hacia las escaleras, por las que subí aún con mayor cuidado.

La puerta del dormitorio estaba abierta. Me detuve en el umbral y me asomé. Una única vela arrojaba su luz mortecina sobre una mesita de noche. *Sir* John estaba sentado en una silla junto a su esposa, cogiéndola de la mano. Ella yacía completamente apática, prácticamente cadáver ya, pero su marido se inclinó hacia ella y le murmuró con suavidad al oído. No oí lo que le dijo, ni hubiera sido apropiado hacerlo dadas las circunstancias.

De nuevo con el mayor cuidado posible, me acerqué a *sir* John con la taza y noté la mirada nublada de *lady* Fielding sobre mí.

—¿Eres tú, Jeremy? —preguntó él.

—Sí, señor. La señora Gredge me ha pedido que le trajera esto.

—Tus jóvenes manos son más firmes. Me temo que ahora las mías temblarían y volvería a derramar el contenido de la taza.

—Y yo estoy demasiado débil para sostenerla —dijo ella en un susurro.

—Tendrás que administrarle tú la pócima.

No me agradó la idea, pero cumplí con mi deber. *Sir* John y yo intercambiamos lugares y, recordando que tenía que remover la pócima una última vez, incorporé a *lady* Fielding con cuidado y le llevé la taza a los labios.

—Despacio —dijo ella—, muy despacio.

Se tomó el contenido en sorbos pequeñísimos, tan despacio que, al pedirme un descanso, me dio la oportunidad de volver a remover la pócima.

Por fin terminamos. Se lo había tomado todo. Me aparté de la cama y *sir* John extendió una mano torpemente para cogerme el brazo en muda señal de agradecimiento. Yo di media vuelta y abandoné la habitación.

*Sir* John se quedó arriba con ella durante casi una hora, mucho más, estoy seguro, de lo que ella tardó en caer en un profundo sueño inconsciente. La señora Gredge y yo le oímos salir del dormitorio sigilosamente y dirigirse a su estudio. En cuanto entró en él, empezó a pasearse de un lado a otro. No era una habitación grande. Tres largas zancadas bastaban para cruzarla en una dirección y tres más en la otra. *Sir* John dio esos pasos, luego dos y tres, luego dos y dos con una parada en medio, y luego volvió a los tres y tres.

La señora Gredge se había vuelto piadosa con la muerte tan cerca en la casa. Se sentó conmigo a la mesa, sosteniendo ante ella, pero del revés, un breviario. Sin embargo, sus ojos se desviaban hacia el techo a cada momento. Cuando se encontraban con los míos, meneaba la cabeza y volvía a emprender la supuesta

lectura con decisión.

Seguimos así durante un rato. Por fin cesaron las pisadas, ¿o era solo una parada temporal, algo más larga que las anteriores? Yo me sentía exhausto por el opresivo ambiente de la casa y estaba dispuesto a acostarme, de modo que me sorprendió ver que *sir* John descendía las escaleras con la casaca y el tricornio puestos y empuñando su bastón.

—Voy a salir, señora Gredge.

—¿Tan tarde, señor? Lo que usted diga, por supuesto.

—Mi esposa debería dormir hasta la mañana, ¿verdad?

—Hasta mañana, sí, señor. Estaré a su lado por si se despierta.

—No tema, no tardaré en volver —dijo él. Luego se dirigió a mí—: ¿Jeremy?

Me puse en pie de un brinco y estuve a punto de tirar la silla.

—¿Sí, *sir* John?

—Quiero que me acompañes.

Toda idea de dormir se desvaneció al instante. Corrí escaleras arriba hasta mi buhardilla tan deprisa y silenciosamente como me fue posible para coger mi casaca y mi tricornio. Volví en un suspiro, vestido para salir y preparado para cualquier aventura que la noche pudiera proporcionar.

Nos alejamos de Bow Street en un coche de punto. Yo nunca había estado en las calles de Londres a una hora tan tardía, y me sorprendió ver ciertas partes tan atestadas de gente como de día. Hombres y mujeres por igual se agrupaban en las esquinas, armando jarana con un alboroto poco común a tales horas. ¿Es que aquella gente no necesitaba dormir? ¿No trabajaban durante el día?

Mientras miraba por la ventanilla del coche de punto, me sacó de mis especulaciones *sir* John, que, sumido en hondas meditaciones, había empezado a golpear el suelo con el bastón en un gesto que yo había acabado reconociendo como síntoma de alteración.

—Ah, Jeremy —dijo por fin—, la agonía de mi esposa pesa gravemente sobre mí. Si me lo permites, quisiera saber qué edad tenía tu padre cuando halló la muerte a manos de aquella infame turba de hipócritas.

—Cuarenta y pocos, creo. No celebraba sus cumpleaños, así que no estoy seguro.

—Perdóname por traerte a la memoria recuerdos dolorosos. Mi Kitty aún no ha llegado siquiera a esa edad. Puede que a ti no te lo parezca, pero por cruel que fuera la muerte de tu padre, fue rápida, y eso puede ser una bendición en cierta manera.

Al recordar el cuerpo inerte de mi padre en el cepo, no conseguí descubrir las ventajas de su muerte. Sin embargo, comparé aquella espantosa imagen con aquel rostro marchito y agotado que era todo ojos, pero ojos que habían perdido el brillo de la vida. Según la señora Gredge llevaba semanas en aquel estado; la muerte de mi madre, aunque por causas naturales, se produjo al cabo de unos pocos días. Así pues, reflexioné, aunque no creía que la afirmación de *sir* John fuera justa, tuve que reconocer que tenía sentido. Pero sin duda la muerte en todas sus manifestaciones era

odiosa e injusta para cuantos se veían involucrados.

Guardé silencio y, tras una pausa, *sir* John volvió a hablar.

—Temo que ella esté sufriendo por mi culpa —dijo.

—¡No, señor! —protesté—. ¿Cómo puede ser eso?

—Como magistrado, he hecho respetar la letra de la ley y he remitido a juicio a muchos hombres y a unas cuantas mujeres. ¡Quién sabe a cuántos inocentes habré puesto en el camino del patíbulo!

—Pero usted no condenó a nadie. No dictó sentencias. Los juicios se celebran ante el juez de un tribunal superior. Eso es lo que usted me contó, ¿no es cierto?

—Sí —replicó él—, y doy gracias a Dios por ello, pero contribuí. Hice mi parte. Vaya si hice mi parte.

Se hizo el silencio durante un largo intervalo hasta que volvió a hablar.

—Jeremy, tienes que prometerme una cosa.

—Sí, *sir* John, ¿qué es?

—Que nunca irás a presenciar un ahorcamiento a Tyburn Hill.

Pese a lo poco que sabía yo sobre el tema, y además a través de los libros, le juré lo que me pedía.

—Lo convierten en un espectáculo para divertir a la chusma —dijo—. La muerte de un hombre es entre Dios y él, no una representación para el público. Creo que deberíamos tener más respeto por la muerte. En las últimas semanas me he dado perfecta cuenta de ello. La muerte de un hombre es algo solemne, cualesquiera sean las circunstancias. —Al cabo de un momento, añadió—: Y también la de una mujer.

Ahora puedo decirte, lector, aunque en aquel momento no habría podido, que cuando nos detuvimos en un lugar de Mayfair, no estábamos lejos de Tyburn Hill, y que era en realidad el camino para llegar hasta allí. Aunque mantuve mi promesa, tiempo después vi el patíbulo a menudo en días en que no se utilizaba.

Mientras *sir* John pagaba al cochero, descendí y observé la casa frente a la que nos habíamos detenido. Era muy parecida a la residencia de lord Goodhope, que tampoco estaba lejos, pero no era tan suntuosa ni parecía tan bonita.

Cuando me disponía a entrar, *sir* John tiró de mí y se agachó un poco para acercar su rostro al mío.

—Jeremy —me dijo en un potente susurro—, aunque acabo de expresar mis escrúpulos y mi arrepentimiento, eso no significa que pretenda zafarme de mi deber, y eso se aplica sobre todo a la investigación sobre lord Goodhope. Es un feo asunto. Es un asesinato. Por lo general, te hubiera prohibido venir a este lugar al que te he traído esta noche. Pese a lo que pueda parecer a tus jóvenes ojos, no se hace nada bueno en su interior. Pero hemos de buscar a un hombre de ahí dentro y hablar con él. Quería que tú estuvieras presente para que estudies sus reacciones mientras lo interrogo. Puedo interpretar muchas cosas por la voz, pero algunas señales se me escapan. Vigílalas.

—Sí, *sir* John.

—Bien, pues, entremos.

*Sir* John subió primero los tres escalones, golpeando cada uno de ellos con el bastón, que usó luego para llamar a la puerta con fuerza. Antes incluso de que se abriera, oí ruidos estridentes en el interior: risas agudas y un excitado coro de exclamaciones. ¿Qué lugar era aquel?

Se abrió la puerta y el umbral lo ocupó totalmente la impresionante figura de un hombre con librea de mayordomo. Su propósito, al parecer, era impedirnos el paso.

—¿Qué desea? —preguntó con rudeza—. Esto es un club privado.

—Puede que lo sea, pero tendrá que dejarnos entrar, pues soy el magistrado del juzgado de Bow Street.

—Entonces, como usted dice, supongo que debo dejarles pasar. —El hombre se apartó a regañadientes, abriendo la puerta de par en par.

Entramos y vi el interior. Una alfombra teñida de rojo conducía hasta una majestuosa escalinata, alfombrada también en rojo y haciendo curva más arriba, en un nivel que no podía ver ni imaginar. Las paredes visibles estaban pintadas de un tono amarillo casi tan brillante como el rojo del suelo, incluso a la luz de las velas. Había entradas abiertas, una a cada lado del pasillo, a lo que debían de ser salas muy grandes, pues el clamor que había oído a través de la puerta salía de ellas magnificado al eliminarse la barrera. Junto a las puertas, del lado más cercano a mí, había sendos sofás y en ellos, varias mujeres sentadas. Oh, damas, sin duda, vestidas con gran elegancia, pero solas y aguardando en atenta actitud servicial. Habían vuelto la cabeza y nos miraban con curiosidad a *sir* John y a mí.

El mayordomo, o portero, o lo que fuera, nos acompañó por el pasillo y señaló ampulosamente mientras hablaba de carrerilla.

—Hallarán juegos de azar en cualquiera de las dos salas. Las mesas de pares-impares están a la izquierda, y el ferrocarril[10], así como otros juegos de cartas, está a la derecha). Hay señoras disponibles para acompañarles… —Me miró con escepticismo—. ¿Necesitarán una o dos?

—Ninguna —replicó *sir* John—. Estamos aquí para llevar a cabo una investigación oficial. Quiero hablar con su amo, el señor Bilbo. Le agradeceré que vaya a buscarlo.

—No puedo abandonar mi puesto —dijo él—. Así que los dejaré en manos de una de nuestras señoras. —Tras inspeccionar a las que allí había, eligió a una y la llamó—: ¡Nancy!

La mujer se levantó y se acercó a nosotros en apenas una fracción de segundo, para dirigirse a *sir* John audazmente, sin prestarme la menor atención.

—Buenas noches tenga, milord. ¿Qué le apetece esta noche? Me atrevería a decir que la ruleta de pares-impares sería lo más conveniente, ¿no? Y se ha traído a su joven ayudante para que coloque sus apuestas y recoja sus ganancias, mientras yo me limito a acompañarle y quedarme cerca de usted para darle buena suerte. ¿No es eso lo que quiere, milord?

*Sir* John no dijo nada, pero se había quitado el tricornio al entrar (igual que yo), y vi cómo se arrugaba su frente por la concentración.

—Nancy, muchacha —dijo el portero—, limítate a llevarlo hasta Black Jack. Eso es todo lo que quiere. —Dio media vuelta y regresó a la puerta.

—Plummer —dijo *sir* John—. Nancy Plummer.

Ella, que debajo del maquillaje y el rojo de los labios aparentaba apenas unos cinco años más que yo, retrocedió estupefacta. De la sala que había a su espalda surgió un clamor entusiasta, que al punto se extinguió.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó dócilmente.

—Ah sí, compareciste ante mí por un reloj de bolsillo robado.

—Pero eso fue hace más de dos años, y últimamente hablo mucho mejor.

—Sí, y no me cabe duda de que también pareces toda una señora. ¿No es cierto, Jeremy?

—Oh, sí, señor —me apresuré a contestar.

Ella me lo agradeció con una rápida sonrisa.

—Pero por bien que hables, tienes la misma voz, muchacha.

—Bueno, me parece increíble —dijo ella— que me recuerde solo por mi voz después de tanto tiempo. —Y añadió—: Fue usted muy justo conmigo.

—Si mal no recuerdo, no había testigos, ni se halló el objeto en tu posesión. Solo existían las sospechas de la víctima. Lo habitual. Pero basta de todo eso, Nancy. Llévanos a presencia del señor Bilbo, por favor.

—Bien, ¿dónde puede estar? —dijo ella, mirando a derecha e izquierda—. Creo que estaba en la sala de pares-impares la última vez que lo vi. Déjeme que lo compruebe.

—La seguimos —dijo *sir* John con tono firme.

Pese a una leve vacilación, la muchacha echó a andar delante de nosotros, ofreciendo a *sir* John la oportunidad de hablarme en susurros.

—En este caso, te doy permiso para que me cojas por el codo. Guíame bien. No permitas que tropiece con nadie.

De este modo, echamos a andar juntos: yo guiando y él reaccionando con absoluta destreza. Conduciéndole hacia la izquierda, entramos en la sala en la que antes había entrado ella, y allí la perdí por un momento, tal era el número de personas que la ocupaban y el ruido que hacían. A mis ojos inexpertos, todos vestían como lores y *ladies*. Pero, aunque ciertamente podía haber algún lord presente, sin duda habían dejado a sus legítimas esposas en casa. La mayoría se hallaba congregada en torno a la mesa que había al fondo de la sala, mientras que apenas había gente en la mesa más cercana a nosotros. Por fin divisé a Nancy mezclándose con el grupo mayor, del que volvió a surgir otro clamor y agudas risas femeninas, casi histéricas, que se elevaron por encima de los demás sonidos, y persistieron después.

Dirigí a *sir* John hacia allí. Algunos nos miraron al pasar, pero no nos prestaron atención mientras rodeábamos al grupo, pendiente del juego de la ruleta, la cual

volvía a girar y a detenerse.

Otro clamor, nuevas risas agudas.

Del puñado de personas más cercano a la mesa, Nancy había sacado a un hombre de una apariencia singular. Era corpulento; alto, pero tan ancho de pecho, largo de brazos y corto de piernas, que tenía un aire de simio. Contribuía a causar esta impresión su barba, densa y negra, en una época en la que el vello facial era tan raro de ver como ahora. Me pareció algo ridículo ver a alguien de aspecto tan animal vestido con tanta elegancia. Sin embargo, nadie se reía de Black Jack Bilbo.

Él y *sir* John se saludaron casi como viejos amigos.

—Pero si es el juez de instrucción —cacareó Bilbo—. ¡El juez de instrucción ciego ha venido de visita!

Unos cuantos se giraron y mostraron un breve interés mientras Bilbo aferraba la mano de *sir* John y la sacudía con fuerza. Pero luego la ruleta empezó a girar otra vez y todos los ojos se desviaron hacia ella, salvo los nuestros.

—John Bilbo, tenemos que hablar —dijo *sir* John sin la severidad que sus palabras podían sugerir. En cualquier caso, sonreía con ese tipo de sonrisa paciente que uno podría dedicar a un niño travieso.

Cuando la multitud volvió a lanzar sus gritos, Bilbo dirigió una mirada de irritación a la mesa y nos apartó de ella.

—Sí —dijo—, pero aquí no, ¿eh? Iremos arriba, si no le importa… Nancy, de vuelta a tu sitio, muchacha.

Bilbo nos condujo a *sir* John y a mí fuera de la sala y luego escaleras arriba sin dejar de hablar con gran zalamería. Primero quiso saber mi nombre, y cuando *sir* John se lo dijo, me estrechó la mano cordialmente y manifestó su placer por conocerme. Y cuando, tras inquirir, descubrió que el portero nos había dejado pasar con cierta reticencia, rogó a *sir* John que lo perdonara con toda humildad, afirmando que el portero era nuevo en el puesto y que no era de Londres, sino un marino de las colonias americanas; se encargaría de dejarle claras las cosas para el futuro.

En aquel momento, *sir* John interpuso una pregunta sobre el jaleo en la sala de pares-impares.

—¿Es lo corriente? En mis anteriores visitas sus clientes no se habían mostrado tan ruidosos, y menos en una sola mesa. ¿A qué venía tanto alboroto?

El señor Bilbo nos había llevado ya al piso superior. Tardó un momento en ir a buscar un llavero y abrir la puerta de una habitación que resultó ser una pequeña oficina. Dentro ardía una única bujía. Encendió una velita larga en ella y la usó para iluminar todo un candelabro de cuatro brazos que había sobre su mesa. La estancia se llenó de luz, revelando una mesa de roble, tras la cual se sentó él, y sillas para *sir* John y para mí, que ocupamos. De la pared colgaban varios cuadros de motivos náuticos y deportivos.

—Ah sí, el ruido —dijo el señor Bilbo, apoyando los codos en la mesa e inclinando su enorme cabeza oscura hacia nosotros—. Tiene usted razón, *sir* John, no

es lo habitual, pero es una de esas cosas que a veces ocurren y que tanto me duele escuchar, y más aún ver. Un tipo está teniendo una increíble racha de suerte en la segunda mesa. Bien, lo normal en este negocio es que yo saque más a los tipos que vienen aquí que ellos a mí. Yo lo sé y ellos lo saben. Son las matemáticas del negocio, por así decirlo. Pero también sé que si las mesas se dirigen honestamente, como las mías, señor, ¡le doy mi palabra!, de vez en cuando la suerte favorece al jugador. Esto también está en las matemáticas del negocio y lo acepto. Sin embargo, cuando ocurre, los que antes jugaban se convierten en espectadores, ¡y eso me saca de quicio! Se acercan desde la otra mesa solo para mirar. Los que estaban en la mesa del jugador con suerte no quieren jugar contra él mientras le dure la racha. Algunos de los menos deportivos, apuestan con él, montando su caballo, por así decirlo. Pero la mayoría se limita a mirar como si fuera una obra de teatro. De ese modo, mi establecimiento pierde el doble, ¿comprende? Pierde con el jugador afortunado y pierde el negocio de los que estarían jugando, como debería ser. Ese tipo los ha atraído incluso de la sala de cartas, y no me gusta nada verlo.

*Sir* John asintió, tras escuchar atentamente.

—Es muy interesante —dijo al fin—. No siendo yo jugador por naturaleza y no habiendo considerado hasta ahora el negocio desde su punto de vista, confieso que había pensado en el Black Jack Bilbo’s simplemente como un lugar al que acuden hombres y mujeres para perder dinero en un ambiente agradable.

El señor Bilbo prorrumpió en carcajadas. Estaba a punto de responder, cuando abajo se oyó otro coro, pero esta vez no un clamor sino claramente un gemido; la risa aguda no se oyó. El rostro del señor Bilbo permaneció inexpresivo durante breves instantes mientras captaba todo aquello con sus finas orejas, y luego se relajó en una sonrisa y dejó escapar un suspiro silencioso pero prolongado.

—Bueno —dijo *sir* John, sonriendo también—, quizá las matemáticas, como dice usted, hayan acabado con su hombre afortunado. ¿De quién se trata, por cierto?

—Ah, es ese Clairmont de las colonias.

—¿Charles Clairmont? ¿El hermanastro de Goodhope?

—Eso afirma él, y no tengo razones para dudarlo. Los dos vinieron aquí juntos hace un año más o menos, y quizá hubieran venido en otra ocasión anterior. Y ese mayordomo que enviaron de la casa ayer ciertamente lo conocía.

—¿Diría usted que se parecen mucho? —preguntó *sir* John.

—No tanto como para darse cuenta, pero sí un poco. Solo son medio hermanos, al fin y al cabo. Clairmont era un poco más bajo.

—Nos estamos adelantando un poco a lo que yo quería comentar con usted —dijo *sir* John—. Sin embargo, el señor Clairmont era uno de los asuntos de los que quería hablar con usted. Procedamos con orden.

—Como usted quiera, *sir* John.

—Bien. Ahora, John Bilbo, dígame. Esa visita del señor Clairmont y de su hermanastro hace un año, ¿no era la primera a este establecimiento?

—Oh, no. Lo tenemos incluido en los libros como miembro, aunque solo venía cuando estaba en Londres, una vez al año o así, o quizá un poco más, procedente de… ¿de dónde era? ¿Jamaica?

—Sí, Jamaica. ¿Y dice usted que quizá estuviera aquí otra vez en compañía de su hermanastro?

Por primera vez desde que había empezado la entrevista, el señor Bilbo dio leves muestras de exasperación.

—Sí y puede que fueran varias veces, elija usted: dos, tres, cuatro. Aunque me paso la mayor parte de la noche en las salas de juego (en realidad duermo aquí mismo, en el otro extremo del pasillo) y voy de mesa en mesa, hablando con los amigos, haciendo de anfitrión, a algunos los veo y a otros no. Y además, cada noche paso algún tiempo aquí arriba, en esta pequeña guarida. Lo que quiero decir, *sir* John, es que puede que vinieran juntos al menos una vez, creo que así fue, pero hace ya algún tiempo, siete u ocho años, cuando abrí esta casa de juego. Puede que vinieran otras veces después, pues como le digo, no puedo estar seguro.

En aquel momento se oyó un nuevo gemido en el piso de abajo. Y de nuevo el enorme rostro barbudo del señor Bilbo se relajó en una sonrisa.

—Perdóneme por extenderme tanto —dijo—. Solo quería que entendiera que no puedo ser tan exacto como quizá usted espera.

—Lo entiendo, y acepto lo que usted dice, John Bilbo, pero hablemos de ese Clairmont en concreto. ¿Lo conoce bien?

—No, como le decía, no venía con frecuencia, solo cuando volvía a la ciudad de… ¿Jamaica era?

—Jamaica. ¿No lo conocía tan bien como a, digamos, lord Goodhope?

—Oh, desde luego que no. Lord Dickie venía con mucha frecuencia, lo cual estaba siendo su ruina a la postre.

—¿Podría decirme algo sobre la reciente aparición del señor Clairmont?

—¿Se refiere a hace dos noches, cuando acababa de llegar?

—Exactamente.

—Bueno, debió de entrar antes de las doce, pero no mucho antes. En cualquier caso, fue entonces cuando me fijé en él. Lo vi en la mesa de la ruleta, que era la primera mesa aquella noche, y le interrumpí (no me gusta hacerlo, pero la ocasión parecía justificarlo) y le dije que su hermano había muerto. Eso fue lo que le dije, aunque hermanastro hubiera sido más correcto, ¿no? Naturalmente lo primero que preguntó fue de qué había muerto. Yo le dije que se había suicidado, pues eso se decía en la calle en aquel momento. Ahora, según tengo entendido, se habla de asesinato. ¿Es cierto, *sir* John?

—Deje que haga yo las preguntas.

—Sí, desde luego.

—¿Y cómo recibió la noticia?

—Oh, me pareció que muy bien. Se retiró y se tomó un par de brandis. El primero

lo tomé con él a la memoria de lord Dickie, y luego el señor Clairmont volvió a la mesa de juego.

—Eso hizo, ¿eh? —comentó *sir* John.

—Sí —dijo el señor Bilbo—, y volvió a la mañana siguiente, cuando yo apenas acababa de despertarme y me tomaba mi té matutino; quería hablar de ese anuncio en el *Public Advertiser*. Quería saber por qué se decía que la causa de la muerte era… ¿cuál era la palabra?

—«Accidental».

—Eso es, «accidental», lo que suele significar por accidente, o eso me han dicho. Se sentó donde está usted ahora, *sir* John, y quiso saber qué versión era la correcta, si suicidio o muerte accidental. Como si yo se lo hubiera dicho incorrectamente a propósito. Bueno, yo le señalé que una muerte por suicidio no era el tipo de cosas que se publican en el periódico para que todo el mundo las lea, lo que en mi opinión debería ser evidente para cualquiera. Él se quedó sentado, pensativo, y entonces llega el mayordomo de la casa Goodhope pidiendo ver los pagarés del difunto lord y cierto documentó. Bueno, hermanastro o no, no iba a tratar de tales asuntos delante del señor Clairmont, así que le pedí muy cortésmente que se fuera. Y se marchó con igual cortesía, pero no sin antes pedirle al mayordomo que transmitiera el pésame a *lady* Goodhope y le preguntara si podía visitarla.

—El mayordomo lo conocía, dice usted.

—Oh, desde luego. Saludó a Clairmont por su nombre. Pero había algo extraño en Clairmont esa mañana.

—¿Y qué era, señor Bilbo?

—Llevaba pintura, como una mujer.

—¿En serio? —*Sir* John reflexionó unos instantes—. Bueno —comentó luego—, dicen que en París es moda entre los hombres, igual que entre las mujeres. Quizá nos haya traído esa moda a Londres.

Yo me había concentrado en el señor Bilbo durante su conversación, tal como me había pedido *sir* John, y aunque aquel hablaba con la mayor fluidez y convicción, me fijé en una cierta alteración de su actitud cuando empezó a hablar directamente del señor Clairmont, o sea, cuando habló de que había informado al hermanastro de lord Goodhope de su muerte. En ese momento empezó a lanzar miradas en mi dirección, mientras que hasta entonces había hablado para *sir* John y solo para él. No noté ningún otro cambio, ni ninguno de los signos habituales de nerviosismo, como que se pusiera a sudar, pues el señor Bilbo había sudado copiosamente desde el momento en que se unió a nosotros abajo. Me pareció que era así por naturaleza.

—La aparición del mayordomo, Potter —dijo *sir* John—, fue la respuesta a una carta que escribió usted a *lady* Goodhope. ¿Cuándo la escribió?

—Esa mañana temprano antes de acostarme —respondió el señor Bilbo—. Se la he dejado a uno de mis hombres para que la entregara.

—Y así lo ha hecho. *Lady* Goodhope me ha leído su contenido al poco de

recibirla.

El señor Bilbo se recostó en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho; era el gesto de un hombre resuelto a mantenerse firme.

—Bueno, mire, *sir* John, si ha venido aquí para discutir la deuda de lord Goodhope, no pienso escucharle, porque tengo sus pagarés y tengo el documento sobre la casa de St. James. El mayordomo ya vio su firma. Se lo mostraré todo a usted, o a este chico, o a cualquier tribunal, y dirán que son auténticos, pues eso es lo que son. A decir verdad, me he conformado con mucho menos de la mitad de su deuda real, que alcanzaba casi las cincuenta mil libras.

—¿Tanto? ¿De verdad?

El señor Bilbo asintió enfáticamente con su enorme cabeza morena.

—De verdad.

—¿Y está dispuesto a conformarse solo con la casa?

—Me gusta la casa.

—Desde luego que ha de gustarle. ¿Ha estado dentro alguna vez?

—Muchas veces, o quizá sería más adecuado decir varias veces. En cualquier caso, más de una vez.

—¿Como invitado?

—Por Dios, señor, pues claro que como invitado. ¡No soy ningún desvalijador!

—Entonces, ¿tenía usted una buena relación con lord Goodhope?

El señor Bilbo vaciló antes de dar su respuesta, y cuando la dio, lo hizo lentamente, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Tuve una buena relación con él, sí, durante bastante tiempo, pero últimamente no tanto.

—¿Qué se interpuso entre ustedes?

—¿Que qué se interpuso? Pues, su deuda, por supuesto. Soy un hombre paciente, pero llega un momento en que la paciencia se agota. Cuando él ganaba en mis mesas, se llevaba alegremente sus ganancias a casa. Cuando perdía, firmaba un nuevo pagaré con la misma alegría. Al final acabó por molestarme.

—Hubiera estado usted en su derecho de prohibirle la entrada aquí hasta que saldara su deuda.

—Eso es lo que amenacé con hacer, finalmente, y también con que haría pública su deuda para que no le permitieran entrar en otros establecimientos parecidos. Así fue como conseguí que firmara el documento en cuestión. Se mostró dispuesto a aceptar los términos que le ofrecí.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace dos semanas.

—No mucho antes de su muerte, pues.

—No mucho, no. Digamos que fueron unos diez días, más o menos. El documento en cuestión está fechado. Puedo traérselo, si quiere.

—No es necesario, pero supongamos, sin afirmar ni negar nada, que su primera

información fue correcta, que lord Goodhope se suicidó. ¿Le pareció a usted, cuando firmó cediéndole su casa de Londres, que era el tipo de persona que podría matarse? ¿Estaba desesperado? ¿Desanimado?

—Bueno, feliz no estaba.

—No, claro. Pero ¿se le ha ocurrido alguna vez, señor Bilbo, que al presionarle como lo hizo, pudo llevarle a un estado de desesperación que le impulsara a destruirse a sí mismo? Esto es, suponiendo que se suicidara.

El señor Bilbo tardó en contestar; primero me miró a mí, luego las llamas de las velas, y finalmente de nuevo a *sir* John.

—Se me ha ocurrido, sí —dijo—. Y si fuese así, naturalmente estaría desolado. De hecho, sucedió lo que usted acaba de describir con otro caballero que tenía también una deuda considerable, aunque no tan grande como la de lord Goodhope. Se ahorcó, eso es lo que hizo. Y no quedó la menor duda de que mi empeño en cobrar la deuda fue lo que le impulsó a ello, pues dejó una carta al efecto. Ocurrió hace casi siete años.

—Lo recuerdo —dijo *sir* John.

—No me cabe la menor duda. Para serle sincero, fue malo para el negocio. Los caballeros dejaron de venir. Podríamos decir que fue por respeto al difunto, o quizá que se asustaron al ver que sus pequeños placeres cobraban un cariz más serio. Me afligió mucho la muerte de aquel caballero, créame, pero cuando los demás empezaron a volver, me sentí menos acongojado, y cuando el negocio recuperó su ritmo de antes, lo olvidé todo. Pero déjeme decirle una cosa, señor, aun sabiendo con antelación lo que iba a resultar, hubiera intentado cobrar a toda costa igual que antes, porque una deuda es una deuda, y debe pagarse.

*Sir* John guardó silencio unos instantes antes de hablar.

—Eso lo oigo con frecuencia en mi tribunal, aunque las sumas son calderilla, comparadas con las que usted ha mencionado.

—Las sumas no importan —dijo Bilbo con gran severidad—. Es una cuestión de principios. Y los condes y vizcondes y la gente así parecen creer que las normas comunes no se aplican a ellos.

—Ha causado usted un trastorno considerable a *lady* Goodhope en un momento delicado para ella.

—Es una pena, pero tiene hasta final de mes. Sin embargo, *sir* John, debo decirle que creo que su suposición es falsa.

—¿El suicidio, quiere decir?

—Por ahí hemos empezado. Lord Dickie no era de esa clase.

—¿Qué otra suposición tiene usted, pues? Me temo que tenía razón en lo que le dijo al señor Clairmont sobre el término «muerte accidental». Se utilizó para disfrazar los hechos, más que para darlos a conocer. No fui yo quien lo eligió.

—Entonces asesinato —dijo el señor Bilbo—. Supongamos que fue un asesinato. Me parece más probable.

—¿Por qué?

—Porque, como he dicho antes, ahora en la calle se habla de asesinato y no de suicidio. A lo que podría añadir que lord Dickie tenía muchos enemigos.

—¿Qué tipo de enemigos?

—De todo tipo. *Whigs, tories,* lo que prefiera. Y si ha preguntado por él, *sir* John, debe de saber que el difunto lord era un hombre que pisoteaba a los demás sin importarle quiénes fueran.

—¿No se considera usted uno de sus enemigos?

Bilbo se echó hacia atrás con una sacudida brusca, como si *sir* John acabara de abofetearle. Lo miró fijamente sin decir nada, atónito, y luego, de forma inesperada, prorrumpió en estentóreas carcajadas. Oyéndole, cualquiera hubiera jurado que de repente se había vuelto loco.

—¿Por qué se ríe? —preguntó *sir* John.

—Porque me parece divertido —contestó él, recobrando la seriedad—. Le he contado lo de la deuda, ¿no? El asunto estaba zanjado en lo que a mí respecta. Conocía bien a mi lord Dickie. De alguna manera acabaría recuperándose, y después de una temporada enfadado, volvería a mis mesas, y antes de que se diera cuenta, estaría endeudado de nuevo. Tal vez la próxima vez tuviera oportunidad de quedarme con esa propiedad suya de Lancashire. Así que, ¿por qué iba yo a matar a la gallina de los huevos de oro?

—Reconozco que tiene sentido lo que me dice, señor Bilbo, pero ¿no fue usted uno de los que lord Goodhope pisoteó?

—¿Por qué lo dice? —preguntó él con recelo.

—Tengo entendido que antes de que Lucy Kilbourne tuviera serias relaciones con lord Goodhope, las tenía con usted, igual de serias. Ella misma ha admitido, o declarado más bien, que él se la quitó a usted. Eso, en muchas situaciones, sería considerado como un motivo para matar. Debo admitir, señor Bilbo, que los celos son siempre un factor a tener en cuenta.

Mientras *sir* John hablaba, Black Jack Bilbo apenas podía contenerse. No interrumpiría al magistrado, pero por Dios y por todo lo que era sagrado que iba a decir lo quería decir.

—*Sir* John —estalló por fin—, piense lo que piense de mí, creo que sabe que soy un hombre franco, y ahora le voy a hablar con toda franqueza. Nadie me robó a esa mujer; yo me deshice de ella. No puede imaginar la carga que suponía para mí, los halagos constantes que pedía, los aplausos que exigía por cada una de sus actuaciones en Drury Lane; oh, ya lo creo que iba a todas ellas, y descuidaba mi negocio. Era como una araña que me estaba chupando la sangre; regalos de ropa, regalos de chucherías, regalos de… Nunca era suficiente.

Bilbo jadeaba por la vehemencia de sus propias palabras. *Sir* John se dio cuenta y aguardó a que el hombre se recobrara antes de formular una nueva pregunta.

—¿Cuánto tiempo fue usted su víctima?

—Un año… algo menos, diez meses quizá.

—¿Y cuándo se «deshizo de ella» en beneficio de lord Goodhope?

—Hace seis meses.

—Sin embargo, ella afirma que hacía un año que ella y el difunto lord se conocían.

—Oh, solo se veían aquí. Él fue uno de los muchos caballeros que le presenté en el transcurso de sus visitas. Y se encontró con él más de una vez en las mesas de juego. Se cruzaron unas palabras, charlas intrascendentes. Lord Dickie nos pedía con frecuencia que asistiéramos a sus veladas, sus «improvisaciones» las llamaba él. A mí no me parecía adecuado asistir, aunque aceptamos su invitación en un par de ocasiones, más no.

—¿Por qué no le parecía adecuado?

—En primer lugar, por la cuestión de su deuda. Era considerable e iba en aumento. Me parecía mal representar el papel de amigo en aquellas circunstancias. En segundo lugar, no me gustaba lo que ocurría en aquellas veladas. La mayor parte eran tonterías y no me gustaban; cantar y bailar. Todo era parte de las funciones de lord Goodhope, juegos infantiles para disfrazarse y chillar unos versos compuestos por el anfitrión y los invitados. También subían dos chicas de la cocina, no mayores que este chico. Me parecía mal que las incluyeran, pues todo aquello tenía un propósito indecente y poco más.

—No hubiera sospechado jamás que fuera usted un hombre de sentimientos delicados.

—¿Duda de mí?

—No.

—Reconozco que el difunto lord Dickie tenía un gran interés por la querida Lucy. La adulaba de un modo vergonzoso, y tener una gran actriz de la escena actuando en el salón de su casa era como el paraíso para él, al menos eso decía. También ella estaba interesada por él, si bien me aseguré de que conociera su deuda y que esta iba en aumento, lo que enfrió un tanto su ardor. Finalmente, cuando Lucy agotó mi paciencia, decidí librarme de ella. Así que, cuando lord Dickie volvió a invitarnos a una de sus «improvisaciones», le dije a ella: «Querida mía, no puedo abandonar el local, de modo que ve tú con su señoría y diviértete». Y a él le dije: «La confío a su cuidado». Sabía perfectamente lo que ocurriría y, por supuesto, ocurrió. Ella no regresó jamás, salvo en compañía de lord Goodhope. Bueno, ¿no diría usted que al utilizar aquella estratagema me deshice de ella?

*Sir* John suspiró, bien por fatiga, bien como respuesta a la historia que acababa de escuchar, pero de lo que estoy seguro es de que no fue por aburrimiento. En cuanto a mí, estaba fascinado por aquel ejemplo de cómo se comportaban hombres y mujeres en sus relaciones. Acababa de vislumbrar un mundo en el que solo podía entrar con la fantasía.

—Solo una cosa me preocupa de lo que me ha dicho, señor Bilbo —dijo *sir* John

—, y es la cuestión de por qué, conociendo la importancia de la deuda de lord Goodhope, Lucy Kilbourne eligió a un noble aparentemente empobrecido.

—Oh, empobrecido no estaba, se lo aseguro. Sus propiedades de Lancashire valen muchísimo más que su deuda. Pero estaba también su persona. Era un tipo apuesto (sé que salgo mal parado en la comparación), e ingenioso también, y yo en eso tengo poco que ofrecer. Pero la palabra importante de las que usted ha pronunciado es «noble». Él tenía lo que yo no tengo, no puedo tener y, con todos los respetos, señor, no querría tener, es decir, un título. A algunas mujeres les impresiona mucho.

El magistrado se limitó a asentir.

—Quiero decirle algo —continuó el señor Bilbo— que me ha venido a la mente mientras le hablaba de los primeros encuentros de Lucy con lord Goodhope aquí, en mi local, cuando ella aún estaba bajo mi protección, por así decirlo. Estoy seguro de que en uno de esos encuentros, y bien puede que fuera el primero, fue también el último en el que lord Goodhope vino acompañado de su hermano, Charles Clairmont. Me ha parecido importante que lo supiera, porque ahora mismo ella está abajo con él.

*Sir* John se irguió en su silla.

—¿Ahora? ¿Con Clairmont? ¿Mientras nosotros estamos aquí hablando?

Estupefacto por semejante reacción, Bilbo farfulló su respuesta.

—Bueno… bueno, sí, quiero decir que ella estaba aquí. ¿Ha oído esa estúpida risa aguda que tiene, como el relincho de un caballo? Así es como ríe cuando no está sobre el escenario. Una fulana es lo que es. Estaba sentada junto a Clairmont, que me estaba robando hasta…

—Jeremy, ¿no la has visto?

—N… no, *sir* John —dije con tono de disculpa—, ni al señor Clairmont. Había demasiada gente alrededor.

—Bien está —me dijo *sir* John, y luego—: Señor Bilbo, gracias por su tiempo y por sus amables respuestas. Ahora, si quiere usted llevarnos hasta esa extraña pareja.

Se levantó y yo con él. Desconcertado, Bilbo se levantó más despacio y apagó las velas que había encendido a nuestra llegada.

—Por aquí —dijo.

Nos condujo de nuevo abajo, hablando poco y solo para condenar a Lucy Kilbourne por su facilidad para pasar de un hombre a otro, ahora de hermano a hermano, sin perder el tiempo.

Cuando entramos en la sala, vi que había cambiado a un estado que tomé por el habitual: La multitud se había dispersado y ahora se distribuía a partes iguales entre las dos mesas de juego. Pero rápidamente comprobé que ninguno de los dos a los que buscábamos se hallaba allí. El señor Bilbo, que había llegado a la misma conclusión, nos llevó de vuelta al vestíbulo y llamó a la siempre servicial Nancy.

—Muchacha —le dijo—, ¿has visto a Clairmont y a esa tonta de Lucy por aquí? ¿O se han marchado ya con mi dinero?

—Se marchan ahora —dijo ella, volviéndose y señalando la puerta.

Y allí estaban los dos, ajustándose la casaca él y alisándose la falda ella, preparándose para salir con la ayuda del portero.

—Yo los retendré —dijo el señor Bilbo, y nos adelantó rápidamente.

*Sir* John y yo avanzamos por la larga alfombra roja hasta su final, donde el señor Bilbo hablaba con la pareja. Vi a Lucy Kilbourne (vestida por fin con su traje de viuda) mirar en nuestra dirección, reconocernos y tirar al señor Clairmont de la manga, lo que comuniqué a *sir* John.

—Bien —me dijo él—, ahora señálalos como si acabaras de informarme de su presencia. Y luego avivemos el paso para alcanzarlos.

Así fue. Antes incluso de llegar, *sir* John había fijado una agradabilísima sonrisa en su rostro.

—¿Son ustedes? —llamó—. ¿El señor Clairmont? ¿La señorita Kilbourne? ¡Vaya, qué suerte encontrarlos aquí!

—¡Y qué sorpresa! —dijo la señorita Kilbourne.

—Sí —convino el señor Clairmont con un tono sumamente seco—, qué sorpresa.

*Sir* John se paró cerca de ellos, junto a la puerta, y yo a su lado. El señor Bilbo se quedó también mostrando un vivo interés.

—Así que los dos que comparten el mismo luto se han encontrado, ¿eh? —dijo el magistrado, todavía con gran jovialidad—. Bueno, me parece admirable. Oh, desde luego. Al fin y al cabo, la vida es un regalo para todos nosotros, y debemos celebrarla. Con la mano en el corazón, señorita Kilbourne, estoy seguro de que estará de acuerdo en que si el difunto lord Goodhope pudiera hablarle desde el más allá, le instaría a no llorarle con tristeza, sino con la animación y el ingenio que según tengo entendido él poseía en abundancia.

—Vaya, *sir* John —dijo la señorita Kilbourne—, es el mismo argumento que ha utilizado Charles para convencerme de que saliera esta noche.

—¡Bien pensado y bien argumentado!

—Me pareció apropiado para la ocasión —dijo Clairmont.

—Desde luego, pero dígame, ¿cómo se han conocido ustedes?

—Lord Richard nos presentó hace algún tiempo —contestó ella—. Creo que fue durante su última visita en Londres, ¿no es así, Charles?

—Sí, en efecto, y en este mismo lugar.

—Entonces lo más adecuado era que volvieran aquí. Confío en que la ocasión se haya visto favorecida por la Fortuna.

—Charles ha ganado una buena suma.

En ese momento Bilbo se inmiscuyó en la conversación.

—Aunque no tan buena como yo temía en principio. La suerte le ha abandonado.

—Aun así —dijo Clairmont—, ha sido una noche provechosa, ¿verdad, Lucy?

—Veo —dijo *sir* John—, que se llaman ustedes por sus nombres de pila. Así pues, de conocidos han pasado a ser amigos. No sería inapropiado, pues, que les

invitara a que acudieran juntos a una reunión que he planeado para mañana por la noche.

—¿Oh? ¿Qué tipo de reunión? —preguntó la señorita Kilbourne.

(¡Yo también me lo preguntaba!).

—Una reunión sencilla, nada formal; nos dará oportunidad a todos de hablar sobre el prematuro fallecimiento de lord Goodhope. Me temo que mi humilde casa no sería adecuada en absoluto para la ocasión, pues han de venir otros, de modo que he decidido celebrar la reunión en la residencia Goodhope. Dado que se celebrará bajo mi égida, *lady* Goodhope no pondrá objeción alguna a su presencia, se lo prometo. Usted, señor Clairmont, tendrá la oportunidad de dar a la viuda el pésame que hubiera expresado ya de no haberle rechazado antes la viuda. Usted, señorita Kilbourne, tendrá la oportunidad de decirle cuanto considere conveniente, o de no decir nada, si considera que es eso lo más conveniente. Sin embargo, le aconsejo que se abstenga de lucir ese vestido negro que lleva últimamente.

A medida que conocían nuevos detalles de la reunión sorpresa, las sonrisas fijas en el rostro del señor Clairmont y de la señorita Kilbourne empezaron a desvanecerse hasta que, al final, ambos tenían expresión solemne y se miraban con seriedad. Sin embargo, se recobraron un tanto.

—Hablando por mí misma —dijo la señorita Kilbourne—, no me será posible asistir. Tengo un compromiso previo.

—Pese a lo mucho que me gustaría hablar con *lady* Goodhope —dijo Clairmont, tras un breve carraspeo—, me temo que debo encontrarme con aquel posible comprador del que le hablé. Es una cuestión de la mayor importancia. Para eso he venido a Londres.

—Ah, el comercio, sí —dijo *sir* John—, tiene una importancia indiscutible, y sin duda, también el compromiso de usted, señorita Kilbourne es de suma importancia. No obstante, debo pedirles que cancelen esas citas, pues la asistencia a la reunión de mañana, a las nueve por cierto, no es opcional, sino obligatoria.

—Pero… —empezó la señorita Kilbourne.

—Lo sé —la interrumpió *sir* John—, debe de parecerle un terrible fastidio, pero ahórrennos a nosotros la molestia y a ustedes la vergüenza de enviar un alguacil a buscarles.

—Como usted diga, *sir* John —dijo la señorita Kilbourne. Luego, haciendo una seña al portero con la cabeza, se dispuso a salir.

El señor Clairmont se limitó a asentir. La puerta se abrió y ambos se fueron. La puerta se cerró tras ellos.

—Bueno —dijo Bilbo—, esto ha sido muy interesante.

—Me alegro de que se lo parezca —dijo *sir* John—, pues también he de requerir su presencia mañana.

—Pero, *sir* John, tengo asuntos que…

—No quiero saber nada de eso, señor Bilbo. Preséntese allí a las nueve en punto.

El señor Bilbo dejó escapar un sonoro suspiro.

—Allí estaré, *sir* John.

—Mejor será.

Una seña con la cabeza de *sir* John, y la puerta volvió a abrirse. Salimos juntos a la noche. Lloviznaba. Me alegré al ver que Clairmont ayudaba a la señorita Kilbourne a subirse a un coche de punto, y también me alegré de que hubiera otro detrás para nosotros.

Cuando se acercaba, *sir* John gritó «Número cuatro de Bow Street» al cochero. Subimos al coche e inicié mi informe. Le conté todo cuanto había observado, desde las miradas que me dirigía el señor Bilbo al hablar directamente del señor Clairmont, hasta sus ardientes deseos por responder a la cuestión de los celos por Lucy Kilbourne.

—¿Qué te ha parecido el señor Bilbo en general como testigo?

—Lo he encontrado muy interesante —respondí—. Quiero decir que le gusta hablar, ¿no? No parecía que callara demasiadas cosas.

—Pocas, desde luego. Me gusta. Seguramente no debería, pero me gusta. ¿Sabes, Jeremy, que se rumorea que abrió esa casa de juego con la fortuna que adquirió como pirata?

—¿Pirata? —repetí, asombrado—. ¿De verdad?

—Eso dicen. Sin embargo, no hay testigos que puedan dar testimonio de su vida anterior. —Suspiró—. Es perfectamente capaz de matar a Richard Goodhope o a cualquier otra persona si se le provoca. Pero creo que sus argumentos en contra de esa idea eran buenos, ¿no te parece, Jeremy?

—Sí, desde luego. —Vacilé, pero haciendo acopio de valor, dije—: *Sir* John, creo que debería contarle algo.

—¿De qué se trata, muchacho?

Había estado debatiéndome en la duda, reprendiéndome a mí mismo, desde que abandonamos el despacho del señor Bilbo. Me daba cuenta de que había cometido un error, y que debía confesarlo. Pero saberlo no lo hacía más fácil. Tal vez fuera la hora tardía y mi cansancio, o tal vez la abrumadora cadena de acontecimientos que me habían llevado hasta allí, pero temblando como estaba al borde de la confesión, perdí el control. Lector, me eché a llorar.

—Jeremy, ¿qué te pasa? Vamos, toma. —Me dio un pañuelo que se había sacado del bolsillo—. Úsalo, por favor.

Hice lo que me pedía, me enjugué los ojos y me soné la nariz con fuerza.

—Buen trabajo —me alabó él—. Representas tan bien el papel de hombre que olvido que aún eres un niño.

—¡Pero yo quiero ser un hombre! —Y tras esta exclamación, demostré ser un niño, poniéndome de nuevo a lloriquear.

—Lo serás bien pronto —dijo él—. Ahora suénate otra vez y cuéntame eso tan horrible que has de contarme.

Después de sonarme, abordé por fin la cuestión. Le recordé la noche antes y nuestra salida de Drury Lane por la entrada de artistas, la aparición de Lucy Kilbourne y la oleada de gente.

—Sí —dijo *sir* John—. Lo recuerdo muy bien. ¿Qué quieres decirme al respecto, Jeremy?

—Cuando nos libramos de la muchedumbre, me envió usted por el coche de punto que aguardaba a la entrada del callejón.

—¿Sí?

—Bueno, el cochero dijo que esperaba a alguien, y lo cierto es que había alguien dentro, un hombre. Solo lo vi de refilón, pero me pareció que era el señor Clairmont, señor. —Vacilé, pero al final me lancé a contar el resto—: Y ese era precisamente el problema, *sir* John: no estaba seguro, y en el tribunal usted insiste siempre en que los testigos han de estar seguros de lo que han visto u oído. Yo sabía que, si estaba allí, podía muy bien ser porque esperaba a Lucy Kilbourne, y lo encontré extraño. No le dije nada a usted, porque no estaba seguro, pero esta noche he comprendido que era de gran importancia. Yo… yo no lo sabía entonces.

—Pero al final no ha tenido importancia, Jeremy, porque los hemos encontrado juntos esta noche y hemos tenido nuestra pequeña charla con ellos, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y en cuanto al principio que has observado al guardar silencio, por supuesto tenías razón en lo que se refiere al tribunal: los testigos no pueden adivinar, no pueden expresar sospechas, ni repetir lo que otros han manifestado como cierto. Pero una investigación tiene reglas diferentes. En una investigación, suposiciones, sospechas y rumores también son pertinentes, pues pueden conducirnos a alguna prueba de un tipo u otro. Y recuerda, Jeremy, lo que te he dicho sobre los detalles; no hay nada demasiado pequeño, nada demasiado insignificante.

—Lo recordaré.

—Sé que lo harás. Eres un muchacho listo.

Tan encantado estaba de oír esto y tan inmerso en el espíritu de la confesión que le conté luego mi falta en el camerino de la señorita Kilbourne. Sentí un gran alivio al ver que a *sir* John parecía divertirle lo que yo le contaba con tanta seriedad, aunque se abstuvo de reír.

—Mejor que te dedicaras a abrocharla que a desabrocharla —se limitó a comentar con una sonrisa irónica.

Así, confeso y arrepentido, llegamos a nuestro destino, bajamos del coche y subimos a la vivienda del magistrado. No sabía qué hora era, pero estaba completamente seguro de que jamás había permanecido levantado hasta tan tarde, ni siquiera durante mi huida a Londres. No obstante, estaba medio dormido, agotado de repente por la descarga emocional de los últimos minutos en el coche de punto.

Tras desear buenas noches a *sir* John, subí a mi habitación del último piso, y me desvestí en la oscuridad. Me sumí en un profundo sueño casi de inmediato. Me

pareció, empero, que lo último que oía antes de sucumbir completamente, fueron los pasos de *sir* John que volvía a pasearse por su estudio, dos pisos más abajo.

# X

## En el que se llevan a cabo un buen número de preparativos

No conozco todos los detalles de lo ocurrido durante la visita del señor Donnelly a la mañana siguiente, ya que transcurrió a puerta cerrada en su mayor parte. En primer lugar, examinó a *lady* Fielding ante la presencia de su marido y de la señora Gredge. Se administró la infusión de semillas de amapola a la enferma y luego los dos hombres salieron del dormitorio hablando con tono grave. Yo, que estaba abajo trabajando en la cocina, no comprendí lo que decían. A pesar de mi enorme curiosidad, había resuelto no escuchar lo que no debía. Si se decía algo en mi presencia, o se decía lo bastante alto como para que yo lo oyera sin esforzarme, santo y bueno, pero no andaría furtivamente por la casa como si fuera un mayordomo entrometido pegando la oreja a la puerta o el ojo a la cerradura. Sabía muy bien que *sir* John despreciaba a Potter por tales prácticas.

El cirujano y el magistrado se dirigieron al estudio, donde, como más tarde quedó claro, se habló de muchas más cosas aparte del estado de la paciente. Yo aventuraría que los dos hablaron largo y tendido sobre el documento de identificación firmado por *lady* Goodhope con el cirujano como testigo. Más delicado era el asunto de la reunión que planeaba *sir* John en la residencia Goodhope. El magistrado, no solo requería la presencia del señor Donnelly, sino que confiaba en él para que convenciera a *lady* Goodhope de la absoluta necesidad de que la reunión se celebrara en su casa y más concretamente en la biblioteca, el lugar del crimen.

De que hablaron sobre este segundo asunto estoy completamente seguro, pues al cabo de media hora, los dos hombres abandonaron el estudio y bajaron a la cocina, donde yo frotaba y limpiaba. La señora Gredge había regresado ya del dormitorio de la enferma, y tras unas palabras con ella para asegurarse de que la paciente dormía, el cirujano retomó el tema de su conversación.

—No le gustará —dijo a *sir* John—. Se pondrá furiosa.

—Desde luego —dijo *sir* John—, y por eso le envío a usted como emisario para persuadirla de que es necesario.

—Haré lo que pueda, por supuesto.

—Tiene que hacer más de lo que pueda, o más de lo que quiera usted decir con esas palabras. La reunión ha de celebrarse por fuerza, y debe hacerse en la biblioteca. Se ha de colocar una docena de sillas, o más para asegurarnos. Pero puede esperar más o menos ese número de personas.

—¿Y todo eso a las nueve de la noche?

—Exacto —dijo *sir* John, y añadió—: Y no olvide a la pinche, Meg. Dígale a *lady* Goodhope que ha de estar presente y adecuadamente vestida.

—Muy bien, *sir* John. Haré cuanto pueda… y más.

—Confío en usted.

Los dos habían llegado a la puerta. Se estrecharon la mano con solemnidad. *Sir* John tanteó un poco en busca del pestillo de la puerta, lo encontró y la abrió.

En la escalera exterior se oyeron entonces fuertes pisadas. ¿Quiénes podían ser si no el señor Bailey y su segundo en el mando, el señor Baker, ambos armados hasta los dientes con un machete y un par de pistolas? El señor Donnelly pasó junto a ellos tras musitar: «Hasta las nueve, pues», y saludar con la cabeza al señor Bailey.

Este parecía muy alterado, al igual que el señor Baker. Los dos hombres causaron un considerable alboroto en la cocina, intentando llamar la atención de *sir* John al mismo tiempo.

—¡Un momento, por favor! —pidió él—. De uno en uno. Señor Bailey, ¿han traído al prisionero?

—¡No, señor, y que me condenen si no lo hemos intentado!

—Y las circunstancias son muy extrañas —interpuso el señor Baker.

—Cuéntenmelas, pues. Hace casi dos horas que se fueron.

Permíteme intervenir aquí, lector, para decirte que yo no era consciente en absoluto de que se había enviado a los dos alguaciles a Newgate en busca de Dick Dillon, como le había prometido el magistrado. Su partida debió de producirse antes incluso de que la señora Gredge me despertara de mi profundo sueño. Dado lo poco que había dormido yo, sospeché que *sir* John no había dormido nada en absoluto.

—Sí, señor —dijo Benjamin Bailey—, hace dos horas. Hemos ido a Snow Hill directamente. El portero nos ha dejado entrar después de enseñarle los papeles sellados con el sello del juzgado que usted nos dio, pero en lugar de enviarnos a la sala de los criminales, donde usted dijo que estaba el preso, nos ha indicado que fuéramos a ver al carcelero jefe. Como en realidad no teníamos elección, hemos ido a verle.

—Yo no conocía a ese tipo —intervino el señor Baker—, al contrario que Ben, pero me ha parecido un canalla, un Jonathan Wild reencarnado, señor.

—Una buena descripción —convino el magistrado.

—Bueno, pues este, con el que he tenido que tratar en el pasado —continuó el señor Bailey—, se ha puesto a manosear el documento, leyéndolo y volviendo a leerlo, y luego nos ha dicho que lo que usted pedía era completamente imposible.

—No lo pedía —dijo *sir* John—. Lo exigía.

—Eso es lo que yo le he dicho, señor.

—Entonces le hemos preguntado por qué era imposible —dijo el señor Baker—, y él va y nos dice que porque el preso está en el agujero, incomunicado.

—¿Y por qué?

—Como castigo —dijo el señor Bailey—. Es un tipo peligroso. Hirió de gravedad a un carcelero anoche.

—«Lo apuñaló», dice —continuó el señor Baker—, «lo trinchó como a un pavo

de Navidad».

—¡No me lo digan! —exclamó *sir* John—. El carcelero es John Larkin.

Al oír esto, Bailey y Baker se miraron con las cejas enarcadas, interrumpiendo su relato en colaboración.

—¡Ese era! —exclamó el señor Baker.

—En efecto —dijo el señor Bailey—. Eso fue lo que descubrimos cuando pedimos ver al preso. Bueno, nos llevaron a algún lugar del edificio que no tenía nada que ver con la cárcel en sí, sino que era una especie de enfermería para los carceleros. Allí nos mostraron a ese Larkin.

Continuó el señor Baker.

—«Vean lo que ese tipo que quieren ustedes le hizo a este pobre hombre», nos dice el carcelero jefe. «¿Cómo podemos dejar salir a un animal tan violento de Newgate, cuando esta es la prisión más segura del reino? ¿Qué haría si consiguiera escapar? ¡Sería como un lobo suelto entre los inocentes corderos de Londres!». *Sir* John, ¿no es lo más absurdo que ha oído usted en su vida? ¡Inocentes corderos, por favor! Si ese tipo asomara el morro por el Siete Esferas, seguramente le partirían la cara por molestar a uno de ellos.

—Y luego —dijo Bailey—, cuando hemos interrogado a ese Larkin sobre los detalles del incidente, no nos ha mirado siquiera a los ojos. Lo cierto, señor, es que no estaba tan malherido. Le habían atravesado una mano y tenía lo que en mi opinión no era más que un leve rasguño en la garganta.

—¿En qué sustenta su opinión? —preguntó el magistrado—. Podría haber sido hecho con intención de infligir una herida mortal.

—Bueno, desde luego llevaba un buen vendaje, así que no puedo estar seguro, pero las vendas no tenían sangre, y Larkin hablaba sin dificultad.

—¿Qué ha dicho?

—Oh, bueno —contestó Baker—, ha representado el papel de víctima de su propia bondad. Afirma que el preso, Dillon, le había llamado para pedirle agua, diciendo que sufría mucho por la fiebre. Y cuando el carcelero, ese Larkin, ha entrado, Dillon se le ha echado inmediatamente encima y le ha herido muchas veces con un puñal. Bueno, «muchas veces» era una exageración, pues no tenía más heridas que las descritas por Ben, y todo sonaba a cuento. Ya sabe usted lo que ocurre, *sir* John; cuando arrestamos a alguien en la calle siempre tienen una historia que contar, o a veces es la supuesta víctima del delito la que cuenta la suya, pero la historia suena a falsa por la manera en que la cuentan. Y por supuesto, en este caso se planteaban enseguida muchas dudas.

—Tales como —interpuso Bailey— el modo en que el preso entró en posesión del puñal.

—¿Qué ha contestado a eso? —preguntó *sir* John.

—Dice que debían de habérselo pasado clandestinamente, pero no sabía quién.

—Otra pregunta —dijo Baker—. ¿Cuál era la intención del preso al atacarle?

—Sí —contestó Bailey—, ellos afirman que pretendía escapar. Sin embargo, no han sabido explicar por qué no salió en ningún momento de la sala de los criminales. Larkin solo lo empujó hasta el corredor y esperó a que lo rescataran los demás carceleros, que se echaron sobre el preso y lo desarmaron. Dicen que los tuvo encima antes de poder decidir hacia dónde iba a escapar. Eso también lo dudo por el modo en que nos lo han contado. Hemos intentado sacarle las vueltas al tipo, obligarle a repetirlo todo para buscar contradicciones, como haría usted. Pero el carcelero jefe no nos lo ha permitido. Nos ha separado de Larkin. Entonces, le hemos pedido visitar la sala de los criminales para interrogar a los carceleros y a los otros presos y ver la escena del incidente. Y él va y nos dice: «¿Quiénes son ustedes para dudar de la historia de ese hombre?».

—«Somos alguaciles, eso es lo que somos», le he dicho yo —intervino Baker—. «Y si no podemos ver al preso, exigimos ver al director de Newgate».

—Se ha reído de nosotros —dijo el señor Bailey—. Y ha dicho: «El director de Newgate no recibe a gente como ustedes».

—Bueno, pues a mí sí que me verá —dijo el magistrado, cuya expresión se había ensombrecido paulatinamente mientras escuchaba—. ¡Jeremy! —bramó de repente —, ve a buscar mi casaca y mi tricornio que están en el estudio.

Brinqué al oír su orden y corrí escaleras arriba. Mientras ayudaba a *sir* John a ponerse la casaca, deseé fervientemente que me pidiera que le acompañara, pero no me sorprendió que no lo hiciera.

—¿Tiene aún mi mandamiento en su poder?

—Sí, señor, aquí en el bolsillo —respondió Bailey.

—Entonces, pongámonos en marcha los tres, pues les prometo que volveremos con el preso.

Así, los tres descendieron apresuradamente, el señor Baker primero, luego el señor Bailey y por último *sir* John, que apoyaba la mano en el hombro de Bailey, como solía para bajar escaleras.

Yo los vi partir con excitación, pero la señora Gredge me sacó de mis contemplaciones con una áspera orden.

—Cierra la puerta, Jeremy.

Después de hacerlo, me dirigí a su encuentro para comentar aquel nuevo giro en un asunto que era ya demasiado complejo para mis entendederas.

Sin embargo, la señora Gredge me hizo callar de un modo sorprendente con un comentario que delataba su ignorancia.

—¡Todo este alboroto por un criminal! —dijo con un ademán despreciativo—. ¿Qué importancia tiene?

En cierta manera, se me había metido en la cabeza que ella, como mujer adulta y ya de cierta edad, tendría el mismo interés que yo en los asuntos de *sir* John. Sin embargo, cuando intenté explicarle el significado de lo que acabábamos de escuchar, es decir, la probable importancia de Dillon como testigo en el caso Goodhope,

desdeñó oírlas, afirmando que le daba igual. Y así, me vi obligado a añadir la indiferencia a su ignorancia. Lo cierto es que, en el tiempo que llevaba en aquella casa, yo no le había oído jamás hacer una sola pregunta a su amo sobre lo que ocurría en el juzgado de la planta baja, y mucho menos sobre cuestiones privadas, tales como la investigación sobre la muerte de lord Goodhope. Esto último demostraba hasta qué punto vivía también aislada de los rumores de los dimes y diretes de la calle, pues, como me enteraría después, ningún otro tema despertaba entonces un interés tan vivo en los propagadores de especulaciones y chismorreos como el que pronto recibiría el nombre de «El horror en St. James Street» en un panfleto de próxima aparición. Pese a lo que yo opinara sobre ella, la señora Gredge estaba totalmente al margen de tales afanes sensacionalistas, lo que quizá era mucho mejor para el ama de llaves y cocinera de un magistrado.

Poco después, cuando había terminado ya las tareas domésticas que me impusiera, la señora Gredge me preguntó si podría bajar a Covent Garden para hacerle la compra. Yo acepté de buena gana, comprendiendo que me confiaba lo que ella consideraba uno de sus más sagrados deberes.

—¿Ibas alguna vez al mercado a comprar alimentos para tu padre? —quiso saber.

—Oh, a menudo —respondí—, cuando él estaba ocupado en la imprenta.

—¿Sabes comprar carne, patatas, verduras?

—Todo.

—Muy bien. Te daré una oportunidad. Lo que hice para *sir* John y para nosotros anoche me ha dejado sin provisiones y no me gusta dejar a *lady* Fielding sola en la casa.

Nos sentamos, pues, y preparamos una lista, ella dictando y yo escribiendo, pues, como había sospechado ya y confirmé, era analfabeta. Después me entregó una gran cesta para la compra, me metió dinero en el bolsillo y me despachó con la lista.

Aunque había pasado varias veces por Covent Garden con el señor Bailey y *sir* John, no había tenido ocasión de recorrer el lugar como hice aquella mañana. La señora Gredge no me había puesto límite de tiempo, así que me paseé tranquilamente por entre los puestos y la gente que había alrededor, eligiendo una col aquí, y patatas, zanahorias y nabos allá, pues la señora Gredge tenía en mente hacer un estofado que durara varias noches. ¿Y qué hace bueno el estofado si no las buenas especias? Por lo tanto, cuando oí la voz de una joven elevándose sobre el resto («Aquí tengo buena salvia, tomillo y romero. Vengan y compren hierbabuena. Aquí tengo alhelíes, ruda y milenrama. Vengan y compren mis atados de mejorana, ¡oigan!»), me pareció una invitación expresa para mí. Me acerqué a ella presuroso a través de la multitud, y tras un rato de agradable regateo, compré hojas de laurel y tomillo. La chica que anunciaba su mercancía no era mucho mayor que yo; era buena regateando, pero no se aprovechó de mí. Lo que sí hizo fue incitarme a comprar sus puerros y, decidiendo que irían bien para el estofado, compré un puñado. Dado que nada de todo aquello se hallaba en la lista de la señora Gredge, lo compré con mi menguante reserva de

monedas. Solo me quedaron entonces dos chelines y unos cuantos peniques, pero me consolé pensando que era para una buena causa, y realizar aquellas compras por mi cuenta me hizo sentirme todo un hombre.

Al dar la espalda al puesto de la vendedora de especias con mis compras en la cesta, noté una mano posándose amablemente sobre mi brazo, me volví y descubrí un rostro que me era familiar, pero que no conseguí ubicar. ¿Quién podía ser aquella hermosa mujer?

—Tú eres Jeremy, ¿verdad? —preguntó.

—En efecto, señora. Creo que nos conocemos, pero me avergüenza reconocer que no recuerdo su nombre.

—Katherine Durham —replicó ella—. *Sir* John Fielding nos presentó hace unos días en el Haymarket.

—Ah, sí —dije—, tiene que perdonarme por no haberla reconocido. Desde que llegué a Londres, me han ocurrido tantas cosas.

La recordé en aquel preciso instante. Su hijo se había salvado de la horca para hacerse a la mar.

—Ciertamente —dijo—, es un lugar desconcertante. Recuerdo bien el día que llegué con mi difunto marido desde Plymouth, el tumulto constante, la cháchara, pero acabé acostumbrándome. También tú te acostumbrarás. Si no recuerdo mal, eres aprendiz de impresor. ¿Te ha encontrado colocación *sir* John?

—Todavía no, señora. Ha estado muy ocupado en una investigación.

—Ah, el caso Goodhope, claro. No se habla de otra cosa en la calle.

—Y además —añadí, largando más de lo que debía—, está también lo de *lady* Fielding.

—¿Oh? ¿Y qué le pasa?

—Me temo que se está muriendo.

Aunque comprendí de inmediato que había cometido un error al hablar de los asuntos personales de *sir* John, la expresión de consternación y de auténtica piedad que apareció en su rostro me garantizaron que al menos no se lo había dicho a la persona equivocada.

—No tenía la menor idea —dijo—. Pobre hombre, tan generoso y bueno. Debe de estar realmente agobiado, ¿verdad? Bueno, joven Jeremy, puesto que nada había oído en la calle, consideraré lo que me has dicho como una confidencia. No se lo repetiré a nadie.

—Se lo agradecería —dije—. La verdad es que no debería haberlo mencionado.

—Mis labios están sellados. —Luego, señalando nuestras cestas parejas, añadió—: Haces las compras para la casa. Gozas de su confianza.

—Espero haberlo hecho bien. Solo me queda por comprar la carne.

—¿Quieres que te ayude?

—Oh, sí, por favor. Temo comprar género pasado o estropeado. No tengo muy buen ojo para la carne.

—Entonces, acompáñame —dijo—. La compraremos juntos.

Nos dirigimos a la esquina del Garden donde se hallaban los puestos de los carniceros, los vendedores de embutidos y de aves de corral, y donde las moscas tempranas para la época se arremolinaban en buen número. Los vendedores ambulantes lanzaban sus cantinelas: «¡Chuletas de cordero con tuétano! ¡Riñones de cerdo y lonjas de tocino y huesos carnosos para el estofado!», y los compradores se apiñaban en torno a ellos. Parecía que quienes gritaban más atraían a más gente: «Compren un pollo bien cebado, o llévense dos por un chelín. ¡Vengan y compren si gustan!».

Pero Katherine Durham dejó atrás a la multitud y me condujo hasta un puesto donde, pese a tener una numerosa clientela, no recurrían a los gritos. Aguardamos nuestro turno para ser servidos por uno de los dos mozos que se afanaban tras el mostrador, ofreciendo y vendiendo, pesando y envolviendo. Pero mientras aguardábamos, nos vio el propietario, un auténtico carnicero, pues llevaba un delantal ensangrentado; abandonó lo que estaba haciendo al fondo del puesto y nos hizo señas para que nos acercáramos.

—Hola, señora Durham —dijo. Era un hombre corpulento con una potente voz—. ¿Qué tal está usted en esta magnífica mañana?

—Oh, muy bien, señor Tolliver, y le he traído a este buen mozo, de nombre Jeremy, que ha venido al Garden para comprar para la casa de *sir* John Fielding.

El carnicero me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, dándome ocasión de hinchar pecho.

—Bueno —dijo—. ¿*Sir* John ha dicho? Todos deseamos estar a buenas con él. ¿Qué necesitará hoy, joven señor?

—Carne para el estofado —dije tras consultar mi lista—, del hueso.

—Bien, vengan aquí los dos, y echen un vistazo. Creo que esto les va a gustar.

Con estas palabras, nos condujo hasta un gran puchero cubierto con un paño. Al contrario que la carne puesta a la venta en los puestos vecinos, la suya permanecía cubierta hasta que se mostraba y se vendía. El señor Tolliver apartó el trapo para que pudiéramos ver el contenido.

—¿Cordero? —preguntó la señora Durham.

—Cordero es, por cierto, y muy tierno, casi lechal.

Lo examiné con mi ojo poco experto. El puchero estaba lleno de carne de un tono relativamente claro y cortada en gruesas chuletas. Casi todo tenía trozos de grasa, cosa que comenté, preguntando si era lo normal.

—Es lo mejor, joven señor —dijo el señor Tolliver—. La grasa da cuerpo al estofado. La cocinera la sacará de la superficie con una espumadera cuando hierva.

Miré a la señora Durham, que lo confirmó asintiendo.

—Bien está —convine—. Me llevaré una libra.

—Y yo la mitad de eso —dijo ella.

—Pues aquí lo tienen —dijo él, repartiendo la carne en las cantidades solicitadas

—. ¿Es eso todo?

La señora Durham indicó que sí y pagó su parte. Yo pedí tres cortes de buey para asar.

—¿Tres? —se sorprendió.

—A *sir* John le gusta el buey.

—¡Como a cualquier caballero inglés! Pero tengo que ir a cortarlos al interior del puesto. No tardo nada.

Nos dejó para atender a mi petición y Katherine Durham extendió la mano para despedirse. Yo la estreché con vehemencia y le expresé mi agradecimiento, manifestando mi buena suerte por haberla encontrado por casualidad.

—Ha sido un gran placer —dijo ella amablemente—. Bien, Jeremy, no estaría bien que te dijera que transmitieras mis simpatías a *sir* John con respecto a *lady* Fielding, porque como tú bien decías, es un asunto personal y seguramente era mejor no contárselo a nadie. Sin embargo, cuenta con mi más sincera simpatía. Dile simplemente que te has encontrado con Katherine Durham, que le envía sus más sinceros saludos y espera que una mañana tenga tiempo de visitarla en el número 3 de Berry Lane. ¿Recordarás la dirección? Es el piso de arriba con una entrada propia.

—La recordaré, sí, y se la daré a él.

—Adiós, pues, y buena suerte.

Me quedé mirándola mientras ella se abría paso por entre la multitud, pues me atraían su belleza y su carácter afable. Luego, al notar que se acercaba el carnicero, me di la vuelta y me lo encontré sosteniendo en alto los trozos de carne para someterlos a mi inspección. Decidí que tendrían mejor aspecto cuando estuvieran asados del que tenían en aquel momento, pero asentí dando mi aprobación y él los envolvió.

Mientras recibía mi dinero, miró hacia donde había desaparecido la señora Durham.

—Una guapa mujer —dijo.

Antes de que llegara yo al número 4 de Bow Street, un coche se detuvo ante la puerta y se apearon cuatro hombres. *Sir* John bajó el primero; el prisionero era el tercero entre dos alguaciles. Incluso a cierta distancia, distinguí que Dick Dillon las había pasado muy magras. Caminaba despacio, aunque no llevaba grilletes en los pies, y con la cabeza gacha. Me quedé atrás, no deseando entorpecer su camino, pero también para observarlos mejor. *Sir* John se detuvo un momento en la puerta trasera, se dio la vuelta y dio alguna orden que no oí. Hasta entonces no me había dado cuenta, aunque más adelante pude observarlo de nuevo, y era que en ciertas ocasiones *sir* John adoptaba un cierto aire militar, dando órdenes concisas y secas. La mayor parte de su tiempo lo dedicaba a ser magistrado y tenía el adecuado aire judicial, sin embargo, otras veces convenía más a sus intereses representar el papel de

comandante de sus alguaciles.

Entraron, *sir* John el último, y yo me apresuré hacia la puerta para echar otro vistazo. Dentro, oí los pesados pasos del grupo alejándose por el pasillo. Corriendo casi, lo recorrí en su totalidad y vi desaparecer a los cuatro en el despacho del magistrado. ¡Cómo me hubiera gustado acompañarles! Pero no podía entrometerme, claro está, por ganas que tuviera de oír la declaración de Dillon. Y así, con un suspiro de resignación, di media vuelta y subí las escaleras hacia la cocina, con la cesta en la mano.

La señora Gredge se mostró muy complacida por mis compras, y doble fue su satisfacción cuando le dije que las especias y los puerros habían salido de mi pequeña reserva de dinero. Y aunque no se ofreció a reembolsármelo, me dio tiempo libre para usarlo como mejor me pluguiera. Subí a mi habitación del ático, súbitamente cansado, y aunque cogí un libro para leer, pronto las letras impresas bailaron ante mis ojos. La falta de sueño de la noche anterior venció mi resolución, y antes de darme cuenta había caído en un profundo sueño.

Me despertó la señora Gredge con mayor amabilidad de la acostumbrada, para decirme que *sir* John requería mi presencia en su despacho. Poco más necesitaba yo para que se agudizaran mis sentidos. Había pasado cerca de dos horas durmiendo.

Me calcé y me dirigí a la planta baja de inmediato. Por el camino, me sorprendió ver a Dick Dillon en la habitación que hacía de calabozo, devorando ávidamente pan y queso, pero no tenía sentido que me quedara allí contemplándolo boquiabierto, de modo que me encaminé al despacho del magistrado y llamé a la puerta con fuertes golpes. Grité mi nombre con fuerza pareja y *sir* John me pidió que entrara.

—Ah, Jeremy —dijo cuando me acerqué—, necesito que hagas dos recados importantísimos.

—Sea lo que sea, señor, lo haré.

—Buen chico. —Cogió dos cartas de su mesa, ambas con el sello de Bow Street, y me las tendió—. Entrega estas dos cartas en mano a las personas cuyo nombre figura en el sobre, a ellas y solo a ellas. ¿Has entendido?

—Sí, señor —respondí, cogiéndolas—, perfectamente.

—Hay una distancia considerable entre las dos direcciones y no importa a cuál vayas primero. Busca al señor Bailey, al señor Baker o al señor Marsden y alguno de ellos te indicará el modo de llegar.

—¿Debo regresar a alguna hora en particular?

—Antes de que anochezca, desde luego, pero no te llevará tanto, aunque te pidan que aguardes la respuesta. Puede que uno o los dos lo haga. En cualquier caso, tú y yo hemos de cenar antes de irnos a la residencia Goodhope.

—Entonces, ¿voy a acompañarle? —dije con una sonrisa radiante.

—Oh, sí. Tienes un papel que desempeñar, pero ahora ponte en camino.

Me despedí y salí en busca de uno de los tres hombres nombrados. Tuve la suerte de encontrar al señor Marsden, pues el escribano del juzgado no solo me dio

indicaciones precisas de cómo llegar a cada destino, sino que me las anotó.

Por lo tanto, me adentré en la ciudad a toda prisa siguiendo un buen número de calles que hasta entonces no había pisado jamás, y solo consulté las indicaciones una vez. Pronto llegué a la Lloyd's Coffee House, una cafetería donde el señor Marsden me había comentado que se ventilaban muchos asuntos, aparte del de tomar café.

Estaba bien señalado y bien iluminado (pues tenía muchas ventanas). Cuando entré, había un gran murmullo de voces en la sala. En las mesas, que eran muchas, se sentaban uno o a veces dos hombres, y conversaban en voz alta con los de las mesas cercanas. Sin embargo, su atención estaba dividida, pues muchos parecían volver una y otra vez a una gran pizarra en una esquina del local, sobre la que un individuo con delantal escribía entradas y notas. Algunos le gritaban. Otros parecían no prestarle la menor atención. Mientras tanto, otros individuos con delantal se paseaban por entre las mesas, distribuyendo cafeteras y recogiendo tazas.

Di unos suaves golpecitos en el brazo de uno de estos mozos cuando pasó junto a mí y le pedí que identificara al señor Alfred Humber, como rezaba el sobre. Él me señaló un caballero de aspecto tranquilo, corpulento y algo mayor que el resto. Estaba sentado en medio de la muchedumbre con un joven no mucho mayor que yo a su lado. Al acercarme me pareció ver que dormitaba, y me pregunté si debía despertarlo. Sin embargo, cuando llegué a su mesa, sus ojos se abrieron de golpe como los de un gato, y aunque no realizó ningún movimiento con el cuerpo y sus dedos siguieron enlazados sobre su abultado vientre, me observó con atención.

—¿Qué hay, muchacho? —preguntó sin rudeza, sino más bien con indulgencia.

—Si es usted el señor Alfred Humber —dije—, tengo una carta para usted de *sir* John Fielding, magistrado del juzgado de Bow Street.

—Ese soy yo, así que puedes dármela.

Por fin se movió, extendió la mano para recoger la carta y sacó unos anteojos con que leerla del bolsillo de su chaleco. Rompió el sello con indiferencia y se dispuso a leer la carta. Finalizada esta, frunció el entrecejo.

—¿No solo quiere el nombre de los propietarios, sino también la ruta de su último viaje y la del siguiente?

—Lo siento, señor, no conozco el contenido de la carta.

—Claro, claro. —Se volvió hacia el joven de su lado, que había leído la carta abiertamente por encima de su hombro, y se la tendió—. George, muchacho —le dijo—, ocúpate de esto. Oh, primero ve a Timmons y luego a Craik. Estoy seguro de que uno de los dos lo tiene. Que te escriban la información al pie de la hoja.

Sin pronunciar palabra, el ayudante (si tal era realmente su posición) se dirigió a la esquina más alejada de la amplia sala.

—¿Te apetece una taza? —me preguntó el señor Humber—. Siéntate aquí.

—¿Una taza, señor?

—Una taza de café.

Hizo señas a uno de los mozos, que trajo tazas y una nueva cafetera, *sir*vió el

brebaje entre negro y pardo, y se alejó rápidamente.

—Nunca lo he tomado —dije—. ¿Me emborracharé?

—Oh, no; todo lo contrario. Te reavivará, si necesitas revivir, como me ocurre a mí. Y si no es así, durante un corto espacio de tiempo te dará una fuerza que no creías poseer.

—¿Una poción mágica? —aventuré.

—Un elixir —dijo él.

Lo probé y hallé que estaba caliente, pero no quemaba, y que era levemente amargo, pero su gusto no desagradaba. Así que me lo bebí con avidez, y me gustaba más y más con cada sorbo.

—Gracias, señor Humber. Me agrada.

—Una advertencia, muchacho. Bebe con moderación, pues podría convertirse en un hábito. El Señor sabe que se ha convertido en eso para mí.

Justo entonces regresó el muchacho al que el señor Humber llamaba George de su paseo por la sala. Arrojó la carta sobre la mesa y volvió a sentarse.

—Ha sido Craik, señor —dijo—. Quería saber qué era todo esto.

—Eso ha de decirlo *sir* John, y lo conozco lo bastante bien como para saber que no dirá nada hasta que le convenga.

El señor Humber recogió la carta y echó un vistazo a la información añadida al pie. Luego me la entregó.

—Aquí tienes. Transmítele mis mejores deseos.

Me puse en pie y apuré mi taza.

—Gracias, señor Humber, y gracias por darme a conocer el café.

—Ten cuidado y que no se convierta en un hábito.

Me despedí agitando la mano y salí de la cafetería. Luego consulté las instrucciones del señor Marsden y, atravesando la ciudad, me dirigí a la Compañía de las Indias Orientales de Leadenhall Street. El imponente edificio estaba situado muy cerca de las cámaras del Parlamento. No tuve dificultad en localizarlo, pero una vez dentro, descubrí que era un auténtico laberinto de escaleras y pasillos. Al otro lado de las puertas abiertas, vislumbré grandes salas llenas de oficinistas trabajando en sus mesas separadas con pluma y tinta. ¿Dónde hallaría al hombre que buscaba?

Por fin, subiendo a otro piso y tras preguntar a un individuo que encontré por el camino, llegué a la puerta que buscaba, la de *sir* Percival Peeper, que, como supe más adelante, era el propietario de aquella gran empresa. Llamé a la puerta y me abrió un hombre con librea de portero que no pareció impresionado por mi persona.

—¿Qué quieres, chico? —Su tono era el de quien vive en un estado permanente de exasperación.

—Traigo una carta para *sir* Percival Peeper.

—Dámela a mí. Yo se la entregaré.

—No puedo. Es de *sir* John Fielding, magistrado del juzgado de Bow Street. Me ha ordenado que se la entregue en mano.

—¿*Sir* John Fielding, dices?

—Exacto, señor.

—Espera aquí.

Me cerró la puerta en las narices. Aguardé en el pasillo durante un buen rato, cada vez más molesto por el hecho de que mi largo periplo en busca de la puerta correcta hubiera acabado de aquella manera. No obstante, estaba resuelto a cumplir las instrucciones de *sir* John al pie de la letra. Esperaría allí todo el día, si era necesario, antes que entregar la misiva a aquel tipo. Me decía a mí mismo que sería necesario tener la oportunidad de decírselo, cuando de repente se abrió la puerta y apareció de nuevo el portero.

—Por aquí —dijo.

Entré en una habitación decorada completamente en madera oscura y cuero. Los tonos oscuros y la falta de luz natural daban un aire opresivo a la antecámara, que parecía corresponderse perfectamente con la actitud de mi guía. Me condujo a un estrecho y corto pasillo hasta otra puerta. Llamó con ligeros toques y, a una palabra desde el interior, la abrió y me hizo pasar. Tras una gran mesa se sentaba un hombre menudo y arrugado, no mucho más grande que un niño, y me miraba ceñudo. Me di cuenta de que el portero se quedaba esperando mientras yo continuaba por la alfombra hasta la mesa. Allí, al menos, habían abierto las cortinas y entraba luz suficiente para ver.

Estaba convencido de que aquel era el hombre al que había ido a ver, por supuesto, pero preferí preguntarlo de la manera más osada.

—¿Es usted *sir* Percival Peeper?

—El mismo.

—Entonces esto es para usted, señor.

Coloqué la carta sobre su mesa. Él la miró y la tocó con los dedos mostrando su impaciencia, esperando a que yo diera media vuelta y me marchara.

—Creo que espera respuesta —dije.

—Oh… muy bien.

Rasgó la carta con gesto brusco y leyó su contenido rápidamente.

—¿Habrá respuesta, señor?

—Sí, por supuesto, pero no ahora. Lo que pide *sir* John ha de ser buscado en nuestros archivos. Vete, chico, y díselo.

Aun a riesgo de parecer impertinente, sentí que debía decir algo.

—Creo que se necesita la respuesta antes de las nueve para una reunión en la residencia Goodhope.

—Eso dice aquí. Y la tendrá para entonces. Si es necesario, haré que se la lleven allí mismo. Puedes decirle eso también. —Agitó una mano, en un gesto claro de que me fuera, pero cuando me daba la vuelta, volvió a llamarme—. Espera, chico, ¿quién eres tú para decirme lo que se necesita y cuándo?

Enrojecí violentamente. Tal vez había sido un poco descarado.

—Le pido perdón, señor —dije—. No pretendía ofenderle.

—¿Crees quizá que tú eres la ley?

—No, señor, pero soy el mensajero de la ley.

*Sir* Percival soltó una carcajada seca y me hizo señas de que me acercara.

—Buena respuesta —dijo, metiendo la mano en el bolsillo. Sacó un chelín y me lo ofreció—. Tal respuesta merece un chelín.

Vacilé en aceptarlo, pensando que tal vez *sir* John no lo aprobara, pero luego, temiendo más aún ofender a *sir* Percival con mi negativa, agaché la cabeza en una semblanza de saludo y cogí el chelín.

—Gracias, señor.

—Puedes irte.

El hombre de la librea me condujo de vuelta al pasillo sin decir una palabra. No tuve dificultad en hallar la salida. Y una vez en la calle, me sentí especialmente alegre. Tal vez fuera por el chelín, no por la moneda en sí, sino por la recompensa. Me sentía como si acabara de pasar algún tipo de prueba, porque me había sabido defender ante un hombre de importancia.

O quizá fuera tan solo el café que me había tomado por la generosidad del señor Humber. Me había asegurado que daba fuerzas que uno mismo no imaginaba poseer, y quizá eso significara también la fuerza para responder adecuadamente.

En cualquier caso, lleno de café y de esperanzas, me encaminé a toda prisa hacia Bow Street. Anochecía, y solo deseaba que llegaran las nueve.

# XI

## En el que se aclara todo

Las sillas estaban dispuestas en forma de cuarto creciente en la biblioteca Goodhope, veinte en total en dos hileras de a diez. No habían de ser tantos, me dije a mí mismo, recordando la petición que *sir* John transmitió a *lady* Goodhope a través del señor Donnelly. Sin embargo, al final de aquella velada, muchas de ellas habrían sido ocupadas, si bien temporalmente.

Las sillas, entonces vacías, se hallaban de cara a la mesa en la que se había encontrado el cadáver unas noches antes, rodeándola en semicírculo. Me pregunté qué necesidad dictaba que aquella singular reunión se celebrase en aquella estancia en particular. Al llegar *sir* John y yo a la casa unos minutos antes, *lady* Goodhope había salido a nuestro encuentro para protestar airadamente, de un modo muy poco adecuado para una dama, en contra de la reunión, en contra del lugar elegido y en contra de que ella tuviera que asistir, cosa que *sir* John exigía. Él la instó a entrar en la salita donde habían conversado ya varias veces e intentó despejar sus temores. Pero antes de entrar me llamó a su lado y me ordenó que fuera a la biblioteca para asegurarme de que se había preparado todo según sus deseos.

Salvo por la superabundancia de sillas, todo parecía en orden. El fuego ardía en la chimenea, caldeando la habitación casi excesivamente. La iluminación era buena; se habían llevado dos candelabros a la biblioteca para contribuir al resto de velas. El efecto conseguido era el de dar a la biblioteca prácticamente el aspecto con que la había visto previamente a la luz del día. Las velas encendidas parecían contribuir también a caldear el ambiente.

Estaba de pie junto a la mesa, echando un último vistazo, cuando alguien me saludó por mi nombre a mi espalda. Al darme la vuelta, vi al señor Donnelly avanzando hacia mí desde la puerta. No parecía alegre, pero sí muy animado debido a la ocasión. Tenía el rostro encendido y se movía con su acostumbrada energía.

—Bueno —dijo—, ¿qué opinas de esta importante velada?

—No sé qué pensar —contesté con sinceridad.

—Entonces… ¿*sir* John no te ha insinuado lo que va a ocurrir?

—No, señor. Solo me ha pedido que me asegurara de que todo estaba en orden.

—Eso parece, ¿no? —dijo, mirando alrededor.

—Lo único es que hay demasiadas sillas.

—No creo que a eso le ponga peros. Se diría que los criados han vaciado el comedor.

Pensé en algo que decir. Estaba deseando contarle a alguien lo de las cartas que había entregado, que había probado por primera vez el café y que había ganado un

chelín con una respuesta acertada, sin embargo, temí que al señor Donnelly todo eso le pareciera pura cháchara adolescente. De modo que comenté únicamente lo que me vino a la cabeza.

—*Sir* John está en la sala de estar del vestíbulo con *lady* Goodhope.

—Ah, sí —dijo él—. Ya me he dado cuenta. He oído sus voces discutiendo en el momento en que me abrían la puerta. He pensado darme una vuelta por aquí hasta que hayan resuelto sus diferencias. ¿Ha sido una cobardía por mi parte?

Una vez más, me extrañó la pregunta y decidí que el señor Donnelly se limitaba a expresar sus íntimos pensamientos.

—Oh, no, señor —respondí rápidamente—. Al fin y al cabo, es una cuestión entre ellos.

—¡Precisamente! Eso es lo que me he dicho a mí mismo. Pero quizá sea mejor que vaya y compruebe si ha habido algún progreso en la negociación. —Se giró con un suspiro y dio dos pasos en dirección a la puerta, pero se detuvo y dijo—: Ah, Jeremy, una pregunta más. Me ha sorprendido que me abriera la puerta Benjamin Bailey, el amigo y huésped de mi querida prima.

—Ha venido con nosotros.

—Iba cargado con machete y pistolas. ¿Es que han despedido a ese mayordomo espía?

—No que yo sepa, señor.

—Bueno —comentó Donnelly, meneando la cabeza—, un alguacil armado en la puerta. Eso presagia una velada de lo más interesante, ¿no crees? —Agitó una mano y salió.

Por primera vez desde que entrara en la biblioteca, me aventuré tras la mesa y el calor de la chimenea me hizo sentir sumamente incómodo. El hogar en sí, apenas a tres pasos de distancia, guardaba una sorpresa. Había una tetera en el aguilón en la que no me había fijado antes. Aunque la habían apartado del fuego, seguía despidiendo un chorro de vapor. Me acerqué, me agaché y la levanté. Estaba llena de agua.

Entonces, al oír un súbito «¡Oh!» de sorpresa a mi espalda, me puse en pie bruscamente con la tetera en la mano y me encontré con una criada que llevaba un juego de té en una bandeja. Era menuda, vestida de negro y tenía buen color en las mejillas. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era nada más y nada menos que una de las pinches, Meg.

—Lo siento —dijo—. No sabía que hubiera nadie aquí.

¡Hablaba!

Rápidamente se acercó a los armaritos junto a la mesa y colocó su carga sobre uno de ellos. Después de hacerme una breve reverencia, inició la retirada.

Yo la contemplé paralizado, aún con la tetera en la mano. Sin embargo, antes de que se diera la vuelta y desapareciera completamente, conseguí hablar por fin.

—No se vaya.

Ella se detuvo con la vista baja y una tensa sonrisa en su bonito rostro.

—*Sir* John me ha dicho que participará en la velada. ¿Es eso lo que desea?

—Oh, sí —dijo ella—. Solo he de servir el té.

—¿Té? —dije, alzando la tetera tontamente—, té, claro.

Ambos nos reímos, sin duda más tiempo de lo que la situación justificaba. Devolví la tetera al aguilón.

—Parece un buen hombre, *sir* John —dijo Meg—. ¿Hace tiempo que lo conoce?

—No mucho. Pero en cierto sentido tengo la impresión de conocerlo bien. —Tal vez debía añadir algo más. Decidí contarle lo que no le hubiera contado a otros—: Comparecí ante él en su juzgado, acusado falsamente de robo, pero él advirtió el perjurio de mis acusadores y los despachó con una amonestación.

—Entonces es un buen hombre.

—Sabio y justo.

—¿Vive ahora en su casa?

—Sí —contesté, y añadí, pesaroso—: pero quizá no por mucho tiempo. Tengo un oficio. Intenta hallarme colocación.

—¿Y cuál es su oficio? —preguntó ella animadamente.

—Impresor. Lo aprendí de mi padre.

—¿Oh? ¿Y dónde está?

—Murió —dije, dejándolo tal como estaba, sin más detalles.

Ella guardó un momento de silencio y luego, asintió con gravedad.

—Mi madre también. A mi padre no llegué a conocerlo.

—Huérfanos —dije.

—Sí. Bueno…

—Hasta luego, señorita Meg —dije.

—Hasta luego, señor Jeremy.

Apenas pasaban diez minutos de las nueve cuando el grupo de personas con las que *sir* John había hablado previamente se congregó en la biblioteca, y te aseguro, lector, que no se hallaban nada cómodos. En un extremo del cuarto menguante se sentaban Charles Clairmont y Lucy Kilbourne, y en el otro extremo, *lady* Goodhope y el señor Donnelly. Esta lanzaba dardos envenenados a la otra pareja con los ojos. Black Jack Bilbo se había instalado entre ellos. En la segunda hilera de sillas, vi con sorpresa al señor Alfred Humber y a un hombre al que no había visto nunca.

Todo esto lo observé al entrar. En esta ocasión, *sir* John me permitió que le cogiera del brazo y lo condujera hasta la mesa rodeando las dos hileras de sillas. Allí se sentó en la fatídica silla. Una vez acomodado, yo me retiré varios pasos a su derecha. La señorita Meg estaba cerca e intercambié con ella miradas disimuladas. Ambos estábamos demasiado pegados al fuego para sentirnos cómodos, pero si *sir* John podía soportar semejante calor en su espalda, sabía que yo también podría

hacerlo.

El señor Bailey había abandonado su puesto junto a la puerta de la calle, reemplazado por el alguacil Cowley, y había entrado en la biblioteca detrás de nosotros. Se quedó a cierta distancia, detrás de las sillas, a medio camino de la puerta, que cerró tras él. Otras personas llegaban a la casa cuando nosotros tres nos encaminábamos a la biblioteca; sin embargo, no serían admitidos inmediatamente en aquella estancia, sino por turnos, tal como había establecido *sir* John.

El magistrado carraspeó e inclinó la cabeza de tal modo que parecía examinar a todos los presentes. Era como si él, mirándolos así, fuera el maestro, y ellos, malhumorados o pacientes, aburridos o expectantes, fueran sus alumnos.

—Les he convocado a todos aquí —empezó *sir* John—, para que podamos hablar de la muerte violenta que acaeció en este mismo lugar hace unas noches con todo detalle. La mayoría de ustedes tiene alguna relación con esa muerte. Es mi deber esta noche, dilucidar cuál es esa relación y dar sentido a lo que en un principio pareció ser un acto sin sentido. Suicidio era lo que parecía al principio.

En ese momento *sir* John hizo una seña al señor Bailey, limitándose a hacer chasquear los dedos, y Bailey se dio la vuelta y caminó de puntillas hasta la puerta que daba al vestíbulo. Mientras tanto, *sir* John continuó con su discurso.

—*Lady* Goodhope rechazó con vehemencia esta conclusión por el conocimiento que tenía de su marido y de su carácter. Puede que otros factores influyeran también en su certeza.

Justo entonces, Bailey abrió la puerta con un solo y colérico movimiento. Desde mi posición vi aparecer inmediatamente a Potter. Lo habían pillado agachado, escuchando por el ojo de la cerradura. El mayordomo se irguió en toda su estatura, que era considerablemente menor que la de Bailey, e intentó salvar la situación.

—Quería… quería saber… —dijo, ruborizado— si podía hacer…

—Ah, Potter —dijo *sir* John—, entre, entre. Llega justo a tiempo. Sí, desde luego que hay algo que puede hacer por nosotros. Entre y cuéntenos, brevemente, por favor, cómo entró en la biblioteca y el estado del cuerpo que encontró en esta silla que ahora ocupo. Adelántese, hombre. No sea tímido. Diríjase a este pequeño grupo.

Mientras el mayordomo avanzaba para que los que le miraban fijamente no tuvieran que volverse para verlo, *sir* John añadió, a modo de introducción:

—Para quienes no le conozcan y no les haya abierto él la puerta esta noche, Potter *sir*ve como mayordomo en esta casa. Él oyó un disparo en la biblioteca. Con la ayuda de un lacayo, forzó la puerta, que estaba cerrada desde dentro, y fue el primero en ver el cadáver.

De pie, a un lado, Potter confirmó lo dicho y describió someramente el estado del cadáver. Concluyó diciendo que había enviado al lacayo al juzgado de Bow Street para que informara del lamentable suceso.

—Exactamente —dijo *sir* John—, y nosotros llegamos antes de que pasara una hora.

—¿Puedo irme ya, señor? —preguntó Potter, que seguía teniendo aire avergonzado.

—No, no puede —replicó *sir* John—. Debo pedirle que se siente con los demás y escuche lo que se diga aquí. Creo que lo encontrará interesante.

Potter obedeció dócilmente y sin chistar.

—El alguacil que me acompañó hasta aquí se halla esta noche con nosotros —continuó *sir* John—. ¿Puedo pedir al señor Benjamin Bailey que se adelante y que nos dé una descripción precisa de la herida?

Bailey ofreció un resumen rápido y profesional, el tipo de informe que estaba acostumbrado a hacer ante el tribunal. Cuando concluyó, *sir* John asintió y Bailey ocupó de nuevo su sitio.

—Pero esa noche llegó con nosotros otra persona, el joven que se halla de pie detrás de mí y a mi derecha. Él se fijó en un importante detalle que luego me comentó. Jeremy Proctor, ¿quieres decírselo a ellos ahora?

Fui más que breve, explicando tan solo que me había fijado en las manos limpias del muerto, y no dejé de añadir que ni siquiera cuando se lo conté a *sir* John comprendía yo el significado de aquel hecho.

—Pero cualquiera que tenga experiencia con armas sí lo conoce —dijo *sir* John —. La pólvora mancha la mano de quien aprieta el gatillo. Examinamos el cadáver aún sin lavar y confirmamos que la primera impresión del señor Proctor era correcta: Las manos estaban limpias. También surgió un detalle menos importante, aunque significativo: lord Goodhope era zurdo. Y la herida descrita por el señor Bailey no era coherente con la que debería infligirse un hombre zurdo a sí mismo. Así pues, teníamos un suicidio tras una puerta cerrada que no era un suicidio, sino un asesinato. Pero ¿adónde se había ido el asesino? ¿Cómo había escapado?

»No fue este el final de nuestro desconcierto, pues, teniendo en cuenta la sorpresa que acabábamos de recibir, creí que lo más prudente sería entregar el cuerpo a un doctor en medicina para que lo examinara, y pedí al señor Gabriel Donnelly, plenamente capacitado como tal por la Universidad de Viena y antiguo cirujano de la Marina Real, que realizara ese examen. ¿Quiere usted ponerse en pie, señor Donnelly, y hacer un resumen de su informe?

Bien por una locuacidad irlandesa innata, bien por el deseo de impresionar a *lady* Goodhope, Donnelly fue cualquier cosa menos breve. Utilizó, además, el lenguaje médico, repleto de latinajos que su público difícilmente podía entender. Sin embargo, dejó bien clara la importancia de su examen al final.

—Era seguro que la víctima había tomado una gran cantidad de un veneno cáustico, algún tipo de ácido. El boticario al que entregué la muestra del estómago de la víctima no pudo identificarlo, a causa de la cantidad de sangre y de bilis con que estaba mezclado, pero a juzgar por los daños causados en los órganos internos, era un veneno muy potente.

—¿Diría usted, señor Donnelly —preguntó *sir* John—, que el veneno fue la causa

de la muerte?

—Mi opinión ha variado un tanto a ese respecto —contestó—. Como indicaba en el informe complementario que le presenté, ciertamente podría ser así. Hubiera causado una muerte lenta y dolorosa y, en cualquier caso, la víctima estaría indefensa. Sin embargo, podría ser también que la causa técnica de la muerte fuera la herida del disparo, pero lord Goodhope hubiera muerto de todas maneras.

—Gracias, señor Donnelly. Apreciamos en lo que vale un informe tan completo y exacto.

El señor Donnelly volvió a sentarse y *sir* John dirigió su atención a la clase de sus alumnos. Ninguno parecía ya aburrido ni molesto; el maestro había captado plenamente su atención. Ah, pero allí al lado tenía una excepción: el señor Clairmont, que estaba sentado con las manos enguantadas pese al calor, y una sonrisa irónica fija en su rostro. Sus ojos penetraban la habitación de un modo que a mí me pareció despreciativo. Me hizo sentir curiosidad.

—No se acaban aún las sorpresas —prosiguió *sir* John—. Primero tenemos un suicidio que resulta ser un asesinato por un disparo. Luego no es un disparo, sino veneno, la causa de la muerte. Bien, tenemos entonces a una víctima que bien podía haber sido asesinada dos veces. Para mayor asombro mío, me enteré de la llegada del hermanastro de lord Goodhope, el señor Charles Clairmont, que había vuelto a Londres de visita desde su plantación de Jamaica. Confieso que sin conocerlo aún, pensé en él como posible malhechor, pues era sabido que al menos en una ocasión había existido hostilidad entre ellos, y sigue existiendo entre él y *lady* Goodhope. Pero en una entrevista con el señor Clairmont, que él amablemente me concedió, me dio razón de su paradero en el momento de la muerte de su hermanastro. De esto, y de otras cuestiones concernientes a la relación que mantenían.

Volviéndose hacia el señor Clairmont, pues de algún modo había descubierto la ubicación de sus oyentes, *sir* John preguntó con una sonrisa zalamera:

—Señor Clairmont, ¿podría por favor contar a los reunidos el contenido de nuestra conversación en lo que se refiere a su llegada a Londres?

Charles Clairmont permaneció sentado y lanzó un gran suspiro lastimero.

—Preferiría no hacerlo —dijo.

—¿Oh? ¿Y eso por qué?

—Porque todo esto no me parece más que una pantomima improvisada, puesta en escena en beneficio de no sé quién. Yo no estaría aquí de no haber sido obligado mediante una vaga amenaza. Richard murió, tal vez asesinado. Es una desgracia. Pero, como usted bien sabe, no me concierne directamente como si fuera alguien en quien pudieran recaer las sospechas. Muchos tenían razones para verle muerto. Yo no era uno de ellos.

Todo esto lo dijo con un tono nasal de queja. *Sir* John le escuchó atentamente con la mano en el mentón, dando toda su importancia a las objeciones expresadas por el señor Clairmont.

—Lamento que la forma de esta investigación le desagrade, señor Clairmont —dijo, tras una pausa—. Una investigación preliminar es así. No tiene la solemnidad de un tribunal. Por eso pido a todos que declaren de manera informal. Si usted lo prefiere, se iniciará un proceso judicial mañana por la mañana en el juzgado de Bow Street. Pero no creo que desee usted causar tal molestia a los que se han reunido aquí, y que tengamos que mandar citaciones, etcétera. Usted recibiría una, por supuesto.

El señor Clairmont volvió a suspirar.

—Así pues, o hablo ahora o mañana en el tribunal.

—Eso es lo quería decir, sí.

—Entonces, supongo que habré de ceder.

Sin embargo, cedió solo a regañadientes y no totalmente, pues de todas las declaraciones hechas hasta entonces, la suya fue la más corta. En poco más de dos frases, explicó que a la hora de la muerte de su hermanastro, él se hallaba en el mar, seguramente bordeando Cornualles, pues no había llegado a Londres hasta un día después, a las veinticuatro horas de haberse producido el suceso. No se levantó para hablar.

—Con eso bastará —dijo *sir* John, encogiéndose de hombros—. Para confirmar esto —prosiguió—, pido al señor Bailey que llame al capitán Cawdor del *Island Princess*. Y mientras tanto, que se levante el señor John Bilbo y nos hable de su encuentro con el señor Clairmont la noche de su llegada a Londres.

—¿En mi local?

—Ciertamente —dijo *sir* John—, tal como me lo contó a mí.

Así lo hizo, irguiéndose en toda su estatura, sin mirar a derecha ni a izquierda, sino directamente al magistrado.

*Sir* John formuló unas cuantas preguntas cuando terminó.

—Dado que el señor Clairmont no ha hablado de ello en su informe, tal vez podría darnos usted su opinión de cómo reaccionó al darle usted la noticia de la muerte de su hermanastro.

—Oh, se alteró mucho, señor.

—¿Derramó lágrimas?

—Bueno, no. No llegó a tanto. Pero recuerdo que dijo: «Pobre Dickie, tenía tantas cosas por las que vivir», y «¿Por qué habrá hecho una cosa así?». Como he mencionado, en aquel momento le dije lo que sabía, que se había suicidado.

—Y en cuanto a sus primeros encuentros con el señor Clairmont, uno o más se produjeron cuando él estaba en compañía de lord Goodhope, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se trataban entre ellos?

—De un modo muy amistoso, señor. Como dos caballeros que salen en busca de una noche de placer.

—Gracias, señor Bilbo. ¿Y la relación entre usted y lord Goodhope?

—Muy buena, señor, considerando que me debía una cantidad considerable de

dinero.

—¿Y con respecto a la señorita Kilbourne?

—No había nada de eso entre nosotros, señor. Yo me deshice de ella.

Antes de que *sir* John pudiera replicar, Lucy Kilbourne se había puesto en pie, roja de indignación y dispuesta a vengarse.

—¿Puedo contestar a eso? —exigió.

—No —dijo *sir* John—, no puede. Tendrá usted su oportunidad, señorita Lucy, antes de lo que cree.

Ella volvió a sentarse despacio y con aire vacilante.

Mientras tanto, el señor Bailey había regresado a la biblioteca con un individuo con la cara colorada, pero muy solemne, que vestía completamente de marino. No era alto, pero caminaba tan erguido y tieso que lo parecía. Este caballero entró precediendo al señor Bailey y caminaba con el gorro y un libro bajo el brazo. Con paso ligero y ruidoso, se acercó hasta la segunda hilera de sillas y allí se detuvo, prestando toda su atención al magistrado, mientras esperaba que lo llamasen. La suya fue una entrada impresionante.

—¿Es usted el capitán Cawdor? —preguntó *sir* John.

—Lo soy, señor. Josiah Cawdor, capitán del buque mercante, *Island Princess*.

—Ha sido muy amable al venir, capitán. Confío en que traiga consigo su cuaderno de bitácora como le pedí.

—Sí, señor. Lo he traído, señor.

—Antes de que lo abra, solo para confirmárselo a los presentes aquí, tal vez podría usted identificar al hombre que fue pasajero suyo desde Jamaica hasta Londres. ¿Se halla aquí?

El capitán Cawdor no tuvo necesidad de mirar a derecha o izquierda.

—Sí, señor —respondió—. El individuo en cuestión es el señor Charles Clairmont. Fue el único pasajero del barco, y nos vimos bastante en el transcurso del viaje. —Tras una brevísima vacilación, añadió—: Además, nos conocíamos de antes.

—¿Desde cuándo sería eso?

—Oh, desde hace años, diría yo.

—¿Diría usted, pues, que eran amigos?

—No podría decirlo, no señor. Nos veíamos muy de tarde en tarde. Solía ser una relación de negocios.

—Sin embargo, había realizado el viaje a Londres otras veces con usted en el *Island Princess*.

El capitán Cawdor pareció sorprenderse un poco de que *sir* John lo supiera.

—Cierto, pero en aquellas ocasiones había otros pasajeros a bordo. Vaya, recuerdo que durante un viaje cruzamos…

—Perdóneme por interrumpirle, capitán, pero no hay necesidad de entrar en detalles. Digamos simplemente que el señor Clairmont es algo más que un conocido, pero no un amigo.

—Sí, señor.

*Sir* John se giró de tal modo que tenía la cabeza ladeada hacia mí. Por un momento pensé que me daría entonces la señal que habíamos acordado. Pero en cambio se dirigió a mi joven compañera de la cocina.

—Señorita, ¿quiere usted prepararnos un té? —Luego añadió para todos en general—: El señor Clairmont tenía razón al quejarse. Este es un asunto tedioso. Quizá un platillo de té estimule nuestra atención.

Meg realizó su tarea con gran eficiencia, colgando la tetera vacía sobre el fuego, distribuyendo las tazas y los platillos. Aunque el té caliente no parecía ser la mejor bebida en aquellas circunstancias, sería té caliente lo que tomarían. Examiné al grupo. *Lady* Goodhope parecía algo nerviosa al ver manejar a Meg su porcelana china. El señor Humber, aunque con apariencia indolente y descuidada, como antes en Lloyd's, se había dado la vuelta para prestar toda su atención al capitán Cawdor. El caballero que entonces me era desconocido también se interesaba por el capitán. Más cerca de mí, el señor Clairmont parecía comportarse de un modo un tanto extraño. Sudaba, igual que yo, por otra parte, y se secaba la cara con el pañuelo y el mayor de los cuidados, luego lo examinaba sin que lo viera nadie más que yo. También noté que en aquella habitación tan iluminada, su rostro brillante relucía.

—Pero quizá, capitán —continuó *sir* John—, pueda leernos, o tal vez interpretar, el cuaderno de bitácora de su barco para que conozcamos el emplazamiento exacto del *Island Princess* la noche de la muerte de lord Goodhope.

—¿Eso sería el día antes de atracar?

—En efecto.

Así pues, el capitán Cawdor leyó un poco e interpretó más, ahorrándonos un batiburrillo de nombres, grados y nudos, y localizando la posición de su barco junto ante las costas del sur de Dorset aquella noche en cuestión.

—¿No fue frente a las costas de Cornualles?

—No, señor, rodeamos Land's End un poco antes y teníamos buen viento de cola, como registré en el cuaderno de bitácora. De hecho, llegamos temprano y nos hicieron anclar en los fondeaderos medio día casi. Siempre ocurre igual al llegar a Londres. El puerto está abarrotado.

—Gracias, capitán. Si quiere aguardar un momento donde está, me gustaría que el señor Alfred Humber, presidente de la Lloyd's, nos informara sobre la ruta del *Island Princess*.

El señor Humber así lo hizo, tras carraspear varias veces y mirar en derredor. Leyó las notas escritas en la misma carta que yo le había llevado de parte de *sir* John. La ruta desde Kingston pasaba por Charleston y Bristol y luego hasta Londres. Lo cierto es que parecía un poco perezoso. Sin duda agradecería su taza de té, y más aún si fuera de café.

—Bien, ¿qué me dice de esas escalas en Charleston y Bristol? —preguntó *sir* John al capitán.

—Llevamos media carga de algodón de Charleston a Bristol. El café cargado en Jamaica era para Londres.

—¿Cuánto tiempo permanecieron en Bristol?

—El tiempo necesario para descargar el algodón. Bueno, tuvimos que esperar un poco el primer día. Digamos que fue un trabajo de tres días que debería de haberse hecho en dos.

Meg tenía ya el té preparado. Había llenado la gran tetera en forma de campana del servicio de té con el agua hirviendo y aguardaba a que se hiciera la infusión.

—¿Abandonó el señor Clairmont el *Island Princesa* durante el tiempo que pasaron en Bristol? —preguntó *sir* John al capitán.

—Sí, por cierto. Se alegró mucho de poner de nuevo pie en tierra. El señor Clairmont sería el primero en admitir que no tiene madera de marino.

Meg había decidido que el té estaba listo, aunque apenas había estado un minuto en infusión, pues cogió la tetera con una mano y taza y platillo con la otra. Quienquiera que recibiera aquella taza, hallaría el té flojo de sabor y ardiente a la lengua.

—¿Y regresó el señor Clairmont al *Island Princess* y prosiguió el resto del viaje con usted hasta Londres? —preguntó *sir* John como si meramente tratara de dilucidar un detalle concreto.

—¡Eso ya ha quedado probado! —exclamó el señor Clairmont en un arranque de ira, que subrayó golpeando el suelo con su bastón. Lucy Kilbourne dio un respingo en la silla contigua, tanto la asustó aquella demostración. Volvió a dar un respingo cuando él exigió saber—. ¿Qué significa todo esto?

Meg se dirigió a él con la intención de servirle primero, haciendo caso omiso de las mudas indicaciones de *lady* Goodhope.

—Bien, señor —espetó el capitán Cawdor—, pues claro que sí. ¡Yo no me haría a la mar sin mi pasajero! Se sentía mal, mareado. Lo visité en su camarote dos veces durante el trayecto hasta Londres.

El señor Clairmont se había girado completamente en su silla para contemplar al capitán, que estaba detrás de la segunda hilera de sillas, más o menos hacia la mitad. Se hallaba así expuesto cuando Meg, inclinándose hacia él y apartando la taza a un lado, ¡echó té directamente de la tetera en su regazo! (A causa de lo dramático del momento y de los gritos, nadie la vio salvo yo; comprendí de inmediato que no podía haberlo hecho más que a propósito).

Clairmont se irguió entonces completamente, ya sin parecer cargado de espaldas, y aulló de dolor aferrándose la entrepierna.

—¡Meg, pequeña zorra! —gritó con una voz muy diferente de la que acababa de usar poco antes—. ¡Jesús! ¡Oh, Cristo!

La señorita Kilbourne se levantó para secar inútilmente la parte mojada con su pañuelo.

—¡Déjalo, Lucy, así me duele más! —gimió. Gruñó.

Entonces, de forma inesperada e inverosímil, Meg se echó a reír. Retrocedió, bailando, cuando él intentó abofetearla, y Clairmont se quedó dando zarpazos al aire, agitando los brazos para mantener el equilibrio.

—¡Lamentarás lo que has hecho, te lo prometo! —Pero no intentó perseguirla.

Cada palabra que pronunciaba delataba que no era quien parecía ser. Mientras que Charles Clairmont había hablado con un tono nasal y chirriante, ahora aullaba con una voz grave y fuerte que debió de oírse en toda la casa.

Tan diferente era su voz que *lady* Goodhope se levantó de su silla y lo miró con el mayor detenimiento que le permitían sus ojos miopes.

—Richard —exclamó—, ¿eres tú?

—Sí, eso creo —dijo *sir* John—. Conozco esa voz. La oí en un debate en la Cámara de los Lores, y solo puedo suponer que es lord Goodhope que ha regresado de entre los muertos. ¡Qué amable de su parte! Presentía su presencia aquí, pero no me hubiera atrevido a llamarle. Ahora ya no es necesario. Él mismo se ha identificado.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir? —preguntó el otro, adoptando el tono nasal una vez más y encogiéndose hasta su anterior postura—. ¿A qué está jugando?

—Es usted el que juega, lord Goodhope. ¡Déjelo correr! Quítese esa nariz falsa y límpiese la pintura de la cara, pues su impostura ha concluido. —*Sir* John aguardó brevemente, y luego dijo—: Capitán Cawdor, ¿desea cambiar lo que acaba de contarnos?

El capitán se levantó, ya no tan tieso, y miró al magistrado y al que había cambiado de voz no una, sino dos veces.

—Bueno… —dijo—, yo…

—Oh, siéntese, siéntese. Quizá volvamos con usted después. Y si sigue usted de pie, lord Goodhope, vuelva a tomar asiento, pues tras haber identificado a la auténtica víctima del crimen, debemos ahora buscar al que lo perpetró.

—Pero ¿quién? —quiso saber *lady* Goodhope—. ¿Quién es la víctima? No entiendo nada.

—Charles Clairmont —respondió *sir* John—. Fue su cadáver el que se envió en carro para ser enterrado en Lancashire.

—¡No puede ser! ¿Cómo es posible?

—Eso se revelará más adelante. Señor Bailey, ¿estamos listos para continuar?

—No del todo, señor.

El alguacil se había colocado justo detrás de Clairmont/Goodhope, que había permanecido en pie hasta ese momento. Pero el señor Bailey le obligó a sentarse, poniéndole las manos sobre los hombros y empujando hacia abajo con fuerza. El otro no opuso resistencia y, por el momento, tampoco ninguna objeción.

—¿Estamos listos ya? —preguntó *sir* John, sin dirigirse a nadie en particular. No recibiendo confirmación ni objeción alguna, declaró—: Bien, empecemos.

Llamó a otro testigo de la sala de estar, donde aguardaban todos. Esta vez usó al

señor Donnelly como mensajero, pues Benjamin Bailey no se movió de su nuevo puesto detrás del impostor. Aunque no lo conocía de nombre (Isaac Whelan), supe que era marino en cuanto lo vi entrar en la biblioteca. Tanto él como sus ropas estaban limpios, pero las ropas estaban gastadas; pese a que no era alto, caminaba balanceándose, lo que parecía ser común a todos los de su profesión. Miró en derredor, vio al capitán Cawdor y captó su mirada hostil, luego eligió un lugar para detenerse a cierta distancia de él. Intercambió una inclinación de cabeza con el señor Bailey y yo supuse que se trataba de uno de los compañeros de bebida del alguacil del día anterior.

Tras identificarse por el nombre, Isaac Whelan mencionó su ocupación como simple marinero.

—¿Forma usted parte de la tripulación del *Island Princess*?

—Formaba parte de ella, señor, pero dudo mucho que sea bienvenido a bordo cuando termine con lo que tengo que decir aquí. —Hablaba bien para ser un hombre que se ganaba la vida en los barcos. Tras un instante de vacilación, añadió—: Lo cierto es que de todas formas tenía la intención de abandonar el barco aquí, en Londres.

—¿Escapar del barco, podríamos decir?

—Sí, señor, en efecto.

—¿Y renunciar a su paga? ¿Romper su contrato? Eso es un delito punible en los tribunales de la marina.

—Sea como sea, señor.

—¿Tan duro es el capitán Cawdor?

—Con su tripulación no, pero después de haber hecho el viaje completo una vez, estoy resuelto a no volver a hacerlo nunca más.

—Sea más explícito, hombre.

—Bueno, señor —dijo Whelan—, se supone que debemos proseguir llevando mercancías a Costa de Marfil y allí recoger un cargamento negro para la venta en Jamaica y las Antillas.

—¿Un cargamento negro? —repuso *sir* John, frunciendo el entrecejo.

—Seres humanos, señor, de color negro. Los encadenan en la bodega y no les dejan subir a cubierta hasta que se acaba el largo viaje. Apenas les dan alimentos. Padecen enfermedades. Muchos mueren, tanto hombres como mujeres. Es un comercio inhumano, señor, y no quiero volver a participar en él.

El magistrado guardó unos momentos de silencio.

—Comprendo. No obstante, es un comercio legal siempre que se lleve a cabo lejos de nuestras costas. ¿Tiene usted motivos religiosos? ¿Pertenece a alguna secta de la Low Church?

—Mis motivos son que los seres humanos son seres humanos, y merecen ser tratados mejor que el ganado. No, señor, el ganado y los cerdos recibirían mejor trato.

—Bueno —dijo *sir* John—, he permitido esta digresión porque es de interés para

mí. Puede que también tenga cierta relación con el asunto que nos ocupa, pero volvamos a él, señor Whelan, en lo que concierne al señor Charles Clairmont, el pasajero del *Island Princess*.

—Muy bien, señor. Yo estaba de servicio en la pasarela la noche que atracamos en Bristol, cuando llegó un hombre y dijo que tenía un mensaje urgente para el señor Clairmont. Yo envié a buscar al capitán, y los dos hombres mantuvieron una conversación en secreto. Luego el capitán Cawdor acompañó al otro hasta el camarote del pasajero. Un poco después apareció el señor Clairmont con el mensajero en la pasarela, dispuesto a desembarcar. Yo le pregunté si seguiría con nosotros hasta Londres, y él me dijo que no era asunto mío. Se lo pregunté porque el tipo corpulento que le acompañaba llevaba una bolsa de viaje que pertenecía al señor Clairmont, pero no era ni mucho menos todo su equipaje. El tipo grande me miró entonces amenazadoramente y se fueron.

—¿Y esa fue la última vez que vio al señor Clairmont durante el resto del viaje?

—En cierta manera, sí. No vi rastro de él desde Bristol hasta Londres. Por lo que yo sé, tampoco lo vio ninguno de mis compañeros. Se nos dijo que estaba mareado y que se había confinado a su camarote, lo que se hubiera aceptado como cierto por lo general, pues se había pasado buena parte del viaje hasta Bristol tumbado y gimiendo contra el destino tras su puerta. Sin embargo, aunque estuvimos escuchando en la puerta de su camarote, no oímos nada. De todas maneras, se dejaba comida y agua para él, que nadie comía ni bebía.

»A nuestra llegada a Londres, el asunto tuvo un final extraño. Yo no estaba de servicio, pero tampoco había desembarcado. Vi lo que vi desde la barandilla del barco. No hacía una hora que habíamos atracado, cuando aparecieron un hombre y una mujer en el muelle, tan tapados que apenas se les veían las caras. Vi al capitán Cawdor ir a su encuentro y subir con ellos la pasarela. Y casi una hora después, vi a la mujer marcharse con un hombre que parecía ser el señor Clairmont. Los vi desde cierta distancia; el hombre tenía el extraño andar del señor Clairmont y vestía igual que él. Pero los que lo vieron de cerca estaban seguros de que era él. Los que le oyeron hablar también lo juraron.

—¿Ve usted a ese hombre aquí y ahora?

—Veo al hombre que abandonó el barco. Jamás juraría que era Charles Clairmont.

—Jamás juraría —repitió *sir* John—. ¿Qué reservas tiene?

—Bueno, hechos son hechos, y el hecho es que yo no vi salir del barco al hombre que subió a bordo con la mujer. Ni tampoco ninguno de mis compañeros. Hablamos mucho de eso entre nosotros, porque el señor Clairmont no era un pasajero vulgar.

—Por favor, explíquenos qué quiere decir con eso.

—Se sabía que él era el dueño del barco.

—Señor Humber —dijo *sir* John—, ¿es eso cierto?

Alfred Humber se puso en pie fatigosamente y consultó una vez más la carta que

tenía en la mano.

—El propietario del *Island Princess* figura como The Island Company —dijo. Luego miró en derredor, se encogió de hombros, y volvió a sentarse.

—Y Charles Clairmont —dijo *sir* John—, se presentó ante mí como director de The Island Company. Gracias, señor Whelan. Ha sido usted de gran ayuda. Quedará retenido como testigo, de modo que no será necesario que renuncie a su paga ni que se oculte. Pero ha de estar a nuestra disposición. No queda más que una cuestión y luego podrá irse.

*Sir* John dio entonces un fuerte golpe con la mano sobre la mesa.

Era mi señal. Me apresuré a cumplir con mi tarea. Habiendo marcado el lugar previamente, no me costó encontrar los cinco libros de la estantería junto a la chimenea que había de sacar para dejar al descubierto el mecanismo. Lo apreté con fuerza, retrocedí, y la estantería entera empezó a moverse lentamente hacia adelante. Todos los presentes mostraron un súbito interés. Parecían contener el aliento como un solo hombre, mirando fijamente y boquiabiertos la abertura cada vez más grande en el muro.

Por fin aparecieron la cabeza y los hombros de Dick Dillon. Subió por la escalera de mano donde había estado apostado y entró en la biblioteca seguido del alguacil Baker, que empuñaba una de sus pistolas.

Se oyeron susurros entre los del grupo, pero no entre Clairmont/Goodhope y Lucy Kilbourne. Se limitaron a intercambiar una mirada de gran gravedad, nada más.

—Señor Whelan —dijo *sir* John—, ¿es este el hombre que llegó con un mensaje para el señor Clairmont en Bristol?

—Sí, señor. Hablé con él personalmente. Lo reconocería en cualquier parte.

—Entonces puede marcharse con mi agradecimiento.

Isaac Whelan giró en redondo tras inclinar brevemente la cabeza y abandonó la biblioteca con el mismo balanceo en los andares con que había entrado.

*Sir* John hizo un gesto hacia su derecha.

—Aquí tienen resuelto un misterio concomitante, y es cómo el asesino consiguió salir del lugar del crimen tan deprisa y con tanta limpieza. Existe un túnel que va desde el callejón de atrás hasta la entrada que se acaba de abrir. Lo descubrió, tras una diligente búsqueda, el señor Proctor, asistido por Ebenezer Tepper, del servicio doméstico de esta casa. *Lady* Goodhope, ¿conocía usted la existencia de este túnel?

—No —respondió ella con total seguridad—. No lo conocía.

—¿Y usted, Potter, lo conocía usted?

El mayordomo miró a derecha e izquierda; era evidente que no sabía qué decir.

—Yo… yo… solo había oído hablar de él —consiguió balbucir en voz baja.

—¡Hable alto, hombre!

—Solo había oído hablar de él —repitió Potter un poco más alto.

—¿De labios de quién y en qué circunstancias?

—De lord Goodhope, una vez, como un recuerdo infantil.

—Sin embargo, no nos ayudó usted en nada. Creo que está mintiendo, Potter, pero no retrasaré más las declaraciones para sonsacarle toda la verdad. Pronto saldrá a la luz. Pero ahora ceda la palabra al hombre que tiene ante usted, Dick Dillon, reo de delito capital en espera de juicio, antiguo lacayo de la casa Goodhope. Cuenta tu historia, Dick Dillon.

Jamás escucharon mis oídos un relato más siniestro.

Dillon había abandonado la residencia Goodhope furtivamente por la noche, plenamente consciente de que iba a participar en una macabra conspiración (aunque juró de pasada que, cuando empezó, él no sabía que iba a acabar en asesinato). Viajó a Bristol por orden de lord Goodhope, portando una carta de su amo para Charles Clairmont, que debía ser entregada a bordo del *Island Princess*. Afirmó no conocer el contenido de la carta, pero dijo que, después de leerla, el señor Clairmont se mostró ansioso por viajar hasta Londres en el coche que lord Goodhope le había autorizado alquilar para un veloz trayecto hasta Londres. Lo hicieron en poco tiempo y, siguiendo las instrucciones de lord Goodhope, Dillon dejó al señor Clairmont en la residencia de Lucy Kilbourne.

—Se puso muy contento al verla —explicó Dillon—, y los dos empezaron a coquetear como hacen los grandes señores y sus damas. Ella le ofreció licores y él se los bebió de buena gana. Dick Dillon ni los cató, porque tenía instrucciones de esperar y mantenerse sobrio hasta que apareciera su señoría. Llegó al cabo de unas horas, y aunque yo no participé en su conversación, capté lo bastante como para adivinar que había una gran venta de propiedades de por medio y que el comprador tenía que ser llevado directamente a la casa de Lucy Kilbourne una o dos horas más tarde. El comprador amenazaba con dejar Londres para visitar una plantación en la colonia de Georgia. Lord Goodhope se fue después de prometer que volvería, y a mí me dijo que me quedara.

»Luego el señor Clairmont y la señorita Kilbourne siguieron con sus arrumacos, y de repente, ella le dice: “Oh, Charles, tenemos poco tiempo para lo que la naturaleza nos impulsa a hacer”. Y lo coge de la mano y se lo lleva a su dormitorio junto con una botella. Aunque la puerta estaba cerrada, se oían ruidos en el interior, pero pronto estos empezaron a parecer gritos de dolor en lugar de placer, y muy altos. Justo entonces la señorita Kilbourne abrió la puerta y apareció ante mí casi desnuda y me dijo: “Dick Dillon, ven aquí. Tienes que hacer una cosa”. Y yo entré en su dormitorio y vi al señor Clairmont completamente desnudo sufriendo espantosos dolores y quejándose a grandes gritos. Yo lo miré y le dije a ella: “¿Qué puedo hacer?”. “Tienes que hacerle callar”, me dijo ella, “porque lo he envenenado y hará que los vecinos llamen a un alguacil”. Y yo, pensando solo en hacerle callar, le pedí a ella una tela. Ella me dio un trozo de su ropa interior y yo hice una pelota y se la metí en la boca. Así, amordazado, podía intentar gritar, pero no le oiría nadie.

»Mientras ella se vestía y se arreglaba para salir a la calle, los esfuerzos de él por gritar se fueron haciendo más débiles, y ya no pataleaba encima de la cama. Estaba

muy quieto cuando lo vestimos con las ropas que nos había proporcionado lord Goodhope. Cuando lo arrastré hasta el coche de Bristol, que habíamos tenido esperando, estaba muerto. Tuve que levantarlo para meterlo dentro del coche. La señorita Kilbourne le dijo al cochero: “Tiene que llevar a nuestro amigo al médico, pues ha sufrido un ataque”. Yo me subí al pescante con el cochero y le di instrucciones para llegar al callejón de la parte de atrás de la casa grande de St. James. La señorita Kilbourne iba dentro. Una vez en el callejón, saqué a rastras al señor Clairmont, o lo que quedaba de él, y despedimos el coche, que regresó a Bristol, y no hubo discusiones, porque habíamos pagado bien al cochero.

»Luego me costó mucho esfuerzo mover a Charles Clairmont por el túnel, que conocía por lord Goodhope. Lo dejé caer en el agujero, bajé por la escala y lo llevé a hombros hasta la escala que subía a la casa. Eso fue lo más difícil, porque no podía empujarle ni tirar de él. Era una carga terrible. No pude hacer otra cosa que subir con él a cuestas, sujetando sus brazos fuertemente con una mano y los peldaños con la otra. Así llegué al final y dejé caer el cuerpo sobre el suelo, donde ahora estoy.

Todos los ojos se desviaron hacia el lugar, todos menos los de *sir* John, claro está. Él alzó una mano para interrumpir a Dillon y formular una pregunta.

—En todo ese tiempo, ¿dónde estaba la señorita Kilbourne? ¿Le siguió a través del túnel hasta la biblioteca?

—No, señor. Se quedó en el callejón. Podría haberme ayudado si hubiera venido conmigo.

—Siga.

—Bueno, señor, nosotros, quiero decir lord Goodhope y yo, nosotros pusimos al señor Clairmont en la silla donde se sienta usted ahora. El cuerpo se desplomaba, lo que no importaba mucho, pero era un problema para disparar el tiro correctamente.

—Sí —intervino *sir* John—, háblenos del tiro.

—Bueno, tenía dos propósitos diferentes. El primero, claro está, era hacer que pareciera un suicidio, porque aquí estaba esa persona sentada a la mesa con el mismo corte y color de ropa que llevaba lord Goodhope en ese momento, el mismo color de pelo y, de no ser cargado de espaldas, más o menos la misma estatura. Pero los rasgos de la cara eran diferentes, no había más que verlo. Así que ese era el segundo propósito del tiro: destruir los rasgos de la cara del señor Clairmont, la nariz sobre todo, para que no se notara la diferencia.

»Se necesitaba mucha puntería para disparar ese tiro, porque no podía haber un segundo intento. Pero la cabeza del señor Clairmont no dejaba de caer sobre su pecho de un modo que hacía el tiro imposible. Así que lord Goodhope me dijo: “Dick, tienes que sujetarlo para que pueda hacer un buen disparo”. Yo le dije: “¿Y cómo puedo hacer eso?”, y él me contestó: “Sepárate la distancia de un brazo y sujétale la cabeza con la mano, y yo le pegaré el tiro”. Así que Dick Dillon hizo lo que le decían y lord Goodhope apuntó con cuidado, apoyando la mano en la mesa, y disparó. Le salió redondo, porque no quedó mucho que ver de lo que antes era la cara del señor

Clairmont, con toda la sangre y la pólvora y el gran agujero que le había hecho la bala junto a la nariz. Pero maldito si no me arranca casi la mano. No había pasado más que un minuto o dos cuando ya estaban aporreando la puerta intentando tirarla abajo. Nos dimos prisa en salir por el túnel, pero lord Goodhope estaba tan interesado en cómo le había quedado el tiro, que casi se va con la pistola. Yo se lo recordé y la dejó caer a los pies del muerto. Entonces salimos de aquí y esa gran puerta que era parte de la estantería se cerraba despacio a nuestra espalda. Lord Goodhope se quedó en la escala para escuchar a través del muro, luego bajó, seguro de que su plan había funcionado, y nos alejamos por el túnel.

Hizo una pausa, y una especie de suspiro recorrió toda la estancia. Miré a Meg esperando encontrarme con sus ojos, pero ella los tenía fijos en el hombre al que momentos antes había desenmascarado. Y su mirada era la de la más fría venganza. Su odio era difícil de entender para un chico de mis años y mi poca experiencia. No sentía lo mismo que ella ni siquiera contra los hombres ignorantes y los chicos brutos que habían causado la muerte a mi padre. Aquella mirada de Meg me asustó un poco.

En cuanto al impostor, permaneció con los ojos clavados en el suelo, no por pesar, y mucho menos por vergüenza. Parecía, más bien, que intentaba recobrar su aplomo, aunque quizá, pensé, ya entonces planeaba una defensa para su indefendible crimen.

—¿Fue esa noche la última vez que vio a lord Goodhope? —preguntó *sir* John a Dick Dillon.

—No, la última hasta hoy, si me permite corregirle, señor. Es él, ahí sentado. —Lo señaló con el dedo—. Se ha disfrazado bastante bien de señor Clairmont. Es bueno, pero no es perfecto. Yo me pasé más de un día con el auténtico, y a Dick Dillon no le engaña.

Al oír esto, el hombre por dos veces reconocido como lord Goodhope saltó de su silla y recorrió los tres metros que lo separaban de Dillon en apenas dos o tres zancadas. Al mismo tiempo, el bastón que empuñaba se convirtió en un corto espadín como por arte de magia. Con él apuñaló a su delator en el pecho. Yo me abalancé sobre él, pero Meg lo alcanzó primero y hundió las uñas en su cara. Yo le cogí por la muñeca y lo sujeté con fuerza, pero el señor Bailey lo redujo con un buen garrotazo, que sin embargo apenas lo aturdió, y se alejó de nosotros tres tambaleándose, ya sin arma, pero en dirección a la entrada abierta del túnel.

—¿Qué está ocurriendo? —gritaba *sir* John por encima del tumulto—. ¿Qué está ocurriendo?

Solo el alguacil Baker se interponía entre él y el túnel. Baker le apuntó con la pistola.

—No se atreverá —le desafió lord Goodhope.

—Cree que no dispararía a un lord —explicó Baker a *sir* John.

—Dispare, señor Baker. Tiene usted mi permiso.

Bailey también tenía la pistola amartillada y apuntando. Lord Goodhope miró a uno y otro y se detuvo. Tenía el rostro lleno de arañazos de Meg, que le había

arrancado trozos de maquillaje y de piel. Al mirarla ahora, vi que resollaba y temblaba, por lo que pensé que estaba dispuesta a lanzarse de nuevo sobre él. En su ataque, Meg le había arrancado el trozo de masilla para actores que había constituido la nariz ganchuda de Charles Clairmont. Por fin todos podían ver a lord Goodhope tal y como era.

Donnelly se había apresurado a acudir junto al hombre herido, ahora en el suelo, y le atendía lo mejor posible, pero era completamente inútil, pues el espadín que sobresalía de su pecho le había infligido una herida mortal.

—Me temo —dijo el cirujano— que Dillon ha muerto. Le ha traspasado el corazón.

*Sir* John, al que Bailey había puesto al corriente sobre estos espantosos sucesos momentos antes, recibió la noticia de Donnelly con expresión de auténtica ira.

—¿Creía, lord Goodhope —dijo—, que podría asesinar al testigo y quedar libre de culpa? Todos los aquí presentes han sido testigos de su crimen, de la misma forma que todos han oído el testimonio de la víctima y no lo olvidarán. En cualquier caso, tengo también una declaración jurada y firmada por él en el juzgado de Bow Street. No, desde luego no escapará tan fácilmente. Le aseguro que sus problemas no han hecho más que empezar. ¡Alguaciles, llévenselo!

Cuando los alguaciles avanzaron hacia él para cumplir la orden, lord Goodhope alzó una mano que los detuvo.

—Pero aguarde —dijo—. No hemos oído de labios de ella quién mató en realidad a Charles Clairmont. Señorita Kilbourne, le prometí que podría decir lo que quisiera. Hágalo ahora.

La señorita Kilbourne saltó de su silla.

—¡Todo lo que ha dicho ese hombre es mentira! ¿Cómo pudo creerle?

—Le creí por los detalles exactos que me dio, y ahora por el hecho de que haya sido asesinado por culpa de esos detalles. Su muerte confiere un gran peso a su declaración. Si todo lo que ha contado son mentiras, no tenemos tiempo para oírla refutarlas una por una. Tendrá oportunidad de hacerlo mañana en el tribunal. —Dirigiéndose a los alguaciles—: Llévensela también a ella, y ya puestos, que la acompañe el capitán Cawdor por perjurio. Métanlos a los tres en el calabozo y déjenles pasar ahí la noche, echándose las culpas los unos a los otros. En cuanto a Potter, aguardaremos el momento oportuno.

Goodhope, Kilbourne y Cawdor salieron custodiados por los dos alguaciles.

Solo cuando se mandó llamar al lacayo Henry para que él y Potter sacaran el cadáver de Dick Dillon de la biblioteca, volvió a sentarse *sir* John. Mientras tanto, los que permanecían sentados, comentaban con tono asombrado los sucesos que acababan de presenciar. En un momento dado, *lady* Goodhope pareció a punto de desmayarse, pero el señor Donnelly la atendió durante la pequeña crisis. *Sir* John aguardó pacientemente a que todo volviera a la normalidad.

—No podía ser mera malevolencia lo que inspiró el crimen. Según mis informes,

lord Goodhope mantenía una buena relación con su hermanastro desde la infancia, y aunque no era un buen hombre, no era tan malvado como para elegir a un conocido cualquiera al azar y destruirlo por el mero ejercicio del pecado. Hubiera sido un acto rayano en la locura, y lord Goodhope es sin duda un hombre racional. Había un fin racional detrás de todo esto, y para ayudarnos a comprenderlo, llamo al señor Roger Redding de la Compañía de las Indias Orientales.

Él, por supuesto, era el único miembro del grupo que hasta entonces yo desconocía. Hombre alto, de tez blanca y agradables facciones, no parecía sobrepasar con mucho los veinte años, pero era un caballero en ciernes de los pies a la cabeza. Lo habían enviado, sin duda, como emisario, y el pliego de papeles que sostenía su mano, proporcionaría indudablemente la información que *sir* John solicitaba en la carta por mí entregada. *Sir* Percival había cumplido su palabra.

—Sí, gracias, *sir* John —dijo Redding para empezar—. Mi participación en este asunto puede resultar algo decepcionante, pero como usted sugiere, es esencial para que comprendamos este monstruoso asunto. La búsqueda en nuestros archivos que he emprendido por orden de *sir* Percival Peeper, nos ha proporcionado información directamente relacionada con la cuestión que nos ocupa, información que paso a resumirles. A saber…

Redding hizo referencia directa a los papeles que sostenía.

—The Island Company se fundó en 1758 con un contrato de flete extendido por la Compañía de las Indias Orientales. Por este motivo, nosotros guardamos una copia de todos sus documentos. Lo más importante es que, si bien se creía que Charles Clairmont era el único dueño de la empresa, lo cierto es que lord Goodhope era su socio. Ambos aportaron el mismo capital para fundar la compañía. Ambos habían de recibir iguales beneficios. Sin embargo, el señor Clairmont actuaría como único propietario en todo momento, administrando la empresa día a día, aunque las decisiones principales referentes a la venta de sus partes o a fuertes gastos en nuevas áreas debían tomarlas ambos socios por acuerdo. Si me permiten intervenir aquí, yo supongo que lord Goodhope lo quería así porque no deseaba que se supiera que estaba metido en el mundo del comercio, ni siquiera a distancia. Tales arreglos son más corrientes de lo que ustedes pueden imaginar.

»Bien, nuestros conocimientos generales sobre The Island Company nos dicen que es una empresa muy próspera que, bajo la administración del señor Clairmont, proporcionaba grandes beneficios regularmente. Siguió expandiéndose, adquiriendo propiedades en las Antillas y barcos de cabotaje para servirles hasta hace aproximadamente tres años, seguía siendo rentable, pero ya no crecía. *Sir* Percival me hizo notar, cuando hablamos de ello, que fue por entonces cuando empezaron a circular rumores sobre las dificultades financieras de lord Goodhope. Esos rumores persistieron y fueron en aumento. *Sir* Percival no veía qué importancia podían tener, empero, a menos que fuera cierto que se había suicidado. Ahora, sin embargo, y pido disculpas a *lady* Goodhope por contribuir a la abrumadora carga de escándalos, esos

rumores parecen muy pertinentes. La revelación de que el señor Clairmont era la víctima en lugar de lord Goodhope conduce a ciertas especulaciones que dejaré para *sir* John.

El señor Redding se sentó tras estas palabras y miró esperanzado a *sir* John.

—Muy bien resumido —dijo el magistrado—. En este momento, no voy a lanzarme a grandes especulaciones. Los detalles se sabrán con el tiempo. Sin embargo, el señor Redding ha tenido la amabilidad de poner de relieve la cuestión principal, y es que según los documentos de la organización, ambos socios tenían que estar de acuerdo en materia de adquisiciones y ventas. Aun cuando seguían teniendo beneficios, en los últimos tiempos para lord Goodhope no eran más que gotas de agua para un hombre que necesitaba galones enteros para saciar su sed. Si había acumulado una deuda considerable con el señor Bilbo a lo largo de los años, no dudo de que también debía dinero a otras casas de juego de la ciudad menos importantes. Tras ciertas averiguaciones en Bath, descubrí que en una sola visita de una semana al final de la temporada en compañía de Lucy Kilbourne, lord Goodhope dejó deudas en la casa de juego de allí por no menos de diez mil libras. Acabaremos conociendo el importe total de sus deudas y será una suma desorbitada. En esas circunstancias, debió de pedir y luego exigir a Charles Clairmont que vendiera propiedades, y su hermano debió de negarse siempre. El resultado lo han visto ustedes esta noche.

*Sir* John dio una palmada sobre la mesa y se apoyó en ella para levantarse. En aquel momento me pareció más alto que cuanto se sentó allí a las nueve.

—La reunión ha terminado —anunció—. Aunque la conclusión ha sido la esperada, lamento el dolor que ha causado a *lady* Goodhope. Le ofrezco, mi*lady*, toda la ayuda que pueda prestarle dentro de los límites de mi cargo oficial.

Buscó su bastón, lo encontró, luego cogió su tricornio y se lo puso en la cabeza.

—Jeremy —dijo tranquilamente—, sácame de aquí.

Su orden no fue fácil de cumplir. Bilbo, Humber y Redding se apiñaron en torno a él, deteniéndonos, abrumando a felicitaciones a *sir* John, alabando su agudeza y audacia. Yo busqué a Meg con la mirada, pero no la vi por ninguna parte, pues había vuelto a la cocina. Ansiaba comentar los últimos acontecimientos con ella, igual que hacían los que nos rodeaban. Tal vez no tuviera nunca esa oportunidad. De hecho, tal vez no volviera a verla nunca más.

No vi a *lady* Goodhope por allí, pero luego la vi salir de la biblioteca en compañía del señor Donnelly. Era indudablemente la última vez que la vería.

Por fin *sir* John consiguió deshacerse del grupo, alegando fatiga. Allí dejamos a los tres hombres, conversando aún entre ellos. Casi habíamos atravesado el vestíbulo y llegado a la puerta de la calle, cuando oímos una tímida voz femenina y la señora Mary Deemey salió de las sombras.

—*Sir* John, ¿no me necesitará esta noche?

—¿Quién es? Oh, Dios mío, es la señora Deemey, ¿verdad?

—Sí. No me ha llamado.

—Lo lamento. La señorita Kilbourne ha resultado tan incriminada por otros testimonios que no he tenido necesidad de llamarla a usted, ni la necesitaré mañana cuando remita su causa a juicio. Sin embargo, pronto llegará el día en que lo que usted me contó sea de la máxima importancia.

—Comprendo —dijo ella—. Bueno, le dije que le ayudaría en cuanto me fuera posible.

—Lo ha hecho, y lo hará. Le pediré al alguacil Cowley que la acompañe. Sin duda está usted tan impaciente por llegar a su casa como yo por llegar a la mía.

# XII

## En el que se pone término a la investigación y se encuentra un puesto para mí en una imprenta

Mary Deemey salvó la vida de Lucy Kilbourne. La llamaron a declarar en su juicio, que se celebró en Old Bailey nada menos que ante William Murray, conde de Mansfield, lord magistrado supremo del tribunal del rey. Tal era la grave urgencia asociada a este caso, el de más infausto recuerdo de su época.

En su declaración, la señora Deemey dejó claro que, tal como había sospechado *sir* John, la señorita Kilbourne había encargado el vestido de luto dos semanas antes de la llegada del señor Clairmont a Londres y de la ejecución del plan de asesinato. Y continuó diciendo que la señorita Kilbourne había encargado una buena cantidad de vestidos nuevos que debía recibir antes de su partida «a un lugar donde no había modistas». Entre ellos, añadió, había dos «preciosos vestidos adecuados para su estado». Así fue como se supo, y para que no cupiera la menor duda, añadió: «La señorita Kilbourne está encinta, milord».

Por supuesto, la declaración jurada que firmara el difunto Dick Dillon y que se leyó en el tribunal era tan condenatoria que no podía darse otro veredicto más que el de culpable, pero el jurado recomendó clemencia al dictar sentencia «teniendo en cuenta su estado». Lo cierto era que el propio lord magistrado supremo estaba obligado por la costumbre, y en lugar de condenarla a la horca, como dejó claro que hubiera preferido hacer, la condenó a ser deportada a las colonias y a una vida de trabajos forzados.

Pese a que hubo sus tiras y aflojas con el Tribunal de la Marina, el capitán Cawdor fue juzgado en el Tribunal del Rey en el mismo proceso que Lucy Kilbourne. El jurado creyó sus firmes protestas de que, si bien había cooperado en el plan por la promesa de una parte de los beneficios de The Island Company (lo tenía por escrito y firmado por lord Goodhope), jamás había sospechado que el objetivo del plan fuera el asesinato. Sin embargo, había cooperado, y el objetivo final había sido un asesinato, por lo que acabó condenado a la deportación y a diez años de trabajos forzados.

Sus diferentes lugares de destino sellaron su futuro. Lucy Kilbourne fue enviada a la colonia de Georgia y vendida como esclava por una elevada suma de dinero a un solterón que hizo de ella su juguete y, con el paso del tiempo, cuando surgieron los problemas entre el rey Jorge y las colonias americanas, se casó con ella. Lucy se convirtió entonces en una fiera defensora de la independencia, una heroína local. Y por lo que yo sé, allí vive todavía sus últimos años, olvidado su pasado y convertida en una distinguida dama según los cánones de aquel país. Me han asegurado, por cierto, que pese a que su marido ha muerto, vivió largos años y murió de causas

naturales.

El capitán Josiah Cawdor no tuvo tanta suerte. Pese a que su condena era más leve, le enviaron a cumplirla a Jamaica. Allí fue comprado por un hombre al que en otro tiempo había ofendido gravemente, y que lo envió a trabajar a los campos con los esclavos negros. Entre estos fue a tropezar con algunos de los que habían viajado con él en el *Island Princess*. Tengo entendido que no llegó a vivir más de un mes en su compañía.

En cuanto a Potter, desapareció la noche misma de las revelaciones y no volvió a saberse nada más de él. Se supo después que conocía el plan (y su propósito), de modo que debió de pensar que le convenía abandonar Inglaterra. Quizá también él se dirigiera a las colonias.

Un extraño juicio fue aquel en que el principal conspirador y acusado estaba ausente del tribunal. El lord magistrado supremo lo subrayó en diversas ocasiones a lo largo del proceso. Sin embargo, mientras sus compañeros de crimen comparecían ante la justicia, lord Goodhope aguardaba en Newgate en un alojamiento mucho más lujoso de lo que yo hubiera imaginado que podía existir allí. Aguardaba, y aguardó, pues lord Goodhope había pedido ser juzgado por sus iguales, nada más y nada menos que lo que permitía la ley. No obstante, en su caso, claro está, eso significaba que tenía que juzgarle la Cámara de los Lores. Comprensiblemente, ese augusto cuerpo de nobles era muy reacio a juzgar a uno de los suyos. Y así se demoraron y lord Goodhope siguió esperando.

Pero me he adelantado a los acontecimientos. Permíteme primero, describir una conversación entre *sir* John y yo unas noches después de aquella de las revelaciones en la biblioteca Goodhope. Yo tenía muchas preguntas que hacer, por supuesto, pero otros acontecimientos más acuciantes tenían ocupado a *sir* John, de modo que aguardé a un momento más oportuno. En primer lugar, estaban los procedimientos legales de los tres acusados, que ocupaban la mayor parte del día. Una vez encerrados todos ellos (lord Goodhope en Newgate y sus compañeros de crimen en la prisión Fleet), pareció retraerse un poco, cumpliendo con sus deberes de una manera rutinaria, prestando su atención a *lady* Fielding cuando la requería y descansando cuando le era posible. Los últimos días de la investigación habían supuesto un gran esfuerzo para él.

El señor Donnelly persistió en sus visitas matinales e hizo cuanto estuvo en su mano para aliviar los sufrimientos de *lady* Fielding en sus últimos días. Era evidente que no podía durar mucho más. Y así llegó un momento en que la casa adquirió el aire contenido de un velatorio. La señora Gredge se movía con increíble sigilo por el lugar y ahorraba sus comentarios chirriantes para más adelante. Yo hacía todo el trabajo que me asignaban, y aún más, con el único deseo de estar ocupado. Y *sir* John se limitaba a esperar.

Las noches parecían especialmente largas. Incapaz de dormir, estaba sentado con *sir* John en la cocina una noche, una semana después de la que se describe en el capítulo anterior. Sorbíamos nuestros platillos de la tetera que nos había preparado la señora Gredge mientras charlábamos de unas cosas y otras.

—Sin duda tendrás preguntas que hacer sobre el caso de lord Goodhope —dijo *sir* John por fin.

—Pues sí, señor.

—Ahora es un buen momento para hacerlas, Jeremy.

Eran tantas que no sabía por cuál empezar. Pero entonces acudió la primera a mi mente del modo más natural.

—¿Cuándo sospechó usted por primera vez que el cadáver de la biblioteca no era el de lord Goodhope?

—Ah, sí, eso. Bueno, mi primera sospecha solo fue una sospecha porque así me la hicieron saber. Esa pobre niña, Meg, que el buen Dios la proteja, empezó a hablarme en el jardín, y me contó un buen número de cosas interesantes. Primero y sobre todo en aquel momento, que tenía la impresión de que el cuerpo que ella y la otra chica habían lavado no era el de su amo. El rostro y las manos tenían el color que provoca la repetida exposición al sol, y existía cierta diferencia anatómica sobre la que no quiso darme más detalles. No la presioné sobre ese punto.

»Además, me habló un poco de las improvisaciones de lord Goodhope y su afición por las funciones teatrales. Al parecer su amo se creía todo un actor y poseía cierto talento para la imitación. Una de sus actuaciones favoritas, al parecer, era parodiar a su hermanastro, el señor Clairmont; su voz, sus extraños andares. Todos los que lo conocían, decían que era igual que él. Eso no significó gran cosa para mí en aquel momento, pues recordarás que acababa de enterarme de la existencia del hermanastro aquel mismo día. Pero cuando más adelante hablé con él, tú mismo comentaste que le brillaba la piel.

»Llevaba maquillaje teatral, aplicado sin duda por su amante, Lucy Kilbourne. Tal vez ella le convenciera de que aquella farsa sería posible con su ayuda en el arte teatral. Sin embargo, rápidamente lord Goodhope se volvió demasiado confiado. La masilla que llevaba en la nariz y la pintura que oscurecía su piel eran suficientes para engañar a unos cuantos marinos en la oscuridad del *Island Princess*. Y volvieron a funcionar aquella noche en la casa de juego y ante el señor Bilbo a la luz de las velas. Sin embargo, se volvió tan temerario que probó el disfraz a la luz del día siguiente. Y, ¿recuerdas el comentario que nos hizo el señor Bilbo?

—Dijo que el señor Clairmont iba pintado —recordé entonces—, como una mujer.

—Exacto. Esto, unido a tu comentario anterior sobre el brillo de su piel me llevó a una conclusión. De haber recibido permiso la mañana de su visita al señor Bilbo para presentar sus respetos a *lady* Goodhope, sin duda ella lo hubiera reconocido, por miope que sea. Por esa razón, la noche que nos reunimos en la biblioteca, hice que

estuviera tan caliente e iluminada como fuera posible. Pensé que si la nariz era de cera, tal vez se derretiría, o que la pintura se le correría por el sudor. Después David Garrick me informó de que ese material se pega más a la piel de lo que yo había supuesto.

—Pero ¡oh, cómo brillaba a la luz de la biblioteca! —dije—. Y sí que parecía muy preocupado por su sudor. Recuerdo que se secaba el rostro cuidadosamente con un pañuelo y que luego lo examinaba.

—Yo estaba bastante seguro de que el señor Clairmont era lord Goodhope disfrazado como para acordar con la joven Meg aquel pequeño accidente. Ella se mostró más que dispuesta a participar en él. Quizá fue un poco rudo gastarle semejante broma, pero funcionó sorprendentemente bien.

—Y la declaración de Dick Dillon lo convirtió todo en certeza.

—Sí, Dillon. Un pobre desgraciado. Dudo mucho de que hubiese podido salvarle del patíbulo, después de que se defendiera tan bien de aquel atentado contra su vida, pues eso fue aquel supuesto intento de fuga en medio de la noche. De haber aceptado mi oferta desde el primer momento, hubiera tenido muchas más posibilidades, como le dije después en mi despacho. Sin embargo, estaba tan furioso con lord Goodhope, pues sabía que era él quien había sobornado al carcelero para que le atacara, que quiso declarar contra él a pesar de todo. Quizá fuera mejor que Dillon muriera como lo hizo. He hecho gestiones para que echen a ese carcelero, Wilson, Larkin, o como quiera que se llame, pero mucho me temo que no obtendré resultado. Lo que ocurre entre los muros de Newgate está vedado al exterior.

—Y lord Goodhope espera ser juzgado por la Cámara de los Lores. ¿Es lo normal?

—En absoluto. No recuerdo ningún otro caso.

La mañana que siguió a esta conversación, muy temprano, *lady* Fielding expiró. Según la señora Gredge, que estaba presente junto a *sir* John, murió serenamente: «Un momento antes estaba con nosotros. Pareció que se le cortaba la respiración, luego vino el estertor, y murió. No dijo nada. Estaba en ese estado entre la vigilia y el sueño. Ha sido una bendición, después de tantos meses».

El señor Donnelly llegó poco después para su visita habitual, examinó los restos e hizo oficial lo que era manifiesto. *Sir* John se metió entonces en su estudio, donde permaneció buena parte de la mañana. Me llamó a su lado y me pidió con voz débil, sentado en aquella habitación a oscuras, que fuera en busca del señor Marsden para que pudiera hacer los preparativos del funeral. «Yo no puedo —me dijo—. No soy capaz. Él te dará recados para hacer, mensajes que llevar. Confío en que vosotros dos actuéis en mi nombre».

Así pues, fue un día ajetreado para mí, lo que agradecí profundamente. Sorprendiendo a todos, *sir* John convocó sesión del tribunal aquel día, si bien fue breve. Aunque yo no estuve presente, oí más tarde comentar que se había mostrado excesivamente clemente. No remitió ninguna causa a juicio, no envió a nadie a

Newgate, y resolvió las disputas tan justamente que las partes no hallaron más argumentos. La noticia de su pérdida se esparció rápidamente.

El funeral por el alma de *lady* Fielding se celebró en la catedral de San Pablo, al otro lado de la calle. No recuerdo gran cosa del funeral ni de lo que dijo el sacerdote. Recuerdo, eso sí, la ingente multitud que se congregó. Sentado junto a la señora Gredge en las primeras filas de la iglesia, levantándome cuando ella se levantaba y sentándome solo cuando lo hacía ella, no me había dado cuenta de cuántos eran hasta que me di media vuelta por casualidad y tuve la impresión de que todo Covent Garden estaba allí. Concluido el servicio, seis de los Vigilantes de Bow Street, vestidos con sus mejores trajes, portaron el féretro a hombros, y los demás marchamos tras él, *sir* John el primero y yo junto a él, tal como me había pedido, por miedo a que diera un paso en falso; nos seguía la señora Gredge. A lo largo del camino reconocí a varias personas del juzgado; Moll Caulfield, la vendedora ambulante, y Peg Button, aquella a la que *sir* John había encomendado que no pecara más. Y había otros a los que, por una u otra razón, no esperaba ver allí: Black Jack Bilbo, el antiguo pirata; Meg, de la residencia Goodhope (aquella fue la última vez que la vi), y a su lado el señor Donnelly; la señora Deemey, la modista; y Katherine Durham, que tan amablemente me había ayudado a comprar carne en el Garden. Pero había muchas docenas de personas, más de un centenar, diría yo, tal vez el doble.

Al pie de la tumba, empero, solo quedamos unos pocos. Además de los tres de la casa, los portadores del féretro, naturalmente, bajo el mando del señor Bailey, el señor Marsden y el sacerdote. Los familiares de *lady* Fielding vivían tan lejos, en Hull, que ninguno de ellos estuvo presente; tal vez la noticia de su muerte acabara de llegarles.

Cuando se hizo descender el féretro, y miré aquel profundo agujero en la tierra y oí las palabras «la esperanza de la resurrección» de labios del sacerdote, volví a comportarme como un niño y lloré con la señora Gredge. Lloraba quizá, no tanto por *lady* Fielding, a la que no podía afirmar que conociera bien, sino más bien por mi madre y mi padre y mi hermanito; por la vida que había perdido y la inseguridad de lo que me depararía el futuro. *Sir* John no derramó lágrimas. Creo que había perdido esa facultad al quedarse ciego. Permaneció solemne y sombrío, con el rostro como una máscara de dignidad bajo la venda negra que cubría sus ojos.

Pronto terminó todo. Y cuando caminábamos juntos hacia el coche que aguardaba a la puerta del cementerio, empezó a lloviznar.

—Qué apropiado —dijo *sir* John—, lágrimas del cielo. —Sin embargo, lo dijo, que quede claro, con un tono preñado de ironía.

Transcurrió el tiempo. Llegó el final de mes. *Lady* Goodhope perdió su residencia de Londres a manos de Black Jack Bilbo, quien se mostró más que generoso al alargar el plazo para su partida. Un mes se convirtió en otro mientras *lady* Goodhope embalaba

sus pertenencias. Los carros llegaban y partían en dirección a Lancashire. Por fin, lo que apresuró su marcha fue el inminente juicio de lord Goodhope. La Cámara de los Lores había hallado por fin un lugar para él, el último de la lista antes de aplazar las sesiones. Mientras todo Londres se preparaba para la excitación que proporcionaría un juicio semejante, ella no pensaba más que en abandonar la ciudad.

Su situación en aquel momento, tal como se la presentó el señor Martinez, no era tan grave como podría haber sido. Aunque las deudas de su marido, en conjunto, ascendían casi a cien mil libras, incluyendo la deuda del señor Bilbo, tenía aún las propiedades de The Island Company para respaldarla. Dado que el señor Clairmont había muerto sin testar y sin herederos, y dada la probable muerte de su marido, toda la empresa pasaría a manos de su hijo. Ella, como tutora suya, sería libre para venderla en su totalidad o en parte. La clemencia o un indulto arrojarían de nuevo confusión sobre el asunto, de modo que *lady* Goodhope aguardaba el resultado del juicio con especial interés, pero desde una distancia de más de ciento cincuenta kilómetros.

Su partida se produjo finalmente a mediados de junio. Mi interés por ella radicaba en que se llevaba a la señorita Meg a su finca de Lancashire, aunque, como nos dijo el señor Donnelly, «*lady* Goodhope no estaba del todo segura de cómo se desenvolvería la chica con el personal femenino que hablaba francés». *Sir* John pareció complacido con la noticia. «Al menos —dijo—, estará fuera de Londres».

Ante la inminencia del juicio, lord Goodhope no se limitaba a languidecer en Newgate, sino que preparaba su defensa. Me pregunté qué defensa sería esa, teniendo en cuenta que iba a ser juzgado no solo por el asesinato de Charles Clairmont, sino también por el de Dick Dillon. Mientras que la declaración de Dick Dillon, leída ante el tribunal, había bastado para condenar a Lucy Kilbourne, el asesinato de Dillon se había cometido ante media docena o más de testigos, cualquiera de los cuales estaba dispuesto a declarar lo que había visto. No obstante, lord Goodhope se veía con su abogado cada día, según *sir* John, y planeaba su defensa.

No quedaban muchos asientos libres en la tribuna para presenciar el proceso, pero *sir* John tenía uno reservado cada día. Él no era un mero espectador, sino una parte interesada. El primer día del juicio fue con mucho el más interesante, según me informó. Se inició con toda la pompa y ceremonia que cabría esperar de un proceso como aquel. El ujier leyó una Proclama de Silencio. «Y luego —me dijo *sir* John—, le ha seguido un montón de palabrería sobre el trono del lord canciller, muchos Dios salve al rey por parte del ujier, una lectura del auto de avocación[11], y pasar lista de todos los jueces presentes. Todo eso, fíjate bien, antes de prestar atención a mi sumario. Por fin se han puesto manos a la obra y ha empezado el juicio. Esa parte, claro está, me era más que familiar».

El proceso no duró más de tres días. En la tarde del segundo día, *sir* John, que se había pasado la mañana en la Cámara de los Lores y las primeras horas de la tarde en su juzgado, me invitó a cenar con él en el Cheshire Cheese. Acepté encantado,

aunque no sin un mal presentimiento, pues aquella excursión era exactamente igual que la que había acabado con la visita de *sir* John a la residencia Goodhope. Si bien no había razón para temer una conclusión semejante esa noche, recordaba muy bien que la anterior ocasión tenía como objetivo colocarme en el oficio de impresor. Parecía lo más probable, aunque nada pregunté a *sir* John durante el paseo hasta allí, si teníamos de nuevo el mismo propósito.

Así fue, en efecto. *Sir* John se había citado sin que yo lo supiera. Si bien yo me sentía agradecido de poder sentarme en la misma mesa que un personaje tan eminente como Diccionario Johnson, y muy honrado de estrechar su mano cuando nos presentaron, no por ello se calmaron mis recelos mientras ambos hombres charlaban, pues temía adonde fuera a parar su charla. ¿Por qué no podía quedarme sencillamente con *sir* John y la señora Gredge? ¿No me había hecho útil para la casa? ¿Qué me faltaba, además de años y estatura?

Por lo menos, fue una bendición que James Boswell no estuviera allí. *Sir* John se interesó por él cortésmente, mencionando la larga conversación que había tenido con él unas semanas atrás.

—Ah, sí —dijo el doctor Johnson—, ha regresado a Edimburgo. Solo vino a Londres a dar bombo y platillo a su libro sobre Córcega.

—¿Es un buen libro? —preguntó *sir* John.

El doctor Johnson meditó su respuesta más tiempo del que estaba justificado.

—No es un mal libro —dijo por fin—, aunque no es ni la mitad de bueno de lo que él cree.

—¿Debería hacer que me lo leyeran?

—¿Tiene intención de ir a Córcega algún día?

—No, jamás —contestó *sir* John con toda franqueza.

—Entonces no es necesario.

Aunque ambos, estoy seguro, se hubieran mostrado en desacuerdo, en ciertos aspectos eran parecidos. El doctor Johnson era el más viejo de los dos y el de modales más resueltos, pero ambos hablaban con seguridad y ninguno de los dos soportaba discusiones en su campo. (He oído decir que Boswell publicó en su *Vida de Johnson*, que el «Gran Kan» pretendía hacer carrera en la abogacía, pero se lo impidió la pobreza). *Sir* John era ciego, pero Samuel Johnson casi lo parecía también, tan llenos de cicatrices y deformes tenía los ojos por la escrófula. Ambos eran corpulentos, pero el doctor Johnson era enorme, y los dos habían llegado a su estado físico por consumir grandes cantidades de carne. Así ocurrió también aquella noche en el Cheshire Cheese. Cada uno de los dos devoró un pedazo de buey que hubiera bastado para alimentar generosamente a dos. *Sir* John lo regaba con cerveza y el doctor Johnson con clarete. Yo no podía competir con ellos con mi pequeña chuleta y no hice el menor esfuerzo por intentarlo. Cuando terminaron, yo seguía comiendo. Acabada la comida, eructaron sonoramente y reanudaron la conversación.

—Recuerdo, señor —dijo el doctor Johnson—, que nuestro último encuentro fue

abortado cuando recibió un recado inesperado. Ese fue el principio del caso Goodhope, ¿no es así?

—En efecto, así es. Vino a buscarme el alguacil jefe para que fuera a indagar en el suicidio de lord Goodhope.

—Y ese suicidio resultó el asesinato de su hermanastro.

—Exactamente.

—Usted ha estado en el juicio. ¿Tiene alguna posibilidad?

—Ninguna que yo vea —respondió *sir* John—. Toda su defensa parece basarse en su propia debilidad. Le ha echado toda la culpa a Lucy Kilbourne, quien como usted sabe ya ha sido condenada. Da la impresión de que lord Goodhope se ha inspirado en *Macbeth*. Afirma que la conspiración fue obra de Kilbourne, y que él no fue más que el instrumento ejecutor. Ha recalcado el hecho de que el señor Clairmont fuera envenenado primero por ella, pero el cirujano que realizó la autopsia no pudo determinar con seguridad cuál de las dos cosas, si había sido el veneno de Kilbourne o el tiro de Goodhope la causa de la muerte. Ambos comparten la culpa por igual.

—Esconderse, por así decirlo, tras las faldas de una mujer no parece la actitud que mejor conviene a un noble —comentó el doctor Johnson.

—Desde luego que no, y así lo verán todos, pero no olvidemos, como han hecho algunos, que lord Goodhope está acusado de dos asesinatos. El segundo, el de su antiguo lacayo, se cometió ante muchos testigos. Este muchacho, Jeremy, lo vio claramente. Aferró a Goodhope para apartarlo, aunque fue después de que asestara el golpe mortal.

—¿En serio? Valiente muchacho.

Me sonrojé un tanto ante la mirada del doctor Johnson. Lo cierto es que yo no sabía que *sir* John conocía la parte que habíamos desempeñado Meg y yo en la lucha. Debió de contárselo el señor Bailey.

—Se llamó a declarar al señor Alfred Humber de Lloyd’s como el más eminente de cuantos habían presenciado el acto —dijo *sir* John—. Dio un testimonio claro e irrefutable. Tal vez lord Goodhope crea que se le perdonará el asesinato porque el lacayo era un criado y además, había participado en la conspiración.

—Si se conocieran todos —repuso el doctor Johnson—, puede que algunos de sus iguales fueran igualmente culpables. Puede que fuera esa su estratagema al presentar su caso ante la Cámara de los Lores.

—Sin embargo, por el carácter de esos lores —dijo *sir* John—, si esa es lo que supone lord Goodhope, es una suposición peligrosa. Es más probable que lo vean como un chivo expiatorio.

—Él llevándose todos los pecados de los lores al patíbulo; una idea interesante.

—Pero, doctor Johnson —dijo de pronto *sir* John—, tengo que pedirle un favor…

A esto siguió lo que yo temía, pues *sir* John empezó a alabarme, no solo por mi valor, sino también por mi buena educación y mi manera de hablar. Sus alabanzas me hicieron enrojecer de vergüenza. Le explicó también que tenía un oficio, que me

había enseñado mi padre, ya fallecido.

—Ese oficio es el de impresor —prosiguió *sir* John—. Sabe componer tipos y está capacitado para realizar todas las tareas de un ayudante. Dado que fue esa su primera educación, quisiera que la continuara. Usted conoce a la mayoría, si no a todos, los libreros, editores e impresores de esta ciudad. Había pensado que quizá una recomendación suya serviría para hallarle una colocación con uno de ellos.

—Si vale tanto como dice, y estoy seguro de que sí, señor, sin duda podremos hallar ese puesto para él. Y me complacería mucho poder ayudarle en esto. Deme unos días para preguntar por ahí y le concertaré una cita con el más apropiado. —Inclinándose hacia mí, me miró tan detenidamente como le permitían sus ojos escrofulosos—. ¿Serás un buen aprendiz, jovencito?

—Lo intentaré, señor —contesté, y conseguí esbozar una sonrisa.

Esa noche, cuando regresamos a la vivienda sobre el número 4 de Bow Street, di las buenas noches a *sir* John y me dispuse a subir al ático. Se me ocurrió entonces, cuando cogía la vela para iluminar el camino, que tal vez no me quedaran muchos trayectos más como aquel hasta el final de las escaleras. Sin embargo, resuelto a no hurgar en aquel triste pensamiento, dediqué mi mente a otras cosas y puse el pie en el primer peldaño. Fue entonces cuando me llamó *sir* John.

—Quédate, Jeremy —dijo—. Creo que deberíamos tener una charla.

Regresé a la cocina, llevando conmigo la vela, que llevó luz a la oscuridad de la que él se rodeaba.

—Noto que estás decepcionado.

—¿Señor? —dije, no deseando admitir sentimientos que en aquel momento me dolían en lo más vivo.

—O tal vez es que, desde mi punto de vista, tienes derecho a estarlo —añadió—. No pienses ni por un momento que no valoro tus cualidades, o que no sé apreciar lo bien que las pusiste en práctica en el caso Goodhope.

—Entonces, ¿por qué…? —empecé con vehemencia, pero no terminé, pues me había jurado a mí mismo que no le daría motivos para que creyera que yo dudaba de su sabiduría en este o en cualquier otro asunto.

*Sir* John aguardó y, satisfecho al ver que no decía más, se dirigió a mí con estas palabras:

—Sí, por qué. Es una pregunta razonable. —Hizo una pausa, evidentemente para buscar las palabras exactas—. En mi vanidad, Jeremy, sería muy fácil pedirte que te quedaras en esta casa para hacer mis recados, para llevar y traerme mensajes. A ti te gustaría, creo. Pero me temo que estaría mal.

—¡Mal! —exclamé, olvidando mi resolución.

—Por dos razones, Jeremy —dijo él alzando una mano—. En primer lugar, tú mismo. Piensa en tu situación. Eres joven, algo mayor que un muchacho, pero aún te falta para ser un hombre, y eres huérfano. Por lo general, cualquiera en tu situación tendría pocas esperanzas de futuro, sobre todo aquí, en Londres. Pero tú eres

particularmente espabilado y bien educado para tu edad. Lo que es más importante, te han enseñado un oficio útil e importante. Aunque empezarás como aprendiz, tu talento natural y tu temprano aprendizaje sobrepasarán con mucho el de tus compañeros. Sobresaldrás. En este momento de tu vida, necesitas que se te reconozca. Quien te emplee, sea quien sea, te ascenderá rápidamente. Serás oficial antes de la mayoría de edad, y maestro poco después. Tendrás un próspero futuro. Sin duda serás aceptado como socio o iniciarás tu propio negocio, mientras que tu viejo amigo sigue atado al estrado aquí, en Bow Street, escuchando las infortunadas historias de la humanidad a medida que comparezcan ante él.

Concluyó con una sonrisa esperanzada y asintiendo con la cabeza. Parecía ansioso por convencerme.

—¿Se refiere a usted mismo? —Jamás había considerado la posibilidad de que él pudiera desear otros horizontes. Parecía tan completo en lo que hacía.

—Sí.

—¿Ha dicho que había una segunda razón, señor?

—Sí, Jeremy —dijo *sir* John con un hondo suspiro—, y esa segunda razón es mi propio estado. Temo que debido a la muerte de mi buena esposa, y a la larga agonía que la precedió, no estoy en condiciones de darte lo que tú quieres y mereces de mí. Apenas soy capaz de dármelo a mí mismo.

Guardó silencio por unos instantes, perdido en sus pensamientos, como yo en los míos.

—Has sido un buen muchacho, Jeremy —dijo al fin—. Seguiré preocupándome por tu bienestar, no temas. Pero es hora de que sigas tu propio camino en el mundo.

Sentimientos y razón se debatían en mi pecho, pero al final ganó la razón. *Sir* John estaba en lo cierto.

—Lo comprendo, señor, y acepto su buen juicio —dije, y añadí—: Con todo mi agradecimiento. Jamás nadie ha sido tan generoso como usted conmigo.

—Así pues, seamos amigos —dijo él tendiéndome la mano.

—Por toda la eternidad —contesté estrechando su mano con fuerza.

El veredicto fue de culpabilidad en ambas acusaciones de asesinato. Lord Goodhope sería ejecutado como era costumbre y obligación según la ley para los criminales miembros de la nobleza: Sería decapitado por el hacha del verdugo. No habría apelación. Su única esperanza era la clemencia del rey.

Esta última posibilidad fue el tema de una breve discusión cuando el señor Gabriel Donnelly nos visitó una mañana, dos días después, para despedirse de *sir* John y señora Gredge, que le había asistido como enfermera de *lady* Fielding, y también para despedirse de mí. Nos explicó que trasladaba su consulta a Lancashire.

—… donde hay muchos más que comparten mi fe. Me han dicho que allí tengo posibilidades de medro.

—Y amplias oportunidades para continuar con su empeño, supongo —dijo *sir* John con una sonrisa de complicidad—. Bueno, le deseo buena suerte en eso como en todo lo demás, señor Donnelly. Fue la suerte lo que nos reunió. Estoy seguro de que hallará ocasión de regresar a Londres en el futuro. No desearía que pasara mucho tiempo.

—Sí —convino Donnelly—, también fue una suerte para mí, pero decididamente mala para lord Goodhope. Dicen que se consume en Newgate rezando para obtener el perdón del rey, del que una vez fue favorito.

—Pero ya no lo es —dijo *sir* John, tras soltar una carcajada—. No, no habrá perdón para él. Recuerdo haberle contado, señor Donnelly, como le conté a Jeremy, que lord Goodhope tenía cierto talento para la pantomima, y que a menudo había parodiado al señor Clairmont para divertir a sus invitados.

—Lo recuerdo, sí —dijo Donnelly.

—Bueno, según tengo entendido por la misma fuente, en unas cuantas ocasiones también parodió al rey, representándolo como un curioso lunático. El rumor debió de llegar a su majestad, y así lord Goodhope fue desterrado por completo de la presencia real.

Al oírlo, tanto el señor Donnelly como yo mostramos nuestro asombro.

—¿Se lo imagina? —preguntó *sir* John—. ¿Su alteza real, el rey Jorge III, loco?

El 1 de agosto de ese mismo año, cuando nobles y burgueses se hallaban en lugares como Bath, París y Venecia, lord Richard Goodhope, cuarto conde de Tibble, subió al patíbulo y sometió su cabeza al hacha del verdugo. Nadie lamentó su muerte, y el rey menos que nadie.

Sin embargo, cuando esto sucedió, *sir* John Fielding se hallaba metido de lleno en otra apasionante investigación, relacionada esta con un crimen de una naturaleza aún más escandalosa y sangrienta que la anterior. Puede que te sorprenda, lector, enterarte de que, pese a la despedida antes descrita, yo mismo tomé parte activa en la investigación. Pero tales vueltas da la rueda de la fortuna. Lo que parece decidido queda a menudo a expensas del azar. Lo que parece casual es a veces más seguro de lo que imaginamos. Esto he aprendido, y al escribirlo soy casi tan viejo como *sir* John cuando lo vivió.



BRUCE ALEXANDER COOK, (7/4/1932, Chicago, EE. UU. - 8/11/2003, Hollywood, California, EE. UU.), fue un periodista y escritor estadounidense. Obtuvo una licenciatura en Literatura de la Loyola University (Chicago).

*Sir*vió como traductor en el Ejército de los EE. UU. en Frankfurt (Alemania), a finales de 1950 y también trabajó como relaciones públicas. Se incorporó a la redacción del *National Observer* en Washington, DC, en 1967. Trabajó como crítico literario y cinematográfico en varios periódicos, tales como el *Detroit Times* y *Los Ángeles Daily News*. También trabajó en el mundo editorial, siendo editor del semanal *Newsweek*. Mientras tanto, escribía como *free-lance*, vendiendo a publicaciones como el *National Catholic Reporter*.

Entusiasta lector de John Le Carré y Ross Macdonald, publicó varias novelas policiales, pero alcanzó el éxito con las investigaciones del juez ciego John Fielding, ambientadas en Londres durante el siglo XVIII.

Murió en noviembre de 2003, después de publicar el décimo título de esta serie, cuyo primer volumen se publicó en España en 1998 como *El juez ciego* y más tarde como Justicia ciega (*Blind justice*, 1994).

Aunque más conocido por sus novelas policíacas, escribió también libros de no ficción que firmó como **Bruce Cook**: La generación Beat (*The Beat generation*, 1971); *Listen to the Blues* (1973); *Brecht in exile* (1983); y *The town that country built: Welcome to Branson, Missouri*, (1993). Sus últimos libros fueron publicados póstumamente, *Young Will: The Confessions of William Shakespeare* y *Rules of*

*engagement*, por lo que su viuda y el escritor John Shannon pusieron los toques finales.

# Notas



[1] Nombre popular del Juzgado Criminal Central de Londres, situado en Old Bailey Street. (*N. de la T.*). <<

[2] Facción de la iglesia anglicana que se opone a la ritualización exagerada y defiende una doctrina más evangélica. (*N. de la T.*). <<



[3] Nombre popular del hospital de St. Mary of Bethlehem, un famoso manicomio londinense. (*N. de la T.*). <<

[4] Se refiere al antiguo mercado de frutas, verduras y flores situado en pleno centro de Londres, pero que en 1973 fue trasladado al sur del Támesis. Téngase en cuenta que, popularmente y en la actualidad, se conoce con este nombre a la Royal Opera House, debido a que se halla emplazada muy cerca del antiguo mercado. (N. *de la T.*). <<

[5] Una de las calles principales de Londres, que une el West End con la City (centro histórico de Londres, al este de la ciudad, actualmente zona comercial y financiera donde se halla la Bolsa y el Banco de Inglaterra), donde se encuentran diversos teatros, hoteles y tiendas de alta categoría. Antiguamente era un paseo que discurría a orillas del Támesis. (*N. de la T.*). <<

[6] Tanto *lord* como *sir* son títulos de honor, pero el primero se da a los individuos de la primera nobleza, como condes o barones, mientras que el segundo suele darse a los *baronets*. Téngase en cuenta, por otro lado, que los lores y *ladies* reciben el tratamiento de *su señoría*, igual que los jueces. (N. *de la T.*). <<



[7] Este personaje se expresa con un fuerte acento dialectal que el autor intenta imitar y que es irreproducible en castellano. (*N. de la T.*). <<

[8] En Escocia e Irlanda, nombre que se le da al *whisky*. (*N. de la T.*). <<



[9] Soporte metálico que se colocaba junto al hogar de las chimeneas, cuando se usaba carbón en ellas, para cocinar o para calentar agua y alimentos. (*N. de la T.*). <<

[10] Juego de azar que es una variante del bacarrá. (*N. de la T.*). <<



[11] También *auto de certiorari*. Escrito de un tribunal superior a otro inferior solicitando la transcripción de las actas de un caso para su revisión. (*N. de la T.*). <<